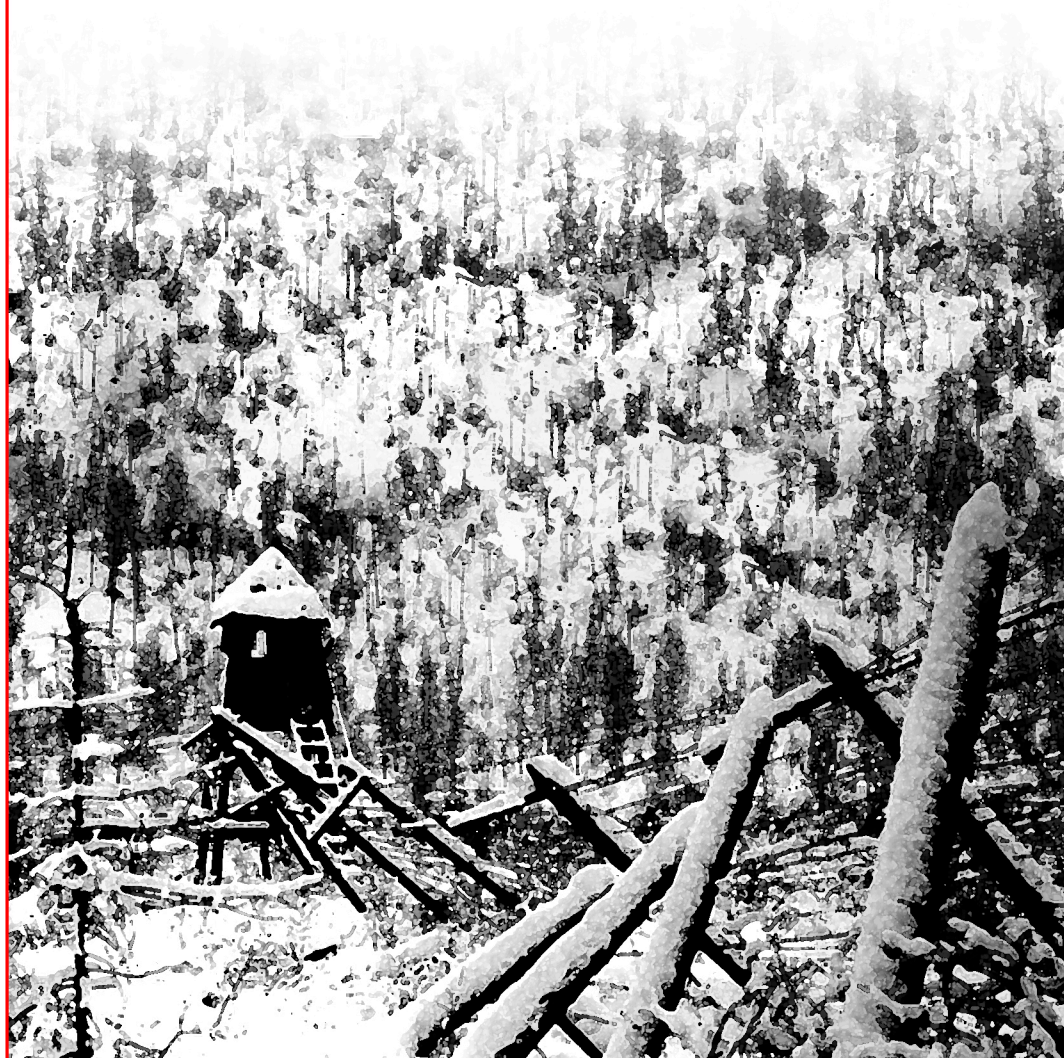
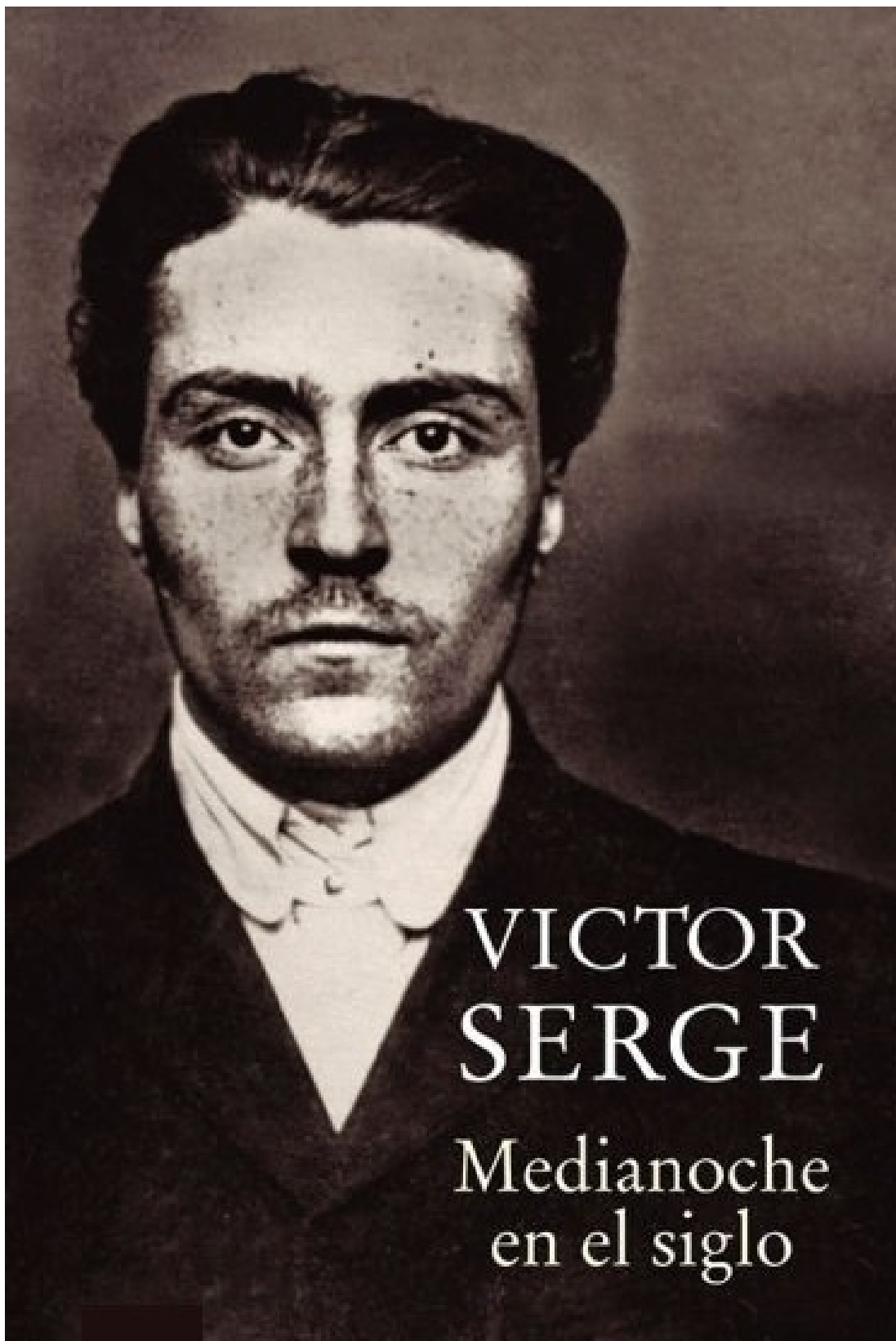


Victor Serge

MEDIANOCHE

EN EL SIGLO





VICTOR
SERGE

Medianoche
en el siglo

Victor Serge

Medianoche en el siglo

Título original: *S'il est minuit dans le siècle*

Victor Serge, 1940

Traducción: Ramón García

ÍNDICE

- I. EL CAOS
 - II. LAS AGUAS NEGRAS
 - III. LOS MENSAJES
 - IV. LAS DIRECTRICES
 - V. EL COMIENZO
- ACERCA DEL AUTOR

En memoria de:

KURT LANDAU, ANDRÉS NIN y ERWIN WOLF, desaparecidos en Barcelona y cuya propia muerte nos ha sido arrebatada. A JOAQUÍN MAURÍN, en una prisión de España, a JUAN ANDRADE, JULIÁN GORKIN, KATIA LANDAU, OLGA NIN, y, a través de ellos, a todos aquellos cuyo valor encarnan, les dedico los mensajes de sus hermanos rusos.

NOTA DEL TRADUCTOR:

Una traducción no suele dedicarse, pero permítaseme, excepcionalmente, ampliar con toda modestia la ofrenda que de su texto hace Serge: a todos aquellos que, como sus personajes, han contemplado, en sus manos, un bello mecanismo roto. —R. G.

El Caos

MIJAIL IVÁNOVICH KOSTROV, hombre nada supersticioso, solía presentir en su vida la inminencia de nuevos acontecimientos; en realidad, los presagiaba merced a unos indicios casi imperceptibles. Así ocurrió con su detención. Primero había sido el tono especial que adoptó el rector al decirle: «Mijail Ivánovich, he decidido suspender momentáneamente sus clases... ¿Va usted por el Directorio, no es así?». Obvio temor a las alusiones al nuevo viraje político. «Pues prepáreme —proseguía el rector— un curso muy breve sobre Grecia...». Salto atrás de unos dos mil años. En este instante Kostrov se dio cuenta de que iba a cometer un error, pero lo cometió con auténtico gozo, por el mero placer de sembrar un poco de miedo en el ánimo de aquel cobarde asustado que solía utilizar un tono de voz muy particular cuando telefoneaba al secretario del Comité. «Una idea excelente —repuso—. Hace tiempo que me propongo realizar una serie de conferencias sobre la lucha de clases en la ciudad-estado de la Antigüedad... Cabe desarrollar toda una nueva teoría de la tiranía». El rector rehuía su mirada inclinando la cabeza sobre sus papeles. Su coronilla calva bien podía tomarse por una tonsura. «Bueno, bueno —dejó escapar su grueso belfo—, no exageremos con las nuevas teorías. Adiós». Fue entonces, al reparar en la tonsura, cuando Mijail Ivánovich sintió la inminencia de nuevos acontecimientos...

Salió de allí con una idea bastante clara de lo que estaba ocurriendo: «Alguien me ha denunciado. ¿Quién?». Más tarde encontró en su memoria la imagen de una mujercilla descuidada y rechoncha, de busto abundante, ceñida en su impermeable de los almacenes del ejército. Frente estrecha, boca larga, mirada sin calor —un algo de roedor en el conjunto de la cara—: no le gustaba. En su mano gordezuela una cartera de militante que, a buen seguro, estaría ya repleta de papeles importantes. Tesis del Comité de Radio para los agitadores, lista de activistas, etcétera... «Camarada profesor, su explicación acerca de los termidorianos de izquierda no ha resultado demasiado clara... o es que yo no he captado su pensamiento... Usted ha dicho —y yo así lo he anotado—: *Eran malos termidorianos que, al apoyar a Barras y a Tallien*^[1] *se estaban buscando su propia ruina*... No acabo de comprender la distinción que usted establece

entre buenos y malos termidorianos...». «Eres tú, pequeña canalla, la que me vigila; eres tú, tú la que me denuncia...». En ese preciso momento salía del gabinete de *Dia-Mat* —dialéctica materialista— blandiendo su cartera por delante de su odioso pecho flácido, hablando en tono muy alto con su voz un poco ronca, la que convenía a las tribunas de tabloneros sin cepillar y rojos paneles... Naturalmente, hablaba del periódico mural. «¡No se puede permitir —decía imperiosamente—, es de todo punto inadmisibile! ¡El Comité de Redacción...!»). Al oír la palabra *inadmisibile*, se desvanecieron las últimas dudas de Kostrov. Delatora. Apresuró el paso para no tener que saludarla, pero ya ella lo hacía jovialmente, mientras que, en su pos, surgían los rizos de Irina, una pequeña ziriana de la cuenca alta del Kama, cuya carita correcta, de ojos rasgados, pómulos marcados y labios finos, como dibujados por un miniaturista de la edad del reno, le parecía encantadora... «Y bien, camarada, ¿qué tal lleva su tema? —preguntó—. ¿Va bien?». Ella asintió repetidamente con la cabeza y una expresión entre seria y alegre; alegre solamente allá en el fondo de sus ojos, en aquellos minúsculos granos de oro distantes, como si brillasen en el fondo del agua. Siguieron hablando durante cierto tiempo y más tarde un torrente de estudiantes les separó, pues acababan de dar las once.

Aquella misma noche en la mesa, frente a Ganna, de la que le separaba Tamarochka, encaramada en su trona de respaldo pintado, preguntó:

—¿Y qué dirías tú, Ganna, si me detuviesen?

Ganna no dejó de seguir sirviendo a la pequeña los macarrones grisáceos. Sus mejillas se sonrojaron levemente y sus anteojos con borde de concha parecieron descentrarse un poquito cuando repuso, simplemente:

—¿Tú crees?

* * *

LA PEQUEÑA ESCUCHABA con su sonrisita al acecho. En nuestra época es preciso que los niños comprendan. Que los niños sepan. Es preferible prepararles que mentirles continuamente. También detuvieron a Vanil Vanilich, el de abajo, hace quince días, y su Svetlana, a la que habían dicho: «Papá ha ido a Leningrado, ¿sabes?, a la Academia de Ciencias», había terminado por quejarse del engaño. «¡Pues yo sé que papá está en la cárcel, lo sé, lo sé!, y me pone triste que mi papá esté en la cárcel, pero ¿por qué me

mentís todos?». El judío del tercero estaba en la cárcel. El cuñado de Marussia también. Svetlana —siete años— decía a Tamarochka, de seis: «Y yo he visto a un hombre al que fusilaron; iba a casa de mi tía, tenía unas narices muy grandes, era un hombre feo, me alegro de que lo hayan fusilado». Su abuelo le regañaba: «Svetlana, está mal hablar así. Svetlana, hay que pensar en el dolor ajeno». A decir verdad, aquel abuelo era un viejo chocho que simpatizaba discretamente con la secta de los Churikovtsi. Svetlana se emperraba entonces y le miraba con un mohín bajo su frente amplia y bombeada: «Pues yo, abuelo, digo que era un hombre feo y que han hecho muy requetebién en fusilarle...». Se ponía a saltar a la pata coja repitiendo, una y otra vez, como una cantinela: «Han hecho muy requetebién». Pero sin duda solo se comportaba así para ver cómo se empañaban los ojos del abuelo y cómo se producía en sus labios un ligero temblor en el que ella reconocía cuánto la quería y lo débil que era. Tamarochka observaba todos estos manejos y escuchaba atentamente. ¡Cómo la quiere el abuelo y cómo le gusta a ella hacerle rabiarse! «¡Qué mala eres, Svetlana!», pensaba. Y luego saltaba de lado, daba un golpecito en la espalda de Svetlana y corría a esconderse detrás del banco para que su amiga la persiguiese... Entonces el abuelo miraba a una silueta toda derecha que se recortaba sobre el cielo pálido con su gris de piedra. Representaba a un hombre demacrado y severo, tallado todo él en líneas verticales. Tan erguido. Tan duro. Tan apuesto. El inquisidor. El abuelo dejaba escapar un suspiro. No era sino el naturalista Timiriazev, pues los niños solían ir a tomar el fresco al bulevar Tverskoy, en el cruce de la Malaya Nikitskaya. Allí mismo, a la derecha siguiendo esa calle tan tranquila, puede verse una iglesia blanca perfectamente banal: y allí es donde hace cien años se casó Pushkin, sí, Pushkin.

No hay dicha en la tierra, sino calma y voluntad.

Al abuelo, que no había tenido ni calma ni voluntad, le gustaba ese verso, como le había ocurrido al propio Pushkin. Como le ocurre a casi todo el mundo en esta vida. Mas ese verso contenía una armonía, un embuste admirable. No: una verdad de más allá. Más auténtica que la propia verdad, superior a ella. La calma y la voluntad no existen; lo dominan todo, son inaccesibles y supremas, reales e irreales. Nadie puede entenderlo, nadie...

Frente a la iglesia un hotelito bajo, ceñido por una verja reforzada, por una valla de madera, contra la indiscreción: allí vivía Máximo Gorki. Él sí que nada necesitaba. ¡Ni calma, ni dicha, ni voluntad! Escribía implacablemente cosas empalagosas e indignantes, casi sin alma... Tal vez se resintiese, porque ciertamente debe uno sufrir al sentirse tan falto de alma a las puertas de la muerte. «Yo bien querría rezar por ti, Alexei Máximovich —pensaba el abuelo—, pero tus papeles me quitan las ganas...». Todo este universo, más grande y complicado aún, poblaba en aquel instante el alma de Tamarochka, de seis años, pequeño ratoncito al acecho que, con los ojos como platos, mordisqueaba un trocito de algo en la mesa. Por encima de ella, el hombre y la mujer escrutaban en sí mismos el futuro.

—¿Tú crees? —repuso Ganna.

Kostrov percibió que él lo sabía. Presentimiento, corazonada son palabras inventadas por ignorantes que expresan muy bien aquello a lo que se refieren. Se suman un sinnúmero de observaciones y de cálculos subconscientes y súbitamente se produce una certidumbre que, sin duda, no es perfectamente racional, pero que resulta, en cambio, perfectamente válida.

—Seguro.

«Fíjate, en seis semanas ha habido, por lo menos, trescientas detenciones en Moscú. Todos ellos son hombres de mi generación, militantes de la guerra civil, miembros de la oposición del 26 y el 27 que habían decidido volver a una vida corriente para que les dejaran en paz...». Ganna reflexionaba; Ganna, curiosamente parecida a una niña aplicada, con sus mejillas sonrojadas, su nariz ligeramente respingona y su pelo bien tirante. Incluso en la cama, llegada la hora de las caricias, él quería que se dejase puestas sus gafitas de concha por la divertida gravedad que conferían a su cara de cría. Entonces a ella se le subía el pavo de forma deliciosa. «No, déjame quitármelas, me da vergüenza...». La risa del varón le aturdía, se ruborizaba aún más y Mijail repetía entonces: «Te lo prohíbo, cariño, cariño...», al inclinarse sobre ella, desnuda. Le tenía mucho cariño, en realidad, no sabía si la amaba. Uno vive así, sin saber...

—Y si te detienen —preguntaba ella—, ¿no crees tú que me despedirán de Estadística?

Ciertamente entraba dentro de lo posible. «Venderás el diván... y mi traje marrón...». Se rieron. ¡Aquel diván, aquel traje marrón, los últimos recursos! Estaban preparados. Dos días después le detuvieron. Así de sencillo,

en la calle, delante de la parada del tranvía. Apareció un individuo en la acera, acoplándose a su paso en una aproximación oblicua. Gorra y abrigo astrosos, rostro joven de hombre inculto. «Camarada Kostrov, le ruego que me acompañe...». «Ya sé, ya sé», dijo Mijail Ivánovich, casi aliviado por el fin de la espera. El otro no pareció sorprenderse. «Por aquí». Entraron en un patio de pavimento hundido. El agua de las últimas lluvias formaba charcos, un coche enteramente salpicado por los barroes de la noche anterior estaba aparcado ante una puerta que daba a un pasillo oscuro... De los sótanos emanaba un desabrido relente a podrido. Kostrov chapoteó en un charco, contrariado por la idea de ensuciar el bajo de sus pantalones y más contrariado aún al reparar en que solo se le ocurriese esa estupidez. El individuo le abrió la puerta del coche. «Suba, ciudadano». *El Comité de la Cooperativa de la Vivienda ruega a los que tengan alquileres pendientes... so pena de ser inscritos en la pizarra... Cooperativa de Vivienda núm. 6767, Lenin vive eternamente.* Kostrov leyó estas líneas en un cartel fijado sobre el yeso leproso de la pared... ¡Eternamente! ¡Partida de idiotas! El coche arrancó entre los charcos, viró ante los frenéticos campanillazos de un tranvía y se lanzó hacia la maciza y cuadrada torre de ladrillos rojos de la Puerta de la Trinidad, dejó atrás las almenas del Kremlin y la columnata blanca del Gran Teatro, frenó bajo un gigantesco retrato del Jefe, que cubría por completo la fachada de un gran almacén en construcción, y se detuvo bruscamente en la plaza Dzerzhinski, a la altura de una puerta como cualquier otra, custodiada por un soldado que llevaba una especie de casco de tela puntiagudo. Encima de aquella puerta una máscara de bronce renegrido sonreía malévolamente entre la barba. «¡Hola, Marx! —dijo Kostrov para sus adentros—. ¿Qué? ¿Te fastidia esa bayoneta? Haces bien en no aparecer entre nosotros o tú mismo terminarías por pasar esta puerta, hermano, y pronto darían cuenta de ti...». En su cerebro transido por el viento frío, solo iban y venían, desordenadamente, ideas pueriles. Pero no sentía miedo, sino una especie de alivio, un deseo de burlarse...

* * *

SE SUMERGIÓ DESPUÉS en el tedio de una larga espera inútil en un despacho vacío; desde allí, le bajaron en un ascensor a un compartimento banal del Caos; desde el Caos volvió a emerger tranquilamente a la superficie del silencio; y entonces le vino aquel dolor cardíaco. Ya gira la llave dentro de la cerradura al otro lado de la puerta; detrás de esa puerta hay todo un mundo

desconocido de desolación. Kostrov, no sin cierta complacencia respecto a sí mismo, les habría dicho: «¿Sabes?, a mí no me conmueve particularmente esto de que me enchironen. No es la primera vez. Por ejemplo, en Lvov, en Polonia, en el año 20, los gendarmes me detuvieron en una redada de sospechosos, amigo... la verdad es que no me llegaba la camisa al cuello. Si hubiesen mirado con más detenimiento mi pasaporte checo, me habría costado la horca, por lo menos. En el 21, otro lío en Tiflis, ciertamente menos peligroso, porque los socialdemócratas georgianos estaban muy bien informados. Vino a verme Noé Agashvili a la prisión de Metek; nos habíamos conocido en París. “¿Tu sublevación? —me dijo—; pero, querido amigo, soy yo el que la controla. Te encierro por tu propio bien. Vamos, ¿quieres jugar al ajedrez?”. La verdad sea dicha, Agashvili nunca olvidó el jaque mate que le infligí en Petersburgo tras la insurrección de julio en la que habíamos luchado el uno contra el otro en la esquina de la Millionaya. Yo mismo le detuve poco después de la soviétización; en la actualidad debe de estar deportado en Uzbekistán... Mal momento en el 24, en Rustchuk, Bulgaria... y en el 28 en Moscú, pero la verdad es que entonces sostuve buenas discusiones ideológicas con el juez que instruía mi caso... Y al parecer no carecieron de consecuencias porque desde entonces tomó el mal, o, más bien, el buen camino: está en las islas Solovetsky, cinco años, *five years, Sir*, por una desviación de extrema izquierda...

»Al fin y al cabo aquí me siento en familia, como en casa. Nos ponen a la sombra, la política así lo exige. Se aproxima el almacenamiento del trigo, que evidentemente será un fracaso, como indican inequívocamente las cifras de control de la Comisión del Plan. Y claro, a pesar de que nos callemos, nos temen...».

El Caos era una estancia rectangular que contenía seis literas y treinta prisioneros. El vaho de los alientos chorreaba por las paredes, el humo del tabaco era tan denso que uno se movía en una nube asfixiante. Hacía mucho calor, la piel transpiraba y le acometían a uno dolores de cabeza y arcadas. Siempre había alguien vomitando, y se orinaba y defecaba en una cubeta, de manera que los recién llegados, a los que correspondía hacinarse precisamente en el rincón donde esta se encontraba, vivían inmersos en el hedor y los repugnantes ruidos orgánicos. Se dormía encima y debajo de los catres; de común acuerdo, los prisioneros se arrimaban unos a otros, los que se encontraban de pie como los que estaban en cuclillas, para habilitar, a lo largo del muro, un angosto espacio llamado el bulevar. Todos podían así

pasearse un poco, por turno riguroso. Por la noche, en alguna parte por encima de ellos, tras varios pisos que eran como universos cerrados superpuestos, una banda atacaba musiquillas pegadizas con el fin de hacer bailar, en el club del 4.º batallón especial, a unos muchachos uniformados con una serie de chicas rubias, morenas, castañas, pelirrojas —sí, incluso pelirrojas—, excesivamente acicaladas y con los hombros cubiertos por esos vistosos chales que vendía la Coope del Servicio Político por veintiún rublos. Un fantasma con perilla, surgido de la bruma del Caos, refería haber hecho reventa de aquellos chales, «y allí están contoneándose esas putillas y aquí está uno por seis chales, ¡bah, así es la vida, mierda!», la injuria le chorreaba por la boca, los cobres de la banda se exaltaban. Allí se agitaban treinta fantasmas, de voces ahogadas por el reglamento, arreglándoselas para vivir amontonados unos encima de otros, para rascarse sin molestar demasiado al vecino, para repartir equitativamente el aguachirle tibio, el pan negro, los pequeñísimos pedazos de azúcar, para matar el tiempo, matar el miedo. Podría haberse establecido una lista bastante completa de crímenes posibles, canallescros y nobles, o imaginarios, ficticios, reales, inimaginables, catalogando sus historias, que, por lo demás, solo se contaban de boca a oído, por miedo a los confidentes. «Mira ese viejo de ahí, el que está a la derecha del baboso que está tumbado casi todo el tiempo: es un chivato. Le han prometido algo a cambio de que preste atención a lo que se dice y lo escucha todo y además añade cosas de su cosecha. Vayamos donde vayamos, allí estará, puedes creerme». De poderse observar un poco sus conciencias de espectros, habría podido sin duda confeccionarse una lista, aún más completa, de los vanos sufrimientos y de las inconscientes inocencias que allí se reunían. El Antiguo era, por talla, el mayor de los habitantes del Caos; era también el más huesudo y el más sabio: sus cejas erizadas y su mentón, como de piedra tallada, emergían de la niebla de tabaco cada vez que había dificultades para restaurar el orden, la paz. «En mi Caos núm. 16, tengo a todo Dostoyevski. ¡Y aún más! —decía con orgullo—. Treinta y una desgracias esta mañana». Dos trotskistas, uno de verdad y dudoso el otro, bajo la cama el auténtico y sobre ella el otro, discutían en voz baja las objeciones de Radek a la teoría de la revolución permanente. Mijail Ivánovich los detectó, pero él ya había abjurado en el año 29, reconociendo que la colectivización... Ellos no parecían desear compañía. Desamparado, Mijail Ivánovich buscó y obtuvo la simpatía de un jorobado lívido que había fabricado jabón ilegalmente. El desaliñado espectro que lentamente paseaba por el bulevar —cuatro metros ochenta de punta a punta— se detuvo súbitamente y dijo en tono bastante alto:

—¡Ciudadanos y camaradas! Disculpado esta gran libertad que me tomo. Ya no puedo más. Solicito que se me permita llorar. ¿Me oyes tú, Antiguo? Permiso para llorar.

La voz segura del Antiguo surgió entonces de la zona de sombra que se extendía por debajo del marco luminoso de la ventana.

—Llora, viejo, todo lo que te dé la gana, todo lo que puedas. Este es aquí tu único derecho de ciudadano. Os prohíbo que os riáis, camaradas. Trata simplemente de no hacer ruido. El reglamento es la ley suprema.

Todo el mundo miró. Interrumpiéronse las partidas de dados y damas. Los dados y peones de miga de pan seca perdieron su esencia instantáneamente. El hombre (ya no era un fantasma) tenía una cara terriblemente demacrada, de color de muralla, de tierra, de amargura, de locura. No hay palabras para describir ese color de la cara humana que nadie ha pintado jamás. Erizada de pelos cenicientos, la cara, con ojos que no eran sino oquedades con luz en el fondo. El hombre dijo:

—Me acusan de espionaje. ¡Y yo soy un pobre desgraciado, ciudadanos y camaradas, os lo juro, solo un pobre desgraciado!

Sus palabras se retorcían como un sollozo, pero su cara permanecía seca. Su nariz era prominente, y su cuello, magro y surcado de tendones. Tras una pausa, el Antiguo replicó desde su rincón.

—De lo que te acusen, a nosotros no nos importa. Te diría incluso que ni siquiera te importa a ti. El poder sabe lo que hace cuando nos mete en la cárcel. Pobres desgraciados es lo que somos todos, eso es lo más lastimoso en esta historia...

El espía miraba a su alrededor como con despecho. Pasó por su cara, de arriba abajo, sus dedos finos y sucios. Seca, completamente seca.

—Y ahora no puedo llorar... ya no puedo, ciudadanos, perdonadme. Ya pasó. Perra vida, ojalá esto se acabe...

A lo que el Antiguo repuso sentenciosamente:

—La Sesión permanente del Caos núm. 16 prosigue. Se pasa al orden del día.

* * *

MIJAIL IVÁNOVICH vivió siete semanas en el Caos —siete semanas repletas de pequeños acontecimientos—; los días pasaban muy deprisa, a pesar de que las horas discurriesen lentas y pesadas y no dejaran huella alguna en la memoria. Allí proseguía la existencia de los hombres con un relieve intenso; el discurrir del tiempo les abrumaba pero el tiempo, propiamente dicho, no existía. Mijail Ivánovich recibió un paquete de su mujer: buena señal, ya que no se autorizaban en los casos difíciles. La decena de huevos duros —brutalmente rotos y cortados con un cuchillo sucio por los guardianes— le dio una prueba de que Ganna no había sido despedida del Servicio de Estadística el día 15. Sin embargo, el miércoles siguiente esperó en vano, acechando con ansiedad cada vez que unos pasos se acercaban a la puerta. Tatarev, especulador, un fofo rumiante cuya corpulencia iba desmoronándose poco a poco, recibió unas golosinas y las repartió: una parte para los demás y otra para él. Colocó la suya sobre la manta gris y la contempló largamente. Las pequeñas rebanadas de pan seco parecían doradas, irradiaban luz. Tatarev siguió contemplándolas hasta la caída de la tarde y se las comió cuando ya era de noche, con profundos resoplidos y enervantes ruidos de masticación. Sucio rumiante. Dos hombres agarraron una disentería. Los dejaron varios días en el Caos, cuya atmósfera llenaban de fetidez. A ojos vistas, la vida se les escapaba, durante todo el día y toda la noche, en sanguinolentas deyecciones. Se trataba de un mecánico acusado de sabotaje y de un antiguo revendedor acusado de fraude. El Antiguo explicaba dos veces al día al vigilante de guardia:

—Le digo a usted, camarada jefe, que se nos mueren y que eso va contra el reglamento en materia de higiene.

—Bueno, bueno —decía el guardián—. No se van a morir esta noche, digo yo. Además, no hay sitio en el lazareto. Esperen hasta mañana.

Seguramente estaban esperando a que la muerte hiciese dos huecos en el lazareto para transportar allí a aquellos dos moribundos hediondos. Allá arriba, de 9 a 11, la orquesta ejecutaba sus marciales tonadillas; las morenas, las castañas, las rubias e incluso las pelirrojas de vistosos chales sobre los hombros daban vueltas y más vueltas entre los brazos de los militares... A Tía-Pedo-Gordo, un joven educado, acusado de prácticas ocultistas y al que la naturaleza había dotado de un trasero ligeramente desproporcionado, le robaron una camisa. Una tía suya se encargaba de suministrarle víveres, lo que explicaba su doble apodo. Se negó a aceptar el registro general que le propuso el Antiguo por considerarlo una indignidad, pero el asunto provocó largas deliberaciones, una verdadera crisis de conciencia en el seno del Caos durante

la cual los rateros, integrados en una fracción organizada bajo la égida de Malych-el-Chavalín, del mercado de Smolensk, manifestaron que exigían la restitución del objeto sustraído durante la noche y que, de no producirse esta, se proponían descubrir al culpable quitándole definitivamente las ganas de reincidir. A la mañana siguiente Tía-Pedo-Gordo encontró su camisa a los pies de su jergón, sin más novedad que la falta de una pieza cuadrada de tejido bastante grande. Otro suceso perfectamente inaudito, tan secreto como inverosímil, fue lo ocurrido con Malych en las letrinas, a las que iban dos veces al día todos juntos, alineándose encima de los agujeros mientras los de la segunda y tercera tandas esperaban frente a la primera, bajados ya los pantalones de los de la segunda, pues los guardianes vociferaban desde la entrada: «¡Más deprisa, más deprisa he dicho, ciudadanos!». Algo perfectamente inaudito, pues, fue cuando Malych-el-Chavalín se trajo de allí medio litro de aguardiente para consumo exclusivo de la Fracción de los Rateros. Consumiose aquel alcohol milagroso entre los iniciados y, de esta forma, se reveló la existencia de una élite en el Caos. Kostrov se emocionó cuando, a eso de la una de la madrugada, un muchacho perteneciente a la Fracción le pasó un culo de vaso del tónico celestial. Sin razón alguna estaba pensando en la muerte de Svetlana y aquella porción de alcohol rompió el hilo de sus tristes cavilaciones; tuvo entonces la certeza de que a aquellas horas Svetlana dormía, toda sonrojada, con el puñito cerrado debajo de la barbilla, y de que a su lado también estaba acostado el oso de peluche.

Los dos trotskistas de los primeros días ya habían partido y habían sido reemplazados por otros dos, unos obreros de la fábrica Amo, al menos uno de los cuales nada comprendía de las ideas. También llegó un tenedor de libros socialdemócrata extremadamente pulcro que, de forma perfectamente inexplicable, desde la mañana siguiente se volvió totalmente mugriento. Abordó a Kostrov acerca de la democracia obrera. «La descubre usted con doce años de retraso, estimado camarada». Mijail Ivánovich llegó casi a enfadarse. «Nada tenemos en común con el menchevismo. Entre la contrarrevolución kautskiana y nosotros...». Discutieron mucho y con considerable agresividad, pero amistosamente. El socialdemócrata parecía judío, conocía las regiones de Ufa, de Semipalatinsk, de Kansk y de Chenkursk, por haber pasado en ellas siete años de deportación. En esta ocasión deseaba ser enviado a Kazajistán. Más adelante Mijail Ivánovich nunca llegaría a recordar sus rasgos, y ello se debía, sin duda, al hecho de que eran perfectamente comunes y a la oscuridad que envolvía las conversaciones que por lo general sostenían, tumbados ambos contra un poyete. No obstante,

Mijail Ivánovich hubiese reconocido a su interlocutor entre mil por lo desabrido de su aliento y por el tic que de vez en cuando hacía emitir a sus labios como un ploc-ploc. En aquel Caos había pocos casos graves, no era como en el Caos 18, en el que más de la mitad de los reclusos serían apiolados antes del final del trimestre. Allí no había más que un cartero (robo de un paquete) y un carretero (robo de dos sacos de grano) sobre los que se cernía el grave riesgo de que una bala de Nagan reventase su cráneo en aplicación de la ley de 7 de agosto de 1932 sobre el carácter sagrado de la propiedad colectiva. El carretero mismo lo decía sin dar muestras de mayor emoción: «Yo es que soy reincidente, ¿comprendes? Ya me han perdonado una vez y no creo que vuelvan a hacerlo...». Se pasaba el día tumbado con las manos bajo la nuca observándolo todo y hablando poco; su vida interior solo se traslucía, aproximadamente una vez por hora, con una sarta de juramentos murmurados para sí. «Ah, mierda, ah, cabrones, Dios, Dios». (En realidad era algo mucho más violento, y lo profería en tono monótono). El cartero, joven y rubio, miembro de las juventudes comunistas, parecía más tranquilo. Malych-el-Chavalín, que tenía mucha vista para estas cosas, le había dicho delante de todo el mundo en el bulevar:

—Tú no eres un mal chico, sino un perfecto canalla. No me preocupa lo más mínimo lo que le pueda ocurrir a tu occipucio: te espera una carrera honorable en los campos de concentración. Tú estarás allí mirando a los otros manejar el pico y te dedicarás a rellenar fichitas y serás de la brigada de choque. Vamos, no me digas que no, seguro como que estoy aquí que has vendido a todos tus socios. Anda, no me digas que no, hermano, que no insisto.

El joven cartero se puso muy colorado. Seguía sin verse al Antiguo, pero su voz siempre surgía al pelo detrás de una pantalla de humo acre. Con ella quedó liquidado el incidente antes de nacer:

—Oye tú, Malych, cállate. Nadie tiene derecho a poner en entredicho la perfecta honorabilidad de los ciudadanos del Caos.

El Antiguo intrigaba a Mijail Ivánovich. Dos veces por semana el guardián le proporcionaba unos trozos de papel higiénico y él se plantaba con ellos en el bulevar y decía:

—¿Desea alguien dirigirse a las autoridades proletarias?

Con sus cabellos largos y tiesos, su barba negra y compacta en forma de collar y la carne demudada bajo los ojos hundidos, altos y cuadrados los

hombros, erguido sobre sus largas piernas abiertas, solía decir aquello con un indefinible tono de burla. «¿Contrarrev.?», se preguntaba Mijail Ivánovich. Un día decidió abordarle tras el ofrecimiento de su ración de sopa (estaba un poco febril aquel día): «¿Y a usted, Antiguo, qué artículo del código le ha traído aquí?».

Por lo general solían decírselo de buena gana. En realidad era lo único que se decían, salvo si querían hacerse confidencias, y de todos modos resultaba una indicación bastante vaga. El Antiguo hizo un guiño extraño y repuso:

—No se lo diré a usted, querido amigo. Tal vez no lo sepa ni yo mismo. Hay casos así, vaya si los hay. Verá, en el Caos la mitad de los hermanos mienten y la mitad de los restantes no saben ni lo que dicen porque ni unos ni otros saben a ciencia cierta lo que les está ocurriendo. He de decirle que yo creo en el destino. Seguro que cada uno tenemos un destino y que hay además un destino para todos en el que todo esto cuadra, como quien dice, como en la revisión de las cifras de control del Gosplan... Sin embargo, ha de convenir usted en que no se puede vivir sin el secreto. Es menester que en el Caos haya un misterio. Pues bien, soy yo. Nadie sabe lo que soy. Nunca lo diré. A nadie. Ni siquiera a Ellos...

La palabra *ellos* adquirió en su boca y sus ojos extrañas proporciones. Pareció abarcar los quince pisos de hormigón, los doscientos despachos, los batallones especiales, el Tribunal secreto, todo lo que nadie conocía de aquella prodigiosa estructura poderosa y compleja en la que los hombres eran arrastrados inexorablemente como el grano en la criba.

—Aquí pueden tenerme hasta el día del juicio final, camarada. No les diré nada. Nada. ¿Me oyes? Querrían saberlo todo. ¡Ja, ja, ja! Y tal vez ni siquiera saben lo que quieren de mí. Yo me callo. Ahí está el secreto. Tal vez no haya nada. Tal vez ahí esté *todo*.

Todo incluía la amenaza, la confesión, el espanto, la noche, la ironía: todo. El Antiguo se reía. Su boca de dientes amarillentos estaba sana, un ínfimo resplandor brillaba debajo de sus cejas, muy lejos.

Luego, recuperada la gravedad, se inclinó casi hasta la oreja de Mijail Ivánovich. «Haces bien en mandarles papelitos cada tres días. Eso es lo que hace falta».

—¿Por qué? —dijo Mijail Ivánovich.

—Para todas esas cajas que tienen. Los papelitos los numeran y los clasifican en cajitas y esas cajitas las meten en ficheros, y hay quince pisos de ficheros, hermano. Es importante.

Mijail Ivánovich pensó entonces que el Antiguo se estaba burlando de él; en cualquier caso, no daba muestras de hacerlo. «No —se dijo Mijail Ivánovich—, está loco». Pero a partir de entonces le respetó más. Y siguió escribiendo papelitos cada tres días.

Al camarada juez de instrucción de los Asuntos Políticos, reclamación de... miembro del Partido desde 1917.

... Al camarada fiscal encargado del Control del Servicio Político... reclamación de... miembro del Partido desde 1917.

... Al camarada presidente del Tribunal especial del Servicio Político... reclamación de...

... Al camarada presidente de la Comisión Central de Control del Partido, reclam...

Eran pequeños rectángulos de papel higiénico escritos con lápiz de anilina; eran textos indignados, humillados, suplicantes, precisos, infantiles, tortuosos, falsos y ciertos. Como eran una veintena los ciudadanos del Caos que solían escribir dos veces por semana, el Antiguo le entregaba al primer guardián todo un fajo.

* * *

CUANDO BRUSCAMENTE SACARON a Mijail Ivánovich de aquel mundo subterráneo, llevándole de nuevo a la superficie de la tierra, a la plena luz de la vida ordinaria, se encontró en un despachito bastante ordenado, decorado con un retrato del Jefe, colocado frente a un plano de Moscú. La ventana daba a unos tejados espolvoreados de sol y unos campanarios de un verde delicioso atraían la mirada. Resultaba reconfortante ver que la vida continuaba de forma tan apacible. Algunos restos de nieve, ensuciados por el humo de las chimeneas, terminaban de fundirse en el flanco norte de los tejados. El guardián, inmóvil, esperaba a la puerta, el despachito estaba vacío. Al volver la cabeza, Mijail Ivánovich se reconoció —mal, con un ligero choque de desagrado— en el cristal de un armario lleno de expedientes. Su imagen inmaterial oscilaba en el reflejo con fondo de papelotes. Había adelgazado,

envejecido y empaldecido. Su nariz le pareció endurecida y como hueca: de aquella cara de vagabundo de barba alborotada emanaba una extraña inconsistencia. Mijail Ivánovich se reconoció como genuino habitante del Caos. «Ciudadano del Caos», se dijo con amarga ironía, pues acababa de ocurrírsele: «Diablo, este régimen le destruye a uno rápidamente el organismo».

—¡Buenos días, Mijail Ivánovich! —dijo a su espalda una voz cordial.

El juez de instrucción, un apuesto militar de unos treinta años, pipa en la boca, le trataba como a un viejo conocido. «Siéntese. ¿Cigarrillos?».

La conversación careció de sentido. En definitiva resultaba que a Mijail Ivánovich no se le reprochaba nada. Con todo, convenía que él mismo hiciese examen de conciencia. Más adelante vendría la explicación de camarada a camarada. No se ponía en duda su entrega: cabía decir incluso que esta era la razón de que se apelase a ella en las presentes circunstancias. Los dos hombres, sentados frente a frente y fumando, parecían estar jugando a un complicado juego mediante frases de doble sentido en las que se mezclaba la amenaza velada con la amonestación más almibarada; el tono pasaba de lo paternal a lo oficial. «¡En fin, como usted guste! —terminó diciendo el juez de instrucción—. Le ruego me excuse, dispongo de poco tiempo...».

En ese momento Mijail Ivánovich estalló: «¡Ah no! ¿Qué sucio juego es este? ¿Me están tomando el pelo? Quiero saber a qué viene esto, ¿entiende? Y quiero que sepa en qué condiciones me tiene. Que haya prisiones como esta en el decimoquinto año de la revolución es un escándalo abominable. Dudo que ni siquiera las cárceles fascistas...».

—Oh, oh —dijo suavemente el juez de instrucción—, he aquí una comparación desafortunada; huele a contrarrevolucionario a más de una legua...

Mijail Ivánovich se ruborizó. Además, el minuto de arrebató le había fatigado. Los latidos de su corazón le llenaban el pecho con un ruido opresivo. Quiso coger un cigarrillo, pero sus dedos temblorosos solo encontraron el vacío bajo una hoja de papel de seda en la caja del juez. «Cálmese —dijo este tranquilamente—. No sabía que estuviese tan mal instalado. Un militante informado como usted debería, no obstante, comprender que estamos desbordados. Me paso las noches aquí, estimado camarada, y no tengo ni un día de descanso. Si los calabozos están abarrotados, la culpa no es de la dictadura del proletariado, sino de la contrarrevolución que nos asalta por todas partes. Le ruego que me disculpe por recordarle estas verdades

elementales. Tome un vaso de agua. Voy a disponer que le pongan en una celda individual, allí estará muy bien. Hasta pronto, Mijail Ivánovich. Reflexione, Mijail Ivánovich». Al tiempo que le dirigía estas palabras empujaba suavemente, cordialmente, al prisionero por los hombros. En el largo corredor oscuro que recorrió Mijail Ivánovich precediendo a su guardián todas las puertas numeradas estaban cerradas. De pronto se abrió una de ellas y una mujer joven y rubia de melena alborotada y ojos grandes y hundidos salió proyectada de forma tan violenta que poco faltó para que chocase con el que pasaba. «Más despacio, ciudadana», dijo, en alguna parte, una voz de hombre autoritaria y grave. Ya pertenecía al pasado, nunca volverían a aparecer aquellos grandes ojos hundidos, aquella loca melena rubia. Mijail Ivánovich maldecía para sus adentros: «¡Ah, maldita sea! Verdaderamente esto es el Caos; y ese cabrón que..., ese cabrón, con sus cigarrillos y su cara de hipócrita...».

... Ascensor. Dos hombres cara a cara, rozándose de nuevo: grueso el uno, de constitución fuerte, erguido en su camisola de uniforme. Vacilante el otro, atacado por un rabioso picor en la axila, presa de una cólera que le producía náuseas. «Entre, ciudadano» (correctamente). Mijail Ivánovich oyó cerrarse la puerta de la celda. El hombre del ascensor no había tenido cara: un óvalo en lugar de cara, un óvalo... Mijail Ivánovich esperaba el Caos y de pronto era el silencio, el orden, una luz tamizada, la soledad. Giró sobre sí mismo: la puerta. Una vez más: la ventana. Rejas. Pestillo de hierro fuera. El catre de campaña. Se sentó. Inexplicable: una brusca tristeza que casi le haría llorar. Todos aquellos compañeros de los instantes pasados... desaparecidos para siempre. Y aquella soledad, aquel enfrentamiento con el otro yo que había dejado de parecerse a él, hirsuto y sucio, sobrecogido de cólera, gravemente amenazada su fría razón. Con la cabeza entre las manos cerró los ojos y permaneció así con la espalda inclinada. «No he debido quejarme del Caos... ¡Ay!». Tal vez lo mismo habría ocurrido si no se hubiese quejado... ¡Ay! El silencio le era aplastante. «Tendría que haber pedido libros...». La mesa estaba desnuda. ¡Qué extraño desgarró! La voz grave y zumbona del Antiguo, el guiño de Malych-el-Chavalín, las arrugadas mejillas de Tatarev, el hedor de bestias humanas y de tabaco malo del Caos... La nostalgia de todo aquello se le agarraba a la garganta. Separado —para siempre— de aquella miseria, solo allí, solo, solo, solo, solo, solo...

La primera noche fue penosa, a pesar de la satisfacción de la ropa limpia y las sábanas. Ganna, Svetlana: ¿qué harían en aquellos momentos? Iba a

dormirse cuando un rostro se acercó al suyo. Un halo de rubios y locos cabellos alrededor de la frente, la mirada sin fondo de unos ojos azules hundidos, la boca negra..., la boca negra murmuraba: «Me torturan, ¿comprende? Yo no puedo responder a todas esas preguntas, preguntas durante toda la noche, siempre las mismas, siempre diferentes. Me estoy volviendo loca, ¿me oye? Pues bien...» (la voz se hizo suplicante adoptando la entonación de Ganna). «Ayúdeme, Mijail Ivánovich...». Y de pronto los ojos dejaron de ser azules para volverse marrones con unos finos aros de concha a su alrededor y era Ganna, Ganna era la torturada. «Misha —decía—, Misha, acabemos. No resistas más, soy yo la que no puede resistir más; Misha, apiádate de nosotros...».

De aquella pesadilla salió con la frente bañada en sudor. Se vio a sí mismo tendido bajo el amarillento resplandor de la bombilla eléctrica, con el silencio de la noche, la soledad, fuera del tiempo. Y los días y las noches se desgranaron en el vacío, apaciblemente.

* * *

TODO EMPEZÓ CON UN OSCURO dolor en la región del corazón. ¿Pero era verdaderamente aquella la región del corazón? No sabemos con exactitud ni el lugar en que se encuentra nuestro corazón ni lo que es. El pensamiento se apartó de inmediato de su divagación normal y se orientó, por extraños derroteros, hacia un foco de inquietud. El dolor persistía, era como si se complaciese en permanecer allí, en aquel pecho cálido. Mijail Ivánovich recordó una mano posada alguna vez a la misma altura, sobre su piel, que se demoraba allí, una mano refrescante. Ganna murmuraba: «Me gusta oír el latido de tu corazón... y, sin embargo, algunas veces puede ser terrible oír el latido de un corazón. A veces me asusta el mío, por la noche...». Aquellas palabras y aquel gesto todavía no le habían vuelto a la memoria; en aquella ocasión provocaron una mueca, tal vez la de una sonrisa desamparada en su cara, de donde empezaba a brotar el sudor. El dolor se iba extendiendo, hurgando, ahondando en su ser por donde se encontraba el corazón, por donde se encontraba el corazón... Sintió cómo su nariz se afilaba, cómo, sobre sus sienes, la piel se tornaba una hoja de pergamino y cómo un sudor, que era a la vez frío y ardiente —o, tal vez, ni frío ni ardiente, sino peor, un sudor de angustia—; humedecía su rostro. Cálmate, no es más que un ataque al corazón; y aunque sea algo peor, cálmate de nuevo, cálmate. Cuando estaba

acostado solía contemplar las líneas y sombras proyectadas sobre el blanco techo de la celda. Su imaginación descubría en ellas unas formas demasiado inmóviles pero que él podía alterar a su antojo. Intentó recuperarlas: una máscara japonesa, una vaga cabeza de Pushkin, un torso femenino amputado de sus brazos, una vela... El sudor y el dolor pudieron más que aquel pobre juego. Su espíritu no era ya más que una lucecilla agazapada en alguna parte debajo del cráneo, iluminando un turbio desmoronamiento interior. El dolor vagabundeaba por toda su carne, cerró los ojos, los volvió a abrir; no tenía límites, ni... El sudor, un sudor mortal. Del techo colgaba la bombilla eléctrica.

Y el dolor se desvaneció, tan inexplicablemente como había aparecido. Mijail Ivánovich Kostrov, encargado de la clase de *hist. mat.* —materialismo histórico— en la universidad comunista que llevaba el nombre de Svérdlov, se levantó de su lecho de reo en camisa y calzoncillos, corrió hasta la puerta descalzo sobre el frío suelo, golpeó suavemente la chivata, escuchó el silencio tenuemente iluminado de la celda. Unos pasos sigilosos se oyeron en el pasillo, hubo un chasquido de dedos y un breve conciliábulo en voz baja. La realidad volvía en bloque, de golpe. Una de las puertas vecinas se abrió y se cerró. «Vaya, todavía la están interrogando. Todas las noches desde hace cinco días... Vaya...». La puerta se abrió con brusquedad y Mijail Ivánovich retrocedió ante un guardián muy grande, muy ancho de espaldas —cinturón, correajes—, que entraba y se dirigía hacia él inspeccionándolo todo: la cama deshecha, la cubeta, la mesa limpia, un mendrugo de pan, todo, e incluso al hombre, al preso: sus calzoncillos dudosos, su camisa abierta sobre el pecho velludo, sus pies descalzos, morenos, como los de los zíngaros, igualmente velludos.

—¿Qué ocurre, ciudadano?

No ocurría nada. Nada ya. Que tal vez haya estado a punto de morir después de todo, ciudadano, carece para ti, para estos muros, para Ellos, de toda importancia. Mijail Ivánovich lo sintió, más que lo pensó, con un poco de compasión hacia sí mismo, mezclada de brusca cólera hacia Ellos. Frunció el ceño, dilatáronsele las aletas de la nariz, como cuando se ponía de mal talante, y dijo educadamente, malévolamente (nunca era en realidad más educado que cuando la animosidad hacía temblar de aquella forma las aletas de su nariz, y ello se notaba perfectamente):

—Nada. Me ha parecido que me encontraba mal. Le ruego que me disculpe, estimado camarada, por haberle molestado.

El guardián le miraba con ojos humanos: marrones, sagaces, desprovistos de bondad. ¡Ah!, en verdad eran unos ojos que desempeñaban su función con admirable eficacia.

—Sí... Está usted empapado en sudor. A veces ocurre. Vuelva a acostarse. Mañana le enviaré al médico.

¿A veces ocurre? ¿Qué es lo que ocurre? Mijail Ivánovich se volvía a acostar, se tapaba.

—No se tome la molestia, —dijo sonriente—; es inútil. A su médico le echaré de aquí, querido camarada.

Se volvió bruscamente hacia la pared. Los ojos sagaces le observaron atentamente durante un segundo. Corrió el cerrojo en la puerta y se hizo el silencio, la luz nocturna, los bultos rugosos del muro pintado de gris, el débil bienestar del cuerpo que se relaja tras la crisis, la llegada del sueño; los últimos pensamientos antes del sueño, casi siempre los mismos: los que se desean, los que no se desean...

*... Nunca se acaba de vivir
y todos los días se es el mismo
vana, vana, vana pena...*

El corazón latía con regularidad.

* * *

BAJO EL VENTANUCO, en el rincón oscuro, la humedad reblandecía la pintura de la pared. Allí era donde Mijail Ivánovich hacía todas las mañanas una incisión con la uña; cuando transcurrían siete días, trazaba una raya más larga, y aquello era su calendario. «¡Cuatro meses ya!». Aunque resultase una insensatez, el tiempo transcurrido amortiguaba toda aquella historia. Ya no se ocupaban de él. Se limitaba a enviar una vez por semana algunas líneas de inútil protesta al fiscal encargado del control o a otros altos funcionarios. ¡Ineptos!, ¡farsantes! En verdad eran unos perfectos sinvergüenzas. El reposo en la celda surtía efecto, tras todos los sobresaltos se sentía un poco mejor, aunque por la noche le roía la inquietud, ya que aquel dolor en el pecho solía

volver cada tres o cuatro días. Solicitaba la presencia del médico. Al día siguiente, hacia las once, el primer vigilante entraba despacio, echaba una atenta ojeada a los barrotes de la ventana, a la mesa desnuda, al parque encerado y confirmaba: «¿Ha pedido usted que venga el médico?». Luego aparecía un personaje vestido con una bata blanca, y de voz perfectamente neutra y mirada tan igualmente neutra que parecía no ver nada: «¿Qué le ocurre?». La primera vez Mijail Ivánovich explicó pausadamente que padecía del corazón. El personaje de bata blanca llevaba una caja colgada sobre su pecho, la abrió y con la ayuda de unas pinzas extrajo de una casilla diminuta tres píldoras pequeñas, y dijo: «Una por la mañana». Cuando se cerró la puerta, Mijail Ivánovich prorrumpió en una loca carcajada. Aquella pastilla lista para calmar, reconstituir, tonificar, curar tal vez, un corazón desconocido, la perfección del mecanismo: el hombre, la blusa blanca, la cajita, las pinzas, la píldora, todo ello rayaba en la estupidez absoluta. La chivata se entreabrió, una voz sibilante dijo:

—Ciudadano, está prohibido reírse.

Mijail Ivánovich reventó de nuevo, aún más fuerte. La puerta se entreabrió, un fornido campesino de uniforme dio dos pasos en la celda y dijo con tono severo:

—Ciudadano, le ruego que deje de reírse. Está prohibido.

Mijail Ivánovich sintió que le invadía una locura gozosa. Sobre la mesa las tres pastillas adquirían reflejos de llamas verdes, iban a saltar solas por el aire, hinchándose como globos grotescos, iban a prorrumpir en una risa descomunal. Estuvo a punto de estallar en alaridos, de patalear porque, para entonces, su risa estaba impregnada de ira y sus ojos se cubrían de lágrimas.

—Que le he dicho que se calle, ciudadano —dijo el guardián en tono aún más bajo—, me van a castigar a mí por su culpa.

«Cómo nos tienen prendidos los unos con los otros», pensó Mijail Ivánovich cuando ya se apagaba en él la risa. Otra noche sufrió todavía más. Debió de ser al principio del quinto mes. Desde hacía quince días leía: le traían pilas de viejos libros de páginas amarillentas... Cuando volvió a aparecer el personaje de la bata blanca, Mijail Ivánovich le dio la espalda con brusquedad. «¿Otra vez el corazón?», dijo el personaje. Mijail Ivánovich no contestó. Las pinzas depositaron tres pastillitas sobre el borde de la mesa, la voz neutra musitó: «Tome una por la noche, le aliviará...».

Aquel día, a Mijail Ivánovich le cambiaron de celda sin explicación alguna. Perdió así el pentágono de cielo que recortaba en el ángulo superior de la ventana el pestillo exterior. Su nueva celda, un piso más abajo, era menos clara; solo podía ver del mundo un poco de piedra gris. Perdió su calendario, la cuenta de semanas y meses, y decidió vivir fuera del tiempo. Perdió el final de una novela de Wells sobre los tiempos futuros. Con un trazo de lápiz minúsculo y desvaído, disimulado entre los renglones de texto para escapar a los ojos vigilantes de los bibliotecarios, un maníaco había repetido en varias ocasiones: «Rogad por los verdugos, rogad por las víctimas, rogad por mí». Sobre Mijail Ivánovich se abatió entonces una intensa tristeza. Se prohibía a sí mismo pensar en Ganna y en Tamarochka. Se prohibió reflexionar sobre sí mismo, sobre el futuro. Se prohibió intentar comprender... Apretó las mandíbulas, frunció el ceño y, hasta que se acostó, estuvo andando por la celda, repasando en su cabeza la teoría de la acumulación capitalista de Rosa Luxemburgo, junto con las objeciones a ella formuladas por Dvoyalatzky, por Bujarin y por él mismo. Cuando se fumó todos sus cigarrillos y devoró sobre la marcha su trozo de pan negro, se acostó al oír la señal. Según Bujarin, «en un hipotético capitalismo de Estado en el que la clase capitalista constituyera un *trust* único y en el que se diese una economía organizada, aunque antagónica en lo referente a las clases, no existirían las crisis, a pesar de la insuficiencia del consumo de las masas, por estar determinadas de antemano la demanda recíproca de los diferentes sectores productivos y la demanda de los consumidores capitalistas y obreros...». Bujarin llegará lejos con esos esquemas suyos que presentan un capitalismo organizado de forma tan perfecta que acaba por identificarse, punto por punto, con un socialismo sin justicia...

—Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué pinta aquí el concepto de justicia extraño a la economía?

La proximidad del sueño debilitaba su pensamiento... Mijail Ivánovich se sorprendió a punto de caer en el idealismo más antiguo. En ese momento nació el dolor bajo su tetilla izquierda. ¿Y qué me dices de la muerte, hermano? ¿Es acaso una grúa metafísica, una abstracción, qué más? La muerte, sin duda, tampoco tiene nada que ver con lo económico. El dolor le hizo morder la almohada en un gemido, apagó en él la última luz del mundo — aquella dura profusión de electricidad que caía del techo—, le arrastró en un negro balanceo más allá, más allá... En alguna parte de su cerebro o de su alma

las ideas cautivas seguían vanamente su carrera: «Sin embargo, la revolución...». Gemía.

* * *

¡MUY ENFERMO TENÍA QUE estar para que le diesen tamaña sorpresa! Alrededor de su nariz los nervios marcaban profundas arrugas, deseaba ser grosero. Sí, por ejemplo, llamar camello a aquel camarada jefe —demostrarle hasta qué punto parecía realmente un camello—; pero el animal es útil y paciente; el animal atraviesa desiertos, desempeña una función valiosa en los intercambios comerciales; sobre sus jorobas ha llevado antiguas civilizaciones. ¡Pero usted, usted, ciudadano! No sé siquiera qué fangosas responsabilidades lleva usted a sus espaldas ni adónde nos conduce su caravana... En cualquier caso es usted de los que le cuestan caro a la revolución... Mijail Ivánovich, desnudo, tenía estos pensamientos mientras un médico le auscultaba. «Vuélvase... Bien... Acuéstese. ¿Paludismo?». La habitación estaba igualmente desnuda. Sentado con las piernas cómodamente cruzadas, un militar de unos cincuenta años observaba al hombre desnudo, sus arrugas nerviosas, su barba pesada y tupida bajo el mentón, más ancha en las mejillas, una barba simiesca de prisionero obcecado. Aquel militar lucía dos pequeños rectángulos en el cuello de la guerrera, tenía, por tanto, el rango de comandante de un regimiento o de jefe de una dependencia; se trataba, sin duda, de un colaborador de confianza del camarada Molchanov, miembro suplente del Comité Central, miembro del Tribunal del Servicio Político del Estado, miembro de la Conferencia especial, director del Servicio Secreto para miembros de la oposición.

—Vístase —dijo el médico.

El médico rellenaba ahora un formulario. Escribió algo en una ficha rosa que colocó posteriormente bajo la mirada del camarada jefe de dependencia. Este preguntó algo en voz baja y luego, al escuchar la respuesta, musitó:

—¡Ah, muy bien!

Mijail Ivánovich le oyó. Durante toda su vida aquel militar no había de pronunciar más que aquel *ah, muy bien*. Imbécil y satisfecho. El día que encuentre en su mesilla, bajo la pantalla de seda, una nota de su mujer que rece: «Amo a otro y tú no eres más que un gandul», sin duda dirá

maquinalmente: *ah, muy bien*. Cuando llegue el día en que le pongan a él también a la sombra por malversación de fondos del servicio (15 000 rublos de dietas injustificables), probablemente se quedará mirando a los ojos de su jefe, copia fiel de sí mismo, y a buen seguro dirá, *ah, muy bien, camarada jefe*.

—Venga —dijo el comandante.

Se encontraron los dos en un gabinete de trabajo amueblado con sobriedad. Tras el vidrio de la biblioteca unos libros franceses.

—¿Lee usted novelas francesas? —inquirió Mijail Ivánovich en tono agresivo.

—No tengo tiempo.

Sobre la mesa solo había un teléfono y un cuadro de timbres. El comandante miraba tranquilamente a Mijail Ivánovich. Le acercó una caja de asombrosos cigarrillos de cinco rublos. Esperó a que Mijail Ivánovich se hubiese arrellanado en la butaca y hubiese encendido... Esperó todavía un instante a que Mijail Ivánovich diera muestras de inquietud. Suspiró entonces y, como en un aparte, profirió: *Ejem, ejem*, en tono de indignación. «Tengo buenos nervios —pensó Mijail Ivánovich—. Puede seguir con su juego». En realidad, empezaba a sentir temor. La ficha rosa había surgido encima de la mesa y el comandante estaba releyéndola. De pronto dijo:

—Su mujer y su hija están bien.

—*Ah, muy bien*.

«Ahora soy yo el que digo *ah, muy bien*», pensó con amargura Mijail Ivánovich. ¿Seremos acaso intercambiables? Sería curioso. Idea de doble filo.

—Está usted enfermo... de cierta consideración.

—*Ah, muy bien*.

—Y la verdad es que no sé muy bien a cuento de qué está usted en la cárcel.

—Es magnífico oírsele decir —soltó Mijail Ivánovich exhalando un denso aro de humo.

El comandante inclinaba la cabeza. Su voz insignificante, semejante a un regato de agua gris, soltaba palabras, palabras.

—Me parece que, realmente, no vale la pena que nos andemos usted y yo con diplomacias. En primer lugar, lo sabemos todo. O, en cualquier caso,

mucho más de lo que usted se figura. No es usted un enemigo completo, pero tampoco está usted completamente con nosotros. No se enfade, me sé su expediente de memoria. Abandonó usted la Oposición en junio de 1928, solidarizándose con Iván Nikitich Smirnov. Pero en el cuestionario de la Comisión Central de Control dejó usted en blanco el apartado referente a sus relaciones en la Oposición. A pesar de esa falta de confianza respecto al Partido, que, en realidad, le hacía a usted indigno de su confianza, fue usted reintegrado. Cuatro meses después, en la carta dirigida a un contrarrevolucionario notorio, expulsado del Partido y que en la actualidad ha pagado ya sus crímenes...

Si una campana hubiese comenzado a tocar a rebato en su pecho, Mijail Ivánovich no la hubiese oído con mayor claridad sorda que la que tuvieron, en este punto, los pesados latidos de su corazón. Molestia en las sienes, en la garganta, respiración entrecortada... Sacha detenido. Esta era, pues, la razón de que ya no respondiese a las cartas. ¿Y por qué, dioses, por qué?

—Escribía usted: «Con las formas que adopta en la actualidad, con sus violencias y desorden, la colectivización terminará por alzar unánimemente a los campesinos contra la dictadura del proletariado». En términos velados hacía usted alusión a los motines del Uzbekistán. Considere que yo muy bien podría preguntarle cómo llegó usted a tener conocimiento de su existencia y atraer su atención sobre los inconvenientes del espionaje interior. Esa carta está en nuestro poder. Desde el momento en que fue enviada hemos poseído una copia, pero ahora también tenemos el original. Usted añadía: «Me temo que I. N. estaba equivocado. Su fidelidad le ciega y, en este asunto de ediciones fallidas, Trubkin-eldelapipa le toma el pelo como a todos nosotros...». ¿Recuerda? ¿O es que, tal vez, recuerde yo mejor su estilo que usted mismo? A veces llega uno a ver cosas como esta. Vamos, Trubkin-eldelapipa, vergüenza debería darle. ¿Puede usted imaginarse que no lo hayamos entendido? ¿Usted, un veterano de la clandestinidad, utilizando unos trucos tan infantiles para designar al jefe reconocido del Partido? ¿O es que lo va a negar? No, no haga gestos; en vez de ello, reflexione.

»Quería hacerse el gracioso. Y si yo le acusase de expresar ideas contrarrevolucionarias. ¿Protestaría usted? Pero ¿es que cuando contaba anécdotas a aquellas actrices de segunda pensaba usted ser todavía un leal miembro del Partido? «¿Sabe usted, Zina Valentinovna, cuál es la diferencia entre una gran desgracia y una calamidad pública? ¿No? Pues bien, imagínese que un jefe muy importante se cae a la calle desde un balcón del piso octavo

del C. C. Eso sería una gran desgracia. Imagínese ahora que logre sobrevivir; pues bien, eso sería una calamidad pública...”. No imito sus entonaciones, Mijail Ivánovich, pues la anécdota perdería su fragancia, ¿no es cierto? A esa bobita engreída de Zina Valentinovna la ha enviado usted muy lejos, a una región fría, con esas ocurrencias suyas que ella repetía por todas partes. ¿Va usted a negarme que a eso se le llama, en términos exactos, desacreditar a los dirigentes del Partido?».

Mijail Ivánovich sintió cómo se ruborizaba y luego se demudaba. Su frente empezó a humedecerse.

—Prefiero correr un tupido velo sobre sus conversaciones con Kostychev, que fue el que le pasó los números 10 y 14 del *Boletín de la Oposición*. Podría incluso citar sus propias palabras, recordar el desprecio con el que, en la intimidad, pronunciaba ciertos nombres...

¡Kostychev, Kostychev, también él! Un agente provocador, un cobarde o... Pero es completamente imposible. Además, no se mencionaría su nombre si fuese... ¿Quién entonces? ¿Cómo? ¿Su mujer tal vez? ¿Aquella rubia desvaída que dormía detrás del biombo —o que simulaba dormir mientras que seguramente escuchaba— cuando nosotros hablábamos en voz muy baja, cara a cara, con los codos encima de una hoja de periódico, delante de unos vasos de alcohol —vacíos ya—, con una tristeza mortal, solos, sin atrevernos casi a confesar nuestra inmensa inquietud?

—Se dedica usted a la enseñanza. Su curso sobre la Revolución francesa, si lo analizásemos, página por página, destilaría una propaganda contrarrevolucionaria tan insidiosa que ya no saldría nunca —sí, nunca— de los campos de concentración. ¿En quién estaba pensando al dictar su conferencia sobre Barras, Tallien y Bourdon? ¡Y esa distinción suya entre termidorianos de derecha y de izquierda, léase, los auténticos y los que lo eran a su pesar, ja, ja! ¿Se imaginaba acaso que estábamos dormidos y que los jóvenes que le escuchaban traicionaban en masa al Partido como usted? No hay línea sobre Babeuf que no constituya una alusión criminal...

Inmóvil, erguida la cabeza, en cuya faz había quedado impresa una mueca, Mijail Ivánovich se sintió casi abrumado, tan grandes eran su indignación y su asco. Imbéciles y corruptos. Veis alusiones en cada línea de mis textos porque los Babeuf de nuestros días se encuentran en vuestras cárceles. Sois vosotros la alusión viva a todas las contrarrevoluciones que en el mundo han sido... Pero es imposible, inútil incluso, decir una sola palabra.

Cualquier palabra habría terminado por volverse en su contra, convirtiéndose en lo contrario a la verdad al rodar por aquel cenagal. También estaba allí, con él, el miedo. La voz monocorde proseguía:

—Y, por último, se decidió usted a abandonar su aparente sumisión al Partido, formando, junto con Kostychev e Ilin, un Comité de Tres...

—¡Eso es falso! —gritó Mijail Ivánovich—. ¡Falso! ¡Falso! ¡Falso!

—Es cierto —continuó la voz monocorde—, hace usted mal en enfadarse de ese modo; han confesado, dispongo de sus declaraciones firmadas. Son perfectamente abrumadoras para usted. Ha alzado usted una mano criminal contra el Partido. No sé qué podría salvarle como no sea un sincero arrepentimiento, cuya sinceridad debería demostrarse...

He aquí, pues, lo que quieren. Saben perfectamente que lo que dicen es falso... ¿Qué es lo que quieren? Entre los dedos de Mijail Ivánovich, crispados y como ajenos a su persona, acababa de apagarse el cigarrillo del que pendía un grueso cilindro de ceniza. Cayó la ceniza blandamente. Así se desmorona una voluntad exhausta. Todo esto carece de objeto. Todo esto es absurdo. ¿Resistir? Inútil. Ellos todo lo pueden. Ceder una vez más, entrar en el juego, envilecerse, mentir, ¿para qué puede servir? Recordó entonces la auscultación con una cólera sorda...

—Camarada juez —dijo secamente—, todas estas divagaciones me han cansado... Envíeme a mi celda, necesito dormir. En cualquier caso, ya no contestaré a ninguna de sus preguntas...

Púsose entonces pesadamente de pie, apoyándose con ambas manos en el borde de la mesa, sin darse cuenta de que vacilaba. *¡Ah, muy bien!*, dijo con una especie de extraviada alegría, como si acabase de reconocer al hombre sentado frente a él y cuya mano, en aquel momento, acariciaba suavemente la funda del revólver.

—Estimado camarada juez de instrucción, escuche usted estos versos que adoro:

*Quedábanle al corazón
ciento veinte latidos*

ciento veinte latidos...

Pero lo más curioso era que al hombre todo aquello le traía sin cuidado...

—¿Desea usted solicitar una visita de su mujer? —dijo el inquisidor.

—No.

* * *

«LO MÁS PRUDENTE SERÍA morirme, y, sin duda, eso es lo que me va a ocurrir (... ciento veinte latidos...). Adiós, Ganna, Tamarochka. Ganna se volverá a casar. El gordo Bykov ya le ha tirado los tejos antes, quién sabe si no están acostándose ya. ¿Cómo iba a poder vivir si no con su sueldo de estadística? Bykov tiene una piel aceitosa, luce una mueca porcina; Ganna tiene la carne tersa y fresca y el alma como la carne, pero más indefensa. Que penetre esa carne y se imponga en esa alma... Adiós, Ganna, es preciso que la niña viva...».

(Eran pensamientos bajos e innobles que sumían al hombre acostado en un malestar repulsivo).

«No soy celoso y, sin embargo, la idea me produce náuseas como si estuviese mareado.

»Nos vencieron en 1923, porque todavía teníamos fe. Todavía teníamos confianza: ya era muy tarde. Ya solo éramos unos pocos miles los que queríamos continuar esa revolución de la que todo el mundo parecía estar harto. El mundo volvía a hundirse en su inercia cuando nada se había acabado. Elaborábamos teorías, buscábamos las fórmulas idóneas para la acción, deseábamos verdades explosivas..., mientras que otros, cien veces más numerosos, solo pensaban en pasar el verano en las ciudades balnearias, regalar medias de seda a sus mujeres, dormir con criaturas llenitas... Y tú también, hermano. Te pasabas los domingos jugando a las cartas y bebiendo vinos dulces de Crimea; y luego llevabas a casa por los malecones de la Moika a una Macha risueña, de dientes muy blancos en una cara lunar. Tú no la amabas, sabías que nunca la amarías, y no hablabais de amor; ella te consultaba acerca de la historia del Partido con voz distraída, pero, una vez

llegados a los parajes umbríos del Jardín de Verano, ella bien sabía que te detendrías bruscamente ante ella, que tomarías en tus manos resueltas sus codos y que, sin mediar una palabra, cubrirías su cara de besos húmedos; ella esperaba ese instante con todo su ser: vuelve a ver su cara inclinada, consintiendo, herméticos y fríos los labios, cerrados los ojos... Y luego volvíais a andar en silencio, y más tarde, a la luz del primer farol, reanudabas con un tono educado: *Tras el II Congreso, Macha, la tendencia unitaria...* Tú sabías perfectamente que la estabas desgarrando. Ahora este deslavazado recuerdo te desgarr a ti: porque tu existencia ha concluido. Todavía te aferras a ella si te sobrevienen estas emociones a flor de piel. Sin importancia, vaya. Uno cree ser único y que sin su presencia el universo se quedaría vacío, pero en realidad uno ocupa en el mundo el mismo espacio que una hormiga en la hierba. La hormiga camina acarreando un huevo de pulgón, tarea capital para la que ha nacido: tú la aplastas sin saberlo, sin que ella misma lo sepa, y nada cambia. Hasta el fin del mundo habrá hormigas que acarrearán valientemente huevos de pulgón en los graneros de su ciudad. No sufras por tu insignificancia, pero que te sirva de consuelo: pierdes muy poco al perderte a ti mismo y, en cuanto al mundo, él sí que no pierde nada. Desde los aviones puede verse perfectamente hasta qué punto las ciudades son hormigueros...

»... Tiflis, el Kazbek, el Elbrús, Rostov, Moskva, desde lo más alto del cielo. Los glaciares son como estrellas que hubieran estallado en la tierra. ¿Por qué ese otro que vive en ti deseaba tanto caer aquel día? Tú tenías miedo, pero el otro se inclinaba hacia los glaciares con un vértigo embriagador. Y era que estabas pasando fronteras en tu interior. Hasta entonces nunca habías caído tan bajo ante ti mismo como en aquellos instantes en que estabas bañado por la luz del cielo. Desde aquel día se acabó tu valor, tu rectitud. Se acabaron las cimas, y en lo sucesivo ibas a caminar por las llanuras de la cobardía. Acababas de decidir la ruptura y repetías: *la resistencia es imposible, imposible* cuando, por fin, apareció el Metek, recortado en rojizos bloques de piedra y en sombras casi negras por efecto del sol poniente. Del Kura, surcado de espumas, emanaba frescura. Unas lavanderas aclaraban su colada, Tamaras, Tatianas, y tú, tú, al que ellas ni siquiera podían adivinar, mil metros por encima de ellas, les decías con ternura: “Muchachas, soy un cobarde, nunca améis al que se me parezca”. Seguramente tras las enrejadas ventanas del castillo había caras de prisioneros levantadas para ver pasar el R. 2 en el que tú volabas, con casco y atado, embriagado por la velocidad, portador de aquel mensaje gubernamental secreto del C. C. de Georgia al C. C. de la Unión Federativa —y tu pequeña derrota—, tu mezquina pequeña derrota...

»¡Qué bella era la tierra! Estepas y luego bosques, mapa vivo y movedizo, colorido intenso. Los follajes ondulaban hasta el infinito, el sol cegaba vuestros ojos. Gregor se volvió gritando sobre el ruido atronador de la hélice y de pronto caíais, caíais con magnífica lentitud. El bosque desaparecido dejó paso a unas altas rocas recortadas en azul y oro por unas sombras sorprendentes. Un río de cielo las perfilaba. Allí estuviste a punto de gritar de alegría ante la posibilidad de caer mientras tus miembros se estremecían de angustia con un ligero temblor histérico. La pérdida de aquel documento secreto, sin duda, habría retrasado por unos días algunas de las infamias que llevaba aparejadas el desmoronamiento de una revolución... La hélice, que se había callado, restalló de nuevo. En el horizonte apareció Rostov, pesadas sombras agazapadas sobre la tierra crispada —penetrada por el mar como por una hoja de acero—, torcida.

»Nos habían vencido en el 27. Sacha volvió de Wu-Han. Tú recorrías los dormitorios de los obreros del Zamoskvoretchik con tu cazadora repleta de papeles mecanografiados. Tras cada escalera que subías ibas descubriendo mejor la vieja miseria. El proletariado victorioso había vuelto al tugurio. El tiempo iba ennegreciendo el papel de las paredes, en los rincones de las habitaciones se veían refilones de humo y adivinabas cómo, por la noche, el hombre desnudo debía deshacerse del calor de la mujer para ahumar las chinches. La vida sórdida. Cinco o seis caras preguntaban: ¿qué noticias hay? Cada uno de ellos había seguido enrevesados vericuetos para evitar que le siguieran. Tú pensabas: “De todas formas, *ellos* lo saben todo; además, entre estos cinco seguramente hay un provocador. ¿Quién de ellos? ¿Quién de ellos?”. He aquí las noticias, camarada: Trotski ha conseguido hablar durante cinco minutos en el C. C. en medio del clamor. Veintinueve expulsados en la fábrica Bogatyr. Wu-Han desautoriza el alzamiento campesino de Chan-Cha. Treint^[2] pasa a la oposición en Francia... Esta era la única buena noticia del momento y se comentaba, pero tú ya sabías que en realidad no tenía importancia alguna dentro de todo aquel naufragio inmenso... No lo decías, cumplías con tu deber, explicabas las tesis de Treint. La única esperanza verdadera era el retorno a la ilegalidad. Llenar las cárceles de hombres leales, ya que todo se hunde. Volver a empezar. ¿Y después? Después se pondrán a matarnos. No cometerán el error de dejarnos vivir en las cárceles. ¿Y entonces? Aguantar a pesar de todo. Tal vez algunos sobrevivan. Pero ¿y los cobardes? ¿Los cansados? Sacha, al volver de China, con la memoria llena de sangre, solía hablarte de noche, cuando tomabais el último té, sentados en los extremos de un sofá desvencijado. (Alrededor vuestro se amontonaban los

libros en las estanterías. La mesa estaba yerta, cubierta de ceniza y de portaplumas oxidados. Para qué guardar u ordenar las cosas si...). Sacha decía:

»“Con los métodos científicos de represión ni siquiera una máquina de escribir puede escapar al control. Habrá tantos delatores como camaradas. Más aún, si es preciso. Créeme, esto se ha acabado. Después de lo de Alemania, después de lo de China, solo podemos trazar una cruz sobre nosotros mismos. La revolución ha encallado en la arena hasta dentro de veinte años. Los últimos que hablen de ella tendrán toda la razón, pero los van a despedazar. Anda, dame de beber. Sí, llena el vaso. Hasta que no estoy completamente borracho no me permito dejar de ver claro. Escúchame, hermano. Los chinos son estupendos. Por la noche nuestros sindicatos colocan unos cartelitos que dicen: ‘Comaradas, calma, disciplina, etc., entregad las armas...’. Por las mañanas ves pasearse por las calles a unos oficiales jóvenes vestidos de caqui, que llevan gafitas redondas. Unos tipos repugnantes por donde quiera que los mires. Agarran a quien sea; en fin, los de cara de proletario, ya me entiendes, se reconocen rápido, lo llevan ante un tenientillo con principios que pronuncia una palabra sin mirar al desgraciado. Y entonces te das cuenta de que allí mismo hay también un fornido chicarrón de cabeza pelada que blande un sable curvo. Sin decir una palabra, el proletario se pone de rodillas y presenta el cuello. ¡Son gentes que saben callarse delante de los verdugos! No puedes olvidarlo. Es horrible: el bestia aquel se prepara, el sable voltea en el aire y la cabeza salta de un solo golpe, la sangre salpica a un metro como un surtidor. Yo estaba fumando en el borde de la acera, al lado de dos americanos que apestaban a *whisky*. En el bolsillo llevaba la directiva formal del Ejecutivo: *Prohibir y desautorizar la resistencia*. Nunca he deseado tanto que alguien me reconociese por casualidad y me matase en cualquier rincón. Si hubiese sido antes de transmitir la directiva, probablemente mi muerte habría prestado un gran servicio a la revolución...”

»Sacha proseguía:

»“Pero hay que firmar la declaración de Iván Nikitich^[3]. Capitular. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Ir a la cárcel de nada serviría. Que nos dejen al menos construir fábricas, impedir que los especialistas, con esas competencias tuyas tan irresistibles como falsas, que sabe Dios dónde nos llevan, nos quiten también eso. Piatakov está en lo cierto: debemos convertirnos en técnicos. Si la revolución puede renacer algún día, lo hará sobre una base técnica regenerada, con un nuevo proletariado. Cuando llegue ese día, estaremos acabados pero habremos servido para algo. Los que hablan de resistir están

locos: o bien serán aplastados como moscas, o bien la contrarrevolución les dará fuerza primero para arrollarlos más adelante”.

»“¿Pero no está dándosela ya al propio Comité Central?”.

»Solo te atrevías a decirlo porque ya estabas bastante borracho y Sacha gritaba: “¡Claro que sí! Eso es: estamos ya entre dos contrarrevoluciones; está clarísimo, ¿no?”. Tiró la botella vacía por la ventana y esta cayó en un solar asustando momentáneamente a los gorriones. Tú sentías tu cara como una máscara de piedra, soldadas las mandíbulas. Cuarenta y cinco años. El desgaste. Más cobardía que vigor.

»“¡Sacha, amigo mío, ganas me dan de partirte la cara! ¡Me gustaría que me derribases de un puñetazo!”. “No —dijo Sacha gravemente—, voy a buscar otra botella”.

»Sacha está en la cárcel. Una pequeña burguesía feroz nos acosa incluso cuando nos hemos rendido. Teme nuestro pasado, nuestros silencios. Cuando cedemos, se imagina que queremos engañarla. Cuando nos sumamos a ella, por cansancio, para poder seguir viviendo, se aterra ante la posibilidad de que un día podamos traicionarla. Para ellos nunca estarán suficientemente castrados los hombres del 17 y del 20. Llegaron a la tierra prometida, probaron el pan nuevo, pasaron las pruebas del fuego, del hambre y de la certeza: han quedado marcados para siempre.

»Peor para nosotros».

* * *

AL DÍA SIGUIENTE PIDIÓ papel para escribir al Comité Central y, una vez más, hizo acto de sumisión. Todas las palabras precisas figuraban: la construcción del socialismo, la gran sabiduría del C. C., lo acertado de sus tácticas, la renuncia a los errores debidos a la incomprensión, a la mentalidad pequeño-burguesa, a la contrarrevolucionaria influencia de unos excamaradas que en la actualidad ya habían sido desautorizados y ridiculizados. Escribía todo aquello con los rasgos tensos, aplastada la boca en una mueca crispada, maligna y despectiva a la vez. Cuando acabó, tragó saliva, esbozó una sonrisa que se volvió bostezo y se oyó decir en voz alta:

—¡Anda, canalla!

Entreabriose la chivata... «Está prohibido hablarse en voz alta, ciudadano». A lo que Kostrov repuso con cierto énfasis:

—He aquí mi carta al C. C., ciudadano.

II

Las Aguas Negras

LOS HIELOS DEL CHIÓRNAYA se abren tarde, a mediados de mayo. Llegado ese momento, ya han desaparecido las nieves salvo en algunas hondonadas umbrías; en el llano se estancan espejeantes manchas de agua. Y puede verse que hasta ellas llegan alborotadas bandadas de pájaros. Desaparecida la blancura que la cubría, la tierra cae presa de las aguas, de las alas, del cielo. ¿De dónde vienen tantos pájaros? Los hay que vuelan formando triángulos. Otros se agrupan en nubes que describen curvas, giran sobre sí mismas y se deshilachan como nebulosas. Entre la tierra y el cielo se va propagando un gozo sereno. Una vez terminada su jornada, las gentes de Chernóé suelen detenerse en el altozano que domina el río para contemplar esa extensión en la que nace la primavera. Son gentes meditabundas, parecidas en ello a la tierra lodosa que pisan, semejantes a toda su pequeña ciudad, con sus casas hechas de troncos de árbol a los que el tiempo imprime un color ceniciento. Una vieja musita: «Ya están aquí los somormujos... (Suspiro). Cuando yo era joven, padrecito...». ¿Había acaso más somormujos desplegando sus alas sobre la estepa cuando ella era joven? Un hombre, con la gorra encajada hasta los ojos, embutido en su corto gabán de piel parda, se dice en voz alta: «Todavía faltan ocho días para que el Chiórnaya se abra del todo...». Unas voces jóvenes protestan entonces: «¡Anda, ciudadano, no mientas con tus ocho días! ¡Estará loco!». Ocho días más serían, en verdad, una espera demasiado larga para ese deseo de vivir que le embarga a uno tras el deshielo, cuando siete meses de frío te han transido hasta el alma. («Además ni siquiera come uno; sopa de coles agrias y pan de centeno, eso es todo, en resumen: pura mierda; y no es suficiente; dígame, ciudadano ¿puede acaso el organismo resistir tales fríos sin materias grasas?»). El cielo adopta reflejos de perla casi azulados; de él desciende una cierta paz que uno podría tomar por esperanza.

—... Si se lo creyese uno —ríe sarcásticamente Avelii, de joven perfil aguileño—. Primavera, hermanito, significa siembra. Siembra significa represión. Represión significa: nada de trigo en agosto, nada de pan en diciembre. Estamos buenos.

Y Rodión, a su lado, siguiéndole el hilo, responde:

—... Después de las brigadas de choque van a tener que inventar algo nuevo para hacer trabajar a la gente... Mira el llano. Ya ves, por allí había caminos y por allá, hacia el bosque del Oso..., y ya no hay, porque ya no hay carretas, ya que no hay caballos.

Son dos mozos vestidos de pieles de cordero, gris una y marrón la otra. Viejas gorras de orejeras ciñen sus cabezas. Cuando te miran dan la impresión de estar burlándose calladamente de ti con una brizna de aplomo, el suficiente en cualquier caso para diferenciarlos, al primer golpe de vista, de todos los demás muchachos de la ciudad. ¡Somos proletarios, eh! Y además estamos bajo la protección particular de ya sabe usted quién. Así que nosotros tenemos un poco de derecho a pensar. Y lo pagamos. Y también derecho a hablar, puesto que ya estamos deportados; y además no somos de los que se arrepienten. Todos dicen que sí y dan educadamente las gracias cuando los de la Seguridad les acarician el trasero con la punta de la bota. Nosotros somos los únicos hombres libres de toda la tierra socialista, nosotros, los que no tenemos pasaporte, los que acabamos de salir de la cárcel y estamos dispuestos a volver a ella, los que estamos obligados a registrarnos cada cinco días y a llevar un papel administrativo que dice:

U. R. S. S.

R. S. F. S. R.

Servicio Político del Estado

Delegación de Chernóé

Certificado expedido al ciudadano... deportado por resolución administrativa, en virtud de una decisión de la Conferencia Especial del S. S. E. Queda obligado a presentarse cada cinco días en el despacho del comandante. Se le prohíbe rebasar los límites de la ciudad en más de quinientos metros.

Firmado: El delegado del S. S. E. El secretario. (Sello, fecha y número de orden en tinta roja).

*No sirve como permiso
de residencia*

Lo más difícil es no tener botas de goma durante el deshielo; y no poder comer cuando se tiene hambre por la noche...

—¿Te has dado cuenta, Rodión, del hambre que le entra a uno en primavera?

El lindero de los bosques va ensombreciéndose por el horizonte. Unos campesinos que huían de la servidumbre construyeron, hace más de dos siglos, la pequeña ciudad en un meandro del río, sobre un promontorio. Creían haberse adentrado en el Norte inclemente lo suficiente como para que se olvidasen de ellos. En realidad se equivocaban a medias, pero ¿qué hacer? Por muy lejos que hubieran llegado, un día sus nietos tendrían que volver a emprender la huida.

Desde el paseo de la Revolución (aunque en realidad sobre el altozano no haya más que un vago bulevar descuidado cuyo pavimento se rompe súbitamente en negras aristas de piedra, cien metros por encima del río) se descubren, a cincuenta kilómetros a la redonda, trazos de llano y bosques que se alzan como una marea; ni una señal, ni una casa, ni una luz en la noche. Durante la noche no hay más luz que la del cielo, pero cuando llegan las grandes heladas o en algunas maravillosas noches de verano que parecen estremecerse con una caricia universal, las estrellas brillan con un resplandor sobrenatural que acrecienta las ganas de vivir. Chernomé significa «el pueblo negro», y Chiórnyá «las aguas negras». El nombre del río se debe, a pesar del alegre flujo de sus rápidas aguas, tal vez un poco turbulentas, que arrastran sin fin, retazos de cielo, al lecho de piedras oscuras que se distinguen bajo los reflejos, cerca de la superficie. También son negras las rocas, quebradas por algún cataclismo geológico, que afloran en la pequeña ciudad. Así modelan la tierra las revoluciones, enterrando y destrozando bosques enteros cuando aún estaban henchidos de rumores de pájaros... Cuenta la tradición que Seráfimo Bezzemelný —Seráfimo Sin Tierra—, que huía más de la falta de fe que de la servidumbre, al llegar al promontorio con Nadiejda, su mujer, sus hijos, sus nueras y sus nietos, clamó: «¡Alabado seas, Señor! ¡Se ha cumplido Tu voluntad! Sobre estas negras piedras hemos de construir nuestra ciudad; sobre estas negras piedras comeremos el pan negro de los tiempos del Anticristo...». Tiempo atrás había soñado que estaba sentado sobre una cumbre frente al Norte desierto y que allí había presentido su muerte y había dicho: «Señor, no apartes de mí este cáliz porque quiero dar testimonio de mi fe». El Señor escuchó esta oración, la única que seguramente oía, desde hace siglos, subir de todas las Rusias, en donde cada cual, no lo dudéis, suele apurar su amargo cáliz hasta las heces; y así sigue siendo. De la roca surgieron grandes casas hechas de troncos; ondularon en agosto los trigales pálidos y dorados; las

jóvenes, que accionaban las poleas con las que, dos veces al día, se subían toneles de agua clara del Chiórnyaya, fueron trazando con sus pies desnudos, sobre la hierba, sobre la tierra, sobre la propia roca, ese mismo sendero sinuoso que aún recorren doscientos años después; bajo el sol del verano, se bañaron en el Chiórnyaya los cuerpos luminosos de los niños, embriagados de frescor y de audacia, pues sabido es que hay en él pérfidos remolinos que todos los años pueden arrastrar de pronto a alguna de esas temerarias cabezas alborotadas a las simas definitivas... Suelen encontrarse los pequeños cadáveres, a unos tres kilómetros río arriba, varados en un banco de arena sobre el que parecen dormir desesperadamente, lavados y maltrechos, en un resplandor azulado irreal. En el tiempo en el que se fundó, la ciudad tuvo diez años de paz. Más tarde murió en la hoguera el gran hereje en Pustozersk, Desierto de los Lagos, confín del mundo nórdico; y el gran patriarca perseguidor murió víctima de la persecución, y sus restos, transportados en una barca, descendieron otro río diferente entre las oraciones y los sollozos del pueblo. Seráfimo Sin Tierra rezó por el alma de aquel hombre de fe que atentó contra la fe, dividió a la Iglesia, traicionó, desterró, persiguió y ultrajó a los verdaderos creyentes. Otro patriarca, que solía organizar sus rencores de acuerdo con su administración, se acordó de Seráfimo y le mandó llamar al Kremlin y le ofreció el pan y la sal y el perdón diciéndole con cristiana unción: «Arrepiéntete, Seráfimo, y serán olvidadas tus faltas y yo te bendeciré». A lo que Seráfimo replicó con un grito: «¡Arrepiéntete tú mismo o calla, desvergonzado siervo del Maligno!». Encadenaron entonces a Seráfimo en un sótano del monasterio de la Trinidad. El invierno era allí eterno. Oyó doblar las campanas de la fe falsa, mas le bastaba con entornar los ojos para ver la Santa Faz y quedar embargado de paz. Y entonces, temblando, entrechocándose sus dientes, porque su voluntad era tan grande como su fuerza, repetía: «Señor, no he de renegar de Ti, no he de renegar de Ti, no he de renegar de Tu pueblo». Murió allí, tras años de obstinación, torturado por la nostalgia del espacio límpido y de las piedras negras y de los hijos de sus hijos. A veces suele referirse su vida, con muchos más detalles, en las largas veladas de invierno; estos son los relatos que sueltan la lengua de Tijón, el inválido, el que hizo toda la campaña del Ural a las órdenes de Blücher, en el 18; y entonces él suele relatar batallas y cautiverios, y, sobre todo, cómo fue fusilado en las orillas del río Bielaya, el Blanco. El oficial dijo a la fila de prisioneros: «Los judíos y los comisarios que den tres pasos al frente». Salieron tres. Tijón salió con ellos, a su lado —era entonces un mozalbete rubio y andrajoso—. «¡Hijo de perra, tú no eres ni judío ni comisario! ¿Qué te pasa, mocososo, quieres que

te peguen un tiro?», le gritaron. «Estoy a favor de la Comuna, Señoría», dijo Tijón, que ni siquiera sabía lo que era aquello y que sentía cómo el miedo bramaba en sus entrañas. El miedo le salvó, al hacerle caer en el barranco una centésima de segundo antes de que las balas le tocasen. Él es quien ahora vende cigarrillos —cuando los hay— en el puesto de la Unión Regional de Cooperativas, *Ray-Koop-Soyuz*, en la plaza del mercado. Todavía se encuentran entre los habitantes algunos apellidos significativos: hay un Seráfimo Serafimóvich, una Nadiejda Serafimóvna, que vende pepinos en salazón, una Liubov Serafimóvna que es miembro del Partido, y el secretario del Soviet se llama Avvakum Nestoróvich.

Entre Seráfimo y Tijón, dos siglos sin historia han pasado sobre Chernoeé, el Pueblo Negro, sobre las Aguas Negras. En los albores del siglo XVIII, los zirianos asediaron la ciudad; disparaban saetas de junco cuyo dardo era una espina de pescado. (Aunque tal vez no eran zirianos). Aproximadamente cada treinta años la ciudad ardía por los cuatro costados, de manera que las generaciones han ido sucediéndose de incendio en incendio y todas las mejoras introducidas tienen algo que ver con grandes calamidades. La revolución se hizo sola: tras la huida del comisario de policía, un deportado político reunió al médico, el agrónomo, el veterinario, los maestros de escuela, los obreros de las pesquerías, un cochero y un cartero y les expuso que, en lo sucesivo, ellos integrarían el Comité Provisional de Autoadministración de la ciudad y el distrito. El agrónomo Babulin, un hombre espeso, de frente baja, dijo entonces: «Ya comprendo. *Res-publica*, la cosa pública. Estupendo. ¿Qué vamos a hacer?». El cartero propuso la redacción de un mensaje dirigido al Gobierno Provisional del príncipe Lvov y el médico que se dispusiese la vacunación de los niños en edad escolar...

* * *

LA GRAN TORMENTA QUE se gestó durante siglos se iniciaba con toda sencillez. ¿Dónde están ahora los protagonistas de aquellos días del pasado, quién los recuerda aún? Cada deshielo renueva a la tierra. El deportado político, un socialista-revolucionario al parecer, a menos que fuese un populista, un maximalista o cualquier otra cosa, se llamaba Lebedkin. Desde hacía tiempo se le veía en invierno vestido con una pelliza negra que cambiaba, en verano, por blusas blancas ceñidas con un cordón de seda; lucía una perilla filamentosa y hablaba en un tono medio jocoso, medio profesoral.

Desde su juventud releía los mismos libros, los de Buckle, Lavrov y Michailovski; y seguramente pensaba y repensaba una y otra vez las mismas ideas. No pareció sorprenderle, en aquella mañana de su duodécimo año de deportación, el descubrimiento, al desarrollar la bobina de telegramas que le había llevado su amigo el cartero, de que, por fin, todo se había consumado. «Vaya —dijo asentando sus anteojos sobre el caballete de la nariz—, hemos vencido». Y añadió con un aire soñador: «Ahora la madrecita Rusia va a empezar a pasárselo bien...».

Pocas noches después recibió una visita singular. Alguien golpeó suavemente en los postigos en el momento en que, tendido en su sofá, se disponía a apagar el quinqué. Entonces Lebedkin, envuelto en un vetusto batín, abrió la ventana, empujó el postigo y distinguió en la penumbra un rostro de rasgos toscos, encuadrado por las orejas de un viejo gorro de piel. Una nariz muy ancha, unos ojillos oblicuos. «Ahora es usted el alcalde —dijo el hombre con voz monocorde—, pues a mí también me hace falta dinero, Iván Vassilich». Lebedkin se acodó en la ventana porque aquella noche de mayo era casi tibia; las constelaciones reinaban sobre un silencio de vertiginosa suavidad. «Le escucho, camarada...». «Yo no soy nadie, —dijo el hombre—, no soy nada. Pero puedo comprender muchas cosas. Soy un pescador del barrio bajo, me llamo Alexei Matiuchenko. Bueno, eso a usted le dará igual y a mí también. Es que necesito dinero, Iván Vassilich, para ir a Petersburgo, por la causa, ¡ea!». Lebedkin observaba atentamente aquella cabeza opaca que se recortaba sobre la Vía Láctea. «¿Dinero? —dijo sin llegar a comprender—. ¿Y para qué?». Los ojos del hombre, del tamaño de las mayores estrellas visibles, estaban muy cerca de los suyos, sus alientos se mezclaban. «Hay que degollarle —dijo el hombre—, y le degollaré yo o todo se irá a la mierda y no se llegará a nada...». Había plantado sobre el alféizar de la ventana una mano ancha y rugosa, con los dedos bien separados. «¿A quién?», preguntó Lebedkin. «Al zar, a Herodes». Lebedkin daba pequeños tirones a su perilla con la punta de los dedos. ¿No podría alcanzar las estrellas solo con extender la mano? Aquel silencio tenía algo de milagroso. Sin embargo, se limitó a poner su mano sobre el hombro del pescador Alexei Matiuchenko, oyéndose a sí mismo responderle: «Tal vez estés en lo cierto, camarada Alexei, y harás bien en ir allí, si bien ese asunto es de difícil realización. Yo soy demasiado viejo, ¿comprendes? Pero dinero no tengo, hermano». «Entonces —dijo el otro— iré andando. Robaré. Pero llegaré. Tú cállate». «Sí —dijo Lebedkin, despacio—, ahora lo que se plantea es la cuestión del poder... De un poder que nunca ha existido antes, que tendrá una fuerza sin nombre, sin fondo, despiadada y

generosa...». «Despiadada primero —susurró Matiuchenko—: para limpiar la tierra. Ya seremos buenos después... Ya habrá tiempo». Por un momento pareció que sonreía: «Yo no podría serlo antes». Se dieron la mano. Matiuchenko descendió a grandes zancadas hacia el cercano abismo en el que las Aguas Negras se estremecían, como eternamente lo habían hecho.

Lebedkin volvió a cerrar los postigos, se acostó, se arrojó con su pelliza, vaciló un momento antes de apagar, pues había sentido la tentación de releer algunas estrofas de Nekrassov. En las tinieblas solo pensó en un nombre: Rusia, Rusia, y era terrible y dulce, era como la respiración de un ser cercano, primitivo y enigmático, inmensamente poderoso, que estuviese durmiendo allí mismo. Lebedkin se dormía entre dos sueños que eran dos temores. Pensaba en un viaje a Petersburgo sin atreverse a emprenderlo por miedo de no encontrar a nadie allí después de tantos años. Fíjese: un año de prevención, dos en la Central de Orel, dos en Tobolsk, doce de deportación... ¿Volver para encontrarse solo, ignorado, desamparado, inútil en el fárrago de la revolución? La libertad también es bella en Chernooé... A veces, para contemplarla en su alma, solía sentarse en una piedra negra que se encontraba en la cumbre de la cresta desde la que se dominaba el río y la llanura, en el mismo sitio en que otrora solía meditar Seráfimo Sin Tierra. El segundo deseo, la segunda ansiedad también estaban presentes. ¿Volveré alguna vez en mi vida a tener un hombro cerca de mi hombro; la suavidad de un cuerpo abandonado por la noche, cerca de mi cuerpo? Presentía que nunca, nunca más ocurriría, que su carne desolada ya no merecía esa felicidad inmensa, que ni siquiera volverían nunca más sus manos a atreverse a asirla; y entonces, como un niño desgranando perlas, musitaba para sí unos nombres dulces y tentadores: Tatiana, Galina, Vera, Nadia, Liuba, Irina, Vassilissa... Nadie. La antigua calle Karnaujov, sede actual del Club de los Sindicatos y del restaurante núm. 1 de la Alimentación Social, se llama ahora calle del camarada Lebedkin, porque una mañana le encontraron allí, caído tras una de las vallas del mercado de pescado, con el cráneo abierto. Su cerebro se había derramado sobre los dientes de león, pero todavía conservaba intactos, sobre el caballete de la nariz, sus anteojos de montura reparada con hilo negro.

HAN PASADO LOS AÑOS, pesados y agitados; la calle Kazatzkaya o de los Cosacos ha pasado a ser la del Ejército Rojo; la antigua Traktirnaya, calleja de la posada, se llama ahora bulevar de los Soviets; la plaza de San Nicolás es la

plaza Lenin; hay una calle Marty que bordea el parque y corta la calle Clara Zetkin, anteriormente Ivanovskaya... El Servicio de Seguridad Política está sito en la mansión del viejo Ananiev, el que explotó a los pescadores durante medio siglo; a Ananiev le mataron en el 18, en el umbral de su puerta. En el 31, uno de los años peores, el instructor de los Sin-Dios, de nombre Petrochkin, trajo del Centro directivas nuevas y los pescadores y curtidores, que se hallaban reunidos en asamblea conjunta en el cine Komintern, votaron, por unanimidad de los diecinueve asistentes, la demolición de la iglesia; al negarse el Soviet a habilitar los créditos necesarios por falta de dinero, los Sin-Dios y el Partido movilizaron a los trabajadores para una jornada de trabajo voluntario; previamente habían puesto hábilmente en circulación el rumor de que el objeto de la operación era descargar los camiones de la Cooperación Regional que habían llegado con un cargamento de mercancías manufacturadas... Trescientos voluntarios respondieron inmediatamente al llamamiento, pero cuando se les dijo que de lo que en realidad se trataba era de derribar la iglesia de San Nicolás para acabar con la superstición capitalista, imperialista y feudal, que es el opio del pueblo y la hidra utilizada por la contrarrevolución, solo quedaron veintisiete, los mejores, la verdad sea dicha, los jóvenes más conscientes, «la flor y nata de esta comarca», como escribió Petrochkin en su informe al Comité Regional. Así que transportaron los iconos y ornamentos de la iglesia a la plaza para quemarlos, pero «una muchedumbre inconsciente, aleccionada por los campesinos acomodados y los popes intervencionistas, nos arrancó por la fuerza aquellos bienes, patrimonio de la nación, que nos disponíamos a destruir por el fuego, por el bien de los trabajadores, lo que prueba que las creencias atrasadas están aún hondamente arraigadas en la conciencia de las masas no proletarias y pequeñoburguesas de Chernóé, presa del oscurantismo secular...» (informe de Petrochkin). Entonces, los veintisiete conscientes se dedicaron a romper los cristales de las ventanas, porque era lo más fácil, y emprendieron la demolición de la cúpula azul de la iglesia, sobre todo porque estaba rodeada de un andamiaje, colocado para llevar a cabo alguna reparación, que les facilitaba el acceso. Solo consiguieron abrir un boquete. La cruz dorada, que se mantenía en equilibrio gracias a un contrapeso, se inclinó a un lado sin llegar a desplomarse; y así está todavía, vencida sobre el destino de los hombres; y puede que ya no sea una cruz, sino una interrogante equis; la cúpula destrozada sigue así, entreabierta; y la verdad es que resulta embarazoso, porque posteriormente la iglesia ha sido transformada en almacén de mercancías de la Cooperación-Industrial-del-Radio, *Ray-Prom-Koop*. (Afortunadamente las mercancías suelen ser escasas y

se distribuyen rápidamente). El caso es que ahora está llena de cajas vacías medio podridas; el viento se cuele por la grieta de la cúpula, remolinea en el vacío y se escapa por las estrechas aspilleras, con lo que el edificio emite un rumor continuo que hace persignarse a las viejas. «Oye a los malos espíritus celebrar su aquelarre...». Frente a la iglesia, sobre un minúsculo cerro cubierto de césped, se colocó un busto en bronce de Lenin cuyo pedestal es el mismo que tenía el busto del zar Alejandro II, donado por el rico Ananiev a la ciudad. Está rodeado de alambre de espino, como medida de precaución contra las tropelías de los niños. Ese bronce negro parece ínfimo en el conjunto de la amplia plaza, allí, solo en su círculo de hierba, en medio de una considerable extensión de tierra apisonada. Lo más frecuente es que ni siquiera pueda uno acercarse a él por el barrizal que suele formarse a su alrededor. Da la espalda a la iglesia y tiene enfrente tres edificios: el Comité del Partido, la cervecería Salomé y el Soviet; a su derecha está la Seguridad; a su izquierda, el club reservado de los militantes responsables y del Servicio Político. Este es el corazón de la ciudad de las Aguas Negras. Por la noche, cuando hace buen tiempo, la gente suele pasearse por los trescientos metros de aceras de madera, iluminados por unos cuantos faroles, que van del cine Komintern a la cervecería Salomé; y son tantos, que sus voces y sus pasos producen un rumor de colmena. Ahí es donde se esbozan los encuentros, nacen los amores y surgen los celos, ahí es donde merodean los chiquillos que se dedican a la reventa de cigarrillos sueltos, dispuestos a desvalijar, con un rápido corte de navaja de afeitar en el bolsillo, al representante de las Cooperativas Regionales llegado esa misma mañana. Los jóvenes siguen a las muchachas, que andan cogidas del brazo, ocupando todo el ancho de los tablones, reblandecidos por la humedad, y siempre hay alguna que se vuelve, erguido el busto, nítido el perfil, única en el mundo, para responder a algún mozo. Por ahí pasan Elkin, Ryjik, Avelii, Rodión y Varvara Platónovna, separados y juntos, prodigiosamente libres y miserablemente cautivos, siguiendo cada uno el camino de su fe, un camino hartamente áspero. Cuatro hombres, una mujer, cinco peligros para el régimen, cinco expedientes, cinco circulitos de los que encierran nombres y números en el gran mapa (secreto), enteramente cifrado, de la deportación de los disidentes comunistas, contrarrevolucionarios de izquierda, de extrema izquierda, de derecha, sin tendencia y bien pensantes, en un despacho (secreto) de Moscú, en el Tribunal especial de la Seguridad, conectado por línea directa con el Kremlin (secreto), por línea directa con la mesa de trabajo del secretario general (secreto), conectado en definitiva, por línea directa con el laboratorio (secreto) de la historia...

* * *

ELKIN RECORRÍA AQUEL TRAYECTO dos veces al día. Trabajaba en el Trust Estatal del Pescado, *Gos-Ryb-Trust*, en la elaboración de planes de capturas, almacenaje, distribución de materias primas y demás, para el año en curso, el año siguiente, los tres años siguientes, todo ello según las directivas del Centro Regional, del Centro Pansoviético, de la Comisión Central del Plan, del Comité Central y del jefe (en aplicación de los memorables seis puntos que determinaban las reglas del nuevo concepto del trabajo). «Yo sé —solía decir— lo que se *debe* pescar dentro de cinco años. Pero ¡ay!, nadie sabe lo que realmente se pescará...». El *trust* estaba en la esquina de la calle de las Prisiones, encima de una cooperativa repleta de corbatas inútiles y de polvos dentífricos que la gente solía utilizar, en primavera, para blanquear las paredes; era una fila de oficinas donde se oía el continuo crepitar de máquinas de escribir y calculadoras.

La calle de las Prisiones conserva su nombre por un azar constituido por toda una sucesión de olvidos o tal vez por el hecho de que, a veces, la verdad sin violencia mediante las palabras mismas se imponga con las que se trata de disimularla. Desde el momento en que una disposición del Consejo Regional elevó a Chernóé a la categoría de capital del radio, la vieja y pequeña prisión de antaño dejó de bastar para alojar a los excampesinos acomodados desposeídos, a los campesinos medios y pobres que habían sido cómplices de los acomodados, a los pequeños funcionarios rurales indulgentes con los mencionados enemigos del socialismo, a los prevaricadores, a los dilapidadores, a los... Así que se requisaron las casas vecinas, se colocó alambre de espino en sus ventanas y se dispuso delante de ellas a unos guardias que suelen ser también presos, si bien es cierto que se reclutan entre los miembros del Partido; de todo lo cual resulta una calle discretamente animada. Al final, el cielo, ya que desemboca en el bulevar que bordea el acantilado. Un cielo cristalino casi siempre, pálido y tan límpido que revela su infinitud y suscita en pleno día el anhelo de ver las estrellas. Frente a la prisión, en invierno como en verano, unas mujeres de edad indefinida venden pipas de girasol por vasos. Hay gente que viene a hablar con los presos desde la acera... («¡No tan fuerte —dice el centinela—, y no tan cerca, ciudadana! Vamos, que esto no es un club». «Sí, hombre —le dice Elkin al pasar—, el club de la Voluntad del Pueblo...»). El centinela, sorprendido por tan extrañas palabras, le

sigue con una mirada inquieta: los andares son los de un tipo importante, el atuendo no aclara casi nada... Hay que andarse con ojo. «Que le digo a usted, ciudadana, que ya ha hablado bastante...»). Elkin, rubio y bien plantado, en verano iba descubierto, con la cabellera al viento, abierta la blusa por el cuello, y calzaba unas zapatillas que él mismo se cosía con retales de mantas; en cuanto llegaban los primeros fríos se ponía el viejo abrigo de caballería, sin insignias, naturalmente, que conservaba desde la campaña de Extremo Oriente. Andaba a grandes trancos, erguida la cabeza, como si siempre hubiese de hendir el viento, y cuando se encontraba con alguien enseguida empezaba a bromear con ademán grave. Por ejemplo, al contable del Sindicato de la Leche solía preguntarle amistosamente: «Oiga, ¿qué ocurre con ese pequeño excedente de gastos de seis mil rublos? ¿Todavía no lo ha localizado?». Y el otro parpadeaba, al ocurrírsele súbitamente la idea de que efectivamente... y luego recomponía apresuradamente una sonrisa de circunstancias para responder: «Vaya un bromista que está usted hecho, Dimitri Dimitrich... En lo mío todo va bien; que está todo en orden, vamos. No es como en la cooperación artesanal...». Cuando se avecinaba una fiesta, se procedía a instalar, delante del atrio de lo que un día fuera iglesia, un cartelón de cinco metros de altura en el que el Jefe, multiplicada su verdadera talla por tres, con gorra y abrigo militar, parecía descender apresuradamente hacia los barrizales de la plaza. «Una suerte —comentó Elkin—, menos mal que se larga, por fin, y está tan contento como nosotros». Ese comentario fue referido a la Seguridad por María Ismailovna, bibliotecaria, miembro del Partido desde 1919, expulsada en 1930 por sospecharse que simpatizaba con las sucesivas oposiciones a las que iba traicionando, no menos sucesivamente, todos los años desde hacía ocho. El comentario obligó al delegado de seguridad, al subdelegado y al director del Servicio Especial a deliberar. ¿Detener a Elkin? El oficio de Moscú recomendaba que se mantuviese respecto de él «la mayor reserva». Sí, pero, en definitiva, ¿qué significa eso de *reserva*? Ejem, ¿quitar el cartelón?, sugirió el subdelegado. Podría ser objeto de una mala interpretación. «¿Quién lo ha pintado?», preguntó el delegado. A lo que el Servicio Especial, visiblemente molesto, contestó: «Mochkov... ¡Mochkov!». Los tres se miraron, entonces, con franca preocupación. Mochkov, caricaturista de la *Estrella Roja* de Taganrog, purgaba bajo su control una condena de tres años por «haber intentado desacreditar a los jefes del Partido y del Estado con sus dibujos». El Servicio Especial, que estaba a punto de añadir que Mochkov había realizado su obra basándose en un dibujo a lápiz publicado por el órgano central del Partido (algo que todo el mundo sabía), se

mordió los labios. «Detened a Mochkov —decidió el delegado—. Que pruebe una temporadita nuestros sótanos, el artista ese». «Sí —repuso el Servicio Especial—, he cometido una imprudencia...». La lengua del Servicio Especial, un gordo coloradote cuyas abundantes carnes parecían someter su túnica a una presión excesiva, se secaba en la boca. ¡Vaya un lío! Vamos, un buen vaso de aguardiente de 55° para recobrar la compostura. El tono cordial del delegado le devolvió la normalidad salivaría: «¡Vamos, vamos, camarada Anissim, vigilancia!». «¡Sí, jefe!». Nunca llegó a saber Mochkov la razón por la que se le retuvo desde noviembre hasta febrero en uno de los sótanos de la Seguridad —de donde salió baldado por el reuma—, pero aquello significaba que su condena se prolongaría durante más años..., significaba que Niura ya no le esperaría porque aquello no era vida, significaba...

El Servicio Especial de la Seguridad decidió, no obstante, citar a Elkin, y lo hizo un día de frío intenso. Él entró sin más saludo que un movimiento de cabeza, dio una especie de salto en dirección a la estufa, hacia la que tendió las manos, desentumeció los hombros y pareció erguirse de nuevo. «Que el diablo les lleve —dijo jovialmente— con sus treinta grados de frío. Rueguen, rueguen al diosecillo de los ateillos como ustedes para que la oposición no tome pronto el poder o voy a ser yo el que les va a enseñar lo que es el frío de verdad...». Él sabía por experiencia que aquella amenaza seguía teniendo una cierta fuerza, si bien la verdad es que esta iba menguando con los años. El Servicio Especial, algo molesto por su escasa comprensión de la salida, murmuró: «No aprecio en absoluto sus bromas, ciudadano Elkin», a lo que Elkin repuso con un tono alegre, exasperante y desarmante a la vez: «¿Y yo qué? ¿Creéis acaso que yo aprecio las vuestras, muy estimados ciudadanos?». Siguió algunas palabras inaudibles, musitadas para sus adentros. El Servicio Especial creyó entender algo parecido a: «Sarta de diablos emplumados...», pero no podía ser eso, habría sido algo de una insolencia inaudita que habría planteado esa misma tarde la inmediata necesidad de su detención; y, además, ahora ya estaba sonriendo con corrección. Nunca podía sacársele nada. Todo un temperamento, vamos. Bueno, y además, después de todo, se trataba del antiguo presidente de la Cheka de Kiev.

Elkin vivía en la última casa del bulevar. En su habitación nada recubría los viejos troncos de árbol, la ventana se abría sobre el espacio: la llanura, en un pliegue del terreno un trazo de agua negra, el cielo. La habitación era baja de techo, el color de la madera vieja la hacía oscura y el cielo penetraba en ella brutalmente, tristemente. Allí solo, Elkin envejecía de pronto, fruncía el ceño y,

antes de sentarse o acostarse, caminaba de un ángulo a otro, anudadas las manos detrás de la espalda. El Vacío, la Piedra, el Espacio, la Gravedad. ¿Comprenden ustedes estas palabras? Meras palabras, ¿así lo creen? Elkin sostenía monólogos en un silencio aplastante. No hay nada, pero pesa toneladas. Trace una línea recta desde aquí, delante de usted: nada a mil kilómetros, nada a dos mil, a tres mil, a cuatro mil, nada hasta el polo; sería preciso descender del otro lado del globo, por el Labrador, para volver a encontrar algunos imbéciles (bastante felices, la verdad sea dicha, dado el cultivo racional del trigo; aunque en la actualidad se vean afectados por la bajada de los precios mundiales...). La gente de aquí... El desprecio atirantaba sus labios. Mientras no se borre a estos poblachos de la faz de la tierra..., o no se encuentre alguna forma de suministrarles electricidad, periódicos, aviones, coches, alegría de vivir a discreción, serán bípedos en vez de hombres. Se detenía ante los desnudos cristales a cuyo través el cielo de primavera iba tomando una débil tonalidad rosácea. ¿Y mañana? ¿Se imagina usted el empuje arrollador de ciento cuarenta millones de campesinos? Si Occidente no hace nada para impedirlo, esa pleamar terminará por arrastrarlo todo dentro de cinco años, de diez años, de quince años, de veinte años. El socialismo les trae sin cuidado. Solo conocen su cara embustera e inhumana, la del antisocialismo. Nada quedará de nuestras cenizas. Alegra pensarlo.

Un periódico hacía las veces de mantel. Sobre él colocó el pan negro, los pepinillos salados, la mantequilla. Solía manipular el hornillo en la ventana para poder seguir contemplando el espacio. El agua ronroneó en el recipiente de hojalata. Por fuera pasaban unas vacas: una cría corría de una a otra arreándolas en su paso indolente. De pronto tres porteadoras de agua coronaron la cresta; eran tres jóvenes que apoyaban sobre el cuello el palo del que pendían los viejos cubos de madera, colgados de cada una de las extremidades, que se movían rítmicamente a cada paso. Elkin las oía hablar en voz alta. La que cerraba la marcha pareció detenerse durante un breve momento a la entrada del sendero; era una silueta oscura, alta y como ardiente, recortada sobre un fondo de cielo vacío: Galia. Elkin la miraba con tal intensidad que ella sintió la tentación de volverse... Él esperaba ese movimiento, lo llamaba. Ella no lo hizo por culpa de los cubos. Nunca supo por qué anduvo tan erguida, tan digna en el descenso del abrupto sendero, por qué la violácea linde de los bosques, a lo largo del horizonte del crepúsculo, se le antojó aquella tarde atractiva, vagamente desgarradora.

Elkin sintió frío. Hay sobre la tierra un ser del que se espera un gesto, menos que un gesto, una simple mirada y lo niega, sin saber. Y, de pronto, se abre el vacío. La gran fuerza que se posee parece entonces algo perfectamente inútil. Algo se agota en ella, ya que en el fondo de toda fuerza hay ansiedad. Elkin tomó su té desabrido, caminando de un ángulo a otro, con un trozo de pan en la mano. A veces se detenía delante de la mesa para revolver con el dedo algunos recortes de periódicos subrayados en rojo y azul:

Rendimiento de las tierras de cultivo por hectárea... Canadá... Australia... Dinamarca... Ucrania... Tierras Negras. Siberia occidental... Años... Cifras brutas y porcentajes...

En el fondo ahí está todo.

* * *

EN LA OTRA RIBERA DEL RÍO, la nieve aún se acumulaba en las cavidades de las rocas; los arbustos verdeaban con un matiz tan indeciso y luminoso que bien hubiera podido creerse que un rayo de sol se filtraba a través de los brotes.

«Te digo que eso es amarillo y no verde —afirmó Avelii—, pero, como estás acostumbrado a pensar que los matorrales tienen que ser verdes, en realidad ya no los ves... Anda que si te dedicases a la pintura tendrías un ojo desviacionista de derechas...». Estaba hablándole a Rodión, mientras ambos caminaban por la roca desnuda, entre los árboles desnudos, el cielo y el agua. Rodión respondió: «Desconfía de tus ojos: ellos no piensan». Algunas veces Rodión decía cosas inteligentes sin darse cuenta. Avelii, un georgiano de Mingrelia, de rasgos perfectamente delineados, descoloridos por el Norte; una voz joven y bien modulada, que sonaba con claridad. «Los ojos —dijo alegremente—, los ojos no tienen por qué pensar; captan y comprenden sin que les haga falta... Y a mí no me gusta pensar, hermano, me gusta ver y tocar. Este frescor lo estoy respirando, ¿para qué quiero más?...». Entonces olfateaba el aire, estirando el cuello, sonriéndole a cualquier cosa. Rodión le miró de reojo, inclinada la surcada frente, con una risita triste e indecisa en el fondo de sus ojos. Rodión, un rostro ingrato, iluminado por unas pupilas verde agua: «Respira a gusto, camarada, que eso no va a enseñarte cuál es el significado de las cosas...». Bajo su gorro de piel de lobo gris, le atormentaban los interrogantes. Él deseaba encontrar las respuestas en los libros, pero, al mismo

tiempo, eran también ellos los que le impedían leer: su propia inquietud borraba los renglones impresos que se volvían entonces ininteligibles, inútiles. Había un punto al menos sobre el que tenía ideas claras, y este era, en las discusiones que mantenía con Elkin en la orilla del río, el referente al capitalismo de Estado, «ves, amigo, es una especie de tanque enorme que cubre todo el horizonte y parece que va a aplastarlo todo...». Avelii, estudiante de la Facultad industrial de Bakú, miembro de la organización de juventudes, se significó al discutir una lección de historia del Partido que versaba sobre las primeras divergencias, surgidas en 1904, entre los mayoritarios y los minoritarios. Anotación en su expediente: «Con sus preguntas insidiosas intentaba desacreditar a los jefes del Partido ante los estudiantes...». Rodión, chófer de la fábrica de bicicletas de Penza, se había significado al discutir el baremo de salarios. Anotación en su expediente: «Agitador pernicioso, peligroso demagogo trotskista que sabe cómo conseguir que le escuchen las masas...». Y fue porque llegó a no poder conciliar el sueño en toda una larga noche, al agitar en su cabeza una serie de cifras y de ideas más difíciles de conducir que los camiones más pesados. Y al día siguiente, en la reunión del Partido, sacó de los bolsillos de su cazadora unos recortes de periódico en cuyos márgenes había escrito a lápiz unas ecuaciones. «He aquí, camaradas, la ecuación de la vida de un obrero de nuestra fábrica: llamo h al tiempo de trabajo, s al salario, a al alquiler y afirmo que...». Primero se le escuchó con indulgencia y luego con irritación; pero su pensamiento perforaba el letargo del auditorio, su voz se encendía, las x se convertían de pronto en pesos de pan y en pesos de carne, en rublos y en kopeks, y empezó a verse en la tribuna, decorada con colgaduras de percalina roja, a un muchacho obstinado que, balanceándose sobre sus piernas, con la cabeza hundida entre los hombros, plantado, ante un busto negro y raquítico de Lenin, demostraba con álgebra, con Marx, con Lenin, con la *Pravda* de hacía dos días, con los mismísimos seis puntos enunciados por Stalin, que «el obrero de nuestra fábrica pasa hambre, queridos camaradas, y este es el problema de los problemas; este es el que toca al propio significado de la vida. Hegel dijo...». Se detuvo en seco porque no recordaba la idea que le había iluminado entre todas las contenidas en las palabras de un folleto sobre Hegel. «Bueno, Hegel dijo que el obrero de nuestra fábrica no puede vivir con estos salarios, eso es...». Su rostro irradiaba alegría cuando, a una señal del secretario de la célula, los activistas iban ocupando su puesto en la tribuna y, uno tras otro, le tildaban de demagogo, de arribista, de egoísta, obsesionado únicamente por llenarse el estómago, de trotskista y de sembrador del pánico. La verdad le

estaba llenando el cráneo de zumbidos, no llegó a entender ni una palabra de la argumentación que se le estaba asestando. Se limitó a ponerse en pie, al final de la sesión, en medio del fragor de los bancos desplazados, para afirmar en voz muy alta —todo el mundo le oyó— y con una amplia sonrisa: «¡Seguid con la palabrería! De sobra sabéis que tengo razón». Una vez en la calle, sumida en la perpetua tristeza del barro, cercada por aquellas vallas de madera que iban reduciéndose cada noche, porque la madera hacía falta para calentarse, un obrero viejo le puso la mano sobre el hombro y le dijo en tono amistoso: «Camarada, puedes estar seguro de que te has perdido, pero tienes razón. Eres estupendo». «¿Verdad que sí?», repuso Rodión con viveza. En realidad, Rodión se había encontrado y se había perdido al mismo tiempo. Conoció los sótanos de la Seguridad, caras nuevas, los cielos del Norte. Cuando bebía el primer cuartillo de alcohol, los problemas se despejaban, empezaba a sentirse inteligente. Luego todo volvía a oscurecerse, entonces le venían ganas de ponerse a cortar leña a hachazos, como lo hacía antes, en casa, o agarrar con las manos jóvenes abedules y arrancarlos y poder sentirse fuerte y victorioso de nuevo. Luego se le oía decir a veces: «Soy un animal», y otras veces: «Tiene razón el camarada Gorki, da orgullo ser un hombre...». En esos momentos de caídas, de rupturas, de ensueño y de turbio sufrimiento, Rodión temía, más que cualquier otra cosa, encontrarse con el camarada Elkin.

Estaban llegando al lugar de la cita: era una especie de calvero rocoso, presidido por el pizarroso acantilado que caía sobre las Aguas Negras. El sitio era bueno porque desde él podían vigilarse todos los senderos que le daban acceso sin que le vieran a uno. Un grupo de abedules llenaba un fragmento de universo. Los árboles despertaban a la vida y sus troncos frágiles estaban cubiertos por una capa plateada y fresca: el cielo atravesaba el entramado de ramas, era aquel cielo omnipresente, el mismo que azuleaba la roca y los sombríos reflejos del agua. Entre la roca y los árboles emergió una cabeza con la blanca cabellera al viento. Avelii gritó: «¡Hola, Ryjik!», y el hombre, de rostro arrugado y afeitado, elevó un poco la voz para contestarle: «La primavera, camaradas, ¡eso sí que es magnífico!». Se lo decía a Elkin, cómodamente sentado sobre la piedra, ladeada la gorra sobre la frente. «Un invento de las eras preindustriales —dijo Elkin con el tono serio que le gustaba adoptar cuando decía disparates—. Seguro que tú lo explicarás por la economía natural ¿no?».

—El Yeniséi era más bonito que esto —decía Ryjik—. ¿Sabes? Parecía como si la tierra se iluminase desde dentro. En cuanto se fundían las nieves y

desaparecían las aguas, nacía la hierba y la luz se filtraba por cualquier ramita, por cualquier regato; ibas pisando luz. Las flores surgían de la tierra en una noche. Esas flores tienen colores fríos y leves, solo se parecen a las estrellas. Allí sales una mañana, empiezas a caminar por el llano, todo derecho hacia delante, nada puede detenerte porque no hay nada, en ninguna parte, solo el horizonte y, detrás del horizonte, otra vez el mismo horizonte. Estás solo, solo como... bueno, no sé como quién, como qué, mira, estás solo como una piedra en el fondo de un pozo, y no sabes lo que te está pasando, querías cantar, sientes bajo tus pies que la tierra está de fiesta, es algo inaudito, cualquier cosa puede ocurrir. ¿Ves? Sencillamente con volverte tendrás ante tus ojos, en el vacío, una enorme felicidad... Cuál, no lo sabes, pero seguro que es posible. Y vuelves la cabeza y ves llegar a los pájaros, vienen en bandadas por el cielo, vienen dando poderosos aletazos, y la luz aumenta, luce y brilla la pulida superficie de las piedras, hay flores por doquier, la estepa prorrumpe en una melodía silenciosa... Naturalmente no llega a ocurrirte nada, pero todo es posible...

Elkin dice: «Ryjik, has confundido tu vocación. Deberías fabricar octosílabos a tres rublos el pareado. ¿Qué has venido a hacer en la revolución? Hoy serías ya miembro del buró de la Subdivisión de Poetas Bucólicos del Sindicato de Escritores Soviéticos. Inundarías los periódicos de lirismo organizado, justo y productivo desde el punto de vista ideológico. Pondrías verde de envidia al mismísimo Pushkin en su pedestal».

—Déjame en paz. Si así fuera, nunca habría llegado a conocer las milagrosas flores del Norte.

«Y, mira por dónde, no las borraría de mi vida por nada del mundo... Cuando llegaba el deshielo, los niños iban a presenciarlo desde lo alto: en la colina siempre había una pandilla de críos atentos al río, sin perderlo de vista ni un momento. Por la noche referían los acontecimientos del día: la primera grieta se va ensanchando, en la superficie se ha formado un charco; ya se va dibujando la siguiente, se oyen los chasquidos... Comparaban las fechas con las de los años pasados, observaban el vuelo de las bandadas de pájaros... Cuando por fin se desgajaba el bloque de hielo, cuando corrían las primeras aguas vivas, aquellos críos bajaban hasta las casas a todo correr, gritando de alegría, eran los portadores de la alegría, se abrían las puertas, se dejaba todo. “¡Ya está!...”. Se cogían los acordeones y todos los jóvenes, chicos y chicas, subían a la colina para darle la bienvenida a la verdadera primavera... El pequeño Nikolkin y yo subíamos también (¿le conociste?, ¿al pequeño Nikolkin, el del

Donetz? Se había tirado cuatro años en aislamiento, murió en Perm). Pues Nikolkin decía: “Ojalá viva lo suficiente para ver dinamitar una prisión socialista, una sola, no le pido más a la revolución permanente...”».

A la vuelta de las rocas apareció una silueta femenina, desdibujada por las botas de fieltro viejo, las pieles y la tela burda. Hola, hola. Varvara llegaba la última porque era ella la encargada de distribuir, en la cooperativa de pescadores, los cuatrocientos gramos de pan negro a que daba derecho la cartilla de trabajo, así como la sal, el tabaco de picadura gruesa, las cerillas y nada más: dos meses de demora para el azúcar prometido, es evidente que los cupones correspondientes van a ser anulados de un momento a otro; en lo que al jabón se refiere, el Centro Regional ha anunciado la llegada de un cajón hace ya siete semanas, sigamos esperando. Los tiesos pelos grises de su gorro de lobo viejo se confundían con sus cabellos, pero, no obstante, a su cara aún le quedaba un leve toque de gracia, casi invisible y como superflua.

Elkin dijo:

—El informe del camarada Ryjik acerca de la fiesta del advenimiento de la primavera boreal queda adoptado sin debate por unanimidad, salvo un voto, el mío. Tengo que formular ciertas reservas de orden doctrinal. Paso al orden del día. Informe sobre el penal de alta seguridad de Verjne-Uralsk, cuestión agraria, el frente único en Alemania. Tiene usted la palabra, Varvara.

* * *

—EN POCOS MESES EL SECTOR compuesto por comunistas de izquierda de la central de reclusión de Verjne-Uralsk ha pasado de cuarenta y cinco miembros a noventa y seis, lo que supone un aumento de efectivos de más de un cien por cien, debido a las detenciones llevadas a cabo en los grandes centros durante el período inmediatamente anterior a la conmemoración del XVI aniversario de la Revolución de Octubre. Por su parte, el sector de comunistas no organizados, es decir, el de los sospechosos bien pensantes que no comprenden lo que les está pasando y que siguen diciendo las mismas estupideces de siempre, ha pasado de ocho a ciento sesenta miembros, lo que supone un aumento de efectivos en una proporción de uno a veinte en el mismo lapso de tiempo, y nos indica que la curva de la represión ejercida contra los elementos inestables de la burocracia dirigente continúa su marcha ascendente. La observación simultánea de estas cifras, considerando la

primera de ellas como índice de la resistencia ejercida por la vanguardia del proletariado consciente ante la dictadura bonapartista, y la segunda, como exponente del proceso de precipitada liquidación que está padeciendo el Partido, demuestra, tomadas en conjunto...

¿Qué pueden demostrar estas cifras, tomadas en conjunto o no, que no sepamos ya todos? Solo vivimos por ellas, porque existen, esta es la razón de que estemos aquí, y por conocerlas hemos hallado esta lenta forma de perecer. La revolución revela una cara falsa que ya no es la suya. Se refuta a sí misma, se niega, nos quiebra, nos mata. Lo ves, ¿pero puedes creerlo? Nos sentíamos infaliblemente victoriosos. ¿Dónde está el error? Todo cuanto amábamos no es ya sino apariencia execrable. Exijo que se sopesen la tesis y la antítesis, que se medite cada palabra. Cuidaos mucho de desconocer la dictadura del proletariado, aunque esté enferma, aunque pierda la cabeza, aunque sea inicua. Desconfía de ti mismo, camarada. Comprendo tus ilusiones, pero sueles llenarte la boca de palabras, embriagarte con ellas. ¿Somos acaso *enragés*^[4], iguales o tal vez proscritos de Pradial? Anda, viejo amigo, olvídate de tus analogías históricas que no tienen nada que ver con el marxismo. Lo que está de plena actualidad es el «quién ganará» de Lenin: eso todavía no se ha dilucidado.

—A este respecto, camaradas, solicito que se suspenda la sesión durante tres segundos por la última revelación de Karl^[5] (descanse en paz su alma de revolucionario porque su cuerpo debe de estar pudriéndose lentamente en los retretes del Secretariado General). La respuesta al «quién ganará» —dice Karl— es conocida desde hace tiempo. El «quién se lo llevará a la tumba» también es notorio. Pero ¿«cuándo le tocará a Él»? eso es lo que se desconoce...

«... El sector de izquierda comunista de la cárcel ha establecido vínculos fraternos con los anarquistas que se solidarizaron con él durante la segunda huelga de hambre del año pasado y la primera del presente. La huelga de junio falló debido a un error de cálculo; durante el invierno había hecho estragos el escorbuto, habría que haber tomado en consideración el debilitamiento provocado por los grandes fríos padecidos. Varios compañeros se pusieron muy mal a partir del séptimo día. Los del comité de huelga propusieron interrumpir la huelga a título personal, pero durante la noche fueron secuestrados por sorpresa todos sus miembros y conducidos a la prevención... “¿Secuestrados? ¿Y por qué no se resistieron?”. Les llamaron por separado hacia las dos de la madrugada para que acudiesen a la dirección con el

pretexto de entablar negociaciones, les asaltaron en la galería; fueron amordazados, atados de pies y manos, empaquetados, vaya, que los escamotearon... El segundo comité, constituido al día siguiente, no pudo entrar en funcionamiento porque sus miembros fueron retenidos en un edificio apartado. A las seis de la tarde, el alcaide de la prisión recibió telegráficamente la orden terminante de recurrir a la alimentación forzada: el viejo Kikvadzé se resistió, mandaron buscar una camisa de fuerza del manicomio para dominarle, la sonda por la que se pretendía introducir el alimento le destrozó los labios; por último, se desvaneció de manera que fue imposible alimentarle. Los otros enfermos decidieron resistir por la fuerza. Entonces llegó un tipo de Moscú, un enviado del Tribunal especial, que exigió la presencia de los delegados de los huelguistas. “El Tribunal especial del Servicio Político —dijo— había renunciado en aquel momento a aumentar administrativamente las condenas de los liberables. Así que se han satisfecho las peticiones, vuestra huelga carece ya de objeto”. A lo que los compañeros repusieron: “Habéis renunciado hoy porque teméis nuestra muerte. No creemos ni una sola palabra vuestra, hace tiempo que sabemos a qué atenernos con vosotros. ¿Qué garantías nos dais para el futuro?”. Era un canalla condecorado con tres órdenes de la bandera roja, ganadas en los despachos de los campos de concentración. Entonces va y adopta un aire de dignidad ofendida y dice: “La dictadura del proletariado entiende conservar las manos libres”. “¡Eso es verdad —dijo Grisha, que estaba ya bastante exasperado—, y esta es la prueba de ello!”. Y va a soltarle una bofetada, pero da un traspié (ya no vale uno ni para soltar guantazos cuando se está en el noveno día de una huelga de hambre), falla el golpe, afortunadamente, porque podría haber provocado un nuevo conflicto... Los enfermos iban mal, cuatro dormitorios declararon el cese inmediato de la huelga. Entonces la extrema izquierda sacó un boletín de protesta en el que se relacionaba aquella “vergonzosa capitulación” con determinadas “vacilaciones centristas...”. La izquierda resolvió formar una comisión de organización encargada de la preparación de un movimiento general que llegase a cualquier precio hasta las últimas consecuencias. La estrategia de las huelgas pone de relieve la necesidad de llevar a cabo una acción simultánea en todas las cárceles, si bien será necesario al menos un año para ponerla a punto, si se consigue. Un joven mecánico de Tver, exmiembro de la oposición obrera, ganado al trotskismo y pasado posteriormente al grupo de la centralización democrática —lamento haber olvidado su nombre—, se negó a reconocer la decisión adoptada, siguió

él solo con la huelga durante varios días y después intentó abrirse las venas...
¿Que qué fue de él? No tengo ni idea...».

EN DEFINITIVA, SIEMPRE es lo mismo, desde hace años: solo van cambiando los nombres y las fechas. ¿Recuerdas, Ryjik, la central de Tobolsk? ¿Recuerdas, Elkin, la prisión de Ufa? «Aquellos eran tiempos benditos de Dios. Yo había prometido al celador-jefe nombrarle director de los sanatorios de Crimea: me pasaba el correo y me traía aguardiente. Ese sí que es uno de esos a los que la Historia ha tomado el pelo...».

AL HABLAR HA IDO asomándose el rubor al rostro de Varvara. Arroja sobre la roca su gorro de piel, desabrocha su pesada cazadora, casi joven ahora, cuello esbelto, una cabeza estrecha, de pastor mongol, cortos cabellos lisos. Ryjik observa su perfil. Mujer. Severa. Cerrada. Gastada. Tentadora. Irse juntos, juntos... Y entonces, imperceptiblemente, se encoge de hombros: sería asombroso que no estuviese a la sombra a finales de año. Ella habla con seguridad, sin detalles prolijos, como una estudiante de la universidad comunista Svérđlov, exsecretaria de una célula de fábrica en las manufacturas textiles Trejgorka, exencargada de las clases de formación política en las estaciones de tractores del Cáucaso Norte, exmonitora-organizadora de las colectividades agrícolas del radio de Novotcherkassk, exredactora de la *Voz Leninista* de la federación obrera del sector leninista de una prisión central...

La escuchan siguiendo cada uno el hilo de sus propios pensamientos. Las aguas del Chiórnaya corren sin fin, sin ruido, puras y glaciales, bajando así desde las boscosas alturas del Ural, desde los tiempos en que el continente adoptara su configuración actual. Avelii contempla los escasos copos de nubecillas que, por encima de los abedules, flotan lentamente en el azul. Avelii les sonrío. Ahí están las nubes, el cielo y él; y nada se interpone entre él y el universo, ni siquiera las prisiones. Tan visibles como esas nubes la verdad, el deber proletario. Rodión, con la puntera de su bota, da golpecitos en la peña, que es lo único que ve, pues para él toda la realidad tiene esa misma dureza gris. O bien levanta la mirada y se fija en Varvara para captar mejor sus palabras. ¿Por qué tanta discusión? La contrarrevolución triunfa. Ha llegado el momento de formar un nuevo Partido para una nueva lucha que será, sin duda, larga, asfixiante, sangrienta; en la que todos pereceremos. Rodión lo ve todo tan claro que sus rasgos se crispan. Tendríamos que evadirnos, fabricar pasaportes falsos, crear imprentas clandestinas... volver a empezar... Rodión,

cuyos pensamientos causan el silencioso movimiento de sus labios, no se atreve a levantarse para pronunciar las palabras decisivas que tendría que gritar... En la noche, un cometa surge, alcanza su cénit y desaparece: así ocurre con su certidumbre. El perfil de la idea, claro y nítido hace un instante, se desdibuja y se oscurece en el instante siguiente —¿dónde está?—. Qué problemas... Rodión no sirve para nada, ya solo es inseguridad, dudas sobre sí mismo y sobre todo lo demás. Entre Ryjik y Elkin se inicia una discusión acerca del frente único en Alemania. Al anunciar la toma del poder, Thaelmann descarta todo compromiso con los jefes socialdemócratas, socialchovinistas, socialpatriotas, socialtraidores, socialfascistas, que ya nos asesinaron a Rosa Luxemburgo y a Liebknecht: el frente único lo haremos con los obreros socialdemócratas que se rebelen contra las bajezas de sus jefes. Venceremos. ¡Convertiremos el plebiscito nazi contra el gobierno de *Herr Otto Braun* en un plebiscito rojo! Las voces de los nazis quedarán enmudecidas por el clamor del proletariado. Ryjik dice: «Lo he leído: apesta a derrota. Es tal la dejadez de la gente del aparato que probablemente no llegan a creerse ni la mitad de la mitad de lo que están diciendo. Ya verás como mañana les hacen decir exactamente lo contrario, cuando ya sea demasiado tarde. Ya verás como empiezan a preconizar la creación de gobiernos populares, de frentes amplios, de la cumbre a la base, con Scheidemann, con Noske, si él quiere, con los peores canallas, responsables del naufragio de la república alemana, ya lo verás: pero cuando Hitler los encierre a unos y otros en los mismos campos de concentración...». Ryjik vacila a la hora de sacar sus conclusiones. Sin embargo, ¡tenderle la mano a Severing! ¡A Grzezinski, el de los fusilamientos de la Alexanderplatz! ¿No nos meteríamos en un engaño en el que podríamos perder todo? ¿No sería, tal vez, preferible ser vencidos sin componendas, sin deshonor?

—Oye, tú, ¿acaso crees que la III Internacional de hoy tiene las manos limpias de sangre obrera? Amigo mío, aquí, entre nosotros, yo pienso que un Neuman, de regreso de Cantón, donde ha llevado a la matanza a unos cuantos millares de culis, o un Manuiski, delegado del Comité Central que ha fusilado a Yakov Blumkin y nos va exterminando a escondidas, o un Kolarov o un Dimitrov, responsables de los asesinatos en masa de Sofía, son perfectamente dignos de estrechar tanto la mano de Noske como la de los *polizeipraesidents* acostumbrados a disponer que se apalee a los huelguistas. Me dirás que la clase obrera no tiene gran cosa que ganar con sus apretones de manos, pero tal vez te equivoques. El caso es que a pesar de todo, ¡la clase obrera tiene fe en ellos! ¡No puede, no sabe prescindir de ellos!

Elkin añade:

—Las tesis del Viejo^[6] son justas: no hay otra posibilidad de salvación que el frente único con la socialdemocracia, con los sindicatos reformistas. Es una locura pretender desvincular a las masas de sus jefes cuando el espíritu proletario se ha estabilizado en los partidos con veteranía. ¡Y cuando uno mismo apenas vale poco más que aquellos a los que denuncia!... Todavía hay algunos cretinos que dicen que hay que dejar que Hitler tome el poder porque se desgastará rápidamente, entrará en bancarrota, sembrará el descontento y nos abrirá caminos... El Viejo también tiene razón en otra cuestión: la batalla a muerte debe producirse antes de la toma del poder. Después será ya demasiado tarde. Una vez tomado el poder, Hitler lo conservará, todos sabemos cómo. Y nos fastidiará por mucho tiempo: y en contrapartida la reacción burocrática se estabilizará en la URSS, tal vez para diez años...

»Existen singulares correspondencias entre ambas dictaduras. Stalin ha contribuido a cimentar el poder de Hitler alejando a las clases medias del comunismo con la pesadilla de la colectivización forzosa, del hambre, del terror dirigido contra los técnicos. Hitler, al contribuir a que Europa desespere del socialismo, fomenta el poderío de Stalin... Ambos sepultureros parecen haber nacido el uno para el otro. Hermanos enemistados. Uno entierra una democracia abortada en Alemania mientras que, en Rusia, el otro sepulta a una revolución victoriosa, nacida de un proletariado excesivamente débil y abandonado a sus propias fuerzas por el resto del mundo; ambos llevan a aquellos a quienes sirven —la burguesía en Alemania, la burocracia entre nosotros— al cataclismo...

—Sí —dijo jovialmente Rodión, irradiando la alegría del que ha comprendido.

Varvara propone que se redacten unas tesis; que se discutan las perspectivas... «Eso es —asiente Rodión—, no se puede vivir sin perspectivas». ¿Cuál es la razón de que Elkin prorrumpe en sonoras carcajadas? Rodión se siente molesto. Avelii, de pie, tira piedras al Chiórnaya y estas describen *altas* trayectorias en el aire que va demudándose en pálidos celajes de rosa azafrán, y se reducen hasta ser puntos negros, hacen brotar flores de espuma al caer. Avelii se vuelve hacia los demás. «Tengo ganas de cantar» dice. Zumban sordamente en su pecho las coplas del *Caballero de la piel de pantera*, porque también hay tardes como esta a dos mil novecientos kilómetros de aquí, a la orilla del Rioni, en los bosques de Kutaisi, en el corazón de las montañas de

Georgia. «Yo también», le responde Varvara a media voz; ella, la que nunca canta.

* * *

RYJIK CONTEMPLABA AQUELLOS CUATRO rostros con una atención casi maligna. Exploraba las miradas y se sumía en sus pensamientos con tal vehemencia que sus arrugas se volvían un rictus tenso. Era un viejo muñeco de piedra, aureolado de cabellos canos que la brisa hacía agitarse sobre su frente como una llama. Cuando se separaron, Rodión se fue solo por el sendero más escarpado, Avelii y Varvara siguieron por la orilla hasta llegar a las barcas; Ryjik, que caminaba al lado de Elkin, de pronto asió con fuerza su brazo. «Escúchame, hermano, no estoy tranquilo. Somos cinco, ¡y no hay ningún soplón! ¿Tú crees que es posible? Y si lo es, ¿qué es lo que nos están preparando esos cabrones con sus treinta y seis mil expedientes? No creo que nos reúnan aquí, a la orilla de las Aguas Negras, por pura amabilidad, así, sin reparar demasiado en ello. La única explicación es que quieren encontrar algo para echárnoslo encima y tirarnos al agua con una piedra al cuello. ¿Tú qué crees?».

Elkin silboteó:

—Llevo mucho tiempo pensándolo.

—¿Y entonces?

—Todos ellos parecen gente segura.

—A los más seguros —dijo entonces Ryjik— te los quiebran, te los meten en el fango, te los retuercen una y otra vez; y los hay que se convierten en auténticos trapos...

—Claro.

El paisaje iba desvaneciéndose, pero las rocas tenían matices lilas y, al coronar el repecho, se extendía a sus pies todo el meandro que describía el Chiórnaya, desplegando planos de cielo y de tinta entre los llanos ensombrecidos... «Claro —repitió Elkin—; pero de todas formas eso no nos pasará ni a ti ni a mí...».

¿A quién podía pasarle entonces? «¿Quién de ellos bebe?», inquirió Ryjik. «Todos, salvo Varvara tal vez. Y tú el primero». Ryjik se mesó los

cabellos. «¡Que el diablo nos lleve!». «Venga, entra —le dijo Elkin—, todavía me queda media botella».

Para entonces la noche se cuajaba ya en los cristales rotos y parcheados con trozos de papel. En el sótano, debajo de ellos, una mujer acunaba a un niño. Su voz se exhalaba como un lamento. Elkin prendió un quinqué de petróleo que no daba más luz que una lamparilla. El cristal estaba roto y encostrado de hollín por la parte superior. Se sentaron, cara a cara, en la mesa, con aquella luz sucia entre ambos. Elkin sirvió alcohol en dos vasos grandes. Durante un instante se quedaron silenciosos, espesos, endurecidos, envejecidos: para cada uno el rostro del otro parecía emerger de una tristeza desesperada. Entonces Elkin dejó escapar una risita contenida. «Espera, vas a ver» dijo. Y se fue a rebuscar en un montón de libros y periódicos que tenía en un rincón de la estancia, al lado del saco de patatas, sacando, por fin, de él un libro encuadernado en cartóné. «¡Mira!». El rostro de Ryjik se iluminó con el asombro. «¡Dios!». En la cubierta, donde reventaba la estrella roja, el nombre del autor había sido raspado minuciosamente. «Lo compré el año pasado en el mercado, en Tiumen, cuando me estaban trasladando, viejo. Pasaba por allí, acompañado por uno de esos muchachotes del batallón especial, y resulta que me quedé pasmado delante de una vieja que estaba vendiéndolo junto con un montón de trastos. Lo conseguí por un rublo, y ella no sabía lo que era; *es que este papel es muy malo para fumárselo*», le dije. Fueron pasando juntos las primeras páginas; sonrientes. El retrato de León Davidovich les miró de hito en hito, con esa inteligente energía que brilla en su frente, en sus anteojos, en sus ojos, como una especie de relámpago definitivo. «Se parece», dijo Ryjik. Se les olvidaba el alcohol. Ryjik frunció el entrecejo: «Mira, lo principal es que no le maten».

Elkin asintió primero con la cabeza; luego, irguiéndose de pronto, gritó con tono victorioso: «¡Pues yo estoy seguro de que no le matarán!», y se echó al colete su aguardiente de un solo trago. Bebería uno hasta fuego. ¡Viva el fuego! La habitación se hizo tan inmensa como la noche. La llamita detrás del cristal ahumado se volvió algo sorprendente.

Ryjik abrió el libro al azar. «¡Escucha!», dijo.

Pero poco importa en aquel momento la cadencia de aquella palabra de otros días, la ardiente precisión de aquel pensamiento ligado a los acontecimientos para forzarlos en su curso, invocando sin cesar la historia para realizarla. El viejo texto existe porque expresa una fidelidad, una necesidad. Es

necesario que alguien no traicione. Muchos pueden desfallecer, desdecirse, renegar de sí mismos, traicionar, pero nada se ha perdido si alguien sigue en pie. Todo está salvado si ese es el mejor. Ese nunca ha cedido, ni cederá jamás al miedo ni a la intriga, ni a la admiración ni al insulto, ni siquiera al cansancio. Nada podrá separarlo de la revolución triunfante o vencida, que viste a las muchedumbres de cánticos y banderas rojas, amontona sus muertos en fosas comunes, al son de los himnos fúnebres, o permanece agazapada en el corazón de unos cuantos hombres en cárceles cubiertas de nieve. Y no importa que luego se equivoque, que resulte intratable o imperioso. Lo esencial es estar seguro.

EN EL NEGRO VESTÍBULO sonó la cadena de las puertas dobles. «No es nada —dijo Elkin aproximando su cara a la de Ryjik; y Ryjik distinguió sus pupilas dilatadas por la alegría—, es Galia, un ser tan puro como la estepa, como esas flores tuyas del Norte, como... ¡Ah!». Sacudió la cabeza. «Sí, sí», decía Ryjik entornando los ojos. En la penumbra, cerca de la puerta, Galia se detuvo indecisa. Alta y delgada, llevaba en la cabeza un pañuelo rojo cuyo extremo caía sobre una de sus mejillas, junto a un mechón de cabello, como una amapola oscura. «Buenas noches», dijo despacio con una vacilación afable. Ryjik apenas la entrevió, bajo la luz indigente, y sus arrugas parecieron petrificarse, fijó su mirada en el libro abierto, el libro en el que las poderosas palabras de mil novecientos dieciocho marcaban el paso de los combatientes: «¡Camaradas soldados rojos, comandantes y comisarios! En esta hora del más grave peligro, en vísperas de la victoria decisiva, el Partido...». Apártate, joven mujer. Subía en su pecho el fuego del recuerdo y del alcohol. 6.^a división, 7.^a división, XIII ejército, Turquestán. Valía la pena vivir. Elkin, posadas ambas manos sobre los hombros de Galia, la empujaba despacio hacia el zaguán y luego, a través de la oscuridad, hacia la entrada. Ella olía el aguardiente en su aliento, notaba su ligera embriaguez en el peso de aquellas manos que la sujetaban con fuerza y con ternura. Él adivinaba su media sonrisa, la contrariedad que le inspiraba que hubiese bebido. En el marco de la puerta baja, cuando ella se encontró un escalón por debajo de él, iluminada la cara por el difuso resplandor de un cielo sin luna, el hombre se inclinó sobre ella y tomó cálidamente sus sienes entre sus manos. «Ve a acostarte, Galia, pequeña Galia, Galinochka, querida, querida mía... Esta noche tengo visitantes, varias visitantes asombrosas —invisibles—, llegadas de tan lejos que no puedo decírtelo...». «¿Qué visitantes?», exhaló Galia, presa de inquietud. «Oh, nada

has de temer —repuso él—, son las Ideas...». Se besaron apresuradamente: Galia notó que los labios del hombre estaban secos y ardientes; a él la boca de la mujer le dejó una sensación de palidez y frescura. Antes de franquear la puerta del cercado, a cuatro pasos de allí, Galia se volvió y alzó la mano, y la forma de aquella mano tuvo en la noche una blancura adorable: «¡Saluda a tus Ideas de mi parte!». ¿Sonreía? Habría debido llamarla, retenerla, guardarla, guardarla consigo. ¿Qué era aquello que se lo impedía, qué era aquella pesadez en las piernas y en las entrañas? Elkin sintió cómo se desgarraba. «La tierra entera está sola y yo estoy borracho». Volvió a su habitación a grandes y pesados trancos que levantaron gemidos en la madera del suelo. Ryjik no se había movido; de pie frente al libro abierto, iluminada la cara desde abajo, la cara demudada del hombre que morirá pronto. La botella estaba vacía —¡el cólera!

—Lee de nuevo —le pidió Elkin.

... Galia, que, no bien franqueó el portillo del patio, había perdido la alegría, rodeó la casa. Andaba deprisa, con paso seguro, a través de sus tinieblas, pues sus miembros tenían un perfecto conocimiento de las menores asperezas del suelo. Así, unida por entero a aquella tierra, a aquellas rocas, a aquellas aguas, a aquellos cielos, movida por ellos y por ellos liberada de todo e incluso de sí misma, andando de la misma forma en que actuaba, con diligencia y rectitud, sin necesidad de pensar con palabras. Era preciso, era imperiosamente preciso que volviese a ver a Dimitri en aquel instante. El camino ascendía ligeramente al llegar a la altura de su ventana y Galia se detuvo allí, atenta, invisible. En la densa oscuridad de las casas y de los patios solo vivía la ventana de Elkin, débilmente iluminada. El quinqué proyectaba un resplandor amarillento más triste que irreal. Galia se reprochó no haberle limpiado el cristal: fue uno de esos pensamientos claros y bondadosos. Ryjik leía algo en voz alta, en pie, sobre la luz, así que el libro debía de estar sobre la mesa. Ryjik: una frente grande y despejada erizada de mechones blancos, una cabeza curiosa, poderosa y blanquecina cuyas cejas grises tapaban los ojos, una cara en la que solo se movían los labios. Galia pensó en embrujos y un miedo confuso la embargó. Cuando cree uno conjurar la desgracia, se la está llamando. Tanto si se llama como si se conjura, la desgracia está presente. No obstante, debía de ser aquel un conjuro macho, porque Ryjik sacaba el pecho, pegaba los brazos al cuerpo y hasta le pareció que aumentaba su talla y que emanaba de él una extraña autoridad. A su alrededor se desplazaban grandes sombras, como alas negras. Elkin andaba de un lado a otro y describía a veces

círculos en torno del que leía, hundidas las manos en los bolsillos, irguiendo la frente o alzándola; y sus hombros se habían puesto altos y angulosos como los de los hombres cuando van a pegarse. Galia levantó un poco tontamente la mano para esbozar sobre los hombres la señal de la cruz, pero recordó a tiempo que ella no era creyente, por aquello de que «sabido es que las jóvenes generaciones no son creyentes». La noche y el vacío estaban por doquier, rondando a aquellos dos hombres solos, absolutamente solos. «¡Dimitri! ¡Mitia!». Galia le seguía con los ojos en su deambular de un rincón a otro de la habitación, creyó incluso captar su mirada, pero era completamente imposible que él la viera, deslumbrado como estaba por el quinqué, deslumbrado con aquellas ideas suyas. «Mueren por esas ideas —pensó Galia—. Dios mío». Cuando estaba con las amigas y a solas consigo misma, solía llamarle «el Mío» con un atisbo de orgullo. Y resulta que ya casi no le pertenecía, a su pesar, solo con su fuerza cautiva, rodeado de conjuros, de sombras aladas, de luz ínfima, de noche total. Él se detuvo ante la ventana, justamente enfrente de Galia, vigorosamente recortado sobre la noche. «El Mío, el Mío», repetía ella angustiada. La frialdad del espacio que se abría a sus espaldas la cogió por los hombros, en el mismo sitio en que Dimitri la había tocado. Un escalofrío. ¿Qué me pasa? Dimitri, mi Mitia, no tengas miedo a todo ese vacío, yo estoy aquí. Mira, ves, ahora voy a lavar mi camiseta para el día de descanso, para ti. Galia bajó corriendo hasta la calle de los Herreros, en la que ya no había ni forjas ni herreros, aplastada a media ladera entre los desprendimientos. Allí vivía con sus hermanas, sus maridos y su chiquillería, en un amplio sótano excavado en la propia roca.

* * *

RODIÓN TRABAJABA DESDE LAS ocho de la mañana en uno de los puestos a un lado del mercado que lucía el emblema de la Cooperación artesanal de la hojalata. Su trabajo consistía en recortar con unas cizallas hierro viejo, al que los años habían dado un tono gris mate e incluso negro, porque las últimas láminas de verdadera hojalata se habían recibido hacía dos años, antes de la industrialización; él ponía fondos nuevos a los viejos bidones; y de los cuatro compañeros ninguno era tan experto como él en el arte de curar los achaques de los viejos hornillos. De modo que las mujeres de la parte baja solo confiaban a él sus Primus de antes de la guerra... A Rodión le gustaba aquel trabajo, cualquier trabajo, como corresponde a todo proletario

consciente. Y aquello le hacía discutir con los amigos, gentes del lugar, bastante atrasados y para los que lo importante, ante todo, era ganar unos rublos, aunque con ellos se pagase una chapuza tan mal hecha que Rodión llegase a sentir vergüenza por ellos. Entonces se ponía a explicarles aquello de que «la técnica es la liberación del hombre». «Hay unos motores...», les decía con entusiasmo, y el caso es que no sabía a ciencia cierta qué motores eran aquellos y solo estaba seguro de que existían, sencillamente maravillosos, listos para liberar a los hombres... «Anda, cállate —le gritaba entonces un diablejo con la cara tiznada—, tus motores nos los pasamos ya sabes por dónde, la culpa de que no haya ni pan la tienen esos que solo quieren fabricar máquinas... Los motores terminarán por reventar a los hombres, idiota. Y a ti más te valdría aprender a hacer el amor». Violentas carcajadas solían sacudir entonces el tenderete y sumían a Rodión en la confusión. La verdad era que no sabía bailar ni cortejar a las muchachas de la Ivanovskaya, que le sueltan a uno entre risas esas coplas picantes, ni cómo puede llegar uno a pedirles el más mínimo favor. Aquellas a las que había acompañado al Jardín Marat, hablándoles de la necesaria «refundición de las relaciones entre los sexos desde la base», le habían considerado más patoso incluso que la mayor parte de los agitadores. La única que se interesó por alguno de aquellos elevados temas de conversación terminó preguntándole: «Tú, Rodión, que eres instruido, ¿por qué no me explicas lo que es un *jazz*? La gente habla de eso...». Rodión no tenía ni idea, Rodión repitió a Ryjik la pregunta, pero él tampoco lo sabía, y fue Elkin el que adoptó su aire más guasón para declarar: «Técnica de la música negra explotada por la decadencia burguesa del *music-hall*», y aquello por fuerza tenía que ser una broma.

Rodión sabía del tormento de pensar: nunca dejaba de pensar. Mientras restañaba peroles, sus labios musitaban: «La ley de bronce de los salarios...». Tenía más ideas que palabras, embrollaba, mezclaba, confundía las fórmulas y los textos, nunca estaba seguro de si había sido Engels o Lenin el que había dicho tal o cual cosa, se asustaba de la importancia que tenía aquello, descubriendo allí posibles luces, trastabillando en muchas trampas, esforzándose en atrapar la bruma. Estaba obsesionado por los problemas y, antes que nada, por el problema obrero. Si no hay equivalencia en mercancía al salario real, si no hay un salario integral que corresponda al producto efectivo del trabajo menos la exacción necesaria para aumentar la producción, no hay socialismo... Llegado a este punto, Rodión sentía la fuerza que le daba tener bien asida una verdad, pero ¿cómo podía vincularla a la dialéctica de la historia, al período de transición, a la dictadura del proletariado, a la

degeneración del Partido, a la dictadura que ejercía el Georgiano sobre un proletariado exhausto? ¿Cómo podía explicarse mediante la explotación del hombre por el hombre la ley de 7 de agosto de 1932, dictada para poder fusilar a campesinos hambrientos, puesto que la propiedad socialista y cooperativa es sagrada y, por tanto, los trabajadores son los propietarios de todo... de todo? ¿Incluso del grano que roban para no morir de hambre y de esa bala que suele disparárseles en la nuca por haber robado su propio trigo? ¿Qué relación podía existir entre todo esto y el plan *Go-El-Ro* —Electrificación del Estado— a pesar de que se va realizando?; ahora bien, Lenin dijo: «El socialismo es el poder de los Soviets más la electrificación», y ya tenemos la electrificación: el Voljovstroy, la Chatura, el Kachira, el Zaguess, el Dnieprostroy, las más poderosas turbinas del mundo, tenemos el poder —es aún la dictadura del proletariado, por muy enferma que esté— pero no tenemos bombillas eléctricas en los grandes centros, ni petróleo, ni velas en Chernó; ya no tenemos soviets, no tenemos socialismo porque... ¿Qué es la burocracia? ¿Una clase, una subclase, una casta, un elemento corrompido de la vanguardia del proletariado, una fracción de las clases medias, el instrumento involuntario del capitalismo internacional? ¿Es acaso...?

LOS QUE COMPRENDEN NO saben lo felices que son, lo amargo que es vivir sin comprender bien, casi a ciegas, tanteando. Y así, ¿cómo se puede servir a la causa obrera, cómo? Rodión pagaba treinta rublos mensuales de alquiler por un rincón, con colchón sobre una base de tablas, en casa de los Kurochkin, que eran cuatro y vivían en una habitación baja, bajo las redes de pesca, las ristras de pescado seco y una serie de trastos heterogéneos colgando de las ahumadas vigas del techo. Una noche Rodión, al volver, se sentó en su rincón, desplegó un periódico del Centro en el que el camarada Kaganovich, miembro del Politburó, hablaba de las tareas inmediatas de las brigadas mineras de choque. Kurochkin estaba reparando por enésima vez sus botas con unos tacos de madera que hundía en el cuero pasado de una vieja correa de transmisión con pequeños y certeros martillazos. La madre retorció unos pañales grisáceos sobre un barreño. Nina imprimía un movimiento brutal a la cunita del recién nacido y el niño, con la cara congestionada, lloraba quedo pero sin cesar, con un sufrimiento desconocido. Rodión pensó entonces en la vida del ser humano, en eso que se suele llamar su destino; mas ¿existe acaso el destino? Como ningún médico había consentido en provocar el aborto por menos de cuarenta rublos y el hospital se había negado a internar a la mujer

de un artesano que trabajaba por cuenta propia, aquel niño nacía para una muerte que se anunciaba próxima o para vivir, vivir, a pesar de todo, hasta ver romper la aurora de la sociedad sin clases, en la que ya no habrá miseria; ¿pero qué habrá entonces, qué habrá? ¿Cómo puede imaginarse uno el color que tendrá una vida sin miseria? Rodión pensó que el niño moriría; y su madre también lo pensaba, y el padre también lo pensaba —«que desfile rápido, siempre será un desgraciado menos»—, y Rodión arrojó entonces el periódico sobre el catre y salió.

Varvara Platónovna le ofrecía hospitalidad de buen grado. Se estaba bien en su casa: un mantelillo blanco extendido sobre los cajones que hacían de mesa, una manta blanca sobre los cajones que hacían de cama; por la noche, una vela pulcramente plantada en un plato; Varvara, manos limpias de gastados dedos, expulsaba por la nariz el humo de los cigarrillos Tractor. Solía ofrecerle a Rodión té de flores con unas galletas dulzonas que horneaba ella misma. «¿Usted qué opina, camarada —preguntó Rodión aquella noche—, hay un destino o solo es una palabra y lo que debe ocurrir ocurre?». En realidad aquello no era en absoluto lo que él quería decir sino, poco más o menos, todo lo contrario. «No, Varvara Platónovna, espera un momento...». Y entonces reemprendía una laboriosa argumentación, pero como en sus palabras confusas Varvara no podía presentir la ardiente máscara del recién nacido de los Kurochkin, que por entonces lloraba aquel ignoto sufrimiento suyo, no supo qué contestarle; y entonces experimentó por sí mismo una compasión que se mezclaba con ira, conque se tomó su vaso de té que aún quemaba y dijo: «Gracias, camarada, quisiera trabajar un poco en casa», y se fue. Pero ¿dónde ir?

Vagabundeó por el altozano en el que las casas de madera dispersas miraban el espacio desnudo. Algunos campesinos hacían hogueras, al abrigo de las cavidades de la roca. Las mujeres acunaban niños en su regazo; unos hombres de barba rojiza cocinaban algo en peroles que colgaban de trébedes de alambre. A Rodión le dieron pena los niños de pecho. ¿Por qué los niños de pecho y no las madres? ¿Por qué los pequeñitos y no aquellos renegridos mocosos de aire preocupado que iba encontrando, por qué? Ver el horizonte, cuando la caída de la noche lo teñía de malva, le sentó bien, pero él seguía; ¿por qué, por qué? Para no pasar por el cabaré subió por la calle del Ejército Rojo, una calle triste con los cercados desvencijados, y llegó a la parte trasera de la iglesia que tenía la cúpula reventada: antes había allí un jardincillo rodeado por una verja; en la actualidad aquella misma verja servía como

separación entre la primera cárcel de mujeres y el tercer pabellón de la de hombres; el jardín pisoteado había dejado de serlo para convertirse en un solar abandonado donde crecían profusamente matorrales y arbustos. Cuando, en los meses calurosos, las hierbas se ponían altas, los enamorados y los borrachos parecían apreciar aquel abandono. Rodión habría preferido que allí reinase el orden, líneas que marcasen inequívocos caminos de obediencia y de pulcritud. Hacia la derecha, al fondo de la plaza Lenin, delante del Comité del Partido o de la Seguridad, que eran lo mismo en el fondo, estaban llegando unos camiones. Se encogió de hombros; pero, decidme, ¿dónde ir? Su poco agraciado rostro flotó durante un breve momento sobre los visillos del restaurante reservado a los funcionarios responsables: un olorcillo de pastas al queso le recordó entonces que tenía hambre. Desde la acera de enfrente el centinela de la Seguridad le contemplaba con hostilidad. ¡Anda ya! Puedes mirarme todo lo que quieras, pobre pedazo de idiota, no tienes ni noción de lo que estás haciendo, ni la tendrás nunca probablemente. El centinela dio un pitido breve con su silbato: está prohibido estacionarse por aquí. Rodión — expulsado— se fue con los hombros caídos. Se cruzó con los soldados de permiso que llevaban uniformes flamantes, oyó cómo reían unas muchachas, un golfillo vestido con una piel de cordero que le llegaba hasta los pies le ofreció cigarrillos o, furtivamente, un vaso de vodka, «no tienes más que venir al porche de enfrente». Sí, no estaría mal lo de tomar un trago, pero el caso es que se había prometido a sí mismo, había prometido a los amigos que no... «¡Vete, vete! —gruñó—. ¡Vete tú, pedazo de intelectual!», le replicó el chaval. Intelectual, yo...; si por lo menos supiese...

En el cabaré se oía un acordeón, una grave voz de hombre cubría el murmullo que emanaba del antro... «Coro de zíngaros, llora guitarra mía, nunca la olvidará...». ¿Quién es ella? ¿Y qué es eso que resulta imposible de olvidar? Decidme. ¿Es que existen verdaderamente cosas que valga la pena no olvidar? Rodión entró como quien zozobra. Rodión caminó vacilante entre los grupos que ocupaban las mesas, le creyeron borracho, un camarero le cogió por el brazo y le sentó por las buenas. «¿Cerveza?». La cerveza era mala y cara. Rodión tendría que quedarse sin comer al día siguiente... La voz del cantante le desconcertaba todavía más. ¿Con quién podía hablar? Estuvo a punto de tender la mano a su vecino, pero el hombre aquel tenía una expresión torpe y brutal. «Ninguna conciencia —pensó Rodión—, y fuerza; y ganas de vivir. ¿Y qué puede hacer él? ¿Qué puede hacerse por él? Nada». Los ojos turbios del vecino le descubrieron. «Ciudadano, ¿sabes leer?». «Sí...». Abrió entonces el vecino su puño cerrado sobre la mesa dejando escapar un papel arrugado que

procedió a desplegar. «Bueno, pues dime, ¿por qué me han confiscado mi caballo? Dímelo, ciudadano». Su tono no era brutal sino lastimero, no era torpe sino abrumado. El papel certificaba el suministro de una cantidad de pescado al Centro Regional de Pesquerías. «Aquí no dice nada de un caballo», dijo Rodión con aire ofendido. El golfillo de antes le tiraba de la manga. «Anda, una botellita de nada —susurraba—, no te cobro casi nada de comisión...». «Dámela» dijo Rodión aliviado. Cogió la botellita por debajo de la mesa, pagó y se inclinó para beber y beber, embargado de calor, iluminado, sereno de nuevo, con un ansia sorda de llorar y la simultánea necesidad de cantar al unísono de aquella voz cansina, que estaba allí, por todas partes, a su alrededor y dentro de él, agitando cascabeles, chales, cabelleras, manos asombrosas e inexistentes en un torbellino de nieve blanda...

Tal vez llegara a cantar. Alguien le echó fuera con rudeza, hacia la oscuridad. A lo lejos los proyectores iluminaron la fachada de la Seguridad, el centinela del pito. De las ventanas del cine surgía una luminosidad amarilla y roja que se derramaba sobre la acera de madera. Nadie. Rodión levantó la cabeza y extendió los brazos con los dedos separados, pesado y ligero a la vez bajo aquel puro cielo negro. Cayó en el barro, se levantó, siguió andando con un paso flotante en la cruda luz de los proyectores, se hundió en las resplandecientes tinieblas de la plaza...

—¡Rodión!

Aquella voz cortante le sacó de una especie de tibio limbo. Elkin le cogía por debajo del brazo, le arrastraba, como un hombre que llevase un muñeco. Elkin se enfurecía:

—¡Otra vez! ¿No te da vergüenza? Debajo de sus ventanas. ¡Desgraciado! Duerme la borrachera pero no nos ensucies. Vete a decirles que estás con ellos, no te queremos con nosotros. Se lo vas a decir mañana mismo, ¿me oyes? No tienes derecho a desacreditarnos.

Elkin apoyó al balbuciente Rodión contra la pared de la iglesia. «No te enfades, Dimitri, camarada Elkin —balbuceaba Rodión tras una amplia sonrisa avergonzada—, no estoy tan borracho como parece, son los problemas...». Lo de tener los hombros pegados a los ladrillos y conservar la posición vertical le daba seguridad. Elkin silbó malévolamente.

—Si te vuelve a ocurrir de nuevo, te echaremos. ¿Te enteras? Te boicotearemos, ¿te enteras?

Rodi3n se puso a canturrear balanceando la cabeza. Rodi3n no lleg3 a comprender hasta el momento en que sinti3 c3mo le golpeaban violentamente en la cara —de nuevo, otra vez y otra—, pero en ese momento comprendi3 todo, el suelo volvi3 a tomar consistencia a sus pies, en el otro extremo de la plaza el perfil de las casas volvi3 a ser n3tido, igual de n3tido que el sentimiento de humillaci3n infantil que le llev3 a decir, suavemente, sin un solo reflejo de resistencia, apoyado el ment3n en el pecho:

—Basta, Elkin. Tienes raz3n.

—Ven.

Caminaron entonces codo con codo, sujet3ndose el uno al otro, a Rodi3n, medio hombre medio pelele, flojas las piernas, m3s o menos clara la mente. Las estrellas ten3an halos dorados, bajo sus pies el suelo estaba duro como una roca y de pronto se volvi3 extra3namente el3stico. En casa de los Kurochkin luc3a una lamparilla. El ni3o febril se hab3a dormido, el padre descansaba sobre el ba3l guarnecido con herrajes, la madre y la ni3a en la cama. La respiraci3n sibilante del beb3 taladraba los alientos, los gemidos y los suspiros de aquellos seres. Rodi3n lleg3 a su rinc3n y se dej3 caer todo lo largo que era en el colch3n, hundiendo la cara en un coj3n rojo. Su labio inferior tumefacto iba hinch3ndose. ¿Qu3 hacer? ¿D3nde captar un poco de aut3ntica claridad? ¿A qui3n pedir una respuesta? ¿C3mo convertirse verdaderamente en hombres?

Cantaron los gallos, un extraordinario resplandor ba3n3 el ventanuco. Rodi3n abri3 los ojos. En el patio, Kurochkin, que se hab3a levantado antes del alba, part3 gruesos troncos de abeto de los que iba a buscar r3o arriba, durante la noche, arriesg3ndose a que le metiesen en la c3rcel o a algo peor tal vez, porque aquel bosque pertenec3a al Trust Estatal de los Bosques del Norte. A cada hachazo, el suelo vibraba sordamente. En la fresca luz de la ma3ana Rodi3n crey3 ver el gesto recio del hombre. Proyectada por la fuerza de su brazo, la poderosa hoja azulada describ3a una corta par3bola, se abr3a la madera y unas gotitas de savia, como un roc3o 3ntimo, humedec3an entonces sus nervaduras. Rodi3n ya no pensaba, no sufr3a. Sab3a que el d3a se iba extendiendo como una reposada alegr3a a la que nada pod3a enfrentarse, sobre la llanura, sobre la tundra, sobre los bosques donde se disipaban las 3ltimas sombras fugitivas. Alguien habl3 en el patio. ¿Qui3n pod3a ser a aquella hora? Rodi3n no experiment3 temor ni sorpresa, sino m3s bien una especie de satisfacci3n por o3r aquellas voces tan cercanas —voces amigas—, y

es que las voces son amistosas por sí mismas cuando brotan, como aquellas, de una mañana única, sean cuales fueren, digan lo que digan; mas era aquella una idea prácticamente inefable.

Kurochkin asomó la cabeza por el hueco de la puerta, vio que Rodión había dejado de dormir y luego dijo suavemente:

—Rodiónich, han venido preguntando por ti.

A través de la noche, del alba, del espacio, de todo aquel azul aéreo, de los rumores y de los silencios diseminados por el mundo, alguien había venido... Rodión se dio cuenta entonces de que había dormido vestido, de que sus manos estaban sucias y de que sus botas estaban cubiertas de barro seco. Se lavó rápidamente la cara en su jofaina de hojalata y, cuando sintió sus manos limpias y sus ojos aclarados, salió impulsado por su alegría. En el umbral le esperaba un ser muy barbudo, de pie en medio de las tierras grises y del cielo blanco. El visitante llevaba varios zurriones enganchados a su cuerpo por cuerdas y correas; a sus pies había un saco. Dijo:

—¿Es usted?

Rodión sonreía ampliamente: «Soy yo». En la tez escoriada, en la barba descuidada bajo el mentón, en las mejillas surcadas de arrugas, Rodión reconocía al recién llegado. «¿Mucha cárcel?», preguntó.

—Ocho meses —dijo el otro—. Primero Moscú, luego Perm. Mijail Ivánovich Kostrov, miembro del Partido desde 1917, profesor de *hist. mat.* —materialismo histórico—, oposición de izquierda, noche en vela, camarada, he llegado a las dos de la madrugada. Los vagones de traslado en este país son absolutamente indescriptibles...

—Pues —dijo Rodión— bienvenido seas, camarada Kostrov. Yo ya he dormido, acuéstate. No hagas ruido, la patrona y los niños todavía duermen.

Rodión le miraba intensamente y, detrás de él, por encima de las techumbres de paja de color desvaído, miraba aquellas lejanías de línea tan nítida, tan pura, que parecían al alcance de la mano y miraba aún más lejos, más allá, el otro universo, las estepas interiores que en aquel momento estaban bañadas de luz.

¿Eres tú, camarada, el que trae esas respuestas que busco, que espero, que creo asir en cuanto se disipa la oscuridad de la noche? El que las conozca vendrá sin duda así, sencillamente, desde las estrellas olvidadas, atravesando el alba. El que las conozca estará, sin duda, como tú, abrumado por la fatiga y

por la adversidad vencida. En los tiempos que corren solo puede ser alguien que salga de la cárcel...

—¿No tienes hambre?

—No. No han sido demasiado bestias los de la Seguridad, me han dado arenque y pan.

—No, aquí no son bestias —dijo Rodión—. Nos pasan la cuerda al cuello pero lo hacen suavemente, amablemente. Se puede ir viviendo.

Sin mediar palabra, se repartieron la media hogaza grande de pan de centeno que Kostrov había sacado de uno de sus zurroneos y que debía de pesar, al menos, tres libras. Rodión fue a buscar cebollas. «Estupendas para el escorbuto». Más tarde Kostrov se instaló. Su fatiga era tal que ya ni siquiera sentía su cuerpo; pero el aire fresco de la noche y de la mañana, tras los traqueteantes vagones, tras el Caos, tras la larga inmersión en el aislamiento, tras los sótanos nauseabundos de las cárceles pequeñas que fue encontrando en su camino, le limpiaba entero, como un baño, hasta el alma. Hasta la pobreza de la covacha impregnada de olor humano le sentó bien; la vista del niño con calentura despertó en él una sorda ternura. Al despojarse de su tabardo acolchado, parecido a los que llevan los obreros de la industrialización y los culis de Mukden, se sorprendió canturreando para sí:

Quedábanle al corazón

ciento veinte latidos

ciento veinte latidos...

Vio tan claro entonces que sonrió a medias entre su barba: Cállate, viejo corazón. Todavía te necesito.

Pero cuando ya se extendía sobre la cama que aún conservaba el calor de Rodión, descubrió cierto sentimiento de vergüenza al pensar en aquel joven camarada hospitalario. ¿Por qué le he mentado? ¿No tendría que haberle dicho desde un principio?: «Yo me he sometido. He abjurado. Capitulado. Ya no soy ni la sombra de un comunista, medio compañero, medio canalla, porque sé tanto lo que hago como lo que pienso... No merezco confianza alguna. ¿Consientes aún en dejarme dormir en tu camastro y en compartir mi pan?».

Lentamente fueron irguiéndose sus hombros. ¿Mentido? ¿Mentido? Pero es a ellos, a esos inquisidores sinvergüenzas a los que he mentado, a los que todo el mundo miente, como mienten ellos mismos en todo lo que dicen, en todo lo que hacen. ¿Acaso les debo alguna verdad a ellos? Se alegró de no captar ya la mirada clara de Rodión.

... Rodión bajaba hacia el vado por la calle de las Pesquerías. La calle entera estaba bordeada por vallas de tablas muy viejas de un gris ceniciento. Y el suelo, apenas un poco más oscuro. Ni un solo color; pero la hierba verde revivía hacia el final de la cuesta. ¡Qué irrisoriamente débiles y viles somos! Viles como lombrices aplastadas por un tacón herrado que consiguen sobrevivir, destrozadas. ¡Pero qué fuerza ardiente y ligera en un pecho! Cuando llegó a la ribera de las Aguas Negras, que fluían limpias sobre su lecho de guijarros, Rodión se tumbó en las rocas para beber del propio caudal, a largos tragos. La frescura del agua sació la sed en todo su ser.

III

Los mensajes

CADA VEZ QUE EL INGENIERO Botkin tenía que rellenar un cuestionario (... 15. *¿Cuáles son sus orígenes sociales?* 16. *¿Qué hacía usted antes de la revolución?*... 21. *¿Ha estado afiliado a algún partido político?*... 25. *¿Ha estado alguna vez en la cárcel bajo el régimen de los soviets?*) solía declararse «sin partido, simpatizante del PC». En privado, no obstante, precisaba «ri-gu-ro-sa-men-te sin partido». Su conocimiento de idiomas extranjeros, su amor por las matemáticas, una inclinación por el dibujo lineal, que se remontaba a su niñez, y el velado placer que le deparaba el trabajo aburrido, incluso en su casa, cuando, por la noche, se infligía la lectura de los más insípidos discursos oficiales, sin saltarse ni una línea, le convertían en un especialista valioso, seguro de ganar sus mil rublos mensuales sin tener por qué afiliarse a ese partido con el que supuestamente simpatizaba. «¿Y qué puede necesitar el *homo sovieticus* además de mil rublos al mes?». Botkin contestaba a la pregunta tras una breve pausa que solía ofrecer a la meditación de su interlocutor: «Una suscripción a la *Technische Rundschau*». Solía dormir muy estirado al lado de Lina, pues sabido es que el amor es condición indispensable para el equilibrio de las facultades, y además Lina era una de esas buenas chicas tibias, casi guapa, dotada de una agradable falta de inteligencia y cuya presencia armonizaba a la perfección con la suave luz de la pantalla azul celeste, pero si hubiera tenido que escoger entre la *Technische Rundschau* y Lina, la tibieza de Lina, Botkin no hubiese vacilado ni un momento, pues él era de los que creen en la fisiología, y no en los sentimientos, y además estaba firmemente convencido de que la técnica es la «palanca de la civilización»...

Sumidas en el crepúsculo invadido de humos, las brigadas de choque de las obras de la Factoría Stalin de Stalingrado volvían del trabajo cantando cuando el director informó a Botkin de algo inesperado: por orden de la Dirección Central de Construcción de Maquinaria Agrícola se le enviaba a una misión de tres meses en Londres, París y Berlín, con objeto de conseguir información sobre los últimos modelos que se estaban fabricando. «Recibirá usted instrucciones secretas, Vitalii Vitaliévich. Vamos, vamos, enhorabuena». Botkin consiguió conservar la serenidad a costa de un esfuerzo sofocante; en

cuanto llegó a su casa, se tendió en el diván, se aflojó el cuello y dejó caer su mano derecha, completamente flácida, sobre la alfombra. «¿Es que no vas a cenar?». «No...». Lina se demudó; naturalmente pensaba en un asunto de sabotaje. ¿Qué sería de ella si detenían a Vitalii? «En ese caso, ojalá detengan también a Iván Petrovich o me moriría de vergüenza delante de su Nina, esa energúmena rubia...». Vitalii Vitaliévich Botkin sonreía al techo. «¿Qué pasa?». «Misión en el extranjero...». Lina se quedó fascinada. «¡Querido mío!». Un súbito acceso de ternura la arrojó en sus brazos. «Oye, ¿y de la fábrica solo te envían a ti? ¿Y a Iván Petrovich?». «Iván Petrovich se queda...». «Oh ¡qué contenta estoy! ¡Nina Valentinovna va a reventar de envidia!». Lina alcanzaba la cúspide de la felicidad. «Me llevarás... ¿A que sí, querido?». Sin saberlo ellos mismos, su felicidad rozó un ámbito enorme y desconocido, el que empieza en los confines de la fisiología, donde nunca les sería dado entrar.

Botkin visitó fábricas en los suburbios de Londres, donde la miseria es una lepra, en los islotes del Sena iluminados por una sonrisa triste, en las afueras de Berlín, limpias, grises y desnudas. En el Támesis, en el Sena, en el Spree, pequeños remolcadores negruzcos escupían carbonilla; viejos barcuchos sobre todo, fieles exponentes del desgaste del capitalismo. Los autobuses londinenses eran confortables, los parisinos malolientes, incómodos, como el metro sin ascensores, mientras que el Underground... Botkin se dio cuenta de que tales signos, al igual que la suciedad de las aceras y de las fachadas de París, denotaban ciertamente el hondo mal que corroe a la burguesía francesa; las mullidas banquetas de autobús le suministraron la prueba de que el imperio inglés es más sólido de lo que se dice. Toda su desgracia, si de desgracia suya puede hablarse, se originó en estos comentarios incidentales que le llevaron a concluir: «Trotski se equivoca una vez más al anunciar la decadencia del imperio británico...». El caso es que, al ojear, en un puesto de periódicos del bulevar Saint-Michel, las publicaciones rusas, Botkin se fijó en el *Boletín de la Oposición* impreso en papel fino y en formato pequeño. Entreabrió displicentemente el fascículo con la punta de los dedos. «En las fábricas de locomotoras, que durante los tres primeros trimestres del año han suministrado al país 250 máquinas menos de las previstas, se observa una *muy grave escasez* de mano de obra cualificada. Solamente en la fábrica de Kolomenskoé, 2000 obreros han dejado el trabajo...». «Naturalmente», —se dijo Botkin—. La movilidad del personal constituye en la actualidad uno de los mayores obstáculos para la industrialización... Una vez comprado el *Boletín*, Botkin, cuyos dedos quemaba aquel papel subversivo, compró rápidamente, para ocultarlo en su interior, la

primera revista de formato grande que pudo encontrar, y que resultó estar repleta de mujeres en *déshabillés* rosas. Botkin bajó hasta el final del bulevar y volvió a subirlo para cerciorarse de que no le estaban siguiendo, de que nadie se había fijado en él, de que nada había ocurrido ni ocurriría. Cuando llegó al pont Saint-Michel, le asaltó la tentación de arrojar al Sena ambas revistas, los dibujos picaros y el marxismo, los anuncios por palabras de proxenetas y los datos prohibidos del primer plan quinquenal. Habría hecho bien. La prudencia le llevó a encerrarse en la habitación de su hotel para examinar, bien acodado en su mesa, una serie de textos fechados en Prinkipo^[7] el 22 de octubre de 1932: *La economía soviética en peligro*, con un bloc de notas que fue cubriendo de menuda escritura en una vigilia que se prolongó hasta las tres de la madrugada, porque ese mismo día tenía que coger el rápido de Berlín. Y una vez allí, «Vitalii Vitaliévich, en Berlín, a ser posible no se quede en el hotel — estaría mal visto—, sino en la residencia de los funcionarios de la delegación comercial en Lutzowplatz...».

«... *Anotación*: El decreto de 11 de septiembre de 1932, firmado por Mólotov y Kalinin, obliga a los cultivadores individuales a alquilar sus caballerías a los koljoses... Los koljoses, que cultivan entre un 80 y un 90 por 100 de las tierras, carecen de caballerías hasta tal punto... Recientemente los koljoses han recibido 100 000 tractores... Poltava: 19 tractores de 27 estropeados en unas semanas. Estación de Privoljniansk, Ucrania: 32 tractores, 2 estropeados desde la primavera, 14 con reparaciones importantes en curso, de los 36 restantes menos de la mitad están dedicados a la siembra y estos mismos permanecen inactivos la mitad del tiempo (sin duda, por falta de combustible). ¿Calcular el coeficiente de utilidad de los tractores?».

«*Tema para meditar*: Desaparición de las caballerías. Los caballos se alimentaban allí donde los tenían; resultaban útiles para las pequeñas labores de transporte. Tractores inutilizables para el pequeño transporte. Problema de suministro de gasolina. Tractorización exige una red de carreteras, un servicio de coches cisterna, construcción de vagones cisterna. Miles de millones».

«Aumento de la tracción mecánica: de 306 500 hp en 1928 a 2 066 000 hp en 1932, totalmente insuficiente para compensar la pérdida de la tracción animal».

«Número de familias que han abandonado los koljoses durante los últimos seis meses: 502 000».

«Desproporción entre las necesidades del plan y los recursos de materias primas (déficit de metales, fábricas que trabajan a ritmo lento). Detención de la construcción por falta de materias primas y de créditos; capitales inmovilizados».

Había de todo, sin orden alguno, en aquellas notas sobre la calidad de la producción que contrastaban con los coeficientes de crecimiento cuantitativo; sobre los salarios: «Las victorias del socialismo se miden por la condición de los obreros y por su papel en el Estado»; sobre la expulsión de Zinóviev, Kámenev, Uglánov, Riutín, Slepkov y Marezki: «Jugar al escondite con la revolución, manipular a las clases sociales, utilizar la historia para conducir la diplomacia es absurdo y criminal... Zinóviev y Kámenev caen por no haber observado la única regla válida: Haz lo que debes, pase lo que pase» (L. T., octubre 1932); sobre el rendimiento del trabajo y los precios de coste de la producción, que, en vez de disminuir en un 5 por 100, con arreglo a las previsiones, han aumentado en un 2,5 por 100; sobre el pleno del Ejecutivo de la Internacional Comunista (septiembre del 32: «Ha recomendado que se prepare en España la dictadura del proletariado en forma soviética»). «*Pensar en: La burocracia estalinista se ha convertido en el obstáculo interior más temible para la victoria de la revolución proletaria (en España). L. T.*».

«Interrumpir la expropiación de los campesinos tildados de acomodados causa la desorganización de la agricultura. Revisar los planes: basta ya de gigantismo, medir el esfuerzo, adecuar las realizaciones a las necesidades». Comentario: *Muy razonable. Siempre lo he pensado.*

Nota al margen:

Suponiendo que hay un 5 por 100 aproximado de cultivadores acomodados, según las cifras medias para 1926 (si bien es cierto que la Oficina Central de Estadísticas, por entonces, era un desbarajuste), sobre una población rural de más de 120 millones de habitantes (¡que no de almas!), la liquidación de los kulaks supone la expropiación y deportación de cinco a seis millones de personas. ¿Repercusión sobre la agricultura?

Botkin subrayaba sus propios comentarios con un trazo tan recto que parecía trazado con regla.

Imposibilidad de adoptar un punto de vista humanitario.

Insignificancia del hombre frente a la producción. La producción toma conciencia de sí misma con el plan.

Examinar: Buen mantenimiento de la mano de obra (cualificada, única importante) tan indispensable como el del utillaje. La mano de obra como elemento del utillaje. De ahí: Degradación por subalimentación, exceso de trabajo, traumatismos. Brigadas de choque, ¿emulación socialista? Rendimiento. ¿Gastos generales?

Botkin tenía una escritura menuda de rasgos precisos. Consideraba los datos con los que llenó treinta páginas con absoluta frialdad, con una imparcialidad total; de manera que en su juicio no influyera sentimiento alguno. Saber, comprender, reaccionar. La técnica solo requiere lucidez, se basa en la exactitud de la documentación. Tras un momento de reflexión, tachó con un doble trazo de lápiz azul su apunte sobre los expulsados del Partido, Zinóviev y demás. Información política de importancia secundaria. *Insignificancia final de la política respecto de la técnica...* Luego lo volvió a mirar y lo rompió en pedacitos que quemó en el cenicero. Tras romper igualmente el *Boletín* con un cuidado meticuloso, en cuadraditos minúsculos, lo tiró a los váteres de los coches-cama entre Aquisgrán y Colonia. El bloc de notas, releído y meditado, tuvo el mismo final entre Varsovia y Niegoreloé, frontera del país del Gran Plan, donde unos militares con largos abrigos grises y triángulos de fieltro verde en el cuello pasaron a registrar cuidadosamente las maletas de V. V. Botkin, técnico principal del *Stal-sel-mach-stroy* en viaje de servicio. ¿Cómo podía saber que en Berlín, mientras él paseaba bien acompañado por la Tauenzienstrasse, donde los tranvías corren sobre el césped, alguien entraba en su habitación, encontraba rápidamente entre doscientas llavecitas la necesaria para abrir su maleta y sacaba los objetos uno a uno con una mano experta que no arrugaba nada; que unos ojos de profesional, todavía más hábiles, memorizaban el lugar que ocupaba cada cosa para volver a colocarla, y que, haciendo caso omiso deliberadamente de los grandes sobres lacrados dirigidos a la Dirección Central de las Empresas Constructoras de Maquinaria Agrícola, descubrían sin esfuerzo el bloc de notas disimulado bajo la ropa blanca, cerca del fondo, al lado de los frascos de Houbigant para Lina? ¿Cómo podía saber que habían abierto aquel bloc de notas reconociendo de inmediato su inspiración, los textos citados...? El rostro profesional, un rostro sin facciones, desconocido para siempre, se iluminaba con una sonrisa astuta, las manos apuntaban a las páginas del bloc de notas el foco corto de una lente Zeiss. Cinco clichés, ya está, todo ha vuelto a su lugar; la maleta vuelve a estar cerrada, esa misma tarde sale un sobre confidencial dirigido al Servicio Especial, Moscú, plaza Dzerzhinski; allí unas secretarias

harán varias copias: 1.^a para el fichero principal; 2.^a para la sección política (sospechosos de trotskismo); 3.^a para la sección económica (sospechosos de sabotaje); 4.^a para la sección exterior (sospechosos de espionaje). Entre el viejo edificio de ladrillo rojo almenado que se encuentra frente a las murallas de Kitai-Gorod y la torre blanca y cuadrada de quince pisos, en la parte más alta de la Kuzniezki Most, los teléfonos añaden un nombre nuevo a la cosecha de nombres de la jornada, un nombre que habrá de archivar entre millones de otros nombres ya localizados, conocidos, estudiados, registrados, trabajados, liquidados, vaciados por la muerte administrativa de todo lo que tenían de humano: Botkin, V. V.

Desde sus primeros contactos con la Dirección Central de Moscú a la que presentó sus informes, Botkin supo de los acontecimientos de Stalingrado por las extrañas caras que veía. Un colega se los refirió confidencialmente una vez que se vieron solos en el bar, entre las paredes de fríos reflejos de cristal esmerilado, las palmeras yertas, los hules blancos, los retratos paralizados por el tedio de un hospital o de un transatlántico desierto. La camarera, acodada en la mesa, con las manos en los oídos, iba pasando las páginas amarillentas de una novela de antes de la guerra; el colega iba tragando su leche cuajada a cucharaditas, un silencio congelado caía del techo demasiado alto... «Todos a la sombra, Vitalii Vitaliévich, ¿comprendes?: agotados los créditos anuales, el plan de construcciones ejecutado en un 60 por 100 únicamente en los siete primeros meses del ejercicio en curso, un verdadero desastre, vamos. A ese ritmo, la fábrica saldría por el doble de la cifra prevista y no se acabaría hasta tres años después de la fecha fijada...». «¡Diantre! —exclamó Botkin—, estoy encantado de haberme ausentado durante todo un trimestre; ¡cuidado que se lo había advertido! Había que prever la falta de materiales, las variaciones de los precios, la insuficiencia de los transportes, la baja del rublo-mercancía, la escasez de mano de obra, la hambruna...». Él lo habría previsto todo. «El caso —respondía el colega bajando la nariz— es que, si lo hubieran previsto, les habrían cazado antes acusándoles de exagerar los presupuestos, de no creer en la estabilidad del rublo, de dar por sentada la desorganización de los transportes, de subestimar las posibilidades económicas... Guerassímich le dijo, más o menos, todo eso a la subcomisión del Plan: le han echado cinco años». Botkin hizo un gesto evasivo. Bilioso el colega, un poquitín antisoviético. ¡Qué razón tenemos en no confiar misiones a estos pájaros! Después de todo, ¿acaso no era el Guerassímich aquel un viejo socialdemócrata pesimista por principio? En esta época nuestra de energía disciplinada, tal vez sea el pesimismo una forma involuntaria de sabotaje.

Botkin, perfectamente cómodo dentro de su traje cortado en Londres, satisfecho consigo mismo, con su suerte y con un mundo en el que las meteduras de pata ajenas facilitan mecánicamente el ascenso propio, concluyó: «Ya se arreglará. A mí me parece que los errores de cálculo que perjudican al Estado deben pagarse... Hay que tener sentido de la responsabilidad... El hombre no cuenta frente a la producción». «Totalmente de acuerdo contigo», musitó presurosamente el colega, asustado, con una cortesía que de pronto se hizo distante. Sostenía en la mano su vaso vacío de leche cuajada, un vaso grueso y triste tallado en facetas, lechoso; y aquello era todo lo que había entre ellos en aquel momento.

Botkin fue detenido al día siguiente, a la salida de una reunión de la Dirección. No le interrogaron hasta dos meses más tarde, a eso de la medianoche. El traje de bonito género inglés conservaba, tras todas sus tribulaciones, un aspecto impecable, pero el hombre, enflaquecido, sin ropa interior, con la cara cubierta de pelos, sin cordones en los zapatos, parecía con aquel atuendo un falso salvaje para un *sketch* de circo, o un jugador que emergiera a la luz desde un sótano y hubiera sido detenido por los *policemen* en los muelles de Londres, o un canallesco saboteador contrarrevolucionario detenido con las manos en la masa. Él, abrumado, se daba cuenta de ello. Se enteró de qué pesaban en su contra cinco acusaciones: contrabando, por los dos frascos de Houbigant que trajo para Lina; sabotaje; actividades contrarrevolucionarias; espionaje (económico y político). Los diversos párrafos del artículo 58 del Código Penal le amenazaban con varias penas capitales. Dos atentados militares le vigilaban de reojo, mientras que un tercero le instaba largamente a que confesase. Botkin, ante aquel juego inexplicable, no sintió un asombro especial; por el contrario, experimentó más bien cierta satisfacción impersonal al comprender, por fin, cómo se hacían aquellas cosas tan turbias como habituales. Sin embargo, el miedo iba gastándolo en el asfixiante murmullo de las celdas, el miedo, el aire viciado, el rancho sin calorías, un semidelirio sexual que le acometía regularmente con algunos días de intervalo. Sus compañeros de celda, cinco técnicos, parecían estar más angustiados que él. Uno de ellos resumió así la situación: «De los cinco seguramente fusilarán a uno; lo demás, señores, es mera cuestión de probabilidades». Confiese el contrabando, el sabotaje, el trotskismo, la contrarrevolución, el espionaje, confiese, confiese, confiese, confiese, confiese, confiese. Botkin bajaba la cabeza, indignado, resignado, lamentando sinceramente no encontrar en sí mismo ninguna falta que reconocer, salvo los dos frascos de perfume para Lina, eso sí, lo confieso, los he pasado fraudulentamente. «Naturalmente,

tenemos pruebas materiales. Aunque no lo crea, ciudadano Botkin, tenemos más pruebas materiales. Pero ha de saber que cuando las saque ya será demasiado tarde para que pretenda salvarse». Al decir aquello (era durante el sexto mes de usura de nervios), el juez de instrucción abrió su cajón, cogió un sobre y sacó de él una prueba fotográfica que tendió con severidad al reo: Botkin tardó un momento en reconocer su escritura, tanta era su sorpresa al verla en aquel papel gris brillante, tal era su olvido de aquel bloc de notas, cubierto de escritura una noche en París, releído en el tren entre Berlín y Varsovia, destruido en el váter del coche-cama una hora antes de la frontera soviética de Niegoreloé, tanta era la inverosimilitud de todo aquello; injusto, enloquecedor, aplastante, inverosímil. «Confiese, confiese, confiese, confiese. ¿Ah, ya estamos?». Efectivamente, allí estaba, lívido, a punto de desfallecer bajo sus pelos rubios. Entonces —de pronto— habló abundantemente, confesó, negó, demostró, explicó, se defendió. Dos hombres uniformados bebían sus palabras, una taquígrafa las iba registrando, sin saberlo él, detrás de una tapicería. «Pero, veamos, Botkin, ahora que ya nada puede salvarle salvo el arrepentimiento, haría bien en confesar igualmente que el 30 de abril último, cuando se abstuvo usted de tomar la palabra en la conferencia de los técnicos de su empresa, lo hacía deliberadamente, para permitir la subida del 8 por 100 en los precios de fabricación que proponía uno de sus cómplices...». «Si usted lo dice...», se resignó Botkin hundido, sin creer ya en la realidad ni en la verdad, ni en sí mismo, sin creer ya más que en la muerte que le sorprende a uno por la espalda, en el fondo de un sótano, por estallido del cráneo, probablemente sin dolor. A su alrededor todo bailaba, flotaba, se deformaba, desaparecía. Le picaba la barba, tenía la espalda dolorida, un enorme deseo de dormir. Dormir tranquilamente una noche antes de que le fusilasen. ¿Qué más se podía pedir?

El sótano de la última angustia le fue perdonado, todo se arregló, muy bien incluso, porque en la Oficina de Proyectos núm. 4 del C. C. D. E., Campo de Concentración de Destinos Especiales, península de Kola, a 68° 8' de latitud y 37° 2' de longitud, Botkin encontró doce colegas, reglas de cálculo, un tablero de dibujo, excelentes diccionarios técnicos en alemán y un rincón tranquilo desde el que la vista, por una alta vidriera, abarcaba un páramo pedregoso coronado por nubes que a veces los vientos del norte transformaban en prodigiosas batallas aéreas. Desde la oficina hasta los barracones había una buena hora de marcha por el espacio desnudo, bajo las nubes. Y aquella hora terminó deparándole a Botkin un gozo inesperado, pues la pasaba con un compañero de viaje de aspecto y apellido igualmente

anodinos, Ivanov o Petrov o Pavlov, o algo así, economista de profesión, veterano miembro del Partido, a pesar de su juventud, trotskista acostumbrado desde hacía seis años a las deportaciones, a las reclusiones, a los campos de concentración, a los traslados, muchacho de espíritu metódico y afable, con el que Botkin tuvo, por primera vez en su vida, la impresión de poder hablar como si pensara en voz alta, sin temor, ni dudas, ni reservas de ningún tipo. El otro respondía igual, simplemente. Lo que así se contaban en el páramo desierto, seguros, habría bastado, por otra parte, para que se perdieran definitivamente; pero aquí servía para acercarlos el uno al otro con un desinterés absoluto. Botkin refirió su viaje a Occidente. «Qué bueno es hablar libremente», dijo en una ocasión. Le pareció que acababa de comprender, por fin, el placer singular de vivir en los países de Occidente, aunque estos pudieran recordar, con sus iluminaciones nocturnas, sus hermosas mujeres, sus parlamentos, sus periódicos plagados de crímenes, su paro crónico y los pequeños y viejos remolcadores de los diversos Támesis, a grandes paquebotes con el rumbo apuntado a sus naufragios. «Figúrese usted, Ivanov, que en Londres o en París se puede hablar con cualquiera, en cualquier parte y de cualquier cosa, como hacemos nosotros; por dos francos puede uno comprarse en un kiosco del bulevar Saint-Michel el *Boletín de la Oposición*, todos los boletines de todas las oposiciones del mundo si se quiere, en todas las lenguas... Figúrese usted...». A lo que Ivanov respondió: «No, no me puedo figurar eso, nunca he estado en el extranjero, y cuando hubo libertad en la revolución aún no tenía yo uso de razón... Dentro de unos años, cuando todos los viejos que pasaron por las cárceles del zar estén muertos, nadie, entre los ciento setenta millones de ciudadanos de la Unión, podrá imaginarse lo que es la libertad de pensamiento... Habrá que volverse loco para escapar a las ideas fijadas impresas con prensa mecánica en los cerebros...». Botkin buscó en el páramo algo en qué poder detener la mirada: no había nada. Las colinas que se divisaban en el horizonte eran llanas.

—El progreso técnico se volverá imposible —dijo el ingeniero—. ¿Por qué llegó a ser imposible en las sociedades de la Antigüedad? Porque la esclavitud...

Ivanov se encogió de hombros:

—No, todo saltará un día por los aires. En el fondo del hombre siempre habrá...

—¿Así que cree usted en lo irracional?...

—Creo en el proletariado.

La memoria fotográfica de Botkin le sirvió para reconstruir, casi palabra por palabra, sus lecturas clandestinas de Occidente; imperceptiblemente, con el silencio del páramo, el contenido de su cuadernillo mental de notas pasó enteramente, verdaderamente revitalizado, al espíritu de Ivanov. El comunista se reía despacio, sin razón aparente. ¡He aquí la forma en que las ideas franquean las fronteras!

Ivanov dedicaba la mitad de sus jornadas, en su cabina acristalada de la oficina de estadísticas, a redactar con una plumilla de dibujo mensajes sobre tiras de papel delgado de la anchura de un sello de correos y de la longitud de varios, con letras perfectamente dibujadas que solo podrían descifrarse con lupa. Un mensaje para los deportados de Semipalatinsk, Asia Central, otro para los de Kansk, Siberia occidental, el tercero para los de Chernóé, las Aguas Negras, Norte. «Queridos camaradas, el destino de la revolución se está decidiendo en todo momento. Nosotros pensamos por millones de proletarios mudos...». Nadie sabrá nunca cómo salieron aquellos mensajes a bordo de los aviones postales de la penitenciaría, ni a qué milagros de ingenio debieron su llegada a buen puerto. Se recibieron en Semipalatinsk, ciudad en la arena, en días tórridos bajo un sol abrasador, en Kansk, estación del Transiberiano, en días de helada azul, en Chernóé, una mañana con la primavera sembrada por toda la estepa en pálidos botoncillos dorados.

* * *

ES BUENO SENTIRSE VIVIR. Convengamos en que entre estos acontecimientos, acaecidos en planos completamente diferentes de la creación, no existe una relación perceptible, pero el hecho es que millares de ranúnculos, cubriendo las praderas con un trémulo polvillo de oro, se habían abierto precisamente aquella mañana, cuando llegaba el camarada Fedossenko, abierto todo su ser, como el de aquellas flores, a una muda felicidad. Sobre él solo cabe hablar de *ser*, pues, por razones de incompatibilidad total, queda totalmente descartado el concepto de alma; e incluso el de espíritu, aunque allá en el interior de su bóveda craneal, ancha, redonda, chata por las sienes, funcionase perfectamente un mecanismo cerebral de vertebrado superior, dotado de palabra, de pensamiento hasta cierto punto e incluso de «conciencia histórica» —según su propia expresión—

. El ser espeso en general: huesos, músculos, mandíbulas, arco superciliar, ocupaba en el universo un rango masivo. Durante horas, el Ford del centro regional describió curva tras curva, por paisajes inmensos en los que iba ascendiendo la luz, en los que se abrían botones de oro. Encajado en la banqueta, con su cálido abrigo de invierno con insignias nuevas cosidas dos días antes, el camarada Fedossenko olfateaba el aire, frío aún, de los espacios puros.

El Ford, maravillando a los mirones, describió una última curva en la plaza Lenin, frente a la iglesia del bulbo reventado, antes de aparcarse ante el edificio de la Seguridad. El soldado de guardia presentó armas. Fedossenko le devolvió el saludo exactamente como lo hacía en la pantalla el comisario del Pueblo para la Defensa: movimiento corto sin rematar, pero claramente esbozado, brazo alzado, mano ligeramente curvada a unos veinte centímetros de la mejilla... Negligencia familiar, firmeza, disciplina, así soy yo, ciudadanos. Tomemos como ejemplo a Kliment Efrémovich Voroshílov, el exrectificador de Lugansk, el inflexible comisario del Pueblo, el hombre de hierro. ¡Que viva largos años!... Si Fedossenko se hubiese hablado a sí mismo, lo habría hecho como en las reuniones del Partido. Pero de esto último se abstenía. Cuando estaba solo, o bien trabajaba repasando informes de memoria, o bien seguía sus estudios de cursos profesionales por correspondencia, o bien descansaba sin pensar en nada, contento de sí mismo, del servicio bien hecho, del orden logrado, de la triunfante edificación del socialismo. En aquel momento emergía de un extraño letargo poblado de sueños deprimentes, perfectamente indignos de él. Escuchad.

Hombres vestidos con abrigos grises que caían hasta la nieve, hombres de caballunas grupas, con correaes de cuero, han ido todas las noches a cumplir sus tareas, nunca las mismas, siempre las mismas; han descendido a sótanos, han ascendido por desvencijadas escaleras entre el olor acre de las viviendas calentadas con boñiga; han caminado a la luz de claros de luna milagrosos (nada tan sencillo), a través de centelleantes campos de nieve, sin levantar la mirada hacia la amplia aureola de azul intenso que rodeaba la luna; han dictado informes, rellenado fichas, anotado expedientes, transmitido consignas, realizado arrestos, mas en realidad estaban soñolientos, como la dictadura entera, como toda la tierra; y los ciento treinta o ciento setenta mil trabajadores de los campos especiales (nadie sabe la cifra exacta) que excavaban, por los páramos, las marismas, los granitos, los bosques, las cimas, las nieves, las islas, los fiordos interiores de la Carelia, el canal Báltico-mar

Blanco, para que las escuadras rojas de Cronstadt puedan, durante la próxima guerra mundial, alcanzar la gran ruta esmeralda del Ártico sin rodear Escandinavia; esos ciento treinta o ciento setenta mil condenados en vías de reeducación por el trabajo también cabeceaban soñolientos, entumecidos por el frío al volar con dinamita bloques de montañas del legendario Ultra-Onega, Za-Oneguíé, cuando para cumplir el Plan —ley, mandamiento, fe, castigo, orgullo—, el Plan, atacaban la dura tierra helada de Pomorié, A-lo-largo-del-mar, con azadas, picos, excavadoras, con encarnizadas manos de intelectuales místicos, de técnicos saboteadores, de labradores separados del terruño por haber tenido cosechas demasiado buenas, de obreros ladrones o negligentes, de practicantes de algún culto, de funcionarios desafortunados, de comunistas prevaricadores, de contrarrevolucionarios auténticos y de víctimas que lo eran más aún... Trabajaban, de noche como de día, a la luz de los proyectores con fríos de treinta grados, entre las rachas de nieve, casi sin ver, en la moviente blancura que seguía cubriéndolo todo, enterrándoles a ellos mismos, con sus máquinas, sus jefes y con la mismísima sombra del Jefe por excelencia, condecorado tres veces, requetecondecorado: Heinrich Grigoriévich Yagoda, el que en las fiestas sigue, a dos pasos de distancia, al Jefe de los Jefes. Antorchas y proyectores iluminaban las obras, disputadas minuto a minuto a las ventiscas, para que, al alba, el camarada Fedossenko, responsable del sector, pudiera redactar su informe: «Hoy las brigadas de choque han sobrepasado en un 38 por 100 el plan de trabajo previsto para la jornada. Dos hombres han resultado heridos por una excavadora, ha habido seis enfermos...». Fedossenko, como un nuevo Pedro el Grande colérico, recorriendo los muelles de su Nueva-Holanda entre los fangos de un futuro San Petersburgo; Fedossenko barriendo la nieve con el borde de su abrigo gris, con sus correajes, su revólver y su ancha cara curtida bajo el gorro de astracán, con su planta de centauro; Fedossenko se apresuraba en el frío picante, en la nieve, el viento, la noche, la indiferencia, la pena, la reprimida desesperación de sus brigadas, con el castigo y la recompensa en la punta de la lengua; un castigo despiadado, una recompensa inmediata: batallones disciplinarios, doble ración de víveres, suplemento de correspondencia, le propongo para liberación anticipada (basta con sobrevivir). Fedossenko del Servicio Político Especial de Krasnovodsk, Turkmenistán, Transcaspia, a tres mil kilómetros de distancia, al borde del gran mar interior cuyas aguas, las más salobres del mundo, son tibias y pesadas. Él mismo pagaba allí una grave falta, digámoslo claramente, un crimen perdonado a medias en razón de sus méritos con el sable en la invencible División Gay —y de los más recientes laureles cosechados en

diversas represiones—. También solía ocurrir que ese recuerdo le llenase la cabeza de calor húmedo porque «yo soy un fuerte, ea; un bolchevique de bronce, pero ocurre que no puedo dominar enteramente mis instintos». Así se lo había dicho a sus jefes, en pie delante de ellos, en posición de firmes, sin rubor pero con una tremenda vergüenza en el corazón.

Escuchad: había bebido, la noche ardía sobre el mar llano y nacarado, se asfixiaba de pronto en la habitación baja ensombrecida por los tapices de Bukara que pendían de sus muros. Hizo una llamada telefónica. «Que detengan a Mariam, la camarera del club, que la encierren en el sótano durante tres horas —sola—, y que me la traigan a las diez». Durante tres horas él mismo, encerrado en su cuarto, solo, vio únicamente, con su mirada cargada, aquella mirada de Mariam ausente, encerrada dos pisos más abajo. A las diez, cuando se habían extinguido ya las fosforescencias del mar, Mariam entró como presa. A su alrededor, los sombríos tapices fueron como uno de esos cánticos de Bukara que suelen ir acompañados por el irritante chirriar de las cuerdas. Mariam: sus finas cejas, como perfiles de alas en el cielo, temblaban; sus labios temblaban, su mirada temblaba, algo imperceptible temblaba al fondo de su mirada, en el borde de sus labios, en la punta de sus senos velados por el abigarrado chal indio; blanca, más ancha de espaldas que de caderas... «No tengas miedo, bonita mía —dijo el camarada Fedossenکو de lengua espesa y palabra clara—, nada tienes que temer... Bebe». Le tendió un vaso de vino dulce. «Bebe. Te digo que bebas, ¿has oído?». Bebió. «Desnúdate».

—No tiene usted derecho, camarada jefe...

¿Qué podían aquellas palabras trémulas? ¿Y qué es el derecho? En este punto las imágenes se volvían borrosas, había que expulsarlas, se hacían torturantes, porque el crimen contra la ética del Partido, *part-éthika*, la ley, la función, el reglamento del Servicio, el crimen innegable, resultaba embriagador: era el único instante de una vida que podía merecer todo su peso de eternidad; y además ya no había crimen, no había víctima, era justo, estaba bien, era la realización de una ley natural, ya que él ejercía la fuerza, era el orden, con arreglo al mandato que le confiaran sus jefes, era merecedor, recompensado por sus méritos...

... ¿Por qué llorar? Que lloren esas viejas que aún van veladas de negro hasta los ojos, que sollozan por el ultraje y se arañen las mejillas; lo que hay que hacer es actuar, escribir. Mariam, sellados los labios, prudente y astuta

como una gata, esperó noches y días antes de escabullirse, a la hora de las largas sombras dibujadas sobre la tierra fresca, por detrás del abandonado caravasar, hasta el puesto de Saadi, escribiente público, poeta, médico y adivino. Porque toda ciencia no es sino poema, todo poema encierra un embrujo, y son los embrujos los que curan y los poetas los que adivinan; y era el caso que Saadi sabía, en diversas lenguas, turco, árabe y persa, versos para todas las circunstancias, los del otro Saadi, los de Firdusi, los suyos propios y los del Poeta Sin Nombre que recorre las pistas de Irán desde los tiempos del reinado de Iskander, hace mil años. Aquel anciano, de cuya mirada emanaba un oscuro calor benevolente, vio la turbación de Mariam, la tomó de las dos manos como un padre, como nunca padre alguno se las había tomado, recogió de su puñito abierto un billete verde de tres rublos que alisó con el dedo antes de guardarlo y preguntó: «¿Acaso te han herido? ¿Ofendido tal vez, niña? Dímelo todo ante Dios que nos escucha y escribiré tan bien tu queja que conmoverá a los hombres de chaqueta de cuero y corazón de piedra. Escribiré tan lindamente tu amor que el hombre de corazón de carne llorara de ternura al pensar en ti. Mas ya veo, oh parecida a un arroyo fresco, que os han hecho daño...». Llevaba turbante, se cubría con viejas sedas de color ajado, agitaba despaciosamente una barba rala hecha de hilillos blancos, a cuyo través se transparentaba el cuero viejo de sus mejillas hundidas. Mariam le habló sin pudor, sencillamente, hermética la expresión; cerrada sobre una cólera sin fondo, sin lágrimas, sin palabras, sin gestos, una cólera como la sed, mas para calmar aquella sed habría sido justo matar sin ira. El viejo Saadi caligrafizó veinte líneas floridas, aunque de gran claridad, al dorso de una página de León Nikoláievich Tolstói arrancada de un libro cuyo título ininteligible estaba escrito en una lengua de infieles: *La sonata a Kreutzer*. En el sobre de papel de envolver (se los hacía él mismo y tenían que robar para él las hojas grises en el almacén reservado de la Seguridad), Saadi puso: «Al estimado ciudadano jefe del Despacho de Quejas de la redacción de *Izvestia*, órgano central del Comité Ejecutivo Central de los Soviets de la URSS, Moscú, calle Tverskaya». «Esta carta, mi gacela herida, no la vayas a enviar desde aquí, haz que atraviese el mar y que la pongan en un buzón de la gran ciudad de allende el mar, en Bakú, y calla, las flores del campo callan aun cuando las pisa un pollino; pero las flores de los campos vuelven a erguirse, el sol de Alá luce para ellas mientras que el pollino nunca dejará de ser un pollino, ishak...».

Mariam se fue aliviada anudando su chal bajo la barbilla en un gesto decidido. Sola por un momento en la callejuela muerta, bordeada de muros amarillos de tierra apisonada, caminó en dirección a la cúpula baja de una

tumba; iba menuda y erguida, portadora de una cólera silenciosa con mortal dignidad. Aquella carta, junto con otras muchas, se abrió en Moscú, capital del universo, bajo una alta vidriera, en un edificio cuadrado de estilo Le Corbusier. Las rotativas zumbaban sordamente en el sótano, las máquinas de escribir devoraban los despachos del mundo entero, las linotipias iban fundiendo uno a uno, en brillantes renglones, los textos oficiales; Nikolái Ivánovich Bujarin, al teléfono, sonreía a uno de los secretarios del secretario general que le estaba dictando las ideas para el editorial del día siguiente: «Ninguna complacencia con la duplicidad de los Estados capitalistas de ínfulas democráticas que nosotros nos negamos, —fíjese bien Nikolái Ivánovich—, nos negamos, a preferir a los Estados fascistas... Insista usted en la hipocresía democrática». Nikolái Ivánovich, contraídos los rasgos, asentía ante el receptor, repetía incluso las fórmulas, y pensaba que aquello era una insensatez, puro cretinismo, una política de perdición; que esa misma tarde iría a ver a Alexis Ivánovich Rykov, porque no se puede comprometer así el destino de la República; es preciso que nos consultemos, que nos consultemos. En su cabeza iban ordenándose simultáneamente las partes del editorial que le estaban encargando (con cuidado para no dar pie a la malevolencia) y la tesis opuesta, la tesis justa: «No podemos ignorar, en nuestra actitud hacia las potencias, su régimen interior, es decir, las condiciones en las que mantienen a su clase obrera...». En el Despacho de Quejas, en uno de los gabinetes del mismo piso, un joven arribista, designado recientemente por el Comité Central de las Juventudes para cursar estudios en el Instituto Central de Periodismo, recordó, al recorrer la caligrafía del viejo Saadi, que del jefe del Servicio Político de Seguridad de Transcaspia se decía que había tenido relaciones con la tendencia derechista. Aquel joven prodigio, más dotado para los papeles subalternos, no menos indispensables, de la intriga política, si se hubiera dedicado a la astronomía habría conocido, a sus veintidós años, por sus signos, en su interdependencia y su movimiento en los solsticios, la posición exacta de casi todas las estrellas hasta la séptima magnitud; pero se daba el caso de que lo que él conocía con idéntico detalle eran las constelaciones del «aparato», los vínculos sutiles de los intereses ocultos, de los compadrazgos, de los matrimonios, de las complicidades, de las ideas, que tendían entre sí unas líneas ideales invisibles para el ojo profano. Así se dio cuenta de inmediato de que un miembro del Partido desde 1907, G., al haber protegido durante el reclutamiento de las caballerías en Tambov, en 1920, al camarada N., presidente de una cheka local, no podía ser ajeno al ascenso de B., jefe de las policías de Transcaspia, el cual, a su vez, al estar emparentado por el

matrimonio de su hermana con el subcomisario del Pueblo para correos y telégrafos, M., pertenecía sin lugar a dudas y por ambas razones a la camarilla derechista; denunciado hoy mismo por violación y abuso de autoridad, el denominado Fedossenko, jefe del Servicio en Krasnovodsk, Turkmenistán, nombrado por R., de cuya confianza gozaba, le comprometía en caso de que se procediese a una instrucción; R. comprometía a B., por B. la historia se remontaba hasta N., que aún era miembro suplente del C. C. y terminaba salpicando a G., que se consideraba intocable... «Toda una conciencia», pensó despectivamente el joven prodigio. Echó pues el sobre gris en la bandeja de «asuntos graves por tramitar» y con este gesto, al interrumpir, entre dos cigarrillos, la ascensión de Fedossenko, arrastró en un viento helado a aquel hombre obeso desde los confines del ardiente desierto de Kara-Kum y de los montes del Tschil-Mamet-Kum, que suelen teñirse de lila al atardecer, hasta los trabajos penitenciarios del Ultra-Onega, Za-Oneguí.

En los campos de trabajo del Norte, Fedossenko encontró a Klavdia, sirviente del personal dirigente, pálida y menuda, reincidente siberiana condenada por tráfico ilegal de alcohol —a un rublo el vasito del bolsillo sacado del delantal para el pobre andrajoso que no tiene más rublo que ese—. Klavdia obedecía, había nacido para obedecer, de la misma forma que él había nacido para mandar. Afortunadamente, ella nunca se quejaría porque esta vez podía costarle seis milímetros de acero puntiagudo en la nuca, por orden de la superioridad. Así que ella, delgadita y pulcra, astuta y complaciente, con perlas en el fondo de los ojos, le robaba la mitad de sus víveres sin que él se pudiese permitir ni una queja, al menos mientras le siguiese gustando. Luego ya se vería. No era el amor, vislumbrado en su crimen; tampoco era la felicidad que reside en el ascenso.

Pero la felicidad sobrevino de nuevo, requerida por sus méritos. De las obras del campo de concentración de destinos especiales del canal Báltico-mar Blanco, donde ciento treinta, ciento setenta o tal vez doscientos mil trabajadores de ambos sexos se forjaban un alma nueva, entusiasmada por el trabajo (basta con sobrevivir) en la realización de una obra histórica más memorable que la construcción del canal de Suez, o del canal de Panamá, que la perforación del San Gotardo, que la desecación del Zuiderzee, sin comparación con ninguna, deseada por el genio previsor del más admirable de los jefes; de aquellas obras grises y heladas sobre las que pendían indefinidamente tristes reflejos de acero, el camarada Fedossenko, reintegrado al escalafón ordinario dada la perfecta realización del plan por los

penados que habían sido puestos a su mando, llegó un día de mayo a Chernóé, las Aguas Negras, para ocupar la dirección del Servicio Especial: moralidad del Partido, vigilancia de los deportados, operaciones secretas. Al despedirse de sus subordinados, recibió de manos del ingeniero V. V., Botkin, de la Brigada de Choque de los técnicos de la oficina núm. 4, un tintero de cuarzo irisado, labrado a mano por unos forzados que, al agradecer a Fedossenko su obra de educador inolvidable, daban asimismo prueba fehaciente de su regeneración cívica.

Ahora el tintero irisado contenía una gruesa gota de rubí. Fedossenko, a través de un tul transparente, veía en la plaza los senderos trazados por las huellas de los peatones, alrededor del pequeño Lenin de bronce. Elkin y Ryjik pasaban por allí, un poco inclinados hacia delante, descubiertos en la brisilla primaveral. El nuevo subjefe del Servicio Especial echó mano a sus gemelos para seguirlos mejor. Nosotros somos los vigilantes, los responsables, los poderosos en la punta de un mundo que emerge del caos. Nosotros somos el orden. Os lo voy a demostrar yo.

El camarada Fedossenko se propuso corregir inmediatamente los abusos. Tras ser convocado en su despacho, Avvakum Nestoróvich, presidente del Soviet local, firmó un edicto en el que se prohibía a los ciudadanos en uso del derecho de voto que albergasen en sus viviendas a trasladados, llamados también colonos especiales; el objeto de dicha medida era evitar que en modo alguno pudiera extenderse entre la población local la influencia perniciosa de los cultivadores expropiados. Salió en un pequeño cartel gris plagado de faltas de ortografía. Ancianos de barbas blancas, algunos parecidos a Tolstói, hombres maduros, hirsutos y peludos, que, desde las invasiones escitas, solo se parecían a sí mismos, jóvenes campesinos, atléticos unos, descarnados otros, mujeres vestidas de estameña que apretaban criaturas contra sus pechos hueros ya de toda felicidad (mientras otras criaturas se colgaban de sus faldas), todo aquel público silencioso, apestando a cadáver y a bestia, se aglomeró a la entrada de la Seguridad, esperó largo, largo tiempo en el frío picante de aquel día para dispersarse después en grupitos, por las callejuelas, se desgranó a lo largo de los caminos que se dirigían al bosquecillo, al otro lado del río, desapareció inexplicablemente como englutido por la tierra y las rocas. Cierta es que nadie se fijó en ello. Mujeres y niños vagaron de puerta en puerta, por el límite de la ciudad, allí donde empieza el espacio, implorando en el nombre de Cristo, Hijo de Dios, por la salvación de su alma, un mendrugo de pan, y lo más extraordinario era que terminaban consiguiéndolo a pesar de

estar el pan a cuatro rublos la libra, ocho veces su precio legal, y de que ni siquiera a ese precio se encontrase... Los Tolstói cortaban a hachazos jóvenes arbustos trémulos de savia para cubrir los abrigos que sus hijos habían excavado en la tierra, por la linde del bosque. Al atardecer columnas de humo bordeaban la estepa. Dos familias se instalaron bajo un peñascal en la orilla de las Aguas Negras, al abrigo del viento. El Soviet publicó un nuevo edicto en el que se prohibía a los colonos especiales que hiciesen acopio de leña por ser esta una propiedad colectiva y, por tanto, sagrada.

Fedossenko, congestionado por el esfuerzo de atención, estudiaba la correspondencia de los deportados políticos que se abría en secreto tanto a la ida como a la vuelta... Seguía también los cursos por correspondencia del Instituto Superior de la Seguridad. Lección XXII, *Los métodos de instrucción en los Estados Unidos*. Psicología, lección XI. *Psicología del espíritu profesional*. A. Militares. Leninismo. IV. *La doctrina del camarada Stalin en la lucha contra el trotskismo*. B. *Acerca del desarrollo desigual de los países capitalistas...* Toda aquella ciencia condensada en párrafos, apartados, fórmulas abreviadas, con un resumen en veinte líneas de cada lección y una serie de preguntas que uno mismo debía responder (véanse las contestaciones correctas al final del fascículo), no le enseñaba a descifrar las almas irreductibles. Fedossenko examinaba con lupa una tarjeta postal cubierta de escritura tenue y firmada por un tal Ryjik; la lupa agrandaba los bucles de las letras, revelaba la textura de la mala cartulina amarilla, pero la intención sutil del texto se le escapaba. «Vaya, puñeta de psicología —pensaba Fedossenko—, ya os voy a enseñar yo...».

* * *

LA CIUDAD SE ENTERÓ al mismo tiempo de que se había recibido un vagón-cisterna de petróleo para la Cooperativa del Radio, y de que la tienda del *trust* de tabacos ponía en venta aquella misma mañana doce cajas de cigarrillos La Fábrica roja, a sesenta y cinco kopeks, infumables, a decir verdad, pero ¡qué no llegaría uno a fumarse! Todas las pajas son fumables, todos los alcoholes bebibles, incluso esos que más tarde le retuercen a uno las tripas y le estropean la vista en las borracheras, dándole al semblante un color verdoso y a los labios un tono cárdeno. Beberemos los venenos hasta apurar vasos enteros con tal de que nos dejen dentro calor y fuerza, algo por lo que berrear, llorar, cantar, reír y desplomarse fuera del mundo, en cualquier cuneta,

insensibles al frío, calentando la tierra con el propio calor... Se formaron tres colas en la calle del camarada Lebedkin, una delante de la panadería, en donde se situaron las mujeres más viejas y las niñas más escuálidas, porque pan tenían que dar, se lo debían por la cartilla gris, bastaba con esperar el turno para que no le dijese a uno que volviese al día siguiente. Los primeros leyeron lo que alguien había escrito con lápiz sobre un papel pegado a la puerta: «El cupón del 20 queda anulado»; estas palabras fueron pasando desde las primeras ancianas hasta las últimas niñas, musitadas apenas, comprendidas de inmediato por un centenar de seres anémicos aglutinados unos con otros contra la muralla. Esto no sorprendió a nadie, por ser ya habitual que cada diez días se «saltasen» uno, de forma que el 10, el 20 y el 30 de cada mes eran días sin pan; pero al decir alguna de las mujeres que el mes siguiente se negaría la cartilla a los no trabajadores miembros de familias de trabajadores, salvo en el caso de los niños menores de quince años, hubo suspiros de inquietud; hubo ojos como platos en los rostros de tonos mohosos de las viejas.

La cola del petróleo se formó delante de la tienda cerrada, sin que nadie supiera a ciencia cierta si habría realmente petróleo o si lo enviarían a la coope reservada de los funcionarios responsables, como hicieron la última vez, ¿se acuerda? Cuando se había pasado uno toda la noche esperándolo bajo las compasivas estrellas, relatando crímenes e historias de amor —¡todo eso para ver por la mañana al camión pararse delante del portón de la Seguridad!—. Seguro que no habría suficiente para todo el mundo, que no darían más de tres litros por persona, que a las mujeres e hijas de antiguos partisanos rojos, provistas del último certificado (el vendedor comprueba el sello para asegurarse de que efectivamente se ha pasado la depuración-revisión de todos los años, se las sabe todas), les servirían aparte, que las mujeres de los pescadores de la brigada de élite armarían una bronca y que las mandarían a hacer puñetas, vosotras cuando os toque, como las demás, y además, ¿qué hace la brigada selecta? Ni siquiera puede con su plan de producción, todo el mundo lo sabe. La iniciativa de las masas quedaba en evidencia en la organización de la cola; se podía dejar el bidón, marcarlo con una piedra y, tras reservarse de esta forma la vez, irse a otra parte, a condición de cumplir con el turno de guardia, porque son capaces de no traer el petróleo hasta mañana, se lo digo yo, que mi marido es chófer y sabe que no hay camiones disponibles, eso me ha dicho. No es nada, la noche será clemente, velaremos unas cuantas; a medianoche, cuando la luna brille en lo más alto, las jóvenes, con la cara blanca, como si unas caricias invisibles les pusiesen el alma a flor de piel, se pondrán a cantar a media voz aquello de:

*Oh, noche de mayo, oh, mi amante,
te daré, te daré
en el banquito*

Y aquí marcaban una pausa para que el público rabiase esperando lo que le iban a dar a su amante en el banquito, las picaronas,

te daré mi pañuelo blanco...

¿Está usted contento? ¿Está contento? Hablado: «Si quiere que le-dé-más, corra, corra, pues, tras el lobo blanco...».

El vigilante nocturno, Foma, saldrá de pronto de las sombras con el cañón de su fúsil despuntando por la espalda, plateada la barba. «A mí me basta y me sobra, mocitas... (Enigmático): Y el lobo blanco bien que me conoce...».

—Cuéntanos algo, abuelo...

—Baila un poquito, abuelo...

Con una mano a la cintura, alzada la otra, bailará entonces el viejo Foma, casi en el mismo sitio, llevando el ritmo con el tacón, bajo el claro de luna sobrenatural, contenido el canto de las jóvenes, y de las mujeres gastadas, y de las mujercitas preñadas, y de las chicas feas que viven el momento como si fueran guapas... Será la próxima noche. No anticipemos la alegría que ha de venir, bástele a cada hora su afán. La tercera cola, la de los cigarrillos, es en este momento la más interesante porque ya están allí los cigarrillos, pero es que no hay suficientes para toda la ciudad, seguro que no, y si encima va la compañía de tropas especiales y se queda con la mitad, ¿qué les va a quedar a los simples ciudadanos?

... La compañía desfila por la calle, de tres en fondo, indiferente al pan, al petróleo y a los cigarrillos. Blusas verde hoja, ceñidas con vigor, colocado el dedo en el gatillo del fusil, capucha y máscara de gas cuyos círculos de mica

dan a los ojos humanos una expresión desconocida. El sudor corre por los rostros. El aire del norte es limpio, pero ellos, soldados rojos, avanzan ya entre las nubes de iperita de las guerras futuras, respirando un aire químico filtrado por la trompa anillada que les convierte en monstruos.

—Trece rublos vale la máscara de gas —se comenta en la cola del pan—, al parecer vamos a tener que comprárnoslas todos, va a dar la orden el Soviet, el importe lo deducirán del sueldo...

—Pues yo no quiero eso para nada. Por mí que vengan los gases. Así es la vida...

Otras voces graves responden en un coro de murmullos: así es la vida, sí, es la vida...

Avelii se encuentra con Rodión a la puerta del *Tabak-Trust*, a la altura de los sesenta y tantos. Detrás de ellos hay por lo menos cien parroquianos. Entre los centésimos, haciéndoles gestos alegres, está Elkin, que en esta ocasión ha dejado sus cálculos sobre los planes de pesca a dieciocho meses vista. «En una cárcel en la que estaba yo —dijo Avelii pensativo—, les ponían a los tíos máscaras de gas para conducirles al paredón... Para que no gritasen, fíjate qué bien pensado. La pega es que por cada uno de ellos se perdía una máscara...».

—No te preocupes, las venden a trece rublos, les cuestan tres y no valen para nada... Además los tíos, incluso sin eso, no dicen nada, se van tan tranquilos. Yo no he visto más que a uno que estaba cagado de miedo, un expequeño comerciante kazajo; se había metido el tío debajo del catre y no quería salir, gemía como si le dolieran las muelas. El guardián le sacó de allí tirándole de los pelos y le dio un par de bofetadas para tranquilizarlo. Y eso le devolvió la calma y la tranquilidad que tiene todo el mundo, y cogió, y se fue sin decir ni pío, solo se volvió para darle su bidón a otro kazajo...

Los treinta monstruos con trompa se detienen en seco a la voz de alto, delante del comedor del batallón especial. ¡Qué fácil es volver a hacer hombres de ellos! Las treinta máscaras vuelven a caer flácidas sobre las pecheras, con sus ojos muertos de redondeles de mica; hay treinta cabezas jóvenes sudorosas, alineadas y bien erguidas...

—Me han despedido esta mañana —dice Rodión.

—¿A ti también?

Avelii ha perdido su empleo la víspera. Esa misma mañana, a las siete, cuando se estaba poniendo el mono, el jefe de equipo ha llamado a Rodión

con un gesto. «Es inútil que te vistas. Recoge tus cosas. No es culpa mía, ya me entiendes. Me han dado esa orden. Date prisa. Adiós, hermano, y buena suerte, ¿eh?». Rodión ha atravesado el mercado con la mente en blanco, las manos vacías y una extraña sonrisa en la cara. Cabrones. Cabrones. Va a tener que apañárselas con sus quince rublos de subsidio: pan de centeno a escoger, nueve rublos, quedan seis. El rincón de Kurochkin cuesta treinta. ¿En qué casa dormir? Luego Rodión hizo un negocio. Después de vender en la plaza su ración de pan para tres días, se bebió un gran vaso de aguardiente y reservó cuatro rublos para cigarrillos y sellos de correos. Cuando no se está haciendo nada se puede uno mantener muy bien con trescientos gramos de pan por día: iría a beber té dulce a casa de Varvara; el azúcar alimenta.

Ya les iba llegando el turno, estaban en la tienda oscura, a dos metros del mostrador. «Elkin tiene razón, el Servicio Especial se espabila con la primavera. Vamos a tener líos, ¿qué te parece el amigo ese que acaba de llegar?».

—¿Kostrov?

—Sí. Un buen tipo, instruido, ¿sabes? Es un placer preguntarle cosas, tiene contestación para todo, un verdadero marxista...

—¿De los nuestros, o qué?

Rodión lo pensó un poco. «Creo que ha firmado algo, pero es de los nuestros...».

El vendedor sacaba a manos llenas las cajetillas de cigarrillos de los cajones y, una vez recogido el dinero, las empujaba en dirección a los parroquianos. «Seis paquetes por cabeza, tres rublos noventa y no doy vuelta: de prisa, de prisa, ciudadano, a ver, el siguiente, el siguiente». Rodión tendió el dinero, los tres billetes amarillos, sobre el mostrador. El vendedor lo apartó. «El siguiente».

—¿Qué? ¿Qué? —dijo Rodión.

Detrás de él ya estaban rezongando porque tardaba en irse. Unos arrieros le adelantaron y fueron atendidos delante de él. Tras un minuto aplastante, un pelirrojo fornido le dijo al oído con voz espesa: «Ya ves que para ti no hay, cenizo. Así que lárgate de aquí, que estás de más». Avelii no tuvo tiempo ni de abrir la boca. El vendedor inclinó hacia él una cara chata de bulldog mal alimentado. «Para usted no hay, trate de entenderlo ¿eh?». Alrededor de ellos subían de tono las protestas. La gente estaba contenta, dos

menos por servir antes que ellos; y además a los cigarrillos de los trabajadores no tiene derecho alguno la contrarrevolución. Al salir, los dos muchachos empujaron brutalmente a alguien. «¿Pero, qué os pasa? —les preguntó Elkin—, me figuro que no será la reducción capital de precios por iniciativa del C. C., ¿no?».

Comprendió de inmediato. «Vámonos al sol, hermanitos». Entre ellos dos fue como el mayor, sacándoles la cabeza, fuerte y alegre, nacido para marchar con el viento de cara. Avelii se preguntaba si no habría tenido que darle un masaje en dos tiempos a la cara de mala sombra del dependiente, con su puño pequeño y huesudo. «Sobre todo, nada de eso —les explicó Elkin—. Primero: porque ese ciudadano, de todo punto semejante a las plastas de los caminos, nada puede hacer. Segundo: porque te enviarían por tres años a la excavación de los canales o a la construcción de las pirámides, por agresión a la persona de un empleado sindicado. Tercero: porque publicarían que los trotskistas atentan contra la vida de los trabajadores y obstaculizan la distribución equitativa de los productos del *trust* de tabacos...».

—No, muchachos, aprended a vivir. Todo indica que estamos aún al principio del viaje, de primeras comemos pan blanco... Los cigarrillos ya nos los compraremos en el sector privado del comercio o aquí mismo...

Efectivamente, allí estaban entre las manos negras de un menor de doce años renegrado, crespo y andrajoso, sentado al borde de un solar, sobre lo que, antes del seísmo, había sido el dintel de una casa de ricos.

—Bueno es que vaya viviendo la juventud de los caminos, futuro del país. A lo mejor es un futuro Beethoven el morito este. ¿A que te gusta la música, chico? ¡Que redoblen los tambores! Pues le deseo que sea un gran capitán que vuelva a emprender la toma del Kremlin, la marcha sobre Varsovia, la marcha sobre Shanghai y muchas otras cosas que ni siquiera nos figuramos. ¿Verdad, espabilado? ¿De dónde eres? ¿De Bakú, dices? Pues me parece que te sobra talento. Nosotros vamos a bebemos un trago. Si dentro de una hora me traes un pañuelo de bolsillo y algo más, robado a gente bien sin irte de la calle, te daré tres rublos. ¿Enterado? Si yo soy del oficio, hombre. He participado en el saqueo del Imperio.

»Pues os digo que tenemos razón, camaradas, tanta razón como tiene la piedra en ser dura, como tiene la hierba en crecer: porque la revolución no quiere extinguirse. De no ser por nosotros no quedaría de ella más que cemento armado, turbinas, altavoces, uniformes, explotados, bromistas y

soplones. Escamoteo total. Pero aquí estamos nosotros; aquí, como quien dice en el fondo del mar, y resulta que el golpe ha fallado. Pues bien, ese raterillo tiene tantas razones para robar como nosotros para existir, puesto que esa es para él la única forma de existir; y tiene razón de existir porque bastan sus andrajos para desmentir un enorme embuste...

»Detengámonos un momento al sol. Tal vez esta misma noche nos encierren en los sótanos de la Seguridad. Reparad bien en ello para apreciar como es debido la dulzura de este sol. ¡Os estoy impartiendo la sabiduría! Un día os acostaréis en un banco de piedra, en una desesperante penumbra: recordad entonces el sol de este preciso instante. No hay, salvo el amor, mayor alegría en la tierra que la que da el sol en las venas...

—¿Y el pensamiento —preguntó Rodión—, el pensamiento?

—Ah, pues ahora mismo es más bien un sol de medianoche sobre el cráneo. Glacial. Pero ¿qué hacer cuando es medianoche en el siglo?

—Seamos los hombres de medianoche —dijo entonces Rodión con una especie de alegría.

El menor-de-doce-años con manos de negrito les alcanzó antes de que llegasen al cabaré. «Saca los tres rublos, tito», gritó en tono victorioso al tiempo que blandía un pañuelo sucio y un carné... «¡Crapulilla! ¿Sabes que le has robado el carné del Partido a un funcionario responsable? Yo mismo lo echaré en un buzón. Tú no lo necesitas y yo tampoco, somos de otra raza. Y ese pingajo tíralo al arroyo, y trata de no sonarte con los pañuelos de los burócratas... Toma tus tres rublos».

—Yo no me sueno nunca —dijo el chico con orgullo.

El sol se derretía sobre ellos, sobre la ciudad, sobre las mujeres que esperaban aquel pan de hambre, sobre las que esperaban el petróleo hasta el día siguiente (bástale a cada hora su afán), sobre los murales grises pegados a la pared para clamar la triunfante industrialización, sobre los depauperados caballejos de larga pelambre rojiza que pasaban con el testuz humillado, tirando de las renqueantes carretas... El sol.

* * *

VARVARA TRANSPORTÓ SOLA SU paquete postal, un cajoncito de diez kilos. Tuvo que hacer varias paradas en la calle, cada cien metros, por el peso. Avelii llegó justo a tiempo de ayudarla a desclavar la tapa. Los dedos largos de Avelii conservaban una elegancia evidente en cualquier labor. Se posaban, se apoyaban, se flexionaban, se doblaban con una gracia vigorosa. Varvara pensaba confusamente en ellos al verlos arrancar con las manos los clavos medio desprendidos ya por los alicates, tal vez para no negarse el placer de aquel pequeño movimiento ágil, porque aquellas manos estaban hechas, desde hacía vidas y vidas —extintas y alumbradas de nuevo, las mismas—, para trenzar juncos dóciles, pintar el barro, cincelar la plata, ajustar la flecha al arco, azuzar al halcón posado sobre el puño izquierdo... «¿En qué piensas, Varvara?», preguntó Avelii al verle aquella mirada a la vez muy próxima y muy ausente que se tiene cuando, ignorándolo tal vez, se está tan pendiente de los demás, de cuanto son profunda y múltiplemente, en su parcela de eternidad, que se deja de percibir en ese mismo momento.

—En nada... No es nada. Avelii, no entiendo por qué me envían este paquete. No es aún la fecha. Me anuncian que son libros. ¿Qué quiere decir esto?

Avelii tenía también ojo de halconero de turbante pardo: así seguiría el vuelo de su ave de caza, entreabiertos los labios sobre unos dientes blanquísimos... Mas ahora, a través de unos espacios que son solamente suyos, sigue el hilo tenue de un razonamiento formado en la escuela de las mejores centrales de reclusión política.

—¿Sabes, Varvara? Desde que me enseñaste esa tarjeta postal he pensado *en el correo*.

Una ligera acentuación de esas palabras les confiere un carácter especial que tiene algo que ver con la magia.

Allí están el pan negro seco, el azúcar, el tocino, los cigarrillos, un retrato de Katia manchado por el tocino... Katia regordeta, tres años, pequeña kalmuka adorable con un gorrito bordado sobre los bucles. Se ve que el Control secreto ha deshecho el embalaje y lo ha envuelto de nuevo. «Seguro que el nuevo ese, Fedossenko, lo hace personalmente, me apostaría algo —musita Avelii—. Ese animal en su despacho me hace el mismo efecto que un cazador al acecho: y nosotros somos su presa. Un alma de carcelero en un cuerpo de cazador de osos...». He aquí unos libros, el tomo II de la bonita edición Academia de *Las mil y una noches*, una novela de Pilniak, un opúsculo

de Pasternak abierto inmediatamente por una página sobre la que parece flotar como un rastro luminoso:

*En los cinco espejos está la cara
de la tormenta que arroja la máscara...*

Varvara lee en voz alta, sonriente, mira el retrato de Katia, reposa el librito sobre el pan. «Y, sin embargo, no comprendo...».

*Relámpagos por siempre momentáneos,
iluminad esos claros repliegues de la conciencia...*

Coger cada cosa, palparla con sagacidad. Que se entregue ella misma. Ni un signo sobre el papel grasa ni sobre el trozo de periódico en que está envuelto el pan seco. Avelii lo examina línea por línea: podría haber puntos casi invisibles sembrados entre las letras del texto. Pueden hacerse tanto con un lápiz como con un alfiler, escogiendo letras espaciadas para formar un texto. Ellos conocen ese truco, como casi todos los trucos, pero si no fuese por su estupidez, su negligencia, la imposibilidad de comprobarlo todo, no habría correspondencia posible. Los trozos de periódico podrían contener una indicación. Pero nada. «¿Sabes, Varvara? Suelen cambiar el envoltorio de los paquetes, por precaución... Mal sistema». Varvara hojea *Las mil y una noches* decepcionada por los grabados imitados de los antiguos manuscritos persas donde las bellas sultanas lucen ojos que son tan inexpresivos como redondos sus senos. «Está bien editado», dice. Avelii toma el libro de sus manos, lo sopesa y palpa la cubierta ornamentada.

—Si hay correspondencia, Varvara, debe estar aquí, eso me parece a mí. Y tiene que haber correspondencia porque no podemos seguir viviendo así. Cinco meses sin noticias, maldita sea. Rodión se ha puesto a pensar por su cuenta. Tiene tal necesidad de ideas que, cuando no se le suministran, se las inventa, así que ya te puedes imaginar lo que se puede inventar. ¿Me das las

tijeras? Que el diablo se lleve sus encuadernaciones Academia ideadas para corromper el gusto del proletariado. Si luego resulta que no hay nada, no te pongas de morros ¿eh?...

Nada en el cartón. «Ni tesis ni contratesis... Pues si es así, querida camarada, ganas me dan de romperte el libro en pedacitos que podemos quemar luego. ¿Me permites?». No es bonito ver un libro nuevo, objeto precioso, presa de unas tijeras. Varvara empieza a bromear. «Ya ves, así hacen con las personas. De pronto se coge su pequeña alma, con todas sus pequeñas historias recién impresas, entre dos dedos, se corta por en medio y se ve que no hay nada dentro, incluso se da uno cuenta de que no era un alma, sino algo perfectamente material, inútil y vacío...». A lo que Avelii responde:

—No digas tonterías. Solo hay cuerpo, pero es condenadamente inteligente el cuerpo. Y limpio por dentro, henchido de linda sangre maravillosa...

Iba ya a tirar el libro, completamente deshecho, pero al hacerlo separó el lomo, que le pareció demasiado ancho. «Mira, ¿qué te decía yo?». De la tela desgarrada salieron, dobladas a lo largo, las estrechas hojas que cubriera de caligrafía minúscula Ivanov en la Oficina de Técnicos núm. 4 del C. C. D. E., Campo de Concentración de Destinos Especiales, península de Kola... Avelii no habría sentido una alegría mayor ni siquiera al ver cómo el halcón erguido se lanza sobre la liebre en la hierba fragante.

—¿Cómo decías antes, Varvara?: «Relámpagos por siempre momentáneos...».

—No doy crédito a mis ojos —dijo tristemente Varvara.

Estaba de pie, pareció vencerse, se sentó con ambas manos en el borde de la mesa. Y el poco rubor que aún conservaban sus mejillas se desvaneció, su rostro se tornó terroso. La correspondencia, sí, la increíble correspondencia que no les llegaba desde hacía ya varios meses. Desde las últimas traiciones. Aquellas hojitas transparentes cubiertas de granos de arena bien alineados que eran letras, que eran palabras, pensamiento, verdad para nutrir a la revolución, el sentido de nuestras vidas, ahora que ya no queda nada, ni el niño, ni el hombre, ni siquiera la esperanza, la menor esperanza para uno mismo. Así envejeceré. Casi fea ya. Mujer únicamente por esa angustia de la que nadie sabe. Ya no queda más que nuestra derrota aceptada con entereza, puesto que es preciso que así sea: porque no podemos ni separarnos del proletariado, ni desoír la verdad, ni desconocer el curso de la historia. Y la

dialéctica de la historia pide que de momento permanezcamos bajo su rueda. La vida continúa gracias a nosotros; las victorias se reanudarán cuando ya no estemos. Y aquí está todo: los camaradas, las tesis del centro de aislamiento de Tobolsk, la declaración al C. C. de los exiliados de Tara, un resumen de los últimos números del *Boletín* publicado en Berlín, redactado en Prinkipo. Aquellas hojas clandestinas murmuraban: prisión, prisión, prisión, prisión, prisión sin fin, rejas, barrotes, celosías de hierro delante de los ventanucos, reglamento, dormitorios, conflictos, huelgas de hambre, correspondencia que pasa por las tuberías de los retretes, por agujeros tallados en las murallas, de ventana a ventana, suspendida de un hilo que cuelga por encima de la cabeza del centinela, y los condenados a muerte de la sala de abajo tienen buen cuidado de guardarla un momento, son buenos chicos, puede uno fiarse de ellos; es una correspondencia que se escribe con el oído muy atento, fingiendo leer —y luego se tiene jaqueca, se desespera uno con las discordias—; los puntos de vista se oponen irreductiblemente, maduran las escisiones, se distinguen ya los futuros renunciamientos... Los años pasan, va uno librándose de los dormitorios, las rejas, los amigos, se es libre pero se inicia una nueva cautividad, bien es verdad que se tiene aire, páramo, pan para pesárselo a la gente —nostalgia casi de la cárcel. Avelii preguntó:

—¿No estás contenta?

—Que sí, soy feliz.

Él no sabía que la felicidad pudiese hacer aquella cara tan desnuda, tan lisa y demudada. Los cabellos, lisos y cortos, estirados hacia atrás, la enmarcaban de negro: tenía los ojos hundidos, su nariz era bonita, pequeña y gris. «Feliz, naturalmente. Es magnífico. Vamos a revivir. Hay que avisar a los camaradas, ve enseguida, Avelii...». A pesar de tener los ojos completamente secos parecía estar al borde de las lágrimas.

* * *

EN LA PLAZA AVELII se encontró a Ryjik que salía del Servicio Especial. «A mí también me echan por supresión de mi empleo —dijo—. La Coope de los Desechos Aprovechables ya no necesita hacer planes, al parecer. Fedossenko me ha dicho con toda frialdad que no podía hacer nada. ¿Se le escapan a usted los desechos —le he preguntado— o acaso le desbordan? ¡Ah, qué imbéciles!». Un cansado desprecio le alteraba la voz. (Vivir en el menosprecio

de los más fuertes exige una tensión muy considerable de las fuerzas interiores). Al enterarse de la buena noticia inclinó la cabeza. «Andaos con cuidado. ¿A quién piensas informar? ¿A Kostrov? Me opongo categóricamente. Haber aguantado en Moscú hasta el año pasado es todo un diploma de cobardía, puedes creerme».

Rodión leía sentado en el umbral de la casa de Kurochkin. Avelii se sentó a su lado, le tomó afectuosamente por la cintura y le habló al oído. Y se miraron riendo, con los ojos chispeantes... Elkin, en las dependencias del *trust* de las pesquerías, rellenaba un cuadro formulario de un metro de largo dividido en sesenta y cinco columnas. «Aquí, por lo festivo de la ocasión, les pongo el coeficiente máximo. Ya calcularé mañana cuántas toneladas de pescado añadido así a unas previsiones perfectamente superfluas. Lo que me molesta es que lo mismo consigo una gratificación para el director...».

El día tocaba a su fin. Avelii bajó hacia las Aguas Negras y se hizo transportar a la otra orilla por el barquero, un deportado especial que, al tiempo que remaba, musitaba cosas con una voz dulzona entrecortada de suspiros: «Así, hijo mío, así es, *takto...*». La otra orilla era llana por aquel lugar; por delante se desplegaba la lejana silueta de los bosques, hacia el norte, cortada en el centro por una hendidura que se abría sobre lo ilimitado. Más lejos, muy lejos, el mar, los hielos. Avelii caminó al encuentro del espacio. Algunos herreruelos asombrados bajaban del cielo para posarse a unos pasos de él, verle pasar, echarse a volar cuando se acercaba, describir amplios círculos sobre su cabeza y esperarle de nuevo en la hierba, como para guiarle. Les agradeció que no tuviesen miedo de él y que adivinasen con tanta prontitud, sin conocerlo, el camino que iba a seguir. Le rodeaban con sus ligeras y benéficas presencias. Andaba con los hombros erguidos, henchidos los pulmones, sin una sola imagen en los ojos, sin nada delante de él que no fuera la realidad de la tierra y del espacio, teñida de alegría. Y de pronto se puso a cantar, maravillado por su propia voz, un canto de Georgia cuya letra nunca había tenido un sentido claro para él, pero que estaba impregnado de fuerza masculina y de tristeza, con trozos alegres que parecían golpes de platillos.

No volvió a la ciudad hasta que fue noche cerrada. Vivía en un granero, encima de un almacén vacío, donde las carreras de las ratas producían por la noche un ruido como de canicas rodando por el suelo. La casa, corroída por la carcoma, se hundía en la tierra. En el sótano vivía una familia cuyas ventanas, hechas de cristales rotos sujetos con masilla, parecían estar recubiertas de

gruesas telarañas. Dejaban pasar una luminosidad rojiza. De la escalinata de entrada no quedaban más que los dos escalones más altos que los niños del vecindario aún no habían arrancado. Avelii se encaramó por allí y se sentó en cuclillas al lado de la puerta atrancada con un tronco de abedul joven. A su frente distinguía el techo de otra casa baja, recortado en negro sobre el cielo, y, precisamente encima de aquella techumbre, una estrella en la que se detuvo su mirada. Y se dio cuenta de que aquella parpadeante inmovilidad era un movimiento perceptible y de que él era el único en distinguir tal movimiento, el único. Aquello le produjo una alegría grave no sin una punzada de angustia en el fondo. Empezó el croar de las ranas, unos ladridos se contestaban en alguna parte, hubo movimientos de animales en la vecina oscuridad. Una multitud de seres vivía en aquel silencio mientras el lucero recorría su inimaginable trayectoria. Avelii hizo crujir sus nudillos. Un cántico velado le llenaba el pecho y la cabeza. De él nacieron palabras. Avelii tendió el brazo en la soledad al tiempo que musitaba: «Rodión, hermano, es tan sencillo, a mí que no me gusta pensar me resulta tan fácil comprender lo que es vivir...». Su cuerpo no consentía el encierro en el granero, encima de las ratas, sus piernas aún le pedían caminar. La casa del hombre parece una tumba. Avelii se rebeló por un momento ante la idea de tenderse allí, como un muerto, aquella noche en la que algo estaba pasando. «No hace demasiado frío, me iré a dormir a la estepa». Recorrió entonces anchas calles negras, volviéndose a veces para encontrar de nuevo la estrella, cuando su propio movimiento irrisorio le impedía seguir su trayectoria. Así mismo se volvían antes hacia él los pájaros. Acabó deteniéndose delante de una valla, a la que solo quedaban unas cuantas tablas, que delimitaba un patio. Una lámpara ardía en la casa, detrás de unos visillos blancos. Avelii pasó entre dos tablas, atravesó el patio, tocó alegremente con la punta de sus dedos la curva delantera de los patines de un trineo puesto boca arriba y llamó suavemente a una puerta en la oscuridad.

—Aquí estás otra vez —dijo Varvara sin sorpresa—, he estado leyendo sin parar desde que te fuiste... No es nada prudente...

Pasó una página de periódico y los mensajes dejaron escapar la arena tenue de las palabras, de las ideas...

—Hay que esconder todo eso, Varvara. ¿Por qué no habrían de venir esta misma noche esos desgraciados vigilantes? Déjame a mí.

Se fueron a esconder los preciosos papeles debajo del trineo, en el patio. Los dos, rozándose con los dedos, los taparon con tierra. Luego la habitación se quedó singularmente vacía. La cama estrecha, la mesa, el retrato de una niña colgado de la pared —Katia—, libros por el suelo, el hornillo, unos zapatos en un rincón, objetos abandonados al frío. Varvara cruzó los brazos sobre el pecho, cerrando un delantalillo de verano que le hacía de bata. Estaban de pie, a punto de tocarse, en el vacío, y ella interrumpió el corto silencio molesto:

—¿Te sientas un momento, Avelii?

—No, me voy —es tarde—, acuéstate.

Aquel cuello, aquellas sienas limpias, aquellas ojeras grisáceas, aquella boca oscura y fina entreabierta por una espera, hete aquí que los veía a través de la llanura por donde volaban los pájaros en el crepúsculo, la música de la noche, la asombrosa trayectoria de una estrella por encima del horizonte y algo más que era todo aquello y él mismo, como un sentimiento de alas a punto de desplegarse.

—Bueno, pues adiós, Varvara —dijo cogiéndola de las manos.

Él, de veras, creía que se iba, que cruzaba la puerta, que se iba entre la noche, en plena soledad, entre la tierra y el cielo, pero se quedaba allí, con aquellas manos inertes dentro de las suyas, y Varvara le miraba con gran seriedad, desde muy muy lejos.

—Eres una buena camarada, Varvara, y yo... No, te aseguro que no es amor, no, en absoluto, ni deseo, es... es...

—¿Y para decirme eso has vuelto, Avelii?

Tal vez aquellas palabras no significasen nada, pero la voz atraía. El vértigo y el sueño son así: cae uno en ellos. Varvara bajó un poco la cabeza y dijo con un tono sordo:

—Pues, Avelii, si quieres, no te vayas...

Volvieron a descubrir las cosas a su alrededor. Avelii mostraba sus dientes. Algo reía en su interior, pero él no se reía. Vio la estrecha colchoneta colocada sobre unos cajones; y Varvara, que había tenido el mismo pensamiento que él, dijo: «Haré la cama en el suelo». La hicieron juntos, empujándose un poco, jugando casi, como niños. Extendieron sobre periódicos abiertos pieles viejas, un trozo de alfombra, ropas de invierno sacadas de un

baúl en el pasillo... A la mujer le pareció más alto acostado a su lado, con su carne rugosa, sus movimientos inesperados, discretos y pesados, y seguros, impregnados de una dulzura con fondo de violencia. «No me rompas», murmuró Varvara, buscando para llamarle una palabra acariciadora que no pudo encontrar. Una ola cálida la poseyó, sus dientes castañeteaban. Pero no se durmieron hasta después de haber hablado durante tanto tiempo que más tarde les pareció que era como si hubiesen decidido vaciarse de sus vidas para mezclarlas. Nunca llegarían a acordarse de todo, siempre conservarían de aquellas palabras que se dijeron, aliento con aliento, entrelazados sus cuerpos, buscándose las manos, retazos nuevos, desgarradores y reveladores. De esta forma, en el cielo, los grandes vientos van desgarrando las nubes para llevárselas en copos móviles cuya forma efímera apenas llega a distinguirse. Ella se hundió, por fin, en el reposo con la nuca en el hombro de él, vuelta al calor, menuda, lisa y radiante. En la linde misma del sueño una gota tibia se formó debajo de su párpado, rodó sobre su mejilla hasta el borde del labio y ella la secó con la punta de la lengua, y aquella gota estaba salada como el agua de mar, como la piel del hombre, salada y tónica.

... Avelii emergió por un momento de la nada al despuntar el alba. La pequeña habitación estaba inundada por un azul sin nombre, nocturno aún. Allí estaban aquellos cabellos oscuros, aquel perfil asombroso, aquella respiración tenue, cerca de él. Pesadas nubes cubrían una tierra soñolienta, sus repliegues, sus precipicios, sus torrentes, sus villorrios de torres cuadradas, sus pajares en las cuevas, las ruinas de un castillo de Tamara, los murmullos de un bosque donde las ciervas recorrían una tras otra senderos aterciopelados. Las nubes se abrirían en el instante preciso en que las ciervas empezasen a reflejarse en el río, aparecería allí arriba un retazo de azul absoluto, el blanco colmillo del monte Kazbek luciría de pronto sus glaciares teñidos de rosa... Avelii contemplaba la cima, veía a la mujer dormida de luminoso rostro asiático. Querida mía, eres una camarada tan segura... «Pero tal vez sea esto el amor», pensó claramente, con gran sorpresa. La cima se iluminó, un reflejo de glaciares y de azul acarició el perfil de Varvara, desde la tersa frente hasta la boca cerrada, hasta el mentón de niña. Y sobre la montaña inmensa volvieron a cerrarse las nubes, las venas del hombre arrastraron en su noche de púrpura briznas de oro; volvió a dormirse anudado por entero al dulce cuerpo que seguía abandonándose en el sueño.

* * *

EL ASUNTO DE LOS mil doscientos cuadernos estalló al mismo tiempo que el del pan de siete libras. El pan llegaba a las cooperativas en unas carretas cubiertas con puertas de madera. Un miliciano se encargaba de impedir que la gente se aproximase hasta tanto no lo descargasen, contando y pesando las bolas una a una. Para ir más deprisa se solía aceptar la ayuda de alguna chica de esas que llevaban un pañuelo en la cabeza, un poco rechonchas dentro del amplio chaquetón de invierno, o de algunos muchachos con pinta de honrados: el carretero iba lanzando cada bola, que después pasaba de mano en mano hasta el peso, instalado sobre el mostrador de la tienda sumida en sombra perpetua. Varvara iba comprobando el peso, el gerente hacía, para cada hogaza, un signo en su cuadernillo y humedecía posteriormente la punta de la mina de anilina, de forma que tenía los dientes y los labios manchados de tinta. Su cráneo afeitado se elevaba por encima de una frente arrugada. Era pura tensión atenta, semejante a una especie de cólera reprimida. Sus ojillos hubiesen deseado vigilar todas las manos, manipular el peso, burlar la malignidad de las cifras, pero no eran capaces de tanto y aquello marcaba en su semblante rosado una mueca de descontento. De sus dos predecesores en aquella tienda, designados ambos, como él mismo, por el Comité del Partido (porque, según las directrices del Jefe, conviene ofrecer los puestos de confianza a trabajadores escogidos entre los de rango inferior), a uno le habían caído tres años de trabajos forzados, mientras que el otro esperaba en la vieja cárcel, a seiscientos metros de allí, que se celebrase su juicio. Era un aserrador de madera, miembro distinguido de una brigada de choque, afiliado al Partido desde hacía dos años, antiguo pescador, hijo de pescador; y cuando tenía que cerrar un saco de pan, el que enviaba al sector especial de la prisión, el de los funcionarios comunistas, una sonrisa involuntaria iluminaba su mueca mientras anudaba el cordel con la habilidad de un tejedor de redes. ¡Con el nudo aquel, para poder sacar una sola miga, habría que rasgar el saco! Firmó claramente el recibo: Miorzly Piotr —Pedro el Congelado—, y se lo entregó al carretero al tiempo que llamaba con un gesto al inválido Gavril, que estaba fuera conteniendo a la gente: «Ponte en la puerta y no dejes entrar a más de diez personas al mismo tiempo...», también se volvió hacia Varvara: ¿estamos?

Una vez más, la cuadragésima en los últimos cien días, Varvara vio irrumpir la miseria. La puerta era estrecha y la gente entraba a empujones,

estrujándose delante de las dos ventanas enrejadas a cuyo través se movían sombras presurosas. Ya entraban las primeras, aglutinadas unas a otras, formando un amasijo de seres informes de donde emergían las cabezas inclinadas de las ancianas, siempre las mismas, esperando allí desde el alba, encorvadas, claudicantes, nudosas y angulosas bajo sus toquillas indistintas y sus pañuelos negros, con caras de mohó, de tisis, de hambre sin fin, de astucia desesperada, con ojos lagrimeantes y taimados bordeados de un hilillo de carne rosácea, mendigas terribles que no pedían limosna, ávidas pero resignadas, entornando a medias los párpados para vigilar así las oscilaciones de la aguja del peso, espetando a veces, por una boca que era como una topera, palabras secas: «¡No llega el peso, ciudadana!». Entonces Varvara comprobaba y resultaba que sí que estaba todo el peso, la deportada y la hambrienta se miraban entonces de hito en hito, como enemigas. Para cada una de ellas había que hacer tres comprobaciones en la penumbra, en medio del ruido y del olor del centeno fermentado: la cartilla gris que había que ir recortando, el cupón con el número del día que había que echar en una caja (para volver a contarlos por la noche, sin perder ni uno solo de aquellos cuadraditos de un centímetro que representaban una libra de pan, una ración humana, el bien del Estado, la salvación de una criatura), fijándose bien en si llevaban tinta azul o negra, pues según fuera el color había que servir cuatrocientos o seiscientos gramos; el dinero que había que contar y el cambio que devolver, 47 kopeks los cuatrocientos o 66 los seiscientos, más una ración infantil, 22 kopeks, números y más números, calderilla, billetes amarillos de un rublo mugrientos ya y apestando a pescado; el peso, medida fundamental. Varvara cortaba con precisión casi infalible y una aproximación de pocos gramos, pero aquellos gramos la gente los quería; tenía que quitar o poner trocitos de miga que atraían inmediatamente los ojos y los dedos de los niños; aquellos ojitos quejosos y voraces. ¿Cómo entraban, de dónde salían aquellos mocosos, aquellas niñas con los rizos alborotados plagados de bichos? Gavril venía cada tres cuartos de hora para agarrarlos por el cuello o por las greñas, sin mala intención; largaos de aquí, me oís, que sois como la sarna, ralea de kulaks, pero ellos daban vueltas, se arremolinaban para resurgir inmediatamente entre las faldas y los chales, atravesando los demás ruidos con sus vocecillas ácidas para pedir canturreando: ¡Un trocito de pan, un trocito de pan, abuela, tiíta, tío! Las mujeres preñadas proyectaban su tripa para poder pasar antes, como las que llevaban en brazos a un niño de pecho, pero una de aquellas provocó una salva de recriminaciones: «Hace mucho que no le da el pecho, ya lo podría dejar en casa, lo coge aposta, le digo a usted

que no hay derecho...». Una voz afirmó con evidente mala intención: «Al niño ese ya le hemos visto pasar. ¡No es el suyo, se lo han prestado!». «¡Cómo que no es mío!». La madre indignada casi se quedaba sin voz. «A ver, ¿quién ha dicho eso?». Nadie se dio por aludido, el incidente pareció caer, con los minúsculos números grises recortados de la cartilla del pan, en aquella caja de cartón donde todas las existencias iban dejando su residuo administrativo. La voz de la madre rompió inútilmente un silencio hecho de murmullos: «Mi simiente de hambrientos me la hago yo sola, so bruja, ojalá se te pudra la boca como el culo de una rata muerta...». A las tres de la tarde, Miorzly y Varvara se miraron con estupor. Todavía quedaban unas quince mujeres en la tienda, recorriendo el local en todas las direcciones con su penetrante mirada. La tabla de cortar el pan estaba vacía; delante de Varvara solo quedaba ya un montoncito de restos en el que, como mucho, solo podía haber una libra y media con que abastecer a dos cartillas, satisfacer a dos seres... «Pero si nos salía la cuenta», dijo Miorzly con la voz ronca. Varvara contestó:

—Me parece... Habíamos contado bien... pero falta una hogaza de siete libras.

El gerente hablaba en voz muy baja delante de sus estantes vacíos.

—Ciudadanas, ya no hay más. Yo no tengo la culpa. Os doy lo que me traen. La próxima vez pasaréis las primeras.

¿La próxima vez? ¿Cuándo? ¿Y qué vamos a comer esta noche? ¿Y mañana? El pan solo llegaba dos veces por semana, irregularmente. El grupo indistinto de los pañuelos blancos, negros y rojos, de los chales, de las espaldas flacas, erguidas o vencidas, encorvadas, inclinadas para siempre, osciló un momento sin moverse del sitio, como si hubiese estado a punto de estallar en sollozos, gritos, gestos insensatos o de desplomarse sobre sí mismo, sin fuerza, como un montón de harapos. De él escaparon recriminaciones sin ánimos porque sentían su inutilidad. ¡Ah! ¡Cuándo se acabará esta vida! A los ladrones de pan es a los que habría que mandar al paredón... «¡Dónde tenías los ojos, Miorzly, malhechor público, cuándo te meterán en la cárcel para que aprendas tu oficio!...». «¡Cállate, Klavdia, de nada vale gemir y gritar! ¡Esto acabará cuando el plan quinquenal, cuando estemos todos bajo tierra!». Miorzly se irritó:

—¡Ya basta de agitación contrarrevolucionaria, ciudadanas! ¡Un poco de conciencia!

Salió de detrás de su mostrador y se dirigió hacia las mujeres. El grupo, aborregándose, rodó en dirección a la puerta, para, una vez llegado allí, estirarse, patear un momento fuera y deshacerse lentamente a la fría luz del día; Miorzly cerró los postigos, colocó las trancas de hierro —perfectamente inútiles— en las dobles puertas... Ya se explicaría más adelante en la Dirección de Abastecimiento. ¡Pues que me detengan si les da la gana, qué mierda! Peor no me van a dar de comer de leñador en una penitenciaría; incluso parece que se sale con recompensas y todo... (Pero tenía hijos). Una serie de complicadas comprobaciones, totalizadoras de una infinidad de observaciones tan sutiles como inefables, completadas con intuición y rematadas con una telepatía enormemente precisa, hicieron súbitamente la luz en su cerebro: ¡el carretero! Había entrado el carretero con la última bola en la mano, hablando muy alto, desabrochada la chaqueta, así que el pan se lo había llevado, el muy desgraciado, en los faldones de la chaqueta. Nada de esto se podía probar, pero ello no quitaba para que de tal certidumbre emanasen unas ansias de matar perfectamente físicas. Espera y verás, canalla.

Miorzly encontró al carretero en el cabaré sin nombre, el más pobre de la ciudad, en la esquina de la calleja del Parricidio, entre las últimas casas, lindantes ya con el páramo. Una techumbre carcomida, una fachada gris, los bordes de las ventanas ennegrecidos en su parte superior por los humos de algún incendio, atravesado el letrero verde que clamaba únicamente: cerveza. Del techo bajo colgaba una lámpara de petróleo. Unos hombres tocados con gorras estaban acodados en todas las mesas y bebían y fumaban entre el clamor sordo de sus propias voces. «Ven, Vania —le dijo con tranquilidad Miorzly al carretero cuadrado ante una mesa, desabrochado el cuello de la chaqueta y descubierta la cabeza, una fuerte cabeza rojiza—. Ven aquí, es para un asunto...». El carretero apuró su vaso, pagó y salieron. «¿Qué pasa?». Ya lo sabía.

Dieron la vuelta a la casa. Se acabó la ciudad. El atardecer se arrastraba sobre el pedregal, llano hasta el infinito, vaciándose de luz segundo a segundo. Miorzly se detuvo y le plantó cara al carretero, pecho contra pecho, con toda la serenidad de un matarife o de un justiciero. «¿Que qué pasa? Ladrón, sabandija, canalla, hijo de perra. ¿Te atreves a preguntármelo? Venga, quítate la chaqueta que te voy a dejar sin dientes».

—Ándate con cuidado —dijo el pelirrojo con tranquilidad retrocediendo un paso para quitarse la chaqueta—, que a lo mejor soy yo el que te parte la

cara, cebado-a-costa-del-pueblo, culo de burgués, comedor-del-pan-ajeno, hijo de puta...

Se alejaron un poco más de la casa, codo con codo, escrutando el suelo para ver si no había cascotes de botellas o agujeros o piedras grandes; y de pronto saltaron el uno sobre el otro, se agarraron, se anudaron frenéticamente, con el aliento ardiente entrecortado de murmullos en los que se repetían las mismas injurias. Perro, puta, perro, puta, perro... Los puños golpeaban sordamente las carnes crispadas en las que saltaban los músculos, en las que la rabia se imponía al dolor. El carretero intentaba liberar su mano derecha para buscar con ella en su bota su buen cuchillo finlandés —¡mi cuchillo en tus tripas, hijo de puta, ah, ya no se puede robar, ah, ya no se puede ni comer, los niños que revienten, perro!—. Miorzly, plenamente lúcidos todos sus miembros en el cuerpo a cuerpo, vigilaba con prodigiosa sagacidad aquella mano que se lanzaba al crimen parándola al vuelo, aplastándola contra su cara, con los dedos en los ojos del otro y mordiéndola tan fuerte que sus quijadas, crispadas sobre la carne destrozada, llegaron a unirse. Se le llenó la cabeza de un sabor de tierra, de sangre, de tabaco, de sudor caballuno y jadeó. Entonces el carretero, con la izquierda, consiguió aplastarle el sexo. Aquel doble dolor deshizo la presa de los dos hombres, casi sorprendidos de verse separados el uno del otro. El carretero se desplomaba. Al hombre en tierra no se le pega, pero es lícito pegar al hombre que cae antes de que llegue a tocar el suelo. Así que Miorzly envió su tacón herrado a las encías del otro, quedando tan satisfecho al oír el chasquido de los dientes rotos como cristales machacados, que su dolor de la ingle se transformó en un calor rojizo... Todo esto transcurrió muy rápidamente, sin importancia real. El frío de la noche sacó al vencido de su postración. No obstante, volvió a su tabuco con el paso más derecho que si lo hiciese borracho. Ania, su mujer, le puso en las heridas los ungüentos que había traído una vecina vieja que conocía las fórmulas de las curaciones. En las heridas pequeñas conviene aplicar telas de araña. El estiércol y los orines (sobre todo los de mujeres preñadas) tienen valiosas virtudes curativas. Las algas traídas del mar, secadas y dejadas macerar, son muy buenas para las encías. Pero lo principal es... «Ania, alma mía —explicaba la vieja—, no te preocupes... Si luego se levanta la luna, paloma mía, tu hombre también se levantará. Conozco un conjuro maravilloso, pero preciso es decirlo a la medianoche, a la luz de la luna, cuando ni una nube la tapa. Dame un mechón de su pelo». El carretero gemía. Su cara, a la luz amarillenta de la vela, estaba deformada y plagada de manchas violáceas, como la de los ahogados. Ania le contemplaba con amor,

porque los pequeños dormían, saciados; ni siquiera ella tenía hambre, les quedaba pan para dos días y ella comprendía a qué precio. Ojalá no se llevaran a su hombre a Dios sabe dónde, a uno de esos campos de los que no vuelven hasta pasados dos años, tres años, pero ¿acaso se vuelve alguna vez? Dios mío, protégenos, líbranos. Ania alzaba con ambas manos la gruesa cabeza magullada para que la vieja pudiera verter un poco de aguardiente en la boca tumefacta. El alcohol iba quemando terriblemente las llagas, pero, al mismo tiempo, devolvía su calor a un cuerpo vigoroso. El carretero volvía a entreabrir sus acardenalados párpados, miraba tiernamente a las dos mujeres y musitaba de nuevo: «Perro, puta, hijo de perra, voy a abrirte las tripas...». No era grave. Con la cabeza y las manos vendadas condujo, a partir del alba siguiente, su carreta al aserradero, porque el claro de luna había sido deslumbrador, a eso de la medianoche.

VARVARA, CONVOCADA EN EL Servicio Especial, fue recibida por un Fedossenko parecido, detrás de su despacho, a un buda revestido del uniforme de la Seguridad. Su cráneo brillaba. Siéntese usted. El buda siguió moviendo hojas y negligentemente, sin alzar siquiera la cabeza, mirándola desde abajo, le dijo:

—¿Qué historia es esa de pan robado en su almacén?

—No tengo la menor idea. El gerente no es un ladrón, podría responder de ello.

El buda, recostado contra el respaldo de su butaca, resultó menos imponente pero más obeso: glotón y macho, igualmente asqueroso. Dos correajes de cuero cruzándole el pecho, una insignia nueva encima del bolsillo izquierdo de la guerrera. Acento indefinido.

—Ya sé, ciudadana, que el gerente no es un ladrón.

Varvara percibió la insultante insinuación. Se cerraron las aletas de su nariz como harían ante un hedor demasiado fuerte. Cuidado, hay que vigilarse, ni una palabra de más.

—Ciudadano jefe, yo soy comunista de la guerra civil, fui herida a los dieciocho años en el frente de Orenburg. Espero que eso le baste.

—Lo lamento, pero no es así.

—Entonces ya no diré nada más... ¿Quiere usted firmar, por favor?

Varvara presentaba al buda su salvoconducto, un rectangulillo de papel verde donde, a la entrada, inscribían la hora exacta a la que se había comparecido; para salir de la Seguridad había que entregárselo firmado y sellado al soldado de guardia. Aquel gesto significaba: Deténgame, pues, si es esa su intención, ya le enseñaré yo lo que me importa el pan. El buda firmó y puso su sello. «La instrucción seguirá su curso, ciudadana».

* * *

KOSTROV SALÍA DEL DESPACHO vecino, el del subjefe, con aire molesto, amarilla la tez. No, las cosas no iban bien. El corazón, Varvara Platónovna. Y además, ¿qué quieren de mí? Creo que están tratando de montar un asunto de sabotaje con esa historia estúpida de los mil doscientos cuadernos...

... Kostrov trabajaba en la sección de Enseñanza del Soviet. Una mañana su jefe le informó de la recepción de los mil doscientos cuadernos escolares prometidos por Moscú desde el otoño. Gran acontecimiento. Destine un tercio a reservas, el resto que se distribuya inmediatamente en las escuelas. Tocaría cada alumno, aproximadamente, a dos tercios de cuaderno durante el presente curso... Kostrov cumplimentó los albaranes y asistió en persona a la distribución de los paquetes sin que se le pasase por la imaginación la idea de abrir uno de ellos. Llegaban desde el Centro con el embalaje de la papelería nacionalizada La Antorcha. Transcurrieron tres días. Kostrov, en el mercado, entre la multitud de vendedores de trastos viejos, las que decían la buena ventura y los acróbatas, seguía la pista de los pequeños revendedores de cuadernos; pero ellos conocían sus andares auxiliados por un bastón, su pinta de oficial caduco, su tez ictérica. Cuando se acercaba desaparecían. «La especulación se ríe de mí —pensaba entonces Kostrov—, y hace bien». Por encima de las cabezas veía un cielo de nácar transparente. Volvió al despacho, donde nada tenía que hacer, o al menos nada útil, ya que todo indicaba que el proyecto de reorganización escolar para el año siguiente no era más que un gran camelo. Durante el año siguiente, el director actual de la Enseñanza sería trasladado o encarcelado. Su sucesor no tendría por qué preocuparse de un porvenir obsoleto desde antes de su nacimiento. Encargaría nuevos proyectos conforme a otras directrices. En esta ocasión, el director de Enseñanza esperaba a Kostrov, fumando rabiosamente en la pequeña estancia, excesivamente caldeada, en la que solía brillar por su ausencia. Le lanzó una

mirada extrañamente aviesa, alzó la visera de su gorra de un revés brusco y le dijo:

—¡Buena me la ha hecho usted, Mijail Ivánovich! El Comité del Partido me ha echado una bronca. El asunto está siendo estudiado por el Servicio Especial.

—¿Qué asunto?

—Esos mil doscientos cuadernos que se ha de llevar el diablo y a usted con ellos. ¿Los ha visto?

—... No.

—Pues mírelos.

De la cartera del director salió aleteando un cuaderno delgado que fue a posarse sobre la mesa con un chasquido. Un óvalo destacaba sobre las tapas rosas y dentro de ese óvalo estaba la efigie de Alexei Ivánovich Rykov^[8], expresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, comisario del Pueblo para Correos y Telégrafos en funciones, exmiembro del Politburó, miembro del Comité Central, líder de esa derecha de la que renegaba sin tregua en los congresos, amigo de Mijail Ivánovich Tolski, exlíder de los Sindicatos, que renegaba de él desde todas las tribunas a las que subía (pero eso era —¿quién podría dudarle?— para serle todavía más fiel), amigo de Nikolái Ivánovich Bujarin, redactor jefe de *Izvestia*, que renegaba igualmente de él, renegaba de Tolski, renegaba de su propia doctrina de la víspera, pero que, con toda seguridad, lo hacía para permanecerles fiel en el secreto de su alma... En la contraportada, algunas frases escogidas de Bujarin y Rykov recordaban la misión de la escuela soviética, la grandeza de una cultura socialista, la sabiduría de Lenin y de Engels. Tablas de multiplicar en la última página.

El director tenía la cara picada de viruelas, una nariz chata, unos ojillos pequeños e incoloros aguzados por la inquietud. («Capaces son de echarme del Partido por esto..., y entonces...»). Kostrov le sonrió amablemente reteniendo unas furiosas ganas de estallar en carcajadas:

—Uf, ya estaba esperando encontrarme un Bujarin en la página cuatro...

Su mirada divertida se detuvo en la tabla de Pitágoras, precisamente en el lugar en el que flameaban discretamente los siguientes guarismos: $7 \times 7 = 94$. «Vea, vea, camarada Driabkin...». El otro al principio no entendía por no saber a ciencia cierta cuántas eran siete por siete. Calculó pausadamente: tres por

siete veintiuno, dos por veintiuno cuarenta y dos, y siete cuarenta y nueve... ¿noventa y cuatro? Mijail Ivánovich dijo en tono sarcástico:

—Sabotaje caracterizado.

«Pero si esto no tiene nada que ver con nosotros. La papelería nos envía sus cuadernos de hace cuatro años... En cuanto a ese sabotaje en la enseñanza de las matemáticas, camarada Driabkin, paso inmediatamente a redactar un parte al que espero dé usted curso. Somos nosotros los que pasamos a la ofensiva ¿entiende?».

En verdad Driabkin estaba dejando de comprender todo, salvo el mal cariz que tomaba el asunto. Kostrov, llamado por teléfono al Servicio Especial, fue recibido por el subjefe, un ser delgaducho con gafas, de cabeza rasurada, bien ceñido en su guerrera y sus correajes. El delgaducho, manifiestamente alleccionado por Fedossenka, se remontó muy lejos:

—¿Es usted trotskista, Kostrov?

—... (Un cuarto de segundo de vacilación). No...

—Es curioso, solo se le ve a usted con los trotskistas...

—... He presentado mi sumisión al C. C. el pasado 18 de abril.

—Ah, ¿así que está usted con nosotros?

—... (Un cuarto de segundo de vacilación). Sí...

—¿Nunca ha pertenecido a la derecha?

—... No.

—¿Cómo es posible entonces que fomente la propaganda ilegal de la derecha? ¿Kostrov, no irá usted a tener tres caras en vez de dos? Eso es muy peligroso, le prevengo.

Kostrov explicó lo de los mil doscientos cuadernos —el embalaje cerrado—, la responsabilidad de los servicios de expedición de la papelería central La Antorcha, la circular de la Dirección Regional de Enseñanza en la que se prescribía exigir, por vía telegráfica, el envío de los cuadernos y su reparto inmediato en las escuelas, so pena de tener que responder del delito de sabotaje del plan de enseñanza para el año... Kostrov se explicaba, pero tenía unas ganas locas de reír; porque toda la historia era de una puerilidad idiota; pero había algo más, empezaba a sentir miedo. El miedo se le agarraba a la boca del estómago como una presión dulce y asfixiante, ascendía hasta su

corazón enfermo, llegaba hasta su garganta, enronquecía su voz, subía arrastrado por la sangre, dejaba atrás la boca que se volvía torpe a la hora de articular las palabras, llegó a los ojos, a la frente, apartó de la frente y de los ojos del hombre una venda invisible y, entonces, vio.

Vio que el Delgadocho tenía una cara extraña, de vivo y de muerto al mismo tiempo, orificios sombríos en lugar de ojos, una boca fina rodeada de negro, un tórax de esqueleto hueco y blanco bajo su uniforme.

Vio cómo el Delgadocho se levantaba, le hacía una seña con una risa burlona y le conducía por unos pasillos que se cortaban en ángulos rectos, a través de una oscuridad creciente, hacia unas escaleras de cemento, unas grises encrucijadas debajo de la tierra, unas puertas peculiares en las paredes de un decorado bañado en electricidad brumosa.

Vio que el Delgadocho abría la marcha con un paso crispado, cojeando alternativamente con el pie derecho y con el izquierdo, volviéndose a cada tres pasos, sin aminorar la marcha, para apuntarle con los orificios ahora negros de sus órbitas.

El Delgadocho, en uniforme de diario, revólver al cinto; y otros les seguían, otros Delgadochos con el mismo caminar crispado, que conducían a compañeros de paso blando como el suyo, Varvara, Rodión, Ryjik, enhiestos los cabellos blancos como gallardetes congelados, y otros.

Vio una regla negra encima de unos papeles, frente al delgadocho subjefe del Servicio Especial, y leyó incluso al dorso de un texto mecanografiado:

Informe sobre los interrogatorios de...

El Delgadocho dijo:

—Efectivamente, su versión es plausible, pero todos los saboteadores tienen versiones plausibles... Lo importante para mí es que esté usted con nosotros. Había llegado a dudarlo por las personas que frecuenta. No cambie usted, Mijail Ivánovich, ya volveremos a hablar. Estoy totalmente dispuesto a confiar en usted. ¿Cómo se siente en general? ¿El corazón? Este asunto de los mil doscientos cuadernos es muy enojoso, como puede usted comprender. El C. C. y el Consejo Especial de la Seguridad acaban de dirigirnos unas circulares donde recomiendan la mayor vigilancia en la lucha contra la insidiosa propaganda de la derecha... Y de la izquierda, por supuesto, Kostrov... En fin, ya trataré de arreglar todo eso... No obstante, sírvase no volver al

Servicio de Enseñanza, está despedido, usted sabrá comprender... Búsquese otra cosa...

—¿Un trabajo de vigilante nocturno, por ejemplo?

El Delgado pareció no reparar en la ironía:

—No, los vigilantes nocturnos van armados: al haber sido condenado, en aplicación del artículo 58, no se le puede autorizar a portar armas...

Kostrov franqueó la puerta muy derecho pero con la sensación de tambalearse. «Están tendiendo sus redes, está claro, estoy perdido; están tendiendo sus redes...». Providencialmente, Varvara le ofreció sus ojos en los que, desde hacía un tiempo, flotaban motas claras: un toque de gracia embellecía su cara lisa de pastor mongol (huella luminosa de la cara que tenía en otros momentos, depurada, rebosante de sonrisas, conocida solo por Avelii...). Kostrov tomó su brazo por la calle; con una especie de gratitud, como si le hubiese dicho: Le agradezco que tenga esos ojos claros, ese cuello esbelto, que lleve dentro no sé qué alegría. Musitaba:

—Qué buen tiempo, Varvara Platónovna.

Inmersa por completo en su felicidad secreta, aunque lúcida, dio respuesta a lo que ambos pensaban:

—Parecen estar tendiéndonos una trampa. Estemos preparados.

* * *

SOLO ANTE SU VENTANA, Kostrov jugaba contra sí mismo interesantes partidas de ajedrez. Capablanca contra Lasker: Capablasker, decía él, como el poeta. Un cuervo venía a posarse, fuera, en el alféizar, pegado al cristal para considerar largamente al jugador con su ojillo redondo, una perla negra con un fino cerco de coral. Nunca llegaría a acabarse aquella partida... Los pasos de Rodión ascendían por las tablas de la entrada.

—Explícame las diferencias entre la economía natural y el feudalismo — exigía Rodión.

Para poder escuchar mejor se acodaba, reposando la barbilla en la mano. Entre los dos se interponía el tablero. Kostrov se espabilaba, un Kostrov totalmente diferente, cuyos rasgos tristemente abotargados y tez cerúlea recobraban una apariencia de juventud. Hablaba mejor de lo que lo habría

hecho en una clase, hablaba como hacía tiempo que había dejado de pensar, hastiado de sí mismo, habiendo renunciado a los descubrimientos... Descubría, no obstante, una singular distancia entre sus conocimientos y la vida, ahora que, al dirigirse a un joven amigo atento, debía decir las cosas en términos suficientemente amenos... Rodión preguntaba infatigablemente. «¿Qué relaciones existen entre la psicología y lo económico? Como ocurre con el arte, como ocurre con el amor...». Kostrov emprendía arborescentes digresiones, poniéndose en pie para recitar una estrofa de Pushkin, referir el gran amor de Lassalle, definir el tipo lassalliano de revolucionario, imbuido de socialismo científico pero individualista y romántico aún: marcado por sus orígenes burgueses... Y, de pronto, iluminado por la audacia, le hacía dar al caballo blanco un salto extravagante sobre el tablero, para escapar al acoso del alfil negro, chocando así contra las dos partidas clásicas como un profundo seísmo. ¡Mira, Rodión! Capablasker no es ya un imbécil genial obsesionado por las combinaciones matemáticas: se ha vuelto loco, va a ganar a ambos lados, esto no se ha visto nunca, ¡y la causa eres tú! Rodión, concentrado, dejaba entrar en sus ojos una mirada afectuosa. Pero ¿y el arte, Kostrov, el arte?

—El arte tiene su origen en la repetición gratuita de los gestos del trabajo... Plejánov, acerca de las observaciones etnográficas de Morgan, dijo que... Las danzas de los primitivos son una evocación de la caza y de la guerra, que es también un trabajo... (Eran verdades aprendidas en los libros, tan exactas como las series de jugadas de las dos partidas clásicas)... Rodiónich, la obra de arte comienza con el gesto que se esboza para comunicar la emoción; y el pensamiento comienza con la emoción. Te encuentras frente a un paisaje, hay alguien cerca de ti, tiendes la mano; dices ves, porque querrías dar todo lo que ves y ese es el comienzo de todo: eres pintor, poeta, novelista, escultor, dramaturgo, eres un hombre que hace saltar sus fronteras por los aires, vives, porque sois dos los que vivís... El paisaje más bello entristece cuando se ve solo, así que hay que pensar en los hombres...

—Yo pienso en ellos siempre —dice suavemente Rodión—. Ni siquiera tengo que pensarlo, siempre están ahí... Los que hacen que merezca la pena vivir, naturalmente.

Sus diálogos tenían lugar en una habitacioncita estrecha de paredes pintadas de azul turquesa, limpia y arreglada. Kostrov vivía en la casa de un pescador de la secta de los viejos creyentes sin sacerdotes. Las maderas de la ventana encuadraban viejos abedules blancos, un trozo de casa de troncos cenicientos, un festón de cielo. Kostrov no tocaba las imágenes colgadas en el

ángulo de la pared revestida de madera, en la cabecera de su cama: una Virgen con Niño de Súzdal, un Kalinin^[9] recortado de una revista, pegado sobre un papel rojo, con lo que se convertía en el más astuto de todos los santos. Rodión se iba, cargado de ideas, repitiendo para sí unas fórmulas en las que se embrollaba, extrayendo, sin embargo, de aquel magma de palabras y conceptos, una seguridad inexplicable, convencido de saber mejor lo que es el arte, el amor, la reforma agraria, el imperialismo, sabiendo mejor, efectivamente, que él era un hombre que vivía después de los Gracos, de los campesinos de la guerra de los campesinos de 1525, de Lassalle, del revisionismo de Bernstein, de la victoria de la burocracia soviética... A la mañana siguiente se lavaba mejor en el río, se comía su trozo de pan de centeno, con una cebolla, a la orilla de las Aguas Negras y meditaba, encorvado al sol, en una oquedad caliente de las rocas. Grandes revoluciones maduraban en él, «porque todos los camaradas se equivocan, no se atreven a pensar. La época nos exige que tengamos valor suficiente para juzgar. ¿Qué hacemos en las cárceles? ¿Quién podrá salvar a los hombres si no es el proletariado? ¿A qué esperamos cuando el proletariado lo espera todo de nosotros?».

Rodión descifró, letra por letra, una tesis de la minoría de izquierda comunista del penal de Verjne-Uralsk, copiada por Ivanov en el C. C. D. E., Campo de Concentración para Destinos Especiales de la península de Kola. Rodión tuvo conocimiento de los resúmenes del *Boletín de la Oposición*, reconstruidos allí por Ivanov según el cuadernillo mental del ingeniero Botkin. Fue Rodión el que llevó a Kostrov aquellas luces tan insidiosas como deslumbrantes. Fue Mijail Ivánovich Kostrov, profesor de hist. mat., materialismo histórico, autor de trabajos sobre el régimen de la propiedad en la vieja Rusia kieviana y sobre la cuestión agraria en la revolución china (Shansi, Hu-pei), el que, olvidando el enfrentamiento de la torre blanca con la reina negra, inquietada por la proximidad de un peón negro, vigilada por el caballo negro, la torre blanca acorralada sin remedio en el tablero, descansó el mentón en la mano para escuchar a Rodión. Rodión, cuyos ojos cobraban un brillo que los agrandaba, que se levantaba, andaba de una pared a otra, se apoyaba en la porcelana de la estufa fría y, acompañándose de un gesto corto, enunciaba: «Detener la colectivización ruinosa, no mantener más que los koljoses que tengan una base técnica suficiente, rentable, restablecer la circulación de las mercancías, renunciar al gigantismo en la industrialización...».

—Ah, sí. Considerar la mano de obra como de importancia igual al utillaje... Buscar remedio a su deterioro por exceso de trabajo y alimentación insuficiente...

—Total —dice Kostrov pensativo—, que la minoría de Verjne-Uralsk no lleva su argumentación hasta el final: no se atreve a concluir de todo eso que el viejo Partido burocratizado ya no sirve para la revolución y que ha llegado el momento de pensar en empezar todo de nuevo...

Rodión se abstuvo de gritar: «¡Yo me atrevo!». «Eso es —dijo, paseándose por la habitación, pesado y ligero como un oso en su foso, escucha, Mijail Ivánovich, es tiempo de comprender...».

Abrió sus manos que eran espesas y callosas, de dedos cortos, para depositar allí, entre ellos dos, la evidencia:

—... ¡Ellos no pueden permitir que sigamos vivos! Esto no puede seguir... Nosotros somos el nuevo partido, incluso si no nos atrevemos a desearlo. *Ellos* lo saben mejor que nosotros. *Ellos* tienen que hacer que nos pudramos en las prisiones. Cuando ya hayan comprendido perfectamente lo que hacen, empezarán a fusilarnos. A todos, te lo digo yo. Será el terror total. ¿Cómo pueden dejar que vivamos?

«Escucha, Mijail Ivánovich, me he encontrado con unos obreros curtidores. No les han pagado desde hace seis semanas... La ración de leche para ese taller insalubre ni la han visto. Este mes han trabajado en tres de los cinco días de descanso porque el programa de producción mensual no había alcanzado sus objetivos. ¿Y sabes lo que les ha contado el secretario del Partido cuando le han dicho que ya no podían más? Pues les ha dicho: “A los holgazanes ya les encontraremos sitio en las brigadas penitenciarias”. ¿Lo oyes?».

El valor se iba apagando en el alma de Kostrov tras una hora fatigosa. Se tendía en su cama, echaba hacia atrás el brazo izquierdo y sentía entre sus dedos el frescor del hierro de la cabecera. «Dame un cigarrillo, Rodión. No saques conclusiones apresuradas. El Partido...».

—¿Qué Partido? ¿El suyo? ¿El nuestro?

Kostrov exhaló el humo en dirección al techo con un gesto fatigado. Un corazón enfermo. «Rodión, somos casi todos parados, es significativo. Me he encontrado con Varvara en el Servicio Especial: la están implicando en un asunto de hurto de pan. A mí, en una historia de sabotaje... *Ellos* han debido

de recibir instrucciones: montar historias contra nosotros antes del congreso...».

Entre los dos, el tablero en la esquina de la mesa, Rodión empujó brutalmente el peón negro. Perder la torre blanca. Entre ellos, los mundos: a cada cual el suyo. Cinco semanas sin carta de Ganna: ese silencio se volvía ya de mal augurio para Kostrov. Nos cortan la correspondencia. El Delgaducho, con sus órbitas huecas, con su cara de medio muerto, con los correajes ceñidos sobre un tórax vacío, jugaba con el caballo negro. «Esto va mal, mal». A Kostrov le invadían los presentimientos. Rodión ya no pensaba en él, ni en el ajedrez, ni en las tesis. Rodión olfateaba la inminencia del sufrimiento, de los lamentos, de los ríos, de las esperanzas, del riesgo, es preciso, es preciso...

* * *

EL GRUPO SE REUNIÓ en casa de Elkin al atardecer. Galia, sentada en el cercado, limpiaba una cacerola con arena y vigilaba los aledaños de la casa. De vez en cuando canturreaba frunciendo luego los labios en un gesto de preocupación. ¿Pero qué les pasa para que estén todos deliberando con esa exaltación en los ojos? Siempre que las voces de los hombres se vuelven sonoras y brillan sus ojos la cosa termina mal... Pasa lo mismo en el amor: el que ama demasiado de pronto se olvida, levanta un cuchillo y se va de noche por la senda oscura. Las viejas después te dicen: «Quería demasiada felicidad aquí en la tierra, se ha pavoneado, ha organizado su pequeño lío, uno, dos, y el diablo se lo ha tragado enterito... Puedes preparar tus lágrimas, ya estás preñada». Galia les contestó para sus adentros con una risita ácida: «¡Bien que echáis de menos el tiempo en que aún hacíais el amor, so brujas!». El Suyo, Dimitri, no la amaba demasiado; ¿acaso no era ella la que le amaba demasiado, sin atreverse a decirlo, diciéndole incluso, para hacerle rabiarse: «La verdad es que no sé si te quiero, me he dejado porque me aburría...»? Todo su rostro gritaba lo contrario y ella lo sabía y se alegraba de ello. Y, a pesar de quererle demasiado, nunca se iría como una gata, huyendo por la senda oscura, tú serás el que se vaya, Mitia, cuando te llamen, inexplicablemente, y la tierra se quede vacía... Se tragaba las lágrimas mientras frotaba con rabia la cacerola. Entonces tendría que vivir más rendida que la hierba, más silenciosa que el agua. Galia se aproximó al corredor con el oído atento. Elkin hablaba en tono jovial de cosas incomprensibles: cosecha global, tesis de Mólotov, Sociedad de las Naciones, Internacional, Alianza Obrera^[10]...

Los cinco discutían los mensajes. Ryjik presidía, Varvara servía el té, Avelii dibujaba pájaros sobre un periódico doblado en cuatro, Rodión, sentado en la cama, un poco apartado, sujetaba su rodilla entre las manos entrelazadas y tenía una cosa grave en la cabeza y había que decirla, pero no le pasaba de la garganta. Tenía que acusarse, sin haber acabado de juzgarse, dándose la razón contra todos, sí, la razón, y, sin embargo, ciertamente, era culpable. Sus mandíbulas crispadas se abrieron por sí mismas:

—Pido la palabra.

Sin mirar a nadie, con claridad, Rodión habló y Varvara, atónita, posó la tetera sobre los recortes de periódicos. Avelii tachó de un trazo negro unas alas desplegadas, Ryjik se petrificó, Elkin se columpiaba en su silla con cara de pocos amigos...

—Creo que he cometido una falta. Pienso que he hecho bien, pero no deja de ser una falta. Yo tenía confianza en él, pero no tenía derecho a hacerlo, lo sé. He transgredido la disciplina del grupo. Me someto de antemano a vuestra decisión, me he equivocado, pero sé que tengo razón. ¿Me comprendéis, no? Eso es todo.

—¿Pero qué nos estás contando, imbécil? —dijo Elkin en un arrebató—. Aclárate. ¿Qué es lo que has hecho?

Rodión se dio cuenta entonces de que no lo había dicho, de que se le había quedado en la garganta. Cree uno decir y no dice, se quiere decir y no se puede... Debe decirse. Con claridad:

—He hablado de los mensajes con Kostrov. Está aislado, es de los nuestros, sois injustos con él. No he hablado más que de las ideas. He hecho mal, pero no lo lamento, es solo por la disciplina...

—Así —dijo sordamente Ryjik—, así...

Esta única palabra hizo aparecer en cinco cabezas algo oscuro contra lo que ya nada se podía. Rodión comprendió. Zozobra la barca y estás en el agua, la espuma en la boca, la asfixia. La eternidad sonreía desde el cielo en el instante anterior, ese instante perdido ya para siempre. Muérete. Fue un momento pesado. Varvara inició una frase inútil que nadie oyó. Ryjik, implacablemente, medía las consecuencias...

—¿Cuándo has estado hablando con él, Rodión?

—Hace siete días.

Elkin seguía columpiándose en su silla, silbando entre dientes... La silla cayó con estruendo sobre el suelo; el té de un vaso caído se derramó sobre los periódicos. Elkin, erguido, lanzó un juramento tremendo. Había golpeado a Rodión en la cara y Rodión, trabajosamente, recobraba su equilibrio con los codos en las rodillas, con las dos manos tapándole la cara, respirando ruidosamente. Elkin se dejó caer a su lado en la cama, con idéntico gesto de las manos para taparse la cara, con la misma respiración jadeante. Había un poco de sangre en el dorso de su mano.

—*Así*—dijo de nuevo Ryjik—, *así*.

—Elkin, te has conducido de forma imperdonable. Como un bruto... Sobre esto estamos todos de acuerdo, y tú también. Sobre la infracción de la disciplina cometida por Rodión, el grupo se pronunciará más tarde. Creo que ya no se puede hacer gran cosa... A ver tu cara, Rodión. Al menos aquí te has portado como debías... A partir de esta noche que cada cual tome sus precauciones: nada de dejar papeles por ahí, ¿eh?

Rodión fue a lavarse al vestíbulo. Allí se encontró con la mirada asustada de Galia.

—No es nada, Galia, nos hemos empujado un poco...

Sus labios exangües intentaban sonreír para tranquilizarla.

—Ven por aquí, Rodión. Ten agua fresca.

Ella sujetó la jofaina. Él se secó lentamente con una mueca triste.

—¿Qué es lo que pasa, Rodión?

—Nada, querida... Medianoche, medianoche en el siglo.

Y el caso es que no parecía estar borracho.

* * *

CASI A CADA PASO Galia sentía el brazo con el que Elkin la arrastraba estremecido por un temblor. Observaba entonces a Dimitri con el rabillo del ojo, sin volver la cabeza, y le sentía presa de una gran turbación: asco de sí mismo, una sucia cólera humillada. Iban siguiendo el curso del río, al borde del agua. El sol, alto aún, era un globo de oro por encima del bosque, en la otra orilla; daba a las peñas un color suntuoso. Galia inquirió:

—¿Por qué eres... (retuvo durante un segundo la palabra en sus labios), eres tan duro, Dimitri?

—¿Que por qué, Galia? ¿Acaso se puede ser de otra forma? Hay que ser un hombre y no una piltrafa. Piltrafas ya hay bastantes para que lo sea yo también, ¿no? Hay que agarrarse uno mismo con manos inflexibles, aguantar pase lo que pase. Y no ser indulgente con los demás. Entonces es cuando se puede servir para algo. ¿Entiendes?

Solo ponía algo de ternura en la persuasiva inflexión de la voz, una infinita ternura ahogada en la palabra final.

—No sé —dijo ella.

Y, tras dar algunos pasos en silencio:

«Pero, si quieres, agárrame con esas manos. ¡Inténtalo!».

Las aguas, el Norte, el espacio —y Galia atada a él, marchando a su mismo paso, alta y flexible—... «Galia, eres mi alegría. Eres mi helecho adorable. Una vez, cerca de Batum —es un país de sol, al borde de un mar azul—, salí después de un aguacero, caminé sobre la arcilla roja, anduve con el corazón amargo y los puños dispuestos a hacer daño, estaba cabreado con todo el universo. Eran ya los tiempos malos, yo salía de la cárcel, y entonces vi los helechos. Me pareció que acababan de surgir de la tierra, brotando a la vez durante el aguacero tropical. Altos y flexibles, como tú, Galia, los helechos se abrían como abanicos con sus millares de hojitas perfectas. Orgullosos como tú, mi Galia. Y como tú, no sabían que eran perfectos, que nacían del sol y de la tierra. Entonces escupí sobre mi amargura, comprendí que amaba la tierra. Galia, tú eres mi helecho del Norte, Galia, tienes uñas perfectas, dientes perfectos, pezones perfectos, pequeños luceros perfectos en el fondo de tus pupilas. Galia, amo todo cuando te toco. Estas aguas negras, estos páramos estériles, estos bosques, estas peñas, la tierra verde y cruel, ese pulular de hombre sobre la tierra —en la que no dejamos de combatirnos—, amo a la gente, incluso a los que detesto, a todos, hasta a los últimos, hasta a esos canallas a los que aplastaría como a víboras, amo a las víboras, Galia, porque tú eres mi alegría. ¿Comprendes?».

Ella comprendía mejor aquellas manos posadas sobre su cuerpo, aquellos ojos iluminados desde dentro.

—No, no comprendes. Eres sencilla como los helechos y, como ellos, no puedes comprender las palabras. Tú eres mi Galia y no puedes comprender. Y

yo no te lo puedo explicar. (Se rio con un dejo tierno). Sería perfectamente inútil.

—... Y yo quisiera que me hablaras, Mida, tal vez no comprenda, pero escucharé. Inténtalo.

Dimitri la abrazó, la besaba en los ojos, en la boca, en la nuca, apartaba un bucle castaño para rozar su oreja con los labios; y en sus brazos aquel estremecimiento no cesaba. Allá en el fondo de su ser una voz secreta musitaba con claridad: «Adiós, adiós, adiós, adiós...». Las aguas negras corrían en silencio, una pátina dorada se demoraba sobre las peñas.

IV

Las directrices

EVIDENTEMENTE, AQUELLO NO era una reunión del Politburó aunque asistieran a ella los principales interesados, pues los demás contaban tan poco en tales reuniones como en aquel momento; tampoco se trataba de una reunión preliminar en los aposentos del secretario general, porque se habían reunido en una salita de comisión al otro extremo del pasillo. Un único retrato, olímpico, pero al que nadie prestaba atención por no representar ya nada — nada—, el de Karl Marx; un único color, la tela roja que cubría la mesa. Las paredes eran de un gris abstracto...

El secretario general fue a sentarse precisamente debajo del retrato, con el codo sobre la mesa y la pipa en la mano izquierda, guiñando ligeramente sus ojos de un marrón amarillento, con expresión levemente irónica y pequeñas arrugas verticales en el entrecejo... Llevaba su guerrera de siempre. ¿Qué estaría preparando ahora, en vísperas de la conferencia del Partido? ¿A quién intentaría manipular? en la izquierda aplastada para fortalecer momentáneamente a la derecha, o en la derecha confusa, de la que renegaban hasta sus propios integrantes, para atraer a su propia izquierda (el centro-izquierda ¿me entiende?), que empezaba a desconfiar de él... ¿A quién apuntaría con sus burdas alusiones de filo espeso como el de un hacha roma? (Esas hachas ya no cortan, machacan).

—¿Qué tal estás, Yossif Vissariónovich? —le preguntó Klim^[11], el jefe del ejército, en tono cordial.

—Bien, bien —dijo el otro con una mirada de soslayo amistosa y astuta—. (Observó la cazoleta de su pipa). El mundo está lleno de imbéciles, viejo. Es difícil trabajar en esas condiciones, ¿no es cierto? ¿Y tú qué tal, hermano?

El director de la Propaganda, un hombre joven de cara redonda e imberbe, cabeza afeitada, vestido de forma muy burguesa con un traje gris que le daba un cierto aire de dentista americano, se volvió totalmente silencioso y atento, porque aquello podía ser el comentario de su comentario de algo que había dicho el Jefe, publicado en los periódicos de aquella mañana

y criticado inmediatamente por teléfono. El alto comisario de Seguridad, que estaba muy cerca del secretario general, había reulado ligeramente su silla, tal vez para poder cruzar las piernas con más comodidad o quizás para marcar de alguna forma la voluntad de discreción que solo le permitía hablar allí si era para responder a las preguntas que se le hiciesen: en tales ocasiones adoptaba una voz grave, singularmente persuasiva, que decía siempre cosas de gran importancia como: *Yo respondo de todo. Con sesenta mil trabajadores de los campos especiales estará hecho en dos meses. Fusilar a cuatro o cinco, no más. Estos datos provienen de un informe del Intelligence Service a la Corona...* Era un hombre de talento mediano, un poco pálido, de sienes canosas, de rostro más bien abierto, frente amplia, un aire triste y reflexivo; tenía un bigotito en forma de cepillo que le caía sobre el labio y servía para recordar que se afeitaba, como los demás, todas las mañanas, que se miraba en un espejo, como los demás, que, como los demás, probablemente desease a una o a varias mujeres, en una palabra, que él también vivía una vida normal. Habría podido decir suavemente, con cierto desapego, sin insistir en absoluto: «En definitiva, yo no existo. Soy la séptima circunvolución cerebral del Comité Central. Soy el ojo y la mano del Partido... La mano que registra. La mano que cierra las esposas. La mano que mide el veneno. La mano que empuña el revólver al servicio de la revolución». Y si, por no tener ocasión, no lo decía, toda su actitud lo desvelaba, incluso en sus andares de militar discreto, sombra de los grandes por los que vela noche y día, sombra temible sobre los subordinados a su mando en nombre del peligro y de la salvación, sombra fatal sobre los cautivos a los que encausa hacia sus destinos en nombre de un porvenir magnífico^[12]....

El jefe del gobierno^[13] fruncía unas cejas ralas enclavadas en un rostro duro y poco agraciado: frente excesivamente bombeada, anteojos demasiado brillantes. Su cráneo tenía forma de bola y parecía haber sido plantado de un golpe sobre un cuello de celuloide blanco. El grueso diplomático arrugado, parecido a un riquísimo comerciante de diamantes de Amberes, o a un banquero de la City, probablemente emparentado con los Rothschild, o a un banquero de cualquier parte, eminente tal vez, o buenísimo, o sentimental, o ferviente adorador del arte —o quizás de un odioso egoísmo, aletargado en su competencia, con una minúscula lamparilla espiritual luciendo frente a su caja de caudales—, el obeso diplomático que fue revolucionario audaz, versado en la teoría y capaz, para salvar los *bank notes* del Partido, incluso de aventurar su cuello demasiado corto en un patíbulo imperial, abriendo su cartera, dijo:

—Los dunganos del Sinkiang meridional han recibido seis mil fusiles japoneses... Kliment Efrémovich, le aconsejo que envíe algunos aviones al general Ma... No deberíamos permitir que cortasen la carretera de Urumtchii, paso clave para nuestro contrabando...

Kliment Efrémovich, comisario del Pueblo para la Defensa, rectificador en sus comienzos, el más robusto de aquellos ministros, corpulento, coloradote, de pelo espeso y gris cortado a cepillo, no pensaba en nada. Con los dedos posados sobre el borde de la mesa observaba sus uñas de bien recortadas cutículas. Dicen que las pequeñas lunas de las uñas indican la reserva de fuerzas vitales que posee el organismo. Una revista francesa ha publicado un estudio sobre esto, le diré al doctor Levin que me la pida. Aunque en el fondo... «En cualquier caso, no transigiré ni con el cemento ni con el acero para el eje estratégico Baikal-Norte». Urumtchii, dunganos, Turquestán chino, Mongolia exterior, fortificación del Amur, base submarina de Vladivostok, nuevo campo de trabajo especial de Kamchatka, informe del agregado militar en Berlín. ¡No voy a poder ni respirar antes de las ocho de la tarde! Y estas lunas de mis uñas cada vez más pequeñas...

—Maxim Máximovich^[14], no tengo la intención de hacer nada de eso; esa cuestión es política, sométasela al buró...

En aquel instante hubo un parpadeo en los ojos pardos del secretario general y otras dos o tres cabezas de mucha menor importancia acusaron el golpe imperceptiblemente: el teórico, director de Propaganda, encargado de la elaboración de las tesis ideológicas antes de los grandes bandazos políticos, conferencias, congresos y emboscadas intestinas del Partido —el especialista en agricultura, único en conocer las verdaderas proporciones de algunos desastres secretos que conseguía camuflar como pseudovictorias—, el georgiano de la industria pesada —obsesionado por problemas de mecanización—, los tres con tres diversos matices de satisfacción no carente de inquietud, se dijeron: «Vaya, va a haber follón esta vez, Kliment Efrémovich se enfada...». No se hace cargo del envío de diez aviones al Sinkiang, que lo decida el Politburó, que se repartan las responsabilidades. Está harto de las pequeñas perfidias que consisten en dejarle decidir para hacerle responsable después, con el fin de ir royendo su solvencia...

El secretario general ha captado perfectamente el sentido de este ilustrativo coloquio, sostenido a media voz entre el jefe del ejército y el jefe de la diplomacia. Seguid, seguid con vuestros pequeños ataques, camaradas, ya

veremos si de aquí a dieciocho meses no os he deslomado o no os he dejado más suaves que el caucho sintético... Volvió despaciosamente en un giro de tres cuartos, adelantando la pipa, plantada entre sus dientes, hacia el camarada Yagoda, Heinrich Grigoriévich, alto comisario para la Seguridad, comisario del Pueblo para Asuntos Interiores, y dijo, de forma que se le oyese bien:

—Heinrich Grigoriévich, se aproxima la conferencia. La derecha y la izquierda van a revolverse por los rincones. ¡Encierre, eh, enciérremelos bien! E infórmeme de todo.

En esta frase, la izquierda solo figura para hacerle contrapeso a la derecha; y a la derecha no se la menciona más que en atención a uno o dos de los presentes, si bien ellos no son por supuesto ni de derecha ni de izquierda, aunque en la línea general... El acento puesto sobre la palabra *encierre* tiene su importancia.

El hombre de la industria pesada inclina su cabeza carnosa y congestionada. «Muy bien. Muy bien», musita el jefe del gobierno, de cráneo en forma de bola lisa plantado sobre cuello de celuloide blanco, aquel a quien Bujarin puso el apodo de «culo de piedra». Y Kliment Efrémovich Voroshilov, cuadrándose bien en su silla, introducidos los pulgares detrás del cuero fuerte de su cinturón, dice también, con claridad, por ser un noble ganador y no tener además nada mejor que añadir:

—Naturalmente, enciérrelos.

Al menos sobre esta cuestión hay unanimidad.

... No hace falta decir que la próxima conferencia será igualmente unánime en todas sus manifestaciones; que aprobará «íntegramente, a fondo y sin reservas» la palabra del Jefe; que mil quinientas frenéticas manos le aplaudirán hasta agotar su risueña paciencia; que un poeta toyiko septuagenario, todo enturbantado de seda blanca, acudirá a la tribuna a leer, en una lengua desconocida, la oda al Gran Pastor de los Pueblos que les conduce hacia los valles floridos. ¡Oh, nuestro bienamado por los siglos! Se conocen las reglas del juego, no hay sorpresa posible; pero nadie podría impedir a los mecánicos del aparato que pensasen en las cosas de las que nadie habla, y el pensamiento mudo tiene exigencias inexorables. En vísperas de la siembra de primavera no se pueden dejar en vigor las decisiones del año pasado, que pusieron en peligro dos cosechas, ni prorrogar el mandato de los secretarios regionales que las aplicaron. Tampoco se puede uno dirigir hacia

un sitio sin parecer orientarse hacia la derecha o hacia la izquierda; no se puede firmar una decisión que no implique un agravamiento, una distensión, un cambio o un repudio de las decisiones de ayer. De modo que todo es una trampa —un argumento para los hombres de la izquierda, para los hombres de la derecha, una amenaza para el prestigio del Infalible, un riesgo de grieta en el suelo—, ¿y quién sabe qué grieta será mañana abismo, quién sabe de dónde pueden surgir las lavas humeantes? Desconfiemos, desconfiemos. El secretario general lleva ya en su cartera treinta nombramientos de nuevos secretarios regionales y tres decretos:

Sobre la repartición de los rendimientos de las explotaciones agrícolas colectivas.

Sobre el régimen de la propiedad individual del ganado pequeño y mediano en las explotaciones colectivas.

Sobre el nivel de estabilización provisional de la relación entre el rublo-mercancía y el rublo-papel.

Tales decisiones constituyen un paso atrás respecto de las tomadas el año anterior, son concesiones a la pequeña propiedad rural y, por lo tanto, suponen una evolución hacia la política que preconiza silenciosamente la derecha; en consecuencia, los elementos de izquierda, los trotskistas en primer lugar, levantarán la cabeza para denunciar tan funesto deslizamiento hacia Termidor: recordar que, en 1926, dijo que (etc.)...; los elementos de derecha —y el primero de todos el insoportable Nikolái Ivánovich Bujarin—, se dirán —sin levantar la voz los muy pillos, porque se callan con desmesurada mala fe— que ya lo habían previsto ellos en los tiempos en que todavía se atrevían a murmurar algo... Lucha en los dos frentes: para contener a la derecha, antes de retirarle sus últimos puestos de mando, y para golpear a la izquierda... *Dia-lek-ti-ka*... La izquierda cadavérica, golpeada ya en cien ocasiones, dispersada en celdas y villorrios de exilio, reducida a la vana satisfacción del martirio ignorado del mundo... Seamos materialistas. El peligro mayor no es el que se ve, sino aquel que no se podría desvelar porque aún no existe en los hechos; el análisis revela su latencia en el seno de las masas. Lo importante no es lo que hacen ni lo que piensan los hombres, ni lo que ellos mismos creen ser, sino lo que no pueden menos que llevar a cabo en cumplimiento de la necesidad contenida en ellos; véase a este respecto, en *La sagrada familia* de Marx, el pasaje que se refiere a la esencia del proletariado. La izquierda, en el momento en que parece acabada, renace por efecto de los

decretos que, al tender a la reconstrucción de la propiedad parcelaria de los cultivadores, no pueden menos que suscitar en el seno del Partido tendencias a la negación de esa misma propiedad. Incluso si tales tendencias no tienen existencia material, a su vez suscitan, por el mero hecho de que deberían existir, aquellas mucho más temibles que las niegan. *Dia-lek-ti-ka*, estimado camarada. La afirmación llama a la negación y la negación a una nueva negación, que constituye, a su vez, una nueva afirmación por ser la negación de la negación. Consulte usted la *Fenomenología* de Hegel. Y piense que el jefe de los pueblos socialistas camina sobre un terreno que en cualquier momento puede resquebrajarse bajo sus pies y crear abismos; que su mirada, acostumbrada a sopesar las posibilidades, ve medrar a su alrededor unas hidras, invisibles para cualquier otra persona, continuamente decapitadas — ¡porque él golpea!—, continuamente renacidas... Piense en que los que fingen ser sus más íntimos camaradas espían sus menores movimientos, pero que, al escrutar, más allá incluso de las verdaderas intenciones de los hombres, las que ellos deberían tener si acaso se atreviesen, el Jefe presiente, en sus más leales colaboradores, traidores en potencia... Y todo descansa sobre él, clave de bóveda viviente del edificio.

Por lo tanto, en el informe del secretario general a la conferencia, para que se adopten los treinta nombramientos de secretarios regionales (y las treinta caídas en desgracia que implican, y que suponen una amenaza para trescientos secretarios locales influyentes, tres mil secretarios locales menos influyentes y otros treinta mil secretarillos todavía más insignificantes...), que no se mencionarán en la sesión, será necesario deslizar una alusión a la actividad clandestina de la izquierda, sostenida en realidad por la derecha ya que el extremismo de izquierda solo puede hacerle el juego a la derecha; y, por otra parte, la izquierda no es izquierda más que en un sentido verbal, por no ser de hecho más que una derecha que no es consciente de ello; y la derecha no es tal derecha comunista más que por eso mismo, en el fondo no es sino una vanguardia de la contrarrevolución que no sabe que lo es...

* * *

—TRÁIGAME EL MAPA —ORDENÓ suavemente el alto comisario al jefe del Servicio de Operaciones Secretas encargado del Departamento de Desviaciones en el seno del Partido.

En alguna parte, entre las cuatrocientas o mil cuatrocientas oficinas de la Represión, hay grandes mapas de la sexta parte del mundo cubiertos de nombres, de símbolos, de números que remiten a fichas. Chernóé figura allí, rodeado por un círculo en tinta verde, trazado con compás para mayor elegancia, que contiene varios nombres: Elkin, Kostrov, Ryjik, Tarassova (Varvara), Tabidzé (Avelii)... No es más que un círculo entre otros muchos, que contiene unos pocos nombres entre tres mil nombres; más que estrellas visibles tiene el firmamento, ciertamente, pero mucho menos numerosos que los nombres de todos los hombres de izquierda, de extrema izquierda y de derecha dispersos entre el Ártico y los montes Kuen-Lun, los montes Tian-Chan, la meseta de Pamir y el desierto de Kara-Kum; entre los lagos del Za-Oneguié, la Carelia, frontera con Finlandia, y los mares de Ojotsk y de Behring, hijos del Pacífico... La mirada no se detiene en ellos, es una mirada desprendida, de funcionario absorto en una búsqueda interior.

En verdad, ¿qué puede suponer, a la escala del continente soviético, uno de esos círculos que enmarcan varios destinos? Y esos destinos en un círculo de tinta, ¿qué peso pueden tener entre los ciento setenta millones de destinos, igualmente inscritos en círculos, que se abarcan con una mirada sagaz? A escala de la historia, ¿qué pueden importar todos esos pequeños sufrimientos, esas resistencias insensatas, propias de bacilos en una gota de agua?

Si el director interino del Departamento de Desviaciones en el seno del Partido fuese un poco poeta, le parecería descubrir todo el país inmenso desde lo alto de una estratosfera inimaginable; pero, en vez de eso, su mirada de técnico aprecia en el mapa unas líneas tenues que para cualquier otro serían invisibles. Son las curvas probables del recorrido de las ideas peligrosas. Irradian en forma de estrellas con origen en las centrales de reclusión política, aisladores imperfectos donde el pensamiento se obstina en seguir activo, alcanzando desde allí los campos de concentración, las colonias de deportados, los barracones a la orilla del mar Blanco, el monasterio de las islas Solovietski, aquella casa perdida al pie del Ararat y aquella aldea, casi cubierta por la arena, en los confines de la Estepa Hambrienta, *Golodnaya Stiép*, donde acaban de enviar por tres años al autor de las *Tesis sobre la contrarrevolución estaliniana*, publicadas por una revista manuscrita de la prisión de Súzda. Y es que, durante su traslado a la cárcel de Cheliabinsk, región del Ural, se encontró con dos hombres y una mujer a quienes expuso sus tesis de viva voz; uno de los dos hombres está actualmente en Yakutsk, al norte del Asia oriental, y el

otro en Carelia; la mujer, detenida de nuevo durante su quinto mes de deportación, se encuentra actualmente en la Central de Verjne-Uralsk; a ella se debe, sin duda, que la Central haya conocido aquellas tesis cuya influencia puede detectarse de nuevo en las de la izquierda de la fracción trotskista de los reclusos... En otra prisión se enciende una nueva estrella. Desde allí irradia de nuevo la herejía por toda la URSS.

—Camarada Olia, voy a dictarle una directriz...

La taquimecanógrafa del servicio secreto tiene cabellos de color lino pálido peinados hacia atrás, tez rosada, una mirada azulada mate y discreta. Cruza muy alto sus largas piernas moldeadas por la seda color carne; despliega el bloc de notas sobre sus rodillas, yergue su pecho plano vestido de seda blanca, alza su lápiz automático y espera, perfectamente impersonal; cuando trabaja siempre tiene ese aire ausente... ¿Está casada? El director interino la observa durante un breve instante con la extraña atención de un hombre solitario que padece del hígado y fuma demasiado; le «plantó» una mujer triste...

—Estoy lista, camarada jefe —dijo Olia tranquilamente, con un tono perfectamente anónimo.

«¿Pero estará casada?...». La directriz debe ser a la vez muy oscura y muy precisa; debe ir envuelta en consideraciones generales de manera que no pueda ser aplicada en virtud de algunos de sus elementos sin que se infrinjan otros; debe prever eventualidades contrarias, ordenar una acción precisa y sugerir varias más, debe permitir un repudio eficaz de todo aquel que se inspire en ella... «Escriba, camarada Olia...». La directriz prescribe que se reprima sin demora toda actividad política del sector de izquierda en vísperas de las próximas conferencias del Partido, sin dar, no obstante, a los deportados la impresión de que se trata de una campaña orquestada con fines políticos; cabrá, en algunos casos (que no se especifican), reservar la posibilidad de emprender contra ellos procedimientos de derecho común, evitando empero que ello parezca sistemático y llegue a suscitar protestas. Los informes habrán de recibirse en el Centro en un plazo máximo de quince días. Habrá que prestar atención especial a la localización de las tesis de la extrema izquierda, también llamadas de la minoría de Verjne-Uralsk, y evitar su difusión sin que en ningún momento, en el curso de los interrogatorios o en cualquier otra circunstancia, pueda parecer que se les confiere una significación política excesiva.

* * *

—TRÁIGAME LOS INFORMES... ¿Qué actividad se observa en el sector de izquierda?

Al descender la directriz un escalón más, un piso en el edificio, el jefe del Servicio de Operaciones Secretas ha mandado llamar a su primer adjunto, muy informado sobre el trotskismo, el grupo de la plataforma de los quince (1926), la oposición obrera... ¿Qué dicen los informes? Llegan de todas partes, centralizados, sintetizados por unos hombres que saben todo lo que pasa en los pequeños círculos trazados con tinta verde del mapa. El jefe y el subjefe fuman preocupados, comprendiéndose con medias palabras.

«Las tesis de Verjne-Uralsk han llegado a distintos lugares. Se han encontrado indicios de extractos del *Boletín* en una carta de Perm, en una carta de Chernóé, en un libro requisado en Semipalatinsk... Mire, aquí, aquí... en Semipalatinsk se ha producido una escisión, siete contra tres, la minoría a favor de...». La punta azul del lápiz indica, a distancias inmensas, en los confines del continente, los pueblos perdidos afectados por el contagio. «¿Ha tomado alguna medida?». «No, observo...». «Ah, muy bien...». No conviene proceder demasiado deprisa a las detenciones, hay que velar, dejar que el mal se propague un poco; la represión es, como la guerra para Clausewitz, una forma de la política. Aquí estamos para suministrar el argumento y la prueba en el momento preciso: probar que el mal existe, que está circunscrito, vencido de momento... Probar que nosotros existimos también...

—Bien, actúe con rapidez.

Uno de los dos hombres es gordo y tiene voz de niño jadeante. Los dos pequeños rectángulos que lleva en el cuello de la guerrera le convierten, de momento, en un protector. Una pausa de pocos segundos aumenta la importancia de lo que se dispone a decir, bien encajado en su butaca, en tono confidencial:

—En realidad, ¿sabe?, la directriz emana del Politburó. Al parecer, la dictó él mismo... Sea usted diligente...

* * *

EL CAMARADA FEDOSSENKO NO había tenido tiempo aún de profundizar en el sentido de los pasajes principales de la directriz transmitida por la Región cuando recibió, por correo urgente, entregado por un motorista que acababa de atravesar trescientos kilómetros de llanura verde, la copia de una instrucción de carácter imperativo que se dirigía a todos los jefes de servicio: venía a ser la orden de actuar. Fedossenko se puso en pie delante de su mesa de despacho, una corriente de energía le transía desde los pies hasta la nuca y todos sus músculos, tan excelentes eran sus reflejos de buen servidor del Estado. Levantado, dominó mejor la situación. Aspiró mucho aire en su pecho poderoso. ¡No es el momento de meteduras de pata ni de falta de celo! La enormidad del riesgo despertó en él el temor de haber comprendido mal. ¡Que le enviasen de nuevo a las obras del gran canal o que le degradasen para siempre confinándole en algún puesto de ejecutante, de ejecutor, en la lucha contra el bandidismo en los bosques! El miedo de que así fuera le nublabla la vista. Fue a echar el cerrojo de su puerta para que nadie le molestase ni pudiese ser testigo de su ansiedad. Las órdenes, las directrices, más imperiosas que las propias órdenes, hay que leerlas hasta tres, hasta siete veces, hasta sabérselas de memoria, hasta que la luz del deber se torne deslumbradora: entonces ya se puede caminar hacia adelante, no hay duda que pueda debilitar, el único riesgo es obedecer demasiado, actuar demasiado, golpear demasiado, y aun esto siempre resulta menos grave que no cumplir suficientemente... Mientras releía, diferentes rostros iban surgiendo delante de él, difuminándose para volver a aparecer, y entonces dejaba la lectura por un momento para verlos bien: Ryjik, Elkin, Varvara, llegada de Verjne-Uralsk — muy importante esto—, relacionada con el joven georgiano Tabidzé, Avelii — se acuestan desde hace poco—. Tal vez pillemos a uno por el otro, pero es dudoso; Kostrov, un indeciso que juega a dos barajas, mantiene relaciones con una confidente. Fedossenko se sintió satisfecho de sí mismo. Al haberse anticipado a la directriz con una intuición certera, ya tenía a toda aquella gente en sus manos: 1.º, por el paro; 2.º a Varvara, por el asunto de la hogaza de siete libras, robo de productos propiedad de una cooperativa; 3.º a Kostrov, por el asunto de los mil doscientos cuadernos, sabotaje, actos contrarrevolucionarios, duplicidad respecto del Comité Central, pues Kostrov ha firmado una declaración en la que expresa su arrepentimiento y ratifica su fidelidad... De esta última tenía incluso el texto, que pasó a releer también; los informes de la confidente María Ismailova, la bibliotecaria que consignaba por escrito todas sus conversaciones con Kostrov, mencionaban en una ocasión un

pasaje del *Boletín de la Oposición*, publicado en Berlín, y en otras dos las tesis de la izquierda de Verjne-Uralsk en particular sobre el capitalismo de Estado...

... Fedossenko, rodeado ya de carpetas abiertas, pasó dos horas tratando de desenredar el ovillo del complot. Su documento fundamental era una hoja de cuaderno escolar cubierta por la escritura torpe de Rodión acerca de *las juntas obreras en la revolución española, preconizadas por L. T.; la carta de L. T. al Politburó de 24 de abril de 1931, donde se proponía el frente único de todos los comunistas en la revolución española cuyo fracaso podría acarrear automáticamente el triunfo de un fascismo a la italiana...* Aquel papel, estirado para tratar de quitarle las múltiples arrugas, manchado de tierra, con la huella de medio tacón de bota, lo había sacado un día, por curiosidad, el obrero Kurochkin, cazador furtivo y ladrón de leña, de un libro que Rodión escondía debajo de su almohada antes de dormirse; y Kurochkin había vacilado, pues se sentía arrastrado a un acto grave, Kurochkin había cortado leña durante toda una larga tarde, cargados el pecho y la cabeza, para no pensar. Luego, Kurochkin había tirado aquel papel, arrugándolo con violencia, en el rincón de la basura. En el fondo, él sabía que podía volver a encontrarlo una vez que hubiese decidido convertirse en un canalla; porque, si no, lo habría vuelto a colocar en su sitio o se lo habría devuelto a Rodión, como estuvo tentado de hacer, diciéndole: «¿Rodiónich, no será esto alguna carta que haya perdido?». Todas aquellas palabras estaban en sus labios y allí las retuvo durante varios días, pensando: «No, no soy un canalla, Rodiónich», pero, durante el cuarto día, en su pugna interior se impuso una decisión serena, fue a recoger el papel robado, lo estiró con sus manos, limpió los churretes de agua sucia y una huella de tacón embarrado y se fue con él a la Seguridad. Y es que él, como todo el mundo, tenía allí varios asuntos pendientes, pesaba sobre él la sospecha de haber robado una red de pesca: ahora acudía para prestar un servicio, se sabía que el poder podía contar con Kurochkin. No obstante, las palabras «revolución española» le henchían de una alegría sorda. ¡A él no se la daban con eso, como podrán figurarse! La España esa a nadie le importa, y a Rodión tan poco como a los demás, lo que pasa es que no son tan tontos como para poner «Rusia». Era reconfortante saber que había gente que trabajaba en favor de una nueva revolución en la que se saldarían todas las cuentas pendientes desde hacía diez años. ¡Ojalá llegase pronto, como un huracán de invierno, pues entonces podrían demostrar los Kurochkin de lo que eran capaces! Con este pensamiento se le tensaban las mandíbulas, se guardaba miradas inflamadas. Kurochkin, cargado de un rencor que en nada afectaba a su decisión, llevó a la Seguridad la hoja

robada a Rodión. Un suboficial la metió en la carpeta correspondiente. Sin entender nada, Fedossenko la descubría como un buscador de oro puede descubrir una pepita.

—Hay que detener a Elkin, o a Ryjik.

Pero ni en la casa de uno ni en la del otro se podría encontrar nada, salvo los habituales recortes de periódicos subrayados en rojo y azul. Ni el uno ni el otro dirían nada. Tanto el uno como el otro enviarían al Comité Central largos mensajes insolentes que habrían de ser transmitidos... ¡Menos mal que hay cobardes! Si no fuera por ellos, nunca se podría vencer a los fuertes.

V

El comienzo

A KOSTROV, QUE COMO DE COSTUMBRE había acudido al control semanal de deportados, le rogaron que pasase al despacho del jefe. «Entre —dijo Fedossenko secamente—: Buenos días». Siguió escribiendo. Kostrov permaneció perplejo durante un instante en el centro de la alfombra, vacilando en sentarse al no haber sido invitado a hacerlo. Luego decidió tomar asiento en el rincón del diván e incluso cruzó las piernas. Me quieres poner violento, ¿es que quieres impresionarme? Vamos, vamos, no eres el primero, amigo mío. Kostrov se sentía bien aquel día, tal vez a causa del tiempo fresco, frío y tibio; precisamente el que más convenía a su corazón. Leves nubes blancas corrían por un cielo transparente. Desplegó un periódico con discreción... «Tengo tiempo, camarada jefe...».

—¿Cómo está usted, Mijail Ivánovich?

En esta ocasión el tono de su voz era claramente taimado: algo en la voz puso en guardia a Kostrov. La media sonrisa de Fedossenko, su mirada algo más que atenta, todo aquello significaba... ¿significaba?...

—Acérquese, Kostrov. Siéntese... ¿Qué tal su salud? ¿Su trabajo? ¿Y qué tal está su señora? ¿Sin noticias desde hace quince días, dice usted? Es increíble lo mal que funcionan los correos, deberíamos echar un vistazo ahí nosotros. (El doble mentón del jefe rebotaba sobre el cuello recto de su guerrera; formaba un odioso reborde de carne cárdena...). Kostrov, al responder, se sintió demasiado prolijo, demasiado amable, un poco vil. Habría apostado a que las tres cartas perdidas de su Ganna estaban allí, en un cajón, bien estudiadas, y que toda aquella conversación, después del asunto de los mil doscientos cuadernos, del paro forzoso de los camaradas y de la interrupción del correo, conducía a alguna trampa... ¡Descubre ya tu batería, polizonte! Si se jugase la cuerda al cuello, como en los despachos de la Sicuranza rumana en el 21, se habría sentido más a gusto en presencia de un enemigo mortal al que su comportamiento debía decir: pues sí, mi teniente, somos enemigos mortales. Yo a usted le fusilaría con sumo placer; pero ahora

es preciso que intente engañarle. Usted lo sabe tan bien como yo; usted miente y yo miento, usted ahorca y yo fusilo: *ifair play!*

Pero Fedossenko decía:

—Mijail Ivánovich, yo tengo confianza en usted. Entre nosotros hay división de opiniones en lo que a usted se refiere. Algunos le consideran un contrarrevolucionario trotskista, muy hábil en el embuste, uno de esos enemigos irreductibles que la dictadura del proletariado deberá aniquilar tarde o temprano para que triunfe el socialismo. Conozco la declaración que presentó al Comité Central y la considero sincera. Es la única razón que me ha hecho suspender la instrucción de ese feo asunto de sabotaje y propaganda contrarrevolucionaria en la instrucción pública. Ya sabe usted lo que le podría costar: cinco años de internamiento en un campo de concentración. Cuando el crimen es manifiesto, yo soy partidario de las condenas duras, por su efecto psicológico y por las posibilidades de rehabilitación. ¿No le parece que tengo razón?

—Por supuesto —dijo Kostrov, ahogándose.

—Por lo demás, nuestros campos de concentración hacen milagros en materia de reeducación. ¡Y qué admirable es la palabra que se ha acuñado para expresarlo: la refundición del hombre! Un día le referiré los resultados que he obtenido yo en las obras del Onega, con kulaks, exoficiales, bandidos, ingenieros, sacerdotes, miembros de sectas, en suma, con los elementos más antisociales, y además con una mortalidad relativamente baja: de un 6 a un 7 por 100. Esta es la razón de que el Tribunal especial haya decidido enviar, en principio, a muy poca gente a las centrales de reclusión, convertidas en focos contrarrevolucionarios. Los campos de trabajo: he ahí la forma de reclusión del futuro. ¿Se dará usted cuenta, supongo, como pedagogo que es?...

Kostrov asentía con la cabeza, correctamente, con la más hipócrita de todas sus medias sonrisas. ¿Adónde quieres llegar con todo esto, cara de buey, gendarme, jesuita? Ah. ¿Cómo explicar que la revolución haya podido engendrar estos seres por millares, darles pistolas automáticas, insignias, retratos de Marx y obras de Lenin encuadernadas en rojo, que haya podido infundirles tal satisfacción consigo mismos, tan monstruoso fariseísmo de carceleros?

—Como ve, Kostrov, le hablo como a un camarada. En el fondo estamos entre hombres del Partido. Su reintegración, así lo pienso yo al menos, solo es cuestión de tiempo. Tiene usted la ocasión de serme útil y de volver a ganarse

la confianza del C. C. Aquí está estallando ahora mismo un asunto de la mayor gravedad.

... No convenía demudarse, ni afectar un interés excesivo, ni fingir una tranquilidad exagerada, ni... «En cualquier caso, en buen lío estoy metido», se dijo Kostrov.

—Le doy toda la razón en lo de no haber roto sus relaciones con los trotskistas. No es que comparta sus ilusiones, si es que espera llevar a algunos de ellos al buen camino. De los que tenemos aquí no se puede esperar nada. Subjetivamente tal vez sean aún revolucionarios, pero objetivamente son contrarrevolucionarios irrecuperables. Pero, al seguir en contacto con ellos, seguramente ha pensado usted seguir sirviendo al Partido. Tengo pruebas materiales de que se ha organizado un núcleo trotskista en la deportación, de que tiene una actividad ideológica muy extensa, de que está en comunicación con otros círculos, de que incluso recibe directrices desde el extranjero... El C. C. confiere a este asunto la mayor importancia.

—¿Pero, cómo es posible? Yo...

Fedossenko fingió no oír. Apartó el gesto de denegación de Kostrov con un breve movimiento de cabeza; el reborde de carne cárdena pareció espesarse entre su mentón y el cuello de su guerrera.

—Pues bien, Kostrov, usted los conoce. Dígame: En su opinión, ¿cuál es el más peligroso?

—Ellos no ocultan su pertenencia a la oposición, camarada Fedossenko, pero peligrosos yo no veo que...

—Todo lo contrario, ve usted perfectamente, Mijail Ivánovich. Se lo ruego, nada de sentimientos, nada de modales de intelectual. ¿Quién?

... Quiere que le diga un nombre porque decirlo es traicionar, aunque carezca por completo de importancia, no tiene importancia alguna, puesto que no le digo nada que no sepa ya, y, por lo tanto, no es traicionar...

—Elkin...

—Sí... ¿Y quién más?

—... Ryjik...

—¿Así que usted considera a esos dos los cabecillas, los dirigentes probables del Comité ilegal de los Tres o de los Cinco?

Un hombre camina por la llanura y, de pronto, el suelo se hunde bajo sus pasos, la ciénaga le engulle, el lodo sube hasta sus rodillas, hasta sus caderas, siente cómo le arrastra su propio peso, la tierra viscosa se le pega, un hedor vegetal le ahoga, presiente la asfixia. Y cada uno de sus movimientos en lugar de liberarle le hunde un poco más... Kostrov protestó débilmente:

—Oh, no, camarada Fedossenka, yo no he dicho nada parecido. Conozco a esos hombres como antiguos miembros de nuestro Partido que se han confundido sobre importantes cuestiones políticas y que, sin duda, siguen equivocados... Yo, en realidad, no sé nada de sus Comités de Tres o de Cinco, si es que los tienen...

—No me esperaba este jueguito por su parte si me atengo a la información de que dispongo. O tal vez se esté usted burlando de mí. En ese caso, ándese con cuidado. Lo único que he hecho ha sido deducir de sus declaraciones acusadoras la hipótesis más verosímil. Por lo demás, voy a dar a esta conversación la forma escrita de un interrogatorio que luego firmará. Mientras tanto, sus vacilaciones y su intento de retractarse arrojan una luz singular sobre su actitud. Váyase.

En la parte baja de la escalera un plantón se acercó a Kostrov. «Pase al despacho del comandante si hace el favor, ciudadano». El comandante tenía su despacho en el cuerpo de guardia, a la entrada del edificio. Algunas mujeres de pescadores, apoyadas en una barrera, traían allí paquetes para sus presos. Un desvencijado sillón estaba cargado de ropa sucia que aún parecía conservar el calor. ¿A quién acababan de desnudar? ¿Por qué? Por la ventana se veía pasar lentamente las carretas... «Vacíese los bolsillos», dijo el comandante, y Kostrov comprendió entonces que sería de nuevo la prisión, el Caos. Algo en su pecho se descolgó, cayó lentamente, pesadamente... Vació sus bolsillos. El Delgadocho entreabrió la puerta del fondo y le hizo una seña.

El Delgadocho tenía una cara extraña —de vivo y de muerto a la vez—, un tórax de esqueleto hueco y blanco debajo del uniforme, y se llevó a Kostrov a través de una oscuridad creciente, le hizo atravesar un patio cuyo cielo era mate y también una inmensa cúpula de hormigón, le hizo descender por una escalera bañada en brumosa luz eléctrica, le abrió una puerta, le empujó con una familiaridad casi amable a una especie de cueva que olía a paja, a mohó, a salazón, a piedra eternamente fría, echó los cerrojos, se fue, subió de nuevo a la luz del día con su ligera cojera, su uniforme immaculado, su revólver al cinto, el tórax hueco, los orificios de sombra en el lugar de los ojos.

«Va a buscar a los otros», se dijo Kostrov.

En la oscuridad la paja se agitó. Una forma humana surgió de allí, tendió hacia Kostrov unas manos muy largas que corrieron sobre él, palpándole desde los hombros hasta las caderas, tan frías, tan leves que su paso fue como el roce de grandes murciélagos. Kostrov, inclinado, empezaba a distinguir un rostro hirsuto, unas pupilas en las que brillaba débilmente un alma negra.

—¿No tienes nada para comer?

—No —dijo Kostrov.

—¿A cuántos estamos? ¿Qué fecha?

—A 16...

—Ah, dijo la forma humana, ya. ¡Mierda!

Después se replegó sobre sí misma, se confundió con la paja, con el suelo, con las piedras negras, con el silencio. Kostrov simplemente se preguntó si esta vez sería el comienzo o el fin...

* * *

EL DELGADUCHO, EN LUGAR de ponerle el sello reglamentario al certificado de identidad de Ryjik, guardó el papel en un cajón.

—Pues sí —dijo como en un aparte—, es una pena pero nada puedo hacer. Ciudadano, queda usted detenido.

Ryjik no se sorprendió excesivamente. Una amarga voz interior exclamó en su fuero interno: «¡Por fin!». Su dura cabeza blanca, tallada en la carne petrificada con regularidad casi geométrica, pareció, al erguirse, retroceder un poco. Miraba con nada disimulada repugnancia al fantoche uniformado sentado al otro lado de la mesa.

—Bueno, va veo que ese viejo canalla de Koba^[15] se ha acordado de mí... Ese canalla de ojos colorados... (Hablabá para sus adentros, pero lo hacía en voz alta).

—¿Qué? ¿Qué ha dicho usted? ¿Quién?

—Koba. El jefe de la fracción dirigente del Partido. El sepulturero de la revolución. Ese canalla a quien usted lame el culo...

Instantáneamente pareció dispararse un resorte perfectamente mecánico, situado en algún lugar entre las posaderas y la nuca del Delgado, que se puso en pie, fuera de sí:

—Ciudadano, le prohíbo...

Pero Ryjik también había estallado, completamente lívido, pesados los hombros, pesados los riñones, invadido todo su ser por una resolución definitiva. Y quizás por última vez en su vida, inútil, irrisoriamente, lo poco que dijo lo hizo con tal autoridad que el Delgado volvió a sentarse.

—Nada, ciudadano, usted no es nada. Y yo no le voy a decir nada. No voy a discutir aquí con la contrarrevolución. Si un día le escupo en plena cara, seguro que no andará muy lejos la del Secretario General. Sírvase informar a sus jefes de que no responderé a ningún interrogatorio. ¿Habrá comprendido, espero?

Se inclinó violentamente hacia el Delgado y el Delgado se asustó. Cobardemente correcto, un poco encorvado, con ambas manos sobre el borde de la mesa, el Delgado repuso:

—Transmitiré puntualmente su declaración... Voy a tratar de darle una celda limpia...

«Miembro del Partido desde 1904, conoció a Lenin en la Conferencia de Praga, exmiembro del consejo revolucionario de los VI, VII y VIII Ejércitos», era evidente que Ryjik tenía derecho a una celda limpia... Por su parte, él estuvo a punto de gritar: «Limpia o no, me importa un bledo, todo me es igual...», pero se impuso su voluntad. Ya decaía la ira inútil. Todo aparecía con claridad meridiana: era imposible llevar a cabo la siembra de primavera si antes no se hacían una serie de concesiones a los campesinos; por lo tanto, bandazo a la derecha; el georgiano se dispone a sacrificar a sus ejecutantes de ayer; represión de la izquierda para ocultar la maniobra (primer movimiento) y posterior campaña dentro del Partido contra la derecha (segundo movimiento). Así pues, van a «montar asuntos» y volver a meter en la cárcel a todos los que salieron de ella el año pasado, siempre los mismos. Como ya he cumplido tres años y luego dos, cinco, siete contando la deportación, puedo esperar el máximo en la condena... La contrarrevolución burocrática asciende con todo el vigor que sustrae al proletariado; acaba de vencer, pasarán largos años antes de que el proletariado comience a pensar, a moverse... Y yo tengo ya sesenta y un años. Como Ryjik sabía ya todo aquello desde hacía tiempo, aquel cálculo no le asombró en absoluto, a pesar de su peso indecible.

El Delgadocho salió de detrás de su mesa de despacho, paseó en torno de Ryjik a pasitos menudos, se retiró por el pasillo. Ryjik siguió con odio el movimiento de su nuca afeitada, azulada, que revelaba un pequeño cráneo redondo. Ryjik cogió el tintero de bronce que había encima de la mesa, lo sopesó como un arma, cerrando casi los ojos, amarga la boca. «No, verdaderamente, no vale la pena...». («Aún no es tiempo... Y, cuando llegue el momento, yo estaré acabado...»). Volvió a colocar el bronce en su sitio y, al abrir la puerta violentamente, se encontró frente a frente con el Delgadocho.

—Estoy harto. Condúzcame donde desee. No quiero esperar ni un segundo más. Vamos.

Fuese por azar o por intuición, tomó a grandes zancadas, impetuosamente, la buena dirección, la de las celdas reservadas del primer piso; y el Delgadocho fue andando delante de él, cojeando, como un muñeco al que se hiciese brincar. Solo se oyó el paso impetuoso de Ryjik.

—Aquí es —dijo casi obsequiosamente el Delgadocho frente a una puerta. Le ruego que me perdone, ciudadano, pero no tengo otra celda mejor. Tenemos demasiada gente. Pero aquí estará bien...

Por delante de Ryjik la puerta dio acceso a una cruda blancura, de ultratumba o de fosa encalada. Pero aquello no era más que una simple celda vacía. Entró en ella prodigiosamente libre, siendo firmemente su destino. Allí fue acogido por la voz familiar de Elkin:

—Hola, viejo. Encantado de volver a verte... ¿Qué? ¿Volvemos a lo mismo una vez más?

* * *

RYJIK CAMINABA DE UN muro a otro y su voz iba también de un muro a otro; y sus ideas chocaban con muros invisibles a cada cuatro pasos... Luego recorrían de nuevo su corto paseo de cautivas.

—Eso es, Dimitri: el callejón sin salida. Estas cosas ocurren en la naturaleza, cuando se encuentra uno en el límite de las propias fuerzas. De pronto la montaña nos cierra el horizonte... y ya no hay futuro. Estaba solo con mis hombres, con mis caballos, conmigo mismo, solo como una criatura. Miraba estúpidamente en el mapa las pequeñas trayectorias rojas de las sendas; luego volvía los ojos hacia la montaña. Leía las alturas de las cumbres

en los sombreados: dos mil cuatro, dos mil siete... Si allí pusiese: *muerte, muerte, muerte*, no podría haber estado más claro. Aquello era infranqueable en el estado en que nos encontrábamos. «Camaradas, no pasaremos. Es imposible». Ya me entiendes, el desgaste de las bestias, el desgaste de los hombres; la sed, las sendas que trepan y trepan al borde de los precipicios, a través del vértigo... Al otro lado de la cresta tal vez nos esperase el valle más hermoso del mundo, amigo mío. En cualquier caso, bien podíamos permitirnos imaginarlo así sin temor a la decepción, porque no pasaríamos... Detrás de nosotros, quedaban el desierto de Turgai con esqueletos de kazakos y de camellos en sus pistas amarillentas, con sus chaparrales reseco y espinosos, con sus escorpiones, con su sol que es como cobre incandescente y las alturas del Kara-Tau y los vergeles de albaricoqueros del Fergana... Estábamos exhaustos. Si hubiésemos llevado encima veinte horas menos de sed, todo habría sido aún posible. A la caída de la tarde se perfilaban las hienas a tiro de fusil porque, sin duda, ya olíamos a cadáveres frescos... Asquerosos animales. Eso es exactamente, hermano... Hoy lo que me harían falta serían quince años menos para franquear la cresta...

—Y si fuera eso lo que nos espera para acabar, viejo, a mí me parecería magnífico... Nos tumbaríamos sobre la hierba calcinada, las piedras y la arena... Tendríamos sed, hambre, frío y fiebre, nos castañetearían los dientes, volveríamos en nuestro delirio a ver la tierra verde y cruel, nos diríamos una vez más: ¡Ah, maldita sea, qué rabia da reventar así, pero qué bella es la tierra, la vida, la revolución! Y tal vez terminásemos salvándonos incluso... Tú bien que te salvaste en aquella ocasión... Solo tenías que franquear la meseta de Pamir. Ahora tendríamos que hundirnos en verdaderos abismos de bajeza, sin mapas ni brújulas, con escasas esperanzas de salvación... Tal vez aún estemos aquí dentro de diez años, discutiendo, esperando el centésimo séptimo traslado a la centésimo octava prisión socialista... ¿qué es lo que nos ha hecho nacer bajo una estrella tan catastrófica? ¡Responda, *Herr Doktor Faust!*

—No bromees, Dimitri. Tú tal vez estés aquí dentro de diez años, discutirás con alguien como hoy lo haces conmigo, pero seguramente no seré yo. La historia es lenta, no se vuelve huracán más que una vez cada ciento veinte años, aproximadamente. Kropotkin había hecho ese cálculo aproximado de la periodicidad de las grandes revoluciones, pero no entendía nada de marxismo el viejo utopista... En cualquier caso, todavía tendrán que pasar muchas veces diez años antes de que nuestra Rusia se vuelva a mover. Piensa en este viejo país agrícola, en este viejo proletariado sin aliento, vaciado,

devorado por las nuevas ideas y las nuevas máquinas, en ese joven proletariado campesino que aún no sabe nada de sí mismo... No te hagas ilusiones, de aquí a mucho tiempo vivirás con la mordaza, si es que vives, si esta chusma de advenedizos, que traiciona todo con tal de no traicionar a su propia panza, no termina por deshacerse de ti alojando un poquito de plomo en esa molesta mollera tuya repleta de recuerdos escarlatas... Ellos saben lo que somos nosotros y lo que son ellos... No existe gente más práctica, más cínica, más propensa a resolverlo todo con el asesinato que los plebeyos privilegiados que emergen al final de las revoluciones, cuando ya se ha endurecido la lava por encima del fuego, cuando la revolución de todos se convierte en contrarrevolución de unos pocos contra todos. Eso forma una nueva pequeña burguesía de largos colmillos que ignora el significado de la palabra *conciencia*, se burla de cuanto ignora, vive sobre muelles y eslóganes igualmente acerados, sabe perfectamente que nos ha robado las viejas banderas... Es feroz e innoble. Nosotros fuimos implacables a la hora de transformar el mundo, ellos lo serán a la de conservar su botín. Nosotros lo dábamos todo al incierto porvenir, incluso lo que no teníamos, la sangre de los otros junto con la nuestra. Ellos dicen que todo se ha cumplido para que no les exijan nada; y, para ellos, ciertamente, todo se ha cumplido, puesto que lo tienen todo. Serán inhumanos por pura cobardía.

»Quisiera contarte mi encuentro con Fleischman. Sí, el del VI Ejército, de la Cheka de Petrogrado, de la Academia de Estado Mayor, del *trust* del manganeso y del escándalo de Tula. ¿Has visto la pinta que tiene de rabino afeitado? Yo le conocí delgado a su llegada a París en 1919. Y he aquí que, cuando me llamaron a interrogatorio en la prisión interior de la Lubianka, resulta que es él el que me recibe, de uniforme, con insignias en el cuello y todo: un pez gordo. Ese gordo sinvergüenza quería interrogarme personalmente. “Vaya, hombre —le dije—, ¿nos arrastramos, eh? ¿Hasta la doble papada en la mierda?”. En el 19, en las cercanías de Yamburg, con una tropa de choque de los obreros de la fábrica de porcelanas, nos habíamos encontrado codo con codo, cuerpo a tierra, en una trinchera inundada. La mierda corría por ambos lados, los cadáveres se movían por debajo. Sus tripas hinchadas soltaban gas en gruesas burbujas verdes y nauseabundas cuando los presionábamos. Una ametralladora disparaba en abanico a veinte centímetros de nuestras cabezas. Los que se incorporaban, fuese por dignidad o por asfixia, caían instantáneamente con la cabeza perforada. Yo ordené: *¡Adelante, cuerpo a tierra!*, y avancé. Fleischman me siguió, dando ejemplo. Nos tocábamos con los codos. Nos volvíamos el uno hacia el otro en aquella alcantarilla,

embadurnados hasta las cejas, y, cada dos metros, uno de los dos le preguntaba al otro: “¿Te arrastras?” y el otro, sofocado, replicaba en tono rimbombante: “Servicio de la revolución...”. Cuando nos vieron surgir, al otro extremo de la trinchera, como horribles figuras pestilentes, los antiguos oficiales de la Guardia que teníamos enfrente debieron creer que los que así se levantaban eran los cadáveres putrefactos... Diez años más tarde, Fleischman, galoneado y condecorado, se disponía a interrogarme a mí, que por entonces tenía cara de vagabundo con la tripa vacía. “¿Sigues arrastrándote? —le dije—. ¿Eh? ¿Metido hasta el cuello? ¿Toda tu vida de reptil? ¿Al servicio de qué? ¡Pobre viejo!”. “¡Me arrastraré cuanto haga falta —me responde Fleischman con la lengua pastosa—, y tú, imbécil, reventarás para nada!”. Y siguió con un tonillo oficial: “Ciudadano acusado...”. Y entonces comprendí que él estaba allí en su elemento, que, a partir de entonces, arrastrarse por los cienos de Thermidor había pasado a formar parte integrante de su naturaleza, que aquello incluso le hacía engordar ahora que ya no resultaba peligroso, que los tipos de su especie eran legión. Después de todo Fleischman era de los mejores porque tuvo buenos momentos en su vida, seguramente él habría deseado otra cosa y algo le debe quedar, allá en el fondo de su pequeña alma, bajo la grasa rancia del alto funcionario, un poquito de no sé qué conciencia socialista; comprendí que tras él vienen otros peores, pues nunca han sabido lo que a él le cuesta trabajo olvidar, nunca han sabido que no son más que reptiles ávidos, nunca han respirado más que la mentira, inmunes a todas las asfixias por pestilencia. Esos no nos comprenden, ni a él ni a mí: esos nos temen como a intrusos incomprensibles en el mundo que ellos están conquistando; acabarán conmigo y, sin duda, también con Fleischman, ahora que ya está cebado y lustroso. “David —le grité—, deja de interpretar tu papel. Te conozco. No eres en absoluto ese ser. Déjame hablar”. Me dejó hablar. Hacia el final estaba consternado, nos pusimos en pie al lado de la ventana, como en otros tiempos solíamos hacer después de las sesiones del Comité Revolucionario, “Tal vez tengas razón —me contestó—, pero de todas formas opino que lo más prudente es seguir arrastrándose durante cierto tiempo...”».

—Apuesto —dijo Elkin—, a que esa confidencia no le impidió interrogarte...

—Por supuesto. Puede decirse incluso que es a él a quien tengo que agradecer mi envío a Súzdal. ¿Pero acaso podía hacer otra cosa? Ya que alguien tenía que hacerlo, tanto daba que fuese él u otro, ¿no es cierto? Eso es lo que me dijo encogiéndose de hombros... Yo no sé, Dimitri, por qué te cuento

todo esto. A cada cual su modo de ahogarse en el diluvio. Dudo que nos dejen juntos más de veinticuatro horas y tengo dos cosas importantes que decirte: tú debes empeñarte en vivir, en prisión o fuera de ella, cueste lo que cueste, ¿entiendes? No te dejes embarcar en estúpidas huelgas de hambre. *Su* tarea es suprimirnos sin ruido, la nuestra es durar. La historia sigue su camino. Lo que están sembrando un día lo recogerán centuplicado, y ese día seremos muy útiles.

—De acuerdo en todos los puntos.

—Sobre lo que voy a decirte ahora no te pido tu opinión. Lo he meditado bien. Me voy. Acabo. Estoy harto. No me discutas nada, cállate, ya verás como esto no es una capitulación. Hace tiempo que no tengo nada, que no necesito nada. No tengo ninguna necesidad de mí mismo. Por otra parte, nunca la he tenido. Yo solía decirme: soy un hombre-herramienta en manos del Partido. ¡Ah, qué tiempo más maravilloso aquel! Una noche se me anudó el dolor en la garganta y me sonaban mil campanadas en la cabeza porque acababan de matar a una mujer a la que yo no me había permitido amar. Entonces me pregunté si no me habría olvidado un poco de vivir y la respuesta vibró súbitamente en mi interior en medio de aquel loco toque a rebato: ¡Es preciso que nos olvidemos para que el proletariado viva! Como vivía en aquella época... No sonrías si te parezco un poco incoherente. ¿Sabes? Desprecio a los que se matan por cobardía o porque el universo en trance de parto les niega el juguetito que durante un tiempo podría consolarles de su propio vacío. En su contra admito el derecho a partir. Hay un valor revolucionario en el hecho de fusilarse a uno mismo. Ya no vales para nada, viejo, hermano, vete. Los nervios, los músculos, las médulas, las fauces aún aspiran a vivir, todavía querría uno beberse un vasito y tenderse en la hierba al sol, porque es uno un animal. Vencer en uno mismo al ente zoológico, si resulta útil, constituye un último acto de conciencia. Yo creo que estoy preparado. Desgraciadamente, no hay pistola. Será largo, surgirán montones de complicaciones. Nada que hacer. Cállate te digo. Tenemos poco tiempo. No haré huelga de hambre hasta llegar a Moscú, cuando esté seguro de que Koba recibirá en la cara mi último escupitajo.

»Hasta ese momento y después de él te necesitaré. Vas a aprenderte de memoria mi última declaración y la publicarás en la prisión en que te encuentres dentro de un año, ni un día antes ni un día después, a menos que te enteres antes de mi muerte por una fuente segura. No cambiarás ni una sílaba porque no me fío de tus teorías...

Elkin, que también se había puesto a andar de una pared a otra —los dos hombres daban a la celda una extraña oscilación de contrapesos enloquecidos—, dijo con el ceño fruncido:

—Eso no hace falta que me lo digas... Posteriormente publicaré mis reservas teóricas. Me parece que tienes razón. Tu partida producirá cierto efecto en el Partido... (se frotó duramente las manos), cierto efecto...

—Bien —dijo Ryjik—. Manos a la obra.

* * *

VARVARA CORTABA PAN. EN el claroscuro, enfrente de ella, flotaban rostros, todos iguales; pasaban, volvían, como las manos, con las manos. Las manos tendían la cartilla del pan de la que era preciso recortar el núm. 26, las manos buscaban las hogazas de centeno pesadas deprisa, la vida entera olía a centeno húmedo, ligeramente fermentado. Unas mujeres de pescadores traían encima olor a pescado. Una niñita recogió el pan, tres raciones apretadas contra su pecho, y se quedó rezagada, pegada con todo su cuerpo al mostrador, levantando hacia Varvara grandes ojos confidenciales... Varvara leyó algo en aquellos ojos. «¿Qué más quieres, pequeña?», así dijo Varvara mientras recortaba el siguiente cupón, al tiempo que se inclinaba hacia la niña y la niña dijo de carrerilla:

«Que me manda Galia. Que anoche fueron a buscar a su Dimitri. Que no vayáis *allí* hoy, que os van a coger a todos...».

Los ojos confidenciales se iluminaron. La niñita sonrió: «Creo que no he olvidado nada... Adiós, camarada». «Adiós...». ¡Con tal de que Avelii...! ¿Será el amor una mala cosa ya que puede apartar todo lo que se atravesase en su camino con tan descuidada brutalidad? Varvara oyó que en su interior, resonaba un grito enorme —Avelii, Avelii—, pero sus manos, un poco temblorosas, seguían echando pan en la báscula; contestó algo a alguien, si la hubiesen observado habrían visto cómo se tensaba la piel de su cara, alisándose en las sienes, habrían distinguido el encogimiento de sus facciones, la creciente oblicuidad de sus ojos, el ensombrecimiento de sus labios, porque hay que dejar de lado el amor si es que es así, si a la hora del peligro se piensa en él antes que en los camaradas. Seguramente hoy mismo nos detendrán a todos: 1.º, destruir los mensajes. 2.º, preparar a los jóvenes, Avelii y Rodión,

para esta prueba (resistirán...). 3.º, escribir a Katia... 4.º, escribir a Moscú. Avisar. Cambiar de escritura y de dirección para que *Ellos* no puedan interceptar esa carta.

El resto del día transcurrió en tres planos diferentes. El autómata desempeñaba su función, servía el pan, no perdía ningún cupón; detrás de su máscara habitual dos seres vivían sus vidas distintas y mezcladas, el que pensaba, el que sufría. Tal vez no sea nada: la ya familiar persecución primaveral, tres meses en los sótanos de la Seguridad, seguidos tal vez de algún traslado; pero ¿si trasladan a Avelii a otra parte? Avelii. ¿Cómo poder vivir sin Avelii? —aquel temor despertaba un loco sollozo que Varvara conseguía arrastrar a duras penas con un gran trago de saliva—. «Eh, ciudadana, que no me llega el peso ¿en qué estás pensando?». Varvara volvía al presente, centrado en la aguja de la báscula, añadía treinta gramos de pan, musitaba: «La siguiente, ciudadana», y toda una serie de ideas claras, duras como piezas metálicas, iban engarzándose por sí mismas: «No, esta vez debe tratarse de algo más serio, seguramente en vísperas de las conferencias del Partido van a tratar de montar asuntos de trotskismo para distraer a la opinión: los cuadros dirigentes de los deportados serán enviados a centrales de aislamiento; y necesitaremos, al menos, otros dos o tres años para volver a salir, a menos que se produzcan cambios imprevistos; Avelii y Rodión seguramente podrán librarse porque no les gusta encerrar a los jóvenes en las prisiones, ya que ello contribuye a que se formen con el contacto de los mayores...».

«¡No vayamos!», propuso Rodión. Estaban en el jardín público a la hora del crepúsculo, en el lado desierto desde el que se distingue el antiguo mercado de pescado. Desde allí bajaban azulados repechos hasta el vado; más allá, la llanura que se extendía al otro lado de las Aguas Negras se entregaba ya a las tinieblas. Varvara protestó: «¡Pero estás loco, Rodión!». «Escuchadme», repuso el muchacho. Creía conocer los caminos que llevan al Norte, hasta el mar, pero, una vez allí, se perderían y hasta los propios desiertos eran penitenciarías. Hacia el sudeste la vía férrea, cada estación una trampa; sin embargo, si caminaban entre quinientos y seiscientos kilómetros hacia el sur, conseguirían salir de la zona de alta vigilancia... Los pasaportes se pueden robar. Diez días de marcha con el riesgo de morir de hambre —¿pues por qué no, eh?—; a través de bosques y estepas llegarían a la Bielaya, a las Aguas Blancas, se salvarían...

—¿Y los demás? —exclamó Varvara indignada—. ¡Y el Partido! ¿Qué somos nosotros, Rodión? Forzados, vagabundos, ¿qué crees?

«No olvides nunca que nosotros somos la fracción viva del Partido...». Tal vez no llegase a decirlo, pero fue como si lo hiciera. Rodión anudó las manos sobre sus rodillas y sus ojos vagaron por remotas oscuridades. Todo eso ya lo sabía él, pero lo comprendía mal o había dejado de comprenderlo, o se sentía, por fin, a punto de comprender algo completamente distinto. Los carceleros y los reos somos aún miembros de un mismo Partido: el único, el de la revolución; ellos lo degradan, lo conducen a la perdición y nosotros resistimos para salvarlo a pesar de ellos. Solo podemos apelar contra ese Partido enfermo, regido por una cohorte de arribistas corruptos, al Partido sano... ¿Pero dónde está, dónde? ¿Quién es? ¿Y si acaso estuviera fuera del Partido? El verdadero Partido de los trabajadores, fuera del Partido, pero ¿es eso posible? Somos la fracción perseguida, fiel a sus perseguidores, porque ella es la única que aún es fiel al gran Partido cuyas banderas han robado los que hoy lo traicionan... Rodión buscó desesperadamente, en las tinieblas que acababan de sobrevenir, los rostros de los camaradas. «¡Escuchadme! Eso ya no es verdad: algo se ha perdido para siempre. Lenin no va a salir de su mausoleo. Los únicos hermanos que nos quedan son las gentes del trabajo que no tienen ni derechos ni pan. A ellos es a quienes hay que hablar, con ellos es con los que habrá que volver a hacer la revolución y, antes que nada, construir un Partido completamente diferente...». Al principio de la noche los camaradas le parecieron lívidos; Varvara, Avelii, juntas las cabezas. «Correríamos el riesgo de cometer un crimen —le respondían ellos—, si alzásemos a los trabajadores hambrientos, atrasados, inconscientes, contra su propia vanguardia organizada, la única que existe, por muy decadente y gastada que esté... Al intentar renovar la revolución, nos expondríamos a desencadenar las fuerzas hostiles latentes en las masas campesinas... Es al Partido al que hay que curar a cualquier precio. Poco importa que nos pisotee con tal de que pueda resucitar mañana, cuando la clase obrera...». Mientras tanto, no hay evasión posible.

—¡Termidorianos! —dijo Rodión entre dientes—. ¡Hijos de perra! Perdóname, camarada Varvara, eso es precisamente lo que pienso de ellos, conque alguna vez tenía que decirlo en voz alta...

—Termidorianos basta —dijo suavemente Varvara—. Es exacto.

—No. No lo suficiente —se enrabió Rodión—. ¿Cómo puede decirse en términos marxistas hijos de perra? ¿Hijos de sucia bestia humillada a la que

han pegado, a la que han tratado a patadas en el vientre, a la que han dado de comer sobras y solo sirve ya para morder a los pobres? A ver, tú, la culta, dame la terminología científica. ¿Qué habría dicho Hegel si hubiese visto a toda esa canalla burocrática chuparle la sangre al proletariado victorioso? ¿Y qué habría dicho Vladimir Ilich?

—Yo, desde luego, creo que Lenin habría dicho lo que tú —repuso Varvara gravemente.

Juntos dieron una y mil vueltas a las hipótesis, estudiaron la conducta a seguir, llegando a la conclusión de que no podían saber nada de los mensajes y de que una traición era imposible, pero que, por principio, había que esperar lo peor. Una vez más el georgiano se dispone a renegar de sus actos de ayer, necesita víctimas para manipular el Partido: seríamos extremadamente peligrosos si existiésemos políticamente.

En este punto, Avelii cortó a Varvara. «¿Si existiésemos, dices? ¿Así que crees que no existimos? Me lo he preguntado a menudo. Existimos como existe un germen en la tierra, como el remordimiento en una conciencia enferma, pero no somos nada más...».

La prisión ya les cercaba y ello les producía una sensación de asfixia, incluso bajo el amplio cielo, transparente aún.

—No vayamos ni esta tarde ni mañana —dijo Avelii—. Que vengan a buscarnos esos hijos de perra, según Hegel y Lenin...

—Claro, deja el despacho de pan, Varvara. Ese pan de miseria ya lo repartirán sin ti. Respiremos libremente esta noche.

* * *

CONVINIERON EN PASAR LA noche en el bosque, sobre el río. Avelii fue a destruir los mensajes, a buscar mantas, jabón y pan. Rodión dijo: «Quiero ver una vez más la ciudad...». ¿Qué tristeza cantarina le llamaba allí? No hubiese sabido explicarlo. Se paseó entre la gente por el bulevar de los Soviets. En los cartelones del cine se veían marineros del año 17, atravesadas las camisolas de cartucheras y lanzando al mundo un llamamiento vehemente. «¿Qué hacer, hermanitos?», les preguntó Rodión, que se identificaba con ellos a pesar de haber nacido con diez años de retraso, porque hay un destino ¿o porque no lo hay? Tal vez esto no sea ya un problema: el destino hay que construirlo, con

ruda mano de proletario, y ¡qué más da si revienta! Unos bomberos, al pie de una torre de ladrillos rojos, devolvían los caballos a su cuadra. Rodión acarició con la mano la grupa de una yegua robusta. El pelirrojo, con cara de pocos amigos, que la cuidaba le cayó simpático, con aquellos duros bíceps. Una linterna iluminaba su cara de arriba abajo. Rodión le compadeció porque no era consciente. Vivir sin saber, obedecer, engañado por todas las consignas, obedecer sin servir a la gran causa única. ¡Antes morir en la más fría de vuestras cárceles, hijos de perra! Rodión se sentó a descansar en unas piedras caídas de la iglesia de San Nicolás, contemplando la plaza Lenin, el pequeño busto de Vladimir Ilich, olvidado en el centro de aquel espacio abandonado, las tres mansiones de piedra incautadas a los ricos, hace tiempo, por justicia, donde están ahora la Seguridad, el Comité del Partido y el Soviet, en una palabra, la injusticia. Una cabra moteada, seguida de dos cabritillos negros muy graciosos, pastaba en la hierba negra que rodeaba al monumento. La gente atravesaba la plaza en diagonal, dirigiéndose a las ventanas iluminadas del Club de los Sindicatos, en la calle del camarada Lebedkin. Rodión admiró el cielo que se veía por encima del tejado; su azul, al irse oscureciendo, se hacía cada vez más intenso... Rodión, tan tranquilo que la cabra se acercó con sus crías para que pastasen alrededor de sus botas. Rodión nacía a la calma y los animales le sentían incapaz de arrojarles una piedra... Si no pensaba era porque el pensamiento maduraba solo en su cerebro, al igual que el cielo cuando oscurece. En el primer piso de la Seguridad se encendieron unas lámparas. «Trabajad, trabajad día y noche, un día seréis arrastrados igual... Los hielos se rompen tras el largo invierno, las aguas primaverales los arrastran... Será bonito ver cómo desbordan... vuestros expedientes, vuestros papeles, todas vuestras canallescadas condenas escritas a máquina y vuestras prisiones, todas, los viejos barracones de maderas amarradas con alambre de espino, las construcciones modernas de cemento, como las de América, todo saltará...». Rodión reparó en que aquello era para él una certeza. «¡Todo, todo saltará!». Aquello le iluminó. El hombre no puede adelantar la hora de la llegada de la primavera, así que no tiene más remedio que padecer todo el invierno; pero sabe de la sucesión de las estaciones. Que espere con confianza, con la barca lista, con el alma lista. ¿Y si le arrebatan el tiempo, si a él también lo apagan antes del alba, como una pequeña vela oscilando bajo el gran viento del espacio? «Yo soy esa pequeña vela —pensó Rodión que se vio solo, en la plaza desierta, separado de los camaradas, ignorado por todos, esperando en la cárcel, sentado sobre escombros...—. Pues me da igual, a pesar de todo se levantará la mañana...».

Un grupo oscuro salió del portón de la Seguridad y avanzó hasta el centro de la plaza. De cerca, Rodión distinguió una masa indiferenciada de prisioneros andrajosos rodeados por unos guardias que llevaban el dedo en el gatillo del fusil. Un perro vagaba alrededor de aquellos hombres con la lengua colgando, como un animal acosado, condenado a una sed perpetua, una bestia esclava, una bestia policíaca adiestrada por el hombre para acosar al hombre, una bestia para matar. Aquel grupo de esclavos se cruzó con gente que iba a distraerse al club asistiendo a la proyección en la pantalla de las desventuras del *Zapatero dichoso*: el protagonista adquiriría bonos de la deuda con premio, de los emitidos para la construcción del socialismo, y ganaba el premio gordo, y su linda vecinita descubría entonces su gran corazón, y... Rodión siguió con la mirada a los prisioneros, a sus guardianes, al perro-policía, único ser que destacaba en el grupo con inequívoca individualidad, brillándole pupilas y colmillos, abiertas las grandes fauces sedientas. «Ese mismo camino lo seguiré yo la semana que viene —pensó Rodión—. ¡Estaré con vosotros, camaradas! Ya estoy con vosotros en cuerpo y alma». Porque él no dudaba de que aquellos cautivos fuesen unas víctimas: los más inmundos son víctimas también, e incluso lo son nuestras desde que hemos tomado al mundo en nuestras manos.

En algún lugar dieron las ocho, nadie más pasó. Una niña vino a buscar las cabras; las estrellas empezaron a lucir en el intenso azul del cielo, se apagaron simultáneamente dos ventanas en la Seguridad y más tarde destellaron suavemente los dos proyectores de la entrada. El centinela, surgido de la sombra, lista el arma en horizontal, dio grandes pasos sin ruido, con la regularidad de un autómatas de relojería, por su trozo de acera fosforescente. Y Rodión distinguió claramente la maquinaria que imprimía movimiento a aquel muñeco, encendía y apagaba las bombillas en los despachos, sobre los legajos, hacía sonar los teléfonos, suscitaba en los corazones —pero no en el suyo, ¡no!, no en el suyo— la angustia, arrojaba al grupo de cautivos por la placita negra, vigilándose los unos a los otros, los que tenían hambre y los que llevaban cargados los fusiles, e incluso aquella bestia humanizada de instintos castrados, que nunca podría seguir su libre impulso... Alguien accionaba una pequeña palanca y los soldaditos rojos se ponían en movimiento; otro clic, y una corriente atravesaba sus cráneos, se paraban en seco, bajaban sus fusiles, clac, clac, los cautivos que caminaban delante de ellos se precipitaban en la tumba. Otra palanca: los trenes empezaban a andar, las rotativas a girar, las perforadoras a perforar y los oradores a clamar: ¡Gloria

al Jefe!, Gloria a nosotros, gloria, gloria... como en aquel poema de Mayakovski...

Rodión, con el mentón apoyado en el puño, desaparecía en la noche, de nuevo cara a cara con los problemas. Pero ocurría esta vez que hasta las más ínfimas fibras de su ser sabían que mañana estaría en un calabozo de la Seguridad. Dimitri ya estaba allí, el viejo Ryjik también, millares de desconocidos estaban allí, vivían allí, morirían, sin duda, allí, y él se sentía desgarrado entre un sí y un no igualmente amargos, igualmente ciertos, igualmente necesarios, igualmente duros. Consiento. No puedo. Cuando las máquinas empiezan a funcionar en contra del hombre, es preciso echar en su interior un tornillo y entonces se rompen, no son ya más que chatarra muerta. Nosotros hemos sido los autores de las máquinas sin alma, tenemos, pues, un derecho indiscutible a destruirlas, haremos otras. Yo, Rodión, lo sé. Una voluntad que era como una luz le puso en tensión. ¿Qué esperamos? ¿A qué estamos aguardando? ¡Pero si estamos ya locos de resignación! ¡Es imposible vivir así, os digo que es imposible, camaradas! Es imposible morir así, a menos que nos maten. Solo podemos esperar algo de nosotros mismos. «La historia, dice Hegel... La historia somos nosotros los que la hacemos, también somos históricos, como todos los pobres diablos». No es seguro que esta máquina se detenga y se derrumbe por sí misma, hay que destruirla. Otra revolución, eso es, otra revolución que haremos de forma completamente distinta. Aún no puedo saber cómo, pero será completamente distinta. Y lo primero, escapar de ellos. Basta ya.

Fue caminando a buen paso hasta el lugar donde había quedado citado con Avelii y Varvara para pasar con ellos su última noche antes de la prisión. De la tierra, dura bajo sus pasos, sostenida a su vez por las rocas negras, subía por sus miembros una energía elemental, fresca, amante y tenaz, parecida a la evidencia. Siguió por el bosque un sendero estrecho que la Vía Láctea iluminaba débilmente. Y, mientras se iba acercando a los camaradas, las ardientes y como aladas palabras que les llevaba perdían su fuerza persuasiva; solo quedaban palabras banales, fáciles de refutar con otras palabras. «El pensamiento marxista, Rodión, debe ser objetivo. Esta dictadura en la que solo queda violencia y mentira contra el proletariado es proletaria aún, a su pesar, ya que mantiene el régimen de propiedad instaurado por la Revolución de Octubre...». Rodión logró controlar una especie de exasperación. ¿Estaré condenado a no comprender? ¿A no saber? Sin embargo, una confianza victoriosa transía todos sus miembros. Descubrió a Varvara y Avelii, tendidos

uno al lado del otro, entre las raíces cubiertas de musgo de un abeto. Eran dos rostros indiscernibles que llegó a presentir más que a ver; tan cerca estaban que se confundían sus alientos. La voz extrañamente tierna de la mujer le ofreció pan. «Dadme», dijo alegremente, y, en plena noche impenetrable, se divirtió buscando con sus manos aquella que le tendía un trozo de pan de centeno. Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad aterciopelada, bajo el amplio ramaje del árbol. Sin duda que hasta allí llegaba una vaga fosforescencia de estrellas porque Rodión creyó ver el rostro estrecho y liso de Varvara sobre el que flotaba una beatífica falta de sonrisa. El perfil de Avelii se hundía entre la mejilla y la nuca de la mujer, entre sus cabellos y su carne caliente. El silencio se hizo eterno. Pasado un momento, la negrura fue aún mayor, como de abismo. Rodión sintió la tierra yerta, el pan amargo, la opresión de la cúpula de follaje. Allá abajo, en el suelo, Avelii y Varvara se hablaban en voz muy queda de la cárcel, de la vida, del amor, del proletariado, de la cárcel. Rodión prestó atención, por un momento, a sus murmullos: fue angustiados... Luego fue a tenderse algunos pasos más allá, sobre el musgo frío, arreglándoselas para poder ver un jirón de cielo entre las cúspides de los abetos. Tenués hilos iban entretejiendo los astros en una enigmática trama de luz. ¿Dónde acababa la noche, dónde empezaba la claridad? ¿Dónde acababa la claridad, donde empezaba la noche? Rodión se quedó dormido con los ojos abiertos.

* * *

AVELII Y VARVARA, AL día siguiente, descendieron a un mundo subterráneo que ya conocían, donde se llevaba una vida de larva, suavemente delirante... A los ventanucos —porque aquellos sótanos afloraban al nivel del suelo—, protegidos con alambre de espino, les faltaban la mitad de los vidrios y todo el polvo ennegrecido de muchos años recubría los que quedaban. Doce mujeres en un sitio y diecisiete hombres un poco más lejos permanecían inmersos en el mismo calor animal, respirando idénticos relentes de defecación y matando el tiempo con iguales relatos de infortunio. Las mujeres se iban turnando para tenderse sobre unas tablas que apestaban a chinche. Cuando llegó su turno, Varvara tuvo por compañera a una mujer de pescador flaca, de pómulos afilados, acusada de especulación, y a una vieja de tocado negro a la que se acusaba de brujería y de comentarios contrarrevolucionarios. Ella fue la que, en el curso de la primera noche, le dijo: «¿Quieres que rece un

poco por ti, palomita?». «No —dijo Varvara—, se lo agradezco pero no soy creyente». «Entonces por ti no, por tu amigo —insistió la creyente—. Mi corazón siente que lo necesita». «Si te empeñas, repuso Varvara encogiéndose de hombros pero crispada por dentro».

Avelii vivió entre ladrones, lugareños, dependientes de las cooperativas, pescadores, deportados especiales y un carterista de Tiflis, un joven vagabundo que relataba complicadas historias con mucho arte: «1.^a parte: *El Amor*. 2.^a parte: *Trágica sorpresa*. 3.^a parte: *Esperanza y Desesperación*. Mañana seguirán otras tres, camaradas y ciudadanos, para todos aquellos que no sean enviados esta noche a darse un paseo gratuito por el planetario natural del que nadie ha regresado. ¡Amén!».

Con esto aludía a unos muchachos sombríos con los que parecía tener alguna cuenta pendiente y sobre los que se cernía la pena capital por haber multiplicado sus visitas, en las noches sin luna, a los almacenes de la cooperativa reservada de los funcionarios del Partido y de la Seguridad.

El carterista errante conocía el reverso de todas las ciudades grandes, los cabarés del Maidan de Tiflis, los naipes marcados, la coca, las chicas excesivamente maquilladas y sin nada debajo de sus vestiditos indios floreados que uno puede encontrar en los Krestchatiki, en la parte alta de Kiev, ciudad maravillosa, y que hacen el amor entre las matas por cinco rublos y por tres si tiene uno lo que hay que tener —¡ah y gratis si sales de la cárcel!—. Conocía todos los antros de los andurriales del mercado de Smolensk, en Moscú, y a las chicas de la Neglinaya, las que se ofrecen por las aceras, justo enfrente de los nuevos edificios de la Banca de Estado. Y conocía también los rincones interesantes de Ligovka y de la Pushkinskaya, en Leningrado, que solían frecuentar los auténticos bandidos con gorra como Kolia-el-del-diente-de-oro, Artem el uniyambista, Puzaty-Shaitán y Chulo-tripón: «A ese hermano le fusilaron, y no hace mucho además. La verdad es que era demasiado gordo para poder esconderse en estos tiempos de gente flaca, y no se iba a hacer pasar por un técnico importante... Y el caso es que era un técnico estupendo: habría sido capaz de desmontar pieza por pieza las turbinas del Dnieprostroy para colocárselas por ahí a alguno...». El vagabundo de manos sutiles se hizo amigo de Avelii «porque tú eres un tío franco y además tienes el mérito de viajar en este sucio barco porque te da la gana. Una noche te contaré, solo a ti, cómo son de tiernas las chicas de las guaridas, ah, ya verás, es como un cuento...».

Y era la cárcel, como un cuento, aquel incesante murmullo de hombres, aquellas sombras hacinadas, dispares y carnales, ese contacto de corazón a corazón, de carne a carne, aquel miedo sin miedo, el hambre en las tripas, los comienzos del escorbuto que ponen a bailar los dientes en las encías. La mayoría de los prisioneros estaban tan débiles ya que ni siquiera se ofrecían para ir a buscar el rancho dos veces al día: atravesar dos calles, todo el pasillo de la Seguridad... Avelii se apuntaba regularmente en busca de una alegría única que bastaba para llenar sus días, sus noches y hasta su sueño. Pasaba delante de la cárcel donde estaba Varvara y, en el ángulo de un vidrio roto, los ojos de Varvara le esperaban serenos, iluminados por el sol de medianoche.

* * *

FEDOSSENKO DISPONÍA DE CATORCE días para montar el asunto: de dieciocho como mucho, aunque en este último caso no podría figurar su informe en el boletín mensual que editaba la Seguridad. Se daba cuenta de que si cerraba el asunto demasiado tarde para que pudiese ser utilizado en la conferencia del Partido, perdería sentido por completo. El reglamento exigía que el expediente contuviese pruebas materiales de culpabilidad, confesiones o declaraciones acusadoras, de forma que las responsabilidades de la policía política ante la Comisión de Control del Partido quedasen completamente preservadas. El documento Rodión solo podía resultar efectivo si era confirmado al menos por una declaración. Por si fuera poco, Rodión se escondía en la ciudad o en el bosque. Le detendrían enseguida, al fin y al cabo era tan torpe como los demás. Ryjik y Elkin se negaban a contestar a menos que se les hiciesen saber cuáles eran exactamente los cargos contra ellos; exigían ser trasladados a Moscú. En el ínterin dirigían carta tras carta a la Comisión Central de Control del Partido. Sus cartas, que Fedossenka leía a pesar de no tener derecho a hacerlo, eran de una fría brutalidad. Detrás de sus nombres solían incluir una breve enumeración de los servicios que habían prestado al Partido durante los años terribles y solamente aquello bastaba ya para convertirlas en el reproche más intolerable; además —«previando desde hace tiempo que el mediocre Bonaparte asiático del que os habéis hecho lacayos sin inteligencia ni escrúpulos se viera obligado a liquidar definitivamente el Partido del proletariado»—, incluían citas de la plataforma de la oposición, de las resoluciones de los congresos, de los estatutos del Partido y de los textos de Lenin, para concluir con interpelaciones blasfemas

como la que sigue: «¿Qué más harías, Koba-Dzhugashvili-Stalin, que mañana serás Caín, qué más harías si no fueses, como Azev^[16], mero instrumento de la canalla policíaca de la burguesía? Te expulsaron del Partido en 1907 por haber querido hacer de él una banda de salteadores de caminos, fuiste oportunista en 1917, oportunista en 1923, abofeteado por Lenin en su última carta, enemigo de la industrialización hasta 1926, apologeta de los campesinos ricos en 1926, cómplice de Chiang Kai-shek en 1927, responsable de la inútil matanza de Cantón, muñidor del fascismo en Alemania, organizador de la hambruna, perseguidor de los leninistas proletarios...». Ryjik había escrito aquellos y otros muchos renglones vehementes con aquella letra suya impersonal que iba hundiéndose cada rasgo en el papel gris. Y, a cada frase, mientras escribía, Ryjik se había puesto en pie de un salto para andar por la celda gesticulando. Interpelaba al Otro: «¡Koba!, ¡Koba! ¡Granuja! ¿Qué has hecho del Partido, di? ¿Qué has hecho de nuestra cohorte de hierro? Tú que eres más traicionero que un nudo corredizo, tú que nos has estado mintiendo en cada congreso, en cada sesión del Politburó, canalla, canalla, canalla...». Ryjik se golpeaba con la pared en su persecución del Otro, el Poderoso, que retrocedía ante él a pasitos cortos, con sus botas brillantes, su uniforme azul con la banderita roja del Ejecutivo central prendida sobre el lado derecho: el Otro de 1919, aquel inquietante suboficial oriental de cara estrecha y morena, que solo podía ofrecer a la revolución su dura voluntad de montañés, su espíritu envidioso, dominado siempre por el acontecimiento o por otros espíritus más lúcidos —y, por lo tanto, amargado, cargado ya de sospechas, de resentimiento, armado de perfidia—. Y el Ryjik de hoy, que ya en absoluto era el de los fraternos encuentros de ambos en Tsaritsin, en la confianza y el peligro, cuando juntos estaban esparciendo el incendio por el mundo entero, sino aquel anciano de tez exangüe, de boca gris, que en pleno verano llevaba una chaqueta forrada, tembloroso a veces, le hostigaba inútilmente: «¿Vas a responder de una vez? ¿Quién te llevó víveres y municiones durante la que creías era tu última hora, quién? Ah, conque ahora quieres que nos pudramos todos en tus prisiones...». Ryjik se detenía de pronto ante la sucia pared blanca para leer una minúscula inscripción enigmática escrita a lápiz por una mano de casi analfabeto:

Profokii Vetochnik

pescador

tan joven

Que Dios acoja su alma

«¿Y de este, del Profokii este, qué has hecho? ¿Y de todos los que se le parecen?».

Ryjik volvía a la mesa con las mandíbulas crispadas para añadir una frase a la ya larga epístola, que el Otro leería, allá en su Kremlin, con vergüenza y rabia...

... Ahora, Fedossenko, al leer aquello, era presa de una turbación insidiosa. Se sabía que él había leído aquel texto terrible y, ¿cómo iba a hacer para olvidarlo? Se sabía que ya no podría olvidarlo. Las palabras como aquellas se desprendían del texto, se hundían a su pesar en la cabeza, como clavos secretos; se adherirían a la venerada imagen del Jefe para deformarla, ensuciarla. La ponzoña contrarrevolucionaria se infiltraba en su cerebro; pero lo que era peor, lo verdaderamente irreparable era que aquello se sabía... Lacró el sobre que contenía las dos quejas. «Transmitido a la C. C. C. del Partido sin conocimiento del contenido, conforme a las normas dictadas por la circular del...». ¿Y quién iba a creerlo? Los detenidos entregaban sus instancias abiertas.

Fedossenko ordenó que le fuese habilitada a Ryjik una celda digna, con mesa, silla, cama, dos volúmenes descabalados de las obras de Lenin... «Espera un poco a que reciba la menor indicación sobre ti, entonces vas a ver lo que me intimidan a mí tus muchos títulos; ya te haré yo probar la paja, la piedra negra y la sopa de pescado en salmuera...». Con una suprema habilidad en la desvergüenza, Ryjik llegaba a comprometerle a él mismo, inquebrantablemente fiel a la línea general, puro de pensamiento, entregado al Jefe en cuerpo y alma —a aquel mismo «Koba, organizador de la hambruna, muñidor del fascismo en Alemania...»—. Fedossenko, en voz muy baja, soltó un juramento soez al ver cómo, en su mente, aquellos calificativos execrables se adherían por sí solos a la altísima imagen de...

Su superior, el camarada Knapp, comandante de la Región, entró con familiaridad, sin llamar. «¿Y bien? ¿Qué tal va ese asunto tan difícil que tenía usted entre manos? Contamos con tan poco tiempo ya, Alexei Alexeich...». Encorvado y con el pecho plano, Knapp arboreaba, sobre unos hombros de viejo tísico, al final de un rugoso pescuezo de zancuda, una cabecita arrugada de la que emanaba un reflejo grisáceo del que participaban los propios cristales de sus anteojos... Se le veía poco, pues era partidario de dejar trabajar a sus subordinados, absorto como estaba él mismo en los informes que

cursaba al Centro, redactados en su lengua muy peculiar de antiguo prisionero alemán. En esta ocasión se mostró amistoso y habló de diferentes cosas. «Una vez haya usted acabado, Alexei Alexeich, saldremos juntos a cazar... eh... eh...». Fedossenko sintió que su suerte se iba perfilando. Knapp solo le recomendó una cosa, pero, para hacerlo, adoptó su voz de servicio, indiferente, perfectamente en consonancia con el reflejo gris de sus anteojos: «Naturalmente, el trámite debe ser realizado con prontitud, eficacia y perfecta regularidad...». Knapp se retiró con paso leve. Se difuminaba en él hasta el propio recuerdo de aquel pequeño aprendiz de escribiente del Ayuntamiento de Núremberg, Gottfried Knapp, miembro del Partido Obrero Socialdemócrata, que, allá por 1910, ahorraba para comprarse un mobiliario de los Almacenes Tietz, antes de las movilizaciones, de los bombardeos, de las devastaciones y requisas del Volga, del Ural, de Taskent; en una palabra, de aquel Año Mil. A sus subordinados les exigía que hiciesen gala en el cumplimiento de sus funciones de un celo muy ostentoso para que se notase. Pues ¿de qué puede servir el celo en el trabajo si nadie repara en él? Y, además, la vida es algo tan tedioso: economicemos penas. Él a nadie molestaba, y permanecía relegado por propia voluntad, en pequeños destinos nórdicos por su poco razonable simpatía por Clara Zetkin, vinculada con la derecha alemana, y por Brandler y Talheimer, a los que la Internacional trató primero como elementos dudosos para terminar por expulsarlos. De vez en cuando Knapp iba a cazar. El Ford de servicio le dejaba en la linde de un coto en el que él penetraba resueltamente, precedido por su perro. Solían esperarle dos ordenanzas, plantados en medio del silencio viviente de los bosques. Knapp caminaba durante media hora, a grandes trancos, apartándose muy poco de la línea recta. Se hundía en el silencio, contemplaba un alto hormiguero, lucía todos sus dientes amarillos en una sonrisa con la que gratificaba al sabueso cuando este volvía para anunciarle, con grandes fiestas, la proximidad de una madriguera. «No, aquí todavía no, amigo, todavía no». El animal le miraba amistosamente, como nadie en el mundo lo hacía. Knapp silbaba entonces entre dientes, cada vez más fuerte, hasta llenar el bosque entero con una modulación continua, encantada... Si una bala certera le hubiese matado en uno de esos momentos, sin duda habría muerto muy por encima, mucho más allá, de sí mismo.

Knapp quiso interrogar a Elkin al enterarse de que lo único que había podido sacarle Fedossenko habían sido dos o tres bromas hirientes. «Aquí estamos entre veteranos del Partido, camarada Elkin...».

—Ciertamente, camarada Kneppe...

—Perdón, Knapp...

—No, por favor, estimado camarada, yo nunca podría llamarle Knapp porque conocí un perrito faldero que llevaba precisamente ese nombre...

Elkin exudaba insolencia. Kneppe movió la cabeza con una mueca. «Especie de rata muerta», pensaba Elkin con aire divertido.

—¿Tiene usted alguna declaración que hacer?

—No.

—¿Desea presentar alguna reclamación?

—Pues sí, mire. Un verdadero montón que sin duda usted ya habrá recibido por escrito. Este agujero suyo ya no está en absoluto a la altura del socialismo, ciudadano jefe. Empezando por las chinches...

—Ya lo sé. ¿Cree acaso que usted y yo estamos a la altura del socialismo?

—Yo sí, usted no. Dudo mucho que esté usted ni un solo escalón por encima de la policía imperial...

Kneppe le lanzó una mirada vaga. Las réplicas de aquel hombre del Año Dieciocho, al que acababan de sacar de una celda del Año Treinta y Cuatro, le recordaban notablemente su propia juventud, las pequeñas chekas ambulantes, los días y las noches de peligro, un entusiasmo seguro de sí mismo, seguro de abarcar el mundo, borrado del alma desde hacía tanto tiempo...

—Extraño ser —profirió fatigadamente entre dientes—. Bueno. Adiós.

—¿No le parecen molestos todos estos trámites inútiles, camarada Kneppe? —añadió Elkin, con la condescendencia más hiriente que pudo afectar.

La detención de Rodión no aportó nada nuevo: ya sabían que él mismo acudiría tarde o temprano para que le encerrasen, porque la oposición es muy disciplinada, agarras a uno y agarras a todos... Efectivamente, vino. Fue recibido con el muy seco: «¿Qué quiere usted?» del Delgaducho, a lo que el muchacho contestó: «Vengo a pedir noticias de mis camaradas». «Pues están muy bien. Aquí todo el mundo está muy bien», respondió el Delgaducho, que tal vez llegase incluso a creérselo. «Además, lo va a comprobar enseguida...».

Condujo a Rodión a su celda de incomunicación, en un sótano donde nada cubría la piedra negra; un ventanuco enrejado dejaba pasar una luz de eterno crepúsculo. Más arriba, fuera, se oía caminar a un centinela; un leve ruido de pasos anunciaba a unos viandantes cuya sombra sin líneas llenaba por un momento la grisalla. «¿Ve usted, ciudadano —dijo el Delgadocho—, como no le va a faltar aire?».

* * *

CUANDO YA HABÍA PERDIDO diez días, Fedossenko casi perdió la cabeza. Hasta el propio Kostrov resistía, a pesar de sus protestas de lealtad, a pesar de su enfermedad de corazón, de la falta de noticias de su mujer y de su hija, a pesar de encontrarse en una celda repugnante donde le dejaban frente a frente con un indigente que se iba apagando sobre sus excrementos. Envejecía a ojos vista, estaba hirsuto, tenía la cara abotargada, atormentado el ojo derecho por un orzuelo y biliosa la tez. Pasaba los días recostado en la paja, lo más lejos posible del otro, moviéndose lo menos posible para economizar unas fuerzas que empezaban a fallarle. Fedossenko le mandó llamar por última vez a su despacho. «Esta vez tengo que quebrarlo o el asunto se fastidia y mi ascenso también».

—Siéntese usted, Kostrov. Ah, qué mala cara tiene. Lo siento por usted. Si le trato con dureza es porque he recibido órdenes. Cuando la República atraviesa una crisis como la presente, verdaderamente no es el momento de andarse con miramientos con la gente que tiene dos caras. A los enemigos declarados les tratamos mejor; se merecen una cierta estima, y, además, con ellos sabe uno a qué atenerse. Lo más probable es que no salgan nunca, así que bien podemos darles la única celda ventilada, ¿no le parece?

»Kostrov, apelo a usted por última vez en su propio interés. Entiéndame bien: la posibilidad que le ofrezco es la última. Fírmeme usted: soy trotskista, y niéguese si quiere a contestar más preguntas. Inmediatamente, será objeto de un trato mucho mejor, doy por terminada la instrucción y mañana mismo le envío al médico. Con esa confesión por su parte me basta. Naturalmente le trataremos con mayor rigor por habernos engañado durante tanto tiempo. Pero ya sé que la cárcel no le intimida.

(Para Fedossenko aquello habría supuesto el cheque en blanco soñado, la ventaja inesperada de desenmascarar a un miembro de la oposición oculto desde hacía años, vamos, un verdadero golpe maestro...).

—¿Cómo? ¿Mueve usted la cabeza? ¿Se niega? Entonces intentaré creerle. Le hablo como a un camarada del Partido: yo estoy en mi puesto, soy un bolchevique como usted. ¿Le torturaron en Rumania? Pues bien, a mí me apuñalaron en Transcaspia. Sobrevivimos ambos por la misma causa. Tanto usted como yo estamos aquí por la patria socialista. Pero fume, fume usted. Coja todo el paquete, se lo puede llevar si quiere... Luego le daré buenas noticias de su mujer y de su hija. Antes de interrogarle seré yo el que le cuente algunas cosas secretas.

Kostrov emergía de la aniquilación. Si le estaban preparando alguna nueva canallada, al menos esta voz tenía acentos humanos. Y además decía la verdad, somos del mismo Partido. Lejanas, extrañamente mortecinas, las imágenes de Ganna y Svetlana pasaron por su mente. Vivas, las dos. Chispas luminosas parecieron correr por sus venas. Fedossenko le iba envolviendo con su tono confidencial. Usted no sabe lo que está ocurriendo en el campo. ¿Cree superada la resistencia de los campesinos a la colectivización? ¡Nada de eso! Mire, aquí tiene unas cifras impublicables sobre el ganado, la siembra de cereales y los crímenes sociales en el campo... En este punto Kostrov, interesado, formuló una pregunta. Efectivamente, la situación revestía una gravedad inesperada. ¡Cómo mienten los periódicos! (Constatación que no soluciona nada). Y, por otra parte, los preparativos del Japón y de Alemania, el estado de las comunicaciones, la situación de la tesorería de reservas de oro, la persistencia del sabotaje en la cuenca del Donetz; Kostrov: ¿Se da usted cuenta cabal de cuál es nuestra situación?

Kostrov, completamente erguido esta vez, dijo: «Sí».

Peligro por todas partes. El poder del Estado proletario tocado en su obra viva y la imposibilidad de publicar cosas como esas, que dejarían desarmadas a todas las oposiciones, porque el Jefe —poco importa el temperamento que como persona pueda tener, poco importan ya unas discusiones teóricas y unos actos que solo pertenecen a la historia— en tales circunstancias es y seguirá siendo el único capaz de aunar las fuerzas del Partido. Su autoridad personal es nuestra principal esperanza de salvación. ¿Es que no lo ve, Kostrov, usted, un veterano del Partido? ¿Es posible que le hayan agriado hasta ese punto sus penalidades personales?

—No —dijo Kostrov con pasión—. Camarada Fedossenko, le ruego que... Pero si esa es precisamente la razón por la que firmé mi sumisión al Comité Central ya en 1928... yo...

Fedossenko le dejó levantarse, dar vueltas por la habitación con los mismos pasos vacilantes de un hombre ebrio. ¡Qué sucio estaba! Tenía pequeñas briznas de paja en el pelo, su nuca se espesaba con una pelambre gris... Fedossenko se acercó a él en el rincón de la habitación, entre la caja de caudales y la puerta de la secretaría, para adosarle amistosamente a la pared.

—Aún no lo sabe usted todo, Kostrov... Este es el momento que han escogido esos cabezas de chorlito de la extrema izquierda, esos inconscientes que, a su pesar, hacen lo imposible para desencadenar contra el poder de los Soviets a las masas atrasadas y descontentas; este es el momento que han escogido para conspirar... Esos camaradas suyos de por aquí, todos esos Ryjik, los Elkin...

Los informes recibidos sobre la deportación en Kansk, en Minussinsk, en Turgai, en Krasnokokchaisk, unidos a los de los directores de las centrales de reclusión, apuntaban a una amplia organización clandestina, con ramificaciones en toda la URSS, conectada con ciertos centros extranjeros...

—Ellos obran de buena fe, son portadores de la llama revolucionaria, nosotros lo sabemos como usted, Kostrov. ¿Pero les hace eso menos peligrosos? Y yo ahora le pregunto: ¿De qué lado está usted? ¿Con ellos, con nosotros? Si está usted con nosotros, es absolutamente necesario que me ayude inmediatamente. El asunto de Chernóé no tiene demasiada importancia, pero tengo que esclarecerlo. ¿Qué tesis eran esas que discutían? Usted tendría que saberlo por...

—Pues las de Verjne-Uralsk, naturalmente, las que publica el *Boletín* sobre la liquidación de los koljoses insuficientemente equipados, sobre el espíritu aventurero y explotador que preside toda la industrialización, sobre la *Alianza Obrera*^[17] en España...

Permanecían al nivel de las ideas, pero, no obstante, la mera mención de Verjne-Uralsk acusaba ya a Varvara, establecía una relación con la Federación de las Izquierdas del Centro de aislamiento; la alusión al *Boletín* hacía remontar aquella relación hasta Prinkipo, Berlín y París. ¿Eso de la *Alianza Obrera* qué es? Es italiano o español, en cualquier caso es algo que tiene que ver con la Internacional Comunista... Fedossenko se habría frotado

las manos si no fuera porque, a partir de aquel momento, tenía que jugar muy bien sus cartas. El expediente adquiriría un magnífico empaque...

—No nombre usted a nadie si así lo prefiere, Kostrov, respetaré sus escrúpulos. Hábleme con exactitud de las ideas. Tomo nota...

No obstante, el nombre de Rodión terminó, al cabo de dos horas, por figurar en la declaración detallada de M. I. Kostrov acerca de la actividad ilegal del Centro trotskista de Chernóé. Kostrov, agotado por el esfuerzo mental realizado, se sujetaba la cabeza con ambas manos; deseaba no haber dicho aún nada que pudiese comprometer a alguien, ya que aquellas ideas eran conocidas, pero permanecía crispado en un asco profundo por sí mismo. O tal vez solo fuese hambre.

Fedossenko pulsó el timbre. Él también se sentía agotado. Al Delgadocho, que acababa de entrar, le ordenó en voz baja:

—Que le den un baño. Rancho del cuerpo de guardia. Una celda limpia.

El Delgadocho, en posición de firmes, contestó:

—Bien, camarada jefe. Tengo que informarle sobre la reclamación del detenido Rodión que se ha presentado esta mañana por propia voluntad. Quiere confesar, camarada jefe.

—¿Qué?

—Exactamente, camarada jefe, como se lo digo.

Kostrov se iba ya con un cartoncito increíble entre los dedos: una tarjeta postal matasellada en Moscú, con la letra de Ganna... Sin embargo, esto ya no le provocaba un acceso de fiebre. Cansado y como vaciado de sí mismo, tomaba el camino de los sótanos. El Delgadocho le adelantó con amabilidad. «No, por aquí, ciudadano, si me permite...». Por allí, por cualquier sitio, ¿qué importancia podía tener? Dormir, acabar.

Fedossenko ordenó que le abrieran la celda de Rodión. Como era baja de techo, él la llenó con su estatura. El muchacho menudo, en cuclillas sobre la paja, se levantó despacio, sacudiéndose las rodillas con la punta de los dedos. Había malicia, o alegría tal vez, en sus ojillos verdes. No saludó. Desde luego, nada desmoralizado. ¿Entonces, qué? Fedossenko examinó la piedra negra, el ventanuco, el jergón de paja, miró a Rodión de abajo arriba: desde las botas gastadas hasta la chaquetilla de albañil o de carretero, hasta la nariz chata, hasta el rostro poco agraciado, abrupto, de pequeño campesino, como hay

tantos, ralea de siervos, vagabundos, braceros, soldados, parecidos todos ellos unos a otros bajo el uniforme gris, parecidos a los culis que bullen en toda Asia...

—Buenos días tú, chaval —dijo, finalmente, Fedossenko, pesadamente porque seguía sin comprender.

—Buenos días tú, ciudadano jefe —contestó Rodión con una leve sonrisa.

Ventaja para él desde el principio. El tuteo tiñó súbitamente de púrpura el cuello de Fedossenko.

«¿Tiene usted alguna declaración que hacer?». Claro que sí. Con las manos en los bolsillos, Rodión puntualizó que, de hacerla, sería por escrito. En sustancia, asumía toda la responsabilidad... «¿De qué?», preguntó Fedossenko. «De todo. Yo soy el que ha hecho todo... ¡Lo confieso!». «Todo ¿qué?». «El de las tesis soy yo. Yo era el que recibía las informaciones. Yo era el enlace con... No diré con quién. No había grupo, solo estaba yo, yo era el organizador. No diré nada más...». «¡Pero tú estás loco, chiquillo!», estuvo a punto de exclamar Fedossenko, desconcertado. En sus músculos ya estaba naciendo la ira. La declaración de Kostrov, que tanto trabajo había costado, solo acusaba de forma explícita a Rodión y ahora resultaba que Rodión confesaba. Ya solo quedaba un ridículo «asunto Rodión»; se estaban burlando de él. En un abrir y cerrar de ojos, mintiéndole en su propia cara, aquel muchachito vaciaba por completo el impecable expediente.

—¿Por qué mientes, hijo de perra? —bramó Fedossenko.

Le sacaba al muchacho la cabeza y toda la luminosidad gris del ventanuco parecía concentrarse en la voluntariosa parte inferior de su rostro; se disponía a acercarse a Rodión, a acorralarle violentamente contra la piedra negra, a agarrarle por su cuello delgado de niño malo y enseñarle a obedecer. ¡Sabandija! Pero él no avanzaba y Rodión no retrocedía. «Le prohíbo a usted que me tutee», dijo Rodión con firmeza.

—¡Ah, conque mientes! ¡Ah, conque confiesas! ¡Ah, conque me prohíbes que...!

Estas tres interjecciones chocaron furiosamente en el cráneo de Fedossenko de forma que solo llegó a articular un ¡ah!, al tiempo que golpeaba a Rodión con su puño cerrado en plena cara... Ambos parecieron perder el equilibrio, uno de ellos por el impulso y el otro por el impacto y el dolor que le

producían sus labios, que habían quedado aplastados contra los dientes. Las paredes de piedra negra, el ventanuco y el techo bajo bascularon a su alrededor y los dos volvieron a recuperar el equilibrio, cara a cara, demudada la del joven de mirada agudísima y roja y jadeante la del jefe del Servicio Especial...

—Llévense de aquí a esta bestia —dijo suavemente Rodión a alguno de los presentes, probablemente al Delgaducho, que debía de estar allí, detrás de Fedossenko, a la entrada del pasillo, al Delgaducho que había visto...

—¡Ah, conque ahora me insultas! ¡A mí!

El enorme Fedossenko se abalanzó sobre Rodión, le doblegó, le tiró al suelo, sintió en su puño unos cabellos, una nuca, un flanco y luego un vientre bajo sus rodillas... Dejaba caer todo su peso sobre aquel cuerpo que no ejercía ninguna resistencia, lo machacaba con sus dos puños, ciegamente... «Camarada jefe, me permite...». La voz del Delgaducho le devolvió a la realidad, le puso en pie, con un súbito recuerdo gélido del uniforme. Tenía paja hasta en los hombros, yeso en las rodillas ¿de dónde venía aquel yeso? Era curioso, arañazos y sangre en los nudillos. Las hojas destrozadas del expediente aún volaban a su alrededor. Le pareció que Rodión había perdido el conocimiento. El Delgaducho volvió a cerrar la puerta...

... Rodión no había perdido ni por un momento su más intensa lucidez. Lo que estaba realizando era, más que un deber, una necesidad. Exculpar a los camaradas. Desorientar la instrucción. Burlar al poder maligno. Entregarse. Sentía en su interior suficiente fuerza insospechada como para enfrentarse con cualquiera. Habría derribado al coloso Fedossenko. Tirado en el suelo, magullado, marcado el cuerpo por los golpes, ya no gemía, solo pensaba confusamente. ¡Pega ya, bruto! No puedes hacerme nada más. Esta era la idea que iba mascando entre sus dientes sangrantes; más lejos, en el fondo del silencio que se entreabría, reinaba un sentimiento de poder. Lo puedo todo, incluso reventar aquí mismo, victoriosamente, bajo tus botas. Una vez que hubieron corrido de nuevo los cerrojos, Rodión se mordió la manga. De su pecho salió un aullido ahogado, que no era una queja sino un grito inarticulado parecido al que profieren los lobos en las noches de nieve y hambre, cuando toda la tristeza de la tierra aúlla también a través de su fuerza.

* * *

TODOS LOS AÑOS, DÍAS antes de las siembras de primavera, el poder trata de reconciliarse con los campesinos. En esta ocasión una circular del Centro había recomendado, en el mes de marzo, a las autoridades que permitiesen (léase suscitasen...) la reapertura de determinadas iglesias «sin que ello pudiera interpretarse como un incentivo a la reanudación de la actividad religiosa». Dos meses más tarde *El Sin-Dios*, órgano oficial de la Sociedad de los Ateos, dirigido por un exmiembro del Comité Central, denunciaba ya aquellos síntomas de renacimiento religioso. A ruego de la Comisión Central de Control, el departamento correspondiente de Interior certificó que el porcentaje de iglesias abiertas de nuevo se mantenía inferior en un 0,3 por 100 al porcentaje previsto. El director del departamento fue objeto de traslado inmediato: al parecer en las altas esferas se había formulado el deseo de que quedase sobrepasado dicho porcentaje. Ya lo había sugerido el secretario general: «¡Pues si rezan un poco más o un poco menos los campesinos, a nosotros qué nos importa, con tal de que siembren!». Por lo tanto, *El Sin-Dios* no obtuvo la autorización del C. C. para plantear la cuestión en toda su amplitud. Uno de los secretarios de la Oficina de Agitación y Propaganda sugirió: «Dedíquense ustedes más bien a las sectas, hace mucho tiempo que la Seguridad no ha mirado en ese rincón...». Lo cual suscitó la inmediata aparición de una serie de artículos en una minúscula revista ilustrada, de portada mal impresa en color de un triste verde grisáceo. El papa, exhibiendo bajo su tiara una sonrisa malévola, ponía una gruesa bomba de mecha humeante en las manos de un general polaco... Los artículos de tercera página versaban sobre el «Resurgimiento de las sectas contrarrevolucionarias». Knapp les echó una ojeada displicente mientras le cortaban el pelo. Pero, tres semanas más tarde, la *Pravda* reproducía aprobatoriamente siete renglones del segundo de aquellos artículos. Knapp solía leerse el órgano central del Partido de punta a cabo, tratando, sobre todo, de descifrar lo que se decía entre líneas. «Ah, pero...». Pulsó el timbre y le encargó para el día siguiente a su secretario un informe detallado sobre las sectas religiosas que tuviesen actividad en el Radio. Bien, jefe. Knapp, mientras tanto, tuvo que ocuparse de los deportados sionistas a los que un telegrama le ordenaba detener y trasladar, debidamente escoltados, al Centro Regional. ¿Eran dos o tres? Sí, eran dos, no había duda. En cuanto al tercero, comunista fiel a la línea general, profesor encargado en un instituto de pedagogía, expulsado, encarcelado y deportado posteriormente, tras una historia de dilapidación de créditos, no se llevaba bien con los dos primeros. El expediente del bien pensante y disciplinado Isaaksohn, indicaba que era el autor de varios

artículos sobre el sionismo, publicados por un órgano del Partido. Por exceso de precaución, Knapp ordenó que le detuviesen: ya dirían en la Región si había que soltarlo o no. Knapp dio cuenta con medias palabras de sus dudas al Centro Regional. Los dos sionistas auténticos: un estudiante judío de Kiev y un viejo tendero arruinado de Berditchev, alojados ya en uno de los calabozos de la Seguridad, acogieron a Isaaksohn con risotadas. Antes de aquello, cuando se cruzaban con él por las calles de Chernóé, giraban ostensiblemente la cabeza. Allí, en la cárcel, le miraron largamente de hito en hito: su perilla rala, las arrugadas bolsas que tenía debajo de los ojos, su color enfermizo. Fue entonces él quien giró la cabeza. «De mucho no parece haberle servido —le dijo el estudiante— traicionar a la nación judía y escribir en nuestra contra todas esas porquerías... ¿Eh?». El pedagogo superó unas bruscas ansias de gemir, para responder sentenciosamente: «Joven, le deseo que un día llegue a comprender que la salvación del proletariado judío está en la revolución socialista y que el sionismo no es más que una ideología burguesa y corrompida, *ja, ja, eine korrumpierte kapitalistische Ideologie...* y ahora le ruego que no me dirija más la palabra...». Los dos sionistas le volvieron la espalda con desprecio e iniciaron entre ellos un largo debate acerca de los orígenes, causas, formas y consecuencias morales y sociales de la traición de ciertos elementos podridos del pueblo judío, ¡ay!, totalmente corrompidos, «como una mano comida por la lepra, como una nariz que se hunde en una llaga de la sífilis...». Prosiguieron con tan horrible conversación durante todo el tiempo que no pasaban durmiendo, durante cuarenta horas. Isaaksohn les escuchó sin decir palabra, con su amargo rostro arrugado, que él creía impasible, pero que era en realidad tan blando como el de una muñeca de trapo. Al cabo de día y medio, la puerta se abrió y entraron los cristianos.

Una investigación somera había revelado a Knapp la existencia en Chernóé de creyentes de varias sectas religiosas peligrosas, integradas fundamentalmente por antiguos deportados enviados a las Aguas Negras, unos por el antiguo régimen y otros por el nuevo. Knapp, para proceder al sondeo de sus conciencias políticas, mandó detener a los veintitrés más significados. Entre estos últimos se contaban dos castrados, de los llamados Skoptzi, que eran viejos zapateros remendones; en la casa de uno de ellos se había encontrado un cofrecillo de madera que, entre unas telas ajadas, que en su día debieron ser blancas, contenía un miembro viril reseco, unas tijeras y un cuchillo. Había también una mujer muy anciana que conoció al padre Heliodoro y que, ya en el campo de concentración, tenía fama de santa; vendía en el mercado cestas de mimbre que trenzaba ella misma y la gente la

veneraba; artesanos, de uno y otro sexo, de la secta de los flagelantes, Jlisty, expulsados tres años antes del Baikal, donde habían llegado tras ser expulsados del Ural seis años antes; y, por último, baptistas, los más numerosos y los más sospechosos también, ya que, a pesar de sostener correspondencia con América, de haber recibido dólares y de haber proyectado la construcción de una Ciudad del Sol en Siberia, tenían el mismo aspecto que los obreros corrientes, aunque no bebían ni proferían juramentos, que eran unas particularidades bastante extraordinarias; detuvieron incluso a un silencioso, un robusto pescador de unos cuarenta años de barba peinada y sonrisa apacible, que solo hablaba en sueños, de manera que hasta su propia gente llegaba a considerarlo mudo en estado de vigilia; aunque lo cierto es que lo oía todo y en el fondo de sus ojos lucía permanentemente una gravedad maliciosa. En esta actitud permaneció en el despacho de Knapp, inclinado con dignidad, cruzadas ambas manos sobre el pecho, indicando con movimientos de cabeza que efectivamente sabía leer y escribir, pero que él no quería ni lo uno ni lo otro... «Son gentes de la Edad Media», dijo Knapp a Fedossenko, porque ellos dos sentían su clara pertenencia a la era científica.

Extenuado, cerúleo el semblante, Knapp no dormía más de cinco horas por noche, tal era la cantidad de asuntos a los que tenía que atender. Durante la noche sus subjesos procedían a las detenciones. El asunto de las salazones provocó la detención de los cinco dirigentes y de veinte obreros del Sindicato Comercial del Pescado. Treinta toneles de pescado en salazón que habían sido enviados a la Región se estaban pudriendo notoriamente, debido a la insuficiente concentración de la salmuera: el Sindicato afirmaba, con justificantes en la mano, haber exigido en vano al *trust* estatal de la sal, que les fuese enviado dicho producto, aunque fuese gris. La mitad de las cantidades surtidas, inferiores en un 40 por 100 a las necesidades, habían sido a todas luces hurtadas por los propios obreros para ser revendidas a las pequeñas cooperativas de pescadores, cuyas salazones seguían siendo comestibles. Y, por otra parte: ¿De dónde podía venir la sal con la que ya se especulaba en el mercado? Habría sido conveniente detener a los dos empleados del *trust* de la sal, pero estos, con buen olfato para los problemas que barruntaban, se habían ido, dejando sobre los tabloncillos de su puesto un cartel, burdamente rotulado en letras rojas emborronadas, que rezaba: «No hay sal». Las tres pequeñas cooperativas de pescadores no daban pábulo a que prosiguiera la investigación, pero, como estaban endeudadas con la Banca del Estado y con el fisco, hacía meses que no pagaban al llegarles los vencimientos y se estaba debatiendo si convendría o no ponerlas en venta, porque aquello habría

supuesto acabar con las pesquerías para no poder subastar más que unas viejas redes que el Sindicato del Pescado habría adquirido a bajo precio... Knapp dispuso la detención de los administradores de las cooperativas para que respondiesen de una acusación de perjuicios causados al Estado como consecuencia de su deficiente gestión financiera. Un puro pretexto, a decir verdad, porque solo le interesaba llevar hasta el final el asunto de la sal, interesante por la posibilidad que ofrecía de relacionarlo con el problema más general que planteaba el sabotaje de la distribución... Otros dos asuntos, surgidos al mismo tiempo, acabaron de desbordarle. Unas cajas que contenían artículos de mercería y que estaban depositadas en la nave de la iglesia de San Nicolás, cuyo bulbo reventado dejaba pasar un viento tan cargado de polvo que empezaban a nacer hierbas entre las losas, habían sido fracturadas: un golpe organizado por los trabajadores de los transportes con la complicidad del servicio de vigilancia de las existencias que arrojó: diecinueve detenciones... Ese mismo día se produjo la debacle de la fábrica de pescado ahumado que llevaba el nombre de Kaganovich. La revisión de los libros, recomendada por la Comisión de Control del Partido, ponía de relieve la insolvencia de dicha empresa; en efecto, según la primera estimación, la Banca del Estado perdía ya dieciocho mil rublos, y para mantener la factoría en funcionamiento sería necesaria una subvención igual al doble de dicha suma... En consecuencia, el plan financiero del Radio para el año en curso se venía abajo, lo cual provocó en el secretario del Partido un desaforado acceso de ira. He aquí la forma en que la factoría había ejecutado el plan de la comisión regional: desviando los créditos para renovación del equipo y el fondo de amortización para afectarlos al propio proceso productivo; aumentando en un 20 por 100 el contenido teórico de las cajas producidas en... ¿Me siguen? Por añadidura, los obreros robaban sistemáticamente entre un quinto y un sexto de la producción global. Treinta y cinco detenciones. Y aquello corría el riesgo de complicarse aún más: a la sazón la fábrica carecía tanto de créditos como de mano de obra cuando las pesquerías aún seguían suministrándole la materia prima: el pescado se echaba a perder, las pesquerías reclamaban su importe, el fiscal telefoneaba al Comité del Partido, el Comité del Partido a Knapp, Knapp a la Región, la Región-Seguridad a la comisión regional del Plan, el Plan al Control, el Control al Comité de Radio del Partido... También habría sido preciso encerrar al director de la Banca del Estado, que no podía haber permanecido en la ignorancia de la afectación ilegal que se había dado a los créditos que él mismo concedía, y que, al ser consultado sobre la prima de 3000 rublos que había que otorgar al director de la fábrica por haber

alcanzado los objetivos del plan anual antes de su término, había informado favorablemente. Pero el jefe del Servicio económico de la Seguridad se negó a tomar la iniciativa de aquella detención; Knapp vaciló a la hora de dar la orden pertinente. Si todos los administradores y gerentes del Radio terminaban entre rejas, ¿no podrían preguntarle, con razón, cómo se las había arreglado hasta entonces para poder dormir por la noche? El director de la Banca, al enterarse de la detención de su amigo el director de la fábrica, se puso inmediatamente a redactar contra él una denuncia demoledora que, por lo demás, se refería a otra denuncia, perfectamente hipócrita, muy anterior y que estaba destinada a pasar desapercibida. Aquel avisado funcionario tomaba sus precauciones. Knapp le felicitó. Trotskistas, sionistas, creyentes, pescadores, obreros fabriles, administradores y directores de empresas: aquello suponía la detención, en tres días, de un centenar de personas, para las que no había sitio... Un centenar de mujeres acudían con paquetes de víveres al torno de la Seguridad. Desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde, esperaban pacientemente en una larga cola adosada al muro de la plaza, y toda la ciudad hablaba de ellas sin mayor asombro. Pues sí, están deteniendo, detienen a gente todas las noches, ah, y lo que nos queda; es como el año pasado en esta época. ¿Se acuerda usted? Todos aquellos asuntos de sabotaje en el abastecimiento, en la distribución, en la pesca, entonces sí que encerraban a la gente a montones. ¡Los que llegaban a detener en una noche! «¿Chernoé? — solía decir Knapp—, un verdadero puesto de combate...».

... En lo que al servicio se refiere, el más digno de lástima fue, sin duda, el guardián-jefe de la Seguridad. Sus locales, sótanos y celdas, aptos como máximo para una cincuentena de detenidos, albergaban desde hacía dos días a doscientos veintisiete. ¿Dónde meter a los cien nuevos prisioneros, dónde? Y, por si fuera poco, había que cumplir las consignas respecto a incomunicación, en ningún caso podían estar tales y cuales juntos... El comandante estaba empezando a azorarse. «Donde usted guste —le gritó duramente Knapp sumido en el expediente fábrica-banca—, pero recuerde que le hago responsable de todo. Retírese». El comandante tuvo entonces una idea. Las antiguas cuadras, transformadas en garaje, no contenían más que dos viejas máquinas en desuso; allí podrían dormir en el suelo cincuenta tipos ni mejor ni peor que en cualquier otro sitio, mientras esperasen su traslado a la cárcel. La cuadra era una especie de cobertizo de viejos tablones, aislado en medio de las dependencias de la Seguridad y rodeado de alambre de espino para que los chóferes no pudieran venir a robar gasolina... Naturalmente, allí solo se

instalaría a los prisioneros tranquilos, los que no se escapan ni se pelean: los políticos, los administradores, los creyentes, vamos, gente de orden.

... Al ingresar en aquella nueva prisión, Rodión la encontró muy abarrotada. Había unos trabajadores singularmente limpios y tranquilos, sentados en el suelo alrededor de dos coches vetustos: eran los cristianos, baptistas, flagelantes, castrados... Rodión no tuvo que empujarles ni siquiera un poco porque se apartaron con toda corrección para hacerle sitio. Fue a acostarse debajo de uno de los Fords, al hilo del tabique de tablas. Tuvo como vecinos, a la izquierda, a un joven judío, y a la derecha, a un pescador barbudo de unos cuarenta años, cuyas ropas no apestaban a salmuera ni a tripas de pescado. El joven judío se presentó: «Deportado sionista. ¿Y usted, camarada?». El pescador barbudo a quien hizo la misma pregunta no contestó, pero todo su rostro se iluminó con una sonrisa y movió largamente la cabeza. Todos somos hombres, ¿no es así? Al menos así lo entendió Rodión, y no insistió más. «¿Qué es Sión?» preguntó soñadoramente. «Es la luz sobre la montaña —dijo el joven judío con gravedad—, la esperanza, la salvación, la resurrección del pueblo de Israel, el socialismo que venimos esperando desde la diáspora...». Cayó la noche y ellos seguían conversando. Los murmullos fueron apagándose poco a poco en el garaje. Muy cerca, detrás de la pared de tablas que, después de las murallas de los sótanos, le pareció a Rodión extremadamente delgada, roncó un motor. Alzando un poco la cabeza pegó su ojo a la juntura de las dos tablas y distinguió perfectamente la noche, el alero de un tejado y un poco de cielo maravillosamente oscuro y claro... Volvió a tenderse inmóvil, con un brazo por debajo de la nuca, presa de una inmensa turbación. ¡Qué cercana estaba la vasta noche!... El frío de la tierra le subía por los hombros. Extendió un brazo a lo largo de la pared y, con las yemas de los dedos, pudo tocar la tierra quebradiza en que se apoyaban las tablas. Tierra blanda, ceniza. Sus dedos por sí solos empezaron a escarbar. Estaba acostado sobre el flanco y su mano se tornó un animalito astuto que rascó y arañó enérgicamente la tierra, muy cerca de la cabeza del pescador de barba rojiza, que por entonces dormía ya con la boca entreabierta y susurrante, porque el silencioso solo escapaba al silencio durante el sueño. Rodión le miraba y escarbaba; su mano ya estaba pasando al otro lado sin esfuerzo y se abría allí. La noche libre, estrellada, le refrescó la palma de la mano... A partir de aquel instante, Rodión dejó de pensar, como si hubiese cerrado los ojos sobre sí mismo, pero todo su ser no fue ya más que lucidez, como si hubiese abierto sobre la realidad otros ojos, carnales esta vez, que hubieran permanecido largo tiempo cerrados... Su mano se recreó en el aire prodigioso; luego asíó

prestamente el canto de la tabla, que cedió con la presión; Rodión la sacudió suavemente, irresistiblemente, sin un ruido. Los viejos clavos herrumbrosos salieron de sus cavidades: él lo adivinó. Sus movimientos eran seguros. Tumbado sobre el suelo, hundida la barbilla en la tierra, utilizando la frente como ariete, presionó sobre las tablas en la oscuridad; estas emitieron un chasquido, pero algunos de los durmientes gemían, uno de ellos se levantó para orinar ruidosamente en el tonel. Rodión empujó con más fuerza para que el segundo chasquido pudiera confundirse con aquel gorgoteo de fuente. La tabla se desprendía ya, y mientras él la sujetaba con las dos manos, la noche le arrojó todo su frescor a la cara. Miró a su alrededor. La parte posterior de un Ford le tapaba a medias. El joven judío dormía, no, fingía dormir porque había oído, había comprendido. Sus párpados cerrados temblaban, su respiración era premiosa. Rodión adivinó el sudor en su frente, en las aletas de la nariz. «Adiós, camarada», le dijo Rodión para sus adentros. Los caminos de Sión pasan por un sinnúmero de prisiones, como los del proletariado... Al otro lado Rodión se encontró con la mirada perfectamente despierta del silencioso. «¡Cierra los ojos! ¡Duerme!», le sopló Rodión con desesperada autoridad. El silencioso dijo *no* con un movimiento casi imperceptible de los párpados. Rodión tuvo miedo. El Silencioso, acostado, se volvió hacia él con todo su corpachón fornido; tendió la mano, empuñó la tabla desclavada, la apartó e hizo un además con la cabeza: *Ve*. «Ven», musitó Rodión. Esta vez la barba se agitó un poco. No. ¿Por qué habría de huir? ¿Huir de qué? Pero tú vete ya, que la noche fresca te llama. Sigue el deseo que te dicta tu corazón. ¡Que Dios te ayude! Aquel pensamiento era puro silencio, pero atravesaba el silencio. Rodión entró a rastras por la abertura dejada por la tabla que había apartado. El silencioso sostenía la tabla con una mano y con la otra empujaba a Rodión en los riñones. La tierra —absolutamente negra—, el aire de la noche en las narices, en los oídos, en el pecho el martilleo regular del corazón. Un intenso dolor en el vientre —*ay*—, la sensación del alambre de espino. La mano del silencioso, movida por una especie de adivinación, se deslizaba debajo de él, le liberaba, le protegía... Rodión, una vez fuera, se irguió primero sobre sus rodillas. Las construcciones vecinas recortaban, sobre un cielo cristalino, unos ángulos perfectamente negros. Silencio total. Rodión corrió, saltó la pared, se escurrió, sombra inteligente, bajo una garita en la que velaba un soldado y se llenó súbitamente los pulmones con un frescor inaudito... A sus pies brillaba el meandro de las Aguas Negras, entre la línea de las rocas y el perfil de los bosques, en el principio de todo.

* * *

GALIA SOLÍA LEVANTARSE LA primera, al despuntar el alba, para partir la leña, ir al río a buscar agua, encender la estufa, tender en las cuerdas la ropa lavada el día anterior, limpiar el pescado, cocer el pan y preparar la jornada... Salió con los cabellos bien estirados bajo su banda roja, iba esbelta y pálida, con su casaca flotante y una hachuela en la mano. En el cielo iban palideciendo las últimas estrellas. Unas sombras azules se disipaban sobre la tierra. La banda roja de la joven fue un color único en un universo inundado de claridad. Lucía aquel color, pero no lo veía. La hora de la garganta apretada, de los brazos fríos, primera soledad del día. Hay que vivir. Partir la leña, acarrear el agua, incluso con el corazón traspasado, con aquella débil náusea, con aquellos párpados hinchados, porque en la mitad de la noche se despertaba para pensar en Dimitri y llorar por ella al pensar en Dimitri. Escogió un leño de abedul, lo plantó en el suelo, blandió la hachuela... En el fondo del corral, entre los matorrales, alguien se movió. Oyó cómo la llamaban con un curioso silbido en tono bajo. Y entonces Galia vio cómo Dimitri, de verdad, le hacía gestos. Su boca se crispó. Pero era Rodión.

—¡Galia, me he escapado! Aún no sé cómo lo he hecho. A Elkin seguramente le enviarán a Moscú. No esperes nada: con ellos nunca se puede esperar nada, ármate de valor. Tengo hambre, encuéntrame algo para comer. Voy a caminar tres o cuatro días por la estepa y los bosques, hasta las Aguas Blancas, iré por el camino más largo porque me perseguirán. Deprisa, Galia, no tengo ni un minuto, tengo hambre, hambre.

En su voz había una trepidación gozosa.

Esperó entre los matorrales mientras Galia bajaba al sótano. Segundo a segundo, tanto a la tierra como a él, les iba invadiendo la claridad. Galia volvió con los brazos cargados de riquezas: pan, cebollas, pescado seco, una manzana verde, cerillas, un cuchillo, diez rublos, todo lo que tenía. «Toma, este es el pasaporte de mi hermano... Vete deprisa, antes de que se levante el sol... Trata de pasar el vado con los leñadores...». Le iba llenando los bolsillos, feliz de poder tocarle. Él sintió que le embargaba una felicidad que no merecía aún y que pagaría más tarde.

—Galia, haré...

—¿Qué harás, Rodión?

Tensa, completamente erguida, le miraba con avidez, con la oscura boca abierta, enormes los ojos plateados.

—Te prometo, Galia...

—¿Qué me prometes, Rodión?

—Te lo prometo a ti y a los demás, os prometo a todos...

No pudo decir el qué, superado por algo definitivo, rozando por fin unas certidumbres que ni su pensamiento ni sus palabras podían expresar.

—Adiós, Galia, gracias.

—Rodión, Rodión, qué alegría, qué tristeza...

Súbitamente tomó su cabeza en las dos manos, que eran flexibles y suaves, la atrajo contra él, la abrazó y él sintió cómo ella iba besando sus cabellos, cómo los oscuros labios de Galia buscaban su rostro... Les oía murmurar: «Adiós, Rodión, adiós, adiós, adiós... Sé fuerte, Rodión, tente a ti mismo con manos fuertes... No tengas miedo. Sigue tu camino, Rodión... Que Dios sea contigo. Ve, mi Dimitri, Dimitri, Dimitri, ve...».

Cuando Rodión se fue, Galia recogió la hachuela caída a sus pies. Sintió que le hacía bien agarrarla con fuerza y sopesarla con el brazo tendido. Volvió a la casa con paso decidido. Las lágrimas seguían corriendo una a una sobre su rostro lívido. Sus ojos tuvieron una mirada implacable para el leño, cuya blanca madera brillaba con el rocío y que ella hendió de un solo golpe.

* * *

EL CAMARADA KNAPP, JEFE del Radio, mandó llamar a sus colaboradores, jefes y subjefes de servicio, a su despacho a las dos de la tarde, como solía hacer en las grandes ocasiones...

Siete uniformes se dieron cita allí, cuatro pares de anteojos, siete revólveres reglamentarios; había dos flacos, un gordo, un condecorado, un calvo y el Delgaducho. El gordo era Fedossenko, taciturno en aquel momento, más importante que cualquiera de los demás y corroído por una sorda inquietud, ya que el jefe le había pedido el día anterior las carpetas correspondientes al importante asunto en curso. Faltaban el jefe de la milicia

criminal, que estaba destacado en los bosques vecinos en busca de Rodión, y su adjunto, perdido aún más lejos en la persecución de unos bandidos: este último volvería más tarde sobre unas angarillas, con la cabeza separada del tronco. Knapp irrumpió con paso rápido cuando estaba sonando la primera campanada de las dos e hizo un gesto que significaba: sigan sentados, camaradas, pero sin dar la mano a nadie. Se hizo patente su color terroso, la ligera crispación de las aletas de su nariz, su mirada más huidiza que distante. Con él entró una ráfaga de frío. Tomó asiento en la butaca, delante de su mesa de despacho. El secretario era un militar joven, con un bigote a lo Charlie Chaplin, que siempre estaba alegre; aquel día, sin embargo, le presentó una hoja impresa y un bloc de notas de forma totalmente impersonal. Knapp, con la cabeza baja, emitió una tosecilla. Sus hombros eran cuadrados, su cuello recto, fino y arrugado, plano el pecho. Una vieja vida reseca, ascética tal vez, o quizás simplemente enferma, probablemente hastiada ya de sí misma, desecándose lentamente... Su silencio fue tan denso que el jefe del servicio económico, que estaba fumando, confortablemente hundido en una butaca de cuero, apagó en el parqué el cigarrillo que acababa de encender. El nuevo subjefe de lugares de detención (el que le precediera en el cargo estaba en la cárcel desde la antevíspera, día de la evasión de Rodión), atemorizado, afectó, para aliviar la presión del cuello de su guerrera, un gesto de ahorcado. Knapp, aplicando a sus subordinados un procedimiento que anteriormente había resultado muy eficaz con los detenidos a los que interrogaba, prolongaba un silencio helado. Apenas respiraba. Por último, levantando la cabeza, tan grises las gafas como la tez, dijo:

—Camaradas jefes y subjefes de servicio... (Una pausa). Les he reunido hoy aquí para un asunto de la mayor importancia que compromete el honor de la Seguridad y nuestra responsabilidad ante el Partido...

Tan solemne preámbulo tuvo el don de cortar el resuello a todos los presentes. Los hombros del Delgadocho se estremecieron, agitados por un temblor nervioso. El jefe del servicio interior ejerció un gran esfuerzo sobre sí mismo para no empalidecer, prefirió toser. ¡Dios! Si habían descubierto una fuga en las existencias, si... Un mismo pensamiento fue rodando de cabeza en cabeza: «¿Quién será el sucio colega que me ha denunciado por...?». Knapp desdeñó por un momento la observación del efecto que tenían sus palabras en los rostros. Ya nadie fumaba. Knapp dijo:

—Camarada Fedossenko.

Por lo general el interpelado solía responder a media voz: «Camarada jefe...» sin cambiar de posición y permaneciendo sentado. Mas esta vez su nombre fue pronunciado con tan glacial autoridad que Fedossenko se puso en pie lentamente, sin habérselo propuesto. Sus gruesas manos cuadradas iban ajustando el cinturón, estirando el borde inferior de la guerrera. Todo aquello no presagiaba nada bueno, la entonación del jefe, desde luego, no anunciaba parabienes; sin embargo, el expediente...

—Camarada Fedossenko. Me he pasado la noche estudiando el asunto del centro trotskista contrarrevolucionario de Chernóé. La forma en que ha llevado usted la instrucción del caso, desde luego, no merece ni siquiera una crítica... Hum... ni siquiera una crítica...

Fedossenko, ahogándose, dio un paso al frente y se cuadró. Era el blanco de todas las miradas. Mientras tanto, los otros seis pechos exhalaban sin ruido un mismo *uf*. ¡Encaja esta, gordito! ¡Ah, conque te hacías el altanero! ¡El importante! ¡Encargado de la instrucción de un importante asunto político! Pues mira, colega, mira por dónde, cabrón, ya puedes ir bajándote los pantalones. Estás aviado. Y Fedossenko iba oyendo todo aquello con un oído secreto. Todo se hundía a su alrededor, todo, todo... Horrible. Y Knapp proseguía: «¿Qué asuntos son esos de la hogaza de siete libras y de los mil doscientos cuadernos? La directriz de Moscú dice con toda claridad: “Cabrá reservarse la posibilidad de emprender contra ellos procedimientos de derecho común, pero evitando que ello pueda parecer sistemático...”. Usted se estaba ocupando de una hogaza de siete libras, robada por los carreteros, mientras que un Comité clandestino de los Cinco seguía actuando entre los deportados, cuya vigilancia le ha sido confiada, su actividad, su actividad... pernicioso... ¿De dónde vienen los mil doscientos cuadernos? De Moscú. ¿Ha indicado usted al Tribunal Central la presencia de oportunistas contrarrevolucionarios de derecha activos y organizados en los servicios de distribución de la instrucción pública, allí mismo, en Moscú? Se lo pregunto: ¿La ha indicado?».

Fedossenko balbuceó:

—No.

Se sintió cercado por un murmullo de desaprobación. ¿Quién lo hubiera creído? ¿Tan criminal negligencia? ¡Oh!

—Entre los detenidos confiados a su custodia, aquel que, según su propia confesión, era el trotskista más peligroso se ha fugado, ¡FUGADO!

Camaradas jefes y subjefes, somos todos responsables de este hecho inconcebible...

La plegadera de Knapp chasqueó secamente sobre el borde de la mesa. Todo el mundo estaba al corriente, pero el estupor general abrumó tanto más al culpable cuanto que cada uno de los demás se sintió aliviado por lo que le tocaba.

—... Y yo el primero, por haber tolerado que un expediente de tal importancia se encontrase en unas manos tan incompetentes... (larga pausa, reflejo de las gafas grises sobre todos los rostros, voz sibilante), o sospechosas...

Si Fedossenko no se cayó redondo, tuvo, sin duda, que agradecerse lo al hecho de que sus riñones de toro optasen por conservar el equilibrio con independencia de su voluntad. Con la última esperanza perdió también la compostura y, alzando las dos manos en un gesto de súplica, entonó con un lamentable tono de reproche un: *¡Pero cómo puede usted, camarada jefe!*, e irguiéndose gritó con vehemencia: *¡Sospechoso, yo, jamás!* Pero todo aquello lo dijo para sus adentros, bajo una apariencia aterrada, perfectamente inmóvil y muda, mientras su rostro se iba congestionando cada vez más y una perniciosa bruma velaba sus ojos.

—Tomado en sí mismo, el caso del Centro trotskista reviste una gravedad inesperada, pero su expediente, lejos de aclararlo, lo que hace es oscurecerlo extrañamente. ¡En lo sucesivo me haré cargo de él personalmente, Fedossenko!

(... ¿Así? Eso es... es... es... la cárcel... la... la... la car...).

—... Yo le había ordenado que siguiese un procedimiento correcto. ¿Lo recuerda?

(Por suerte para él, cuando un superior le interrogaba, fuera cual fuese su derrota como hombre, Fedossenko recuperaba inmediatamente el don del asentimiento verbal. *Sí, camarada jefe*).

—El malhechor que se ha fugado nos ha dirigido, antes de huir, una queja por los malos tratos que le ha infligido. ¿Se reconoce culpable?

—Yo... No... No sé...

—Uno de sus subalternos confirma la queja del evadido. No se apresure a negar o a confesar. Tendrá usted tiempo de sobra para reflexionar sobre la

conducta que le conviene adoptar ante los jueces de instrucción del Partido y de la Seguridad. Ha traicionado usted la confianza del Partido y saboteado la labor de la Seguridad. Queda usted detenido hasta nueva orden.

El jefe del servicio interior musitó «¡muy bien!» con una desenvoltura hiriente, colgado el cigarrillo de sus labios. Fedossenko dijo: «Obedezco, camarada jefe», giró sobre sus talones y dio tres pasos crispados, abrió la puerta, salió, no se derrumbó sino que siguió caminando, zumbándole la cabeza, todo derecho por el corredor... Y entonces surgió delante de él el Delgadocho, renqueando, con un hombro más alto que otro, orificios en lugar de ojos. «Por aquí, camarada jefe, me permite... Su revólver, por favor, camarada jefe, me permite...». El Delgadocho iba dando saltitos a su alrededor, de una forma que Fedossenko nunca había visto, con cara más de muerto que de vivo, una guerrera demasiado amplia ajustada sobre un tórax vacío, una voz insípida de fante o de fantasma... Fante o fantasma, cerró cuidadosamente la puerta de una celda encalada donde dejaba a un Fedossenko aniquilado.

* * *

RODIÓN FRANQUEÓ LAS AGUAS Negras con los primeros leñadores en marcha hacia el lugar donde estaban talando el bosque. Se descalzaban para entrar en el agua y seguir, por las piedras, un vado conocido solo por ellos. Uno, que era un poco torpón, se hundió en las aguas que bullían de pronto, debatiéndose un instante en ellas, antes de recuperar el equilibrio. Se reían. «Es fácil ahogarse aquí», le dijo alguien a Rodión. «Hay pozas y uno no puede conocerlas todas, y además las piedras se mueven...». Rodión tenía que fingir que él también conocía el camino a seguir por aquellas piedras pérfidas, difíciles de distinguir por los reflejos del agua. Seguía los pasos de los que le precedían. En el bosque, para entrar en calor, los leñadores apresuraron el paso: Rodión habría deseado correr. La idea febril de la fuga le embargó de pronto de la cabeza a los pies: habría dado saltos de alegría, prorrumpido en carcajadas, habría bailado, pero se esforzó en no volverse muy a menudo para no atraer la atención. Se confundió con los pequeños grupos que se iban desgranando por la senda que atravesaba el bosque y que las agujas de pino hacían resbaladiza. Hacia las nueve de la mañana empezarían a buscarle con perros. ¿Qué podían dar a los perros para que olfateasen si no dejaba nada tras él? ¿Su colchoneta de la casa de los Kurochkin? Tantos sudorosos seres

habrían dormido ya encima de ella... «La miseria me protege», pensó entonces con satisfacción. Había tomado deliberadamente el camino más largo, el más peligroso, el más improbable...

El peligro surgió simplemente en una revuelta del sendero, antes de lo que había esperado, y Rodión se aproximó a él con paso regular... Las siluetas de los abetos se avivaron a sus ojos, el silencio del bosque se volvió dulcemente, terriblemente sonoro... Bajo un abeto añoso y piramidal, casi negro, un jinete de capote gris examinaba la documentación de cada uno de los leñadores. Volvía una y otra vez entre sus manos el pasaporte o el certificado de trabajo de los «colonos especiales», deportados también, miraba al hombre con desapego. Era un soldado joven, de cara abotargada, manos sucias, con pinta de no estar aún demasiado despierto. Su caballejo de larga pelambre rojiza lamía el musgo del suelo. Rodión sacó el pasaporte que le diera Galia y que aún no había tenido tiempo de mirar atentamente. No sabía ni siquiera cuál era su nuevo nombre. Así, con la cabeza levantada para poder velar su propia mirada sin que pareciese que la quería esconder, miró tranquilamente al soldado, no a los ojos sino más abajo, a su nariz, a sus gruesos labios agrietados. «Si me llevas te estrangulo, hermanito...». Tan clara resolución descendió en Rodión como una piedra que se arroja al fondo del agua y todo permaneció calmado en la superficie. Su pasaporte aún contenía una pequeña cartulina blanca con la foto de un joven, bien afeitado, endomingado, con blusa bordada: Rodión tenía una barba de diez días, tumefacto el ojo derecho, un sarpullido en el mentón... El soldado le devolvió los papeles. «El siguiente». El siguiente era un viejo de hombros rotos, pelo largo y cara surcada de profundas arrugas y largos pelos descoloridos; no estaba en regla. A su certificado de deportado le faltaban sellos. Él explicó con voz gimiente, señalando sus costillas, que sufría de un mal, que él no podía y que el camarada Petrov lo sabía, que el camarada Petrov... «Escupo sobre todo eso —dijo el soldado—. No necesito tus explicaciones. Las órdenes son órdenes, hermano. Venga, te tienes que venir conmigo...». Se alejaron entre los abetos oscuros, el viejo, roto, humillada la cabeza, caminando delante del lúgubre jinete. El caballo también llevaba bajo el hocico para olisquear el musgo al ras del suelo y el jinete se dejaba llevar indiferente, con los brazos colgando. A su alrededor el bosque era desolación.

Para Rodión aquel paraje umbrío pareció teñirse con una luminosidad verdosa. Rodión sustituyó al viejo deportado en una cuadrilla de leñadores. «Hemos tenido suerte —comentó el jefe del equipo—, esta tarde habremos

rematado una buena faena...». La remataron. Hacia el mediodía, cuando el sol hacía brillar diamantes en el pináculo de los abetos, los hombres, con el torso desnudo, se agitaron rudamente entre los charcos de luz proyectados sobre la tierra roja. Las hachas atacaban con saña unos troncos cuyas heridas, ignoradas por todos, tenían un color delicado. La resina fresca se iba perlando en gruesas gotas. Su olor se mezcló con el del sudor. Una sierra emitía su grito monótono de dos notas rítmicas, parecido a la queja de una bestia desconocida. Hacia el final de la tarde, los leñadores comieron pan y pescado seco en el que gruesos granos de sal brillaban sobre las escamas. Cuando el sol no fue más que una bola incandescente sobre el dentado borde de las cimas, el trabajo se detuvo súbitamente. Los hombres, demasiado cansados para proferir juramentos, tenían ahora los ojos hundidos y brillantes de los enfermos y pesadas manos abrasadas de venas prominentes y algunos hilillos azules prodigiosamente entretejidos bajo la piel. Rodi3n se enderezó trabajosamente, atormentado por las espinas, doloridos los hombros y las piernas por las ramas de un abeto cuya caída había estado a punto de aplastarle.

—¡Bueno y qué! —dijo con alegría—, ¡está uno vivo!

Nadie le respondió. Pensó que era él el único que huía, que los otros volverían por la mañana y los días siguientes, tal vez durante todos los días de una vida entera, al bosque que zumbaba de silencio, para realizar aquella labor descomunal. Ellos seguirían desplazándose indefinidamente de sus tugurios a los viejos árboles condenados, del sueño a la labor, obsesionados por la propia idea del trabajo a realizar y por el hambre, porque la faena es el pan, y el pan exige la faena, y ni una ni otra tienen fin... Rodi3n se separó de ellos entre las sombras violáceas de la tarde. Nadie pensaba en él, que se quedó el último en el camino de vuelta. ¡Esclavos! ¡Esclavos! ¡Camaradas!... Rodi3n les dijo adiós para su adentros, con un suspiro de desahogo. Se guió por las estrellas, rotos los miembros de fatiga, ardiente la cabeza, vacilante y resuelto al mismo tiempo el paso, como de hombre ebrio. Los abetos le rodeaban con sus altas siluetas inmóviles, bruscamente la roca afloró en el suelo, resbaló, cayó, se volvió a levantar, comenzó a andar de nuevo, jadeando entre las tinieblas, que eran unas veces azuladas y otras espejeantes, porque llovían estrellas. En realidad, si acaso había una realidad más cierta que la de su carrera casi delirante, la sed y la fiebre hacían bailar discos plateados en sus pupilas dilatadas por la noche. La sed y la fiebre ya no le dejaban pensar, pero caminó y caminó, desgarrándose los pies con raíces y piedras, hasta la hora más honda

de la noche, la más insensata de la sed, la más exaltada de la fuga, la más próxima quizás de la muerte... Debía de ser el día siguiente o dos días después. Las estrellas se congelaron inmediatamente, unos duros perfiles de árboles se desplegaron sobre el cielo y Rodión cayó boca arriba, transido por una idea que se iba arrastrando por su cerebro como una pequeña llama azul sobre el suelo: «Me ahogo...». ¿Era aquel el cuarto, o el quinto, o el sexto día de su nueva vida? ¿Cómo consiguió arrastrarse, masticando hojas de abeto para calmar su hambre y líquenes verdes para refrescarse la boca, que sabían a piedra húmeda, y bajo los cuales, entre los dientes, se movían unos gusanillos salados? ¿Cómo pudo arrastrarse hasta la linde del bosque, en plena claridad blanquecina, hacia el arroyo cuyo murmullo distinguía ya perfectamente, hasta el arroyo que ya vislumbraba a cien pasos, discurriendo entre las raíces, el arroyo que no existía? ¿Cómo?

Y, de pronto, el paisaje se desplegó sobre dos planos abiertos, los árboles, numerosos y juntos, con aspecto de rebaño, se amontonaron en un pasado enorme, un reguero de rocas inmóviles se desparramaba hacia la amplia cinta lechosa de un río en cuya orilla opuesta se extendían primero una playa de arena ligeramente dorada, luego unos matorrales y, por último, la estepa. Y la alegría demasiado intensa de Rodión se vio ahogada por el miedo. «Se acabó, es un espejismo...». Desesperado, fue descendiendo hacia el espejismo. Sus últimas fuerzas se iban gastando en los escuetos movimientos que hacía para no caer (porque tal vez no hubiera podido levantarse), para encontrar un lugar donde afianzar las manos, donde posar el pie, para aproximarse al espejismo. Toda su inteligencia, despierta tras el silencio, la fiebre, la sed, el delirio, la propia voluntad de vivir que suscitan el delirio y el espejismo, se concentraba en aquella agua prodigiosa, extendida como una capa de cielo, cada vez más cercana. No era un espejismo porque se iba acercando, porque ya podía distinguir las hojas de hierba del borde, pero ¿por qué no habría hojas de hierba al borde de un espejismo? Solo se convenció de la realidad de aquella agua cuando la bebió.

... Transcurrió un día más fuera del tiempo mensurable, entre el espejismo vencido, la realidad del agua y la yerta tristeza de la tarde. Rodión recuperaba fuerzas. El sol lamía las llagas de sus pies desnudos. Ya no sentía el hambre. Había que franquear a nado aquellos trescientos metros de agua real, al día siguiente, cuando el sol estuviera en el cenit. La noche fue boreal, iluminada por una luna enorme. Algunos murciélagos revolotearon muy cerca. Rodión creyó despertarse sobresaltado, pero en realidad salía de un sueño,

que rozaba el límite mismo de la verosimilitud, para volver a sumirse en un torpor helado. La mañana del entrechocar de dientes fue más larga que la noche y luego el sol se fue remontando por la pura soledad del cielo. Cuando tierra y arroyo estuvieron igualmente bañados de luz, Rodión se desnudó, hizo un hatillo con sus harapos y se lo ató a la nuca, observó atentamente la otra orilla arenosa y penetró lentamente en un agua tan fría que toda su carne se erizó. Un paso más y cayó en ella, porque la roca se acababa en aquel lugar. El frío atravesó todo su ser, pero él nadó con calma a través del hielo licuado, blanco, dorado, cuyo poder le imprimía una lenta deriva. Cada diez segundos levantaba la cabeza en dirección al sol, abierta la boca, deslumbrados los ojos, para absorber bocanadas de aire cálido. Economizaba tanto su esfuerzo que no quería ni siquiera volverse para medir la distancia recorrida. Y cuanto más nadaba, más se iba ensanchando la superficie brillante. Un millón de alfileres le desgarraron la piel. Nadó frenéticamente, retorcidas las entrañas por extraños dolores. Pero la arena tibia y dorada que osciló finalmente ante sus ojos no era más que un espejismo... Sus músculos se crisparon violentamente, su boca abierta para beber ansiosamente el aire aspiró agua, agua, un trueno sordo sonó en sus oídos para estallar más tarde en campanillas, el desesperado esfuerzo que hizo para superar el dolor y la asfixia le devolvió a su ser y lo último que vio en la tierra fue la alta muralla negra de las alturas coronadas de abetos... El vasto bosque ascendió inexorablemente, llenando el cielo, desbordando la tierra para terminar basculando sobre el nadador perdido... Desprendido de sí mismo, el ahogado vio cómo sobre él se cerraba un río limpio, terso, casi abstracto.

* * *

UN HOMBRE ENCORVADO ANTE una hoguera de leña menuda estaba cocinando en ella una carne espumosa y sangrante suspendida de una especie de trébede. Rodión, al abrir los ojos, vio a aquel hombre de espaldas. Se tocaba con un gorro de piel de pelos erizados. El primer pensamiento de Rodión se mezcló con su saliva porque la carne asada al sol dejaba escapar un tufillo agradable. Rodión reconoció la arena dorada sobre la que estaba tendido, vivo, desnudo, extenuado, en una tibieza inmensa. El hombre, como si hubiese notado la mirada que se fijaba en su nuca, se dio la vuelta sobre sus talones descalzos. Rodión vio una frente baja sobre la que caían cabellos

rizados de color paja sucia, una gran boca torcida, una nariz carnosa marcada por una cicatriz, ojos pequeños, agudos, astutos, tan azules como el cielo.

—¿Ya estás de vuelta?

Rodión reconoció el habla cantarina de las gentes de las Tierras Negras.

—Gracias —dijo sencillamente, añadiendo tras una pausa—, camarada.

—A mí los camaradas no me importan ni un bledo. ¿Qué camarada eres tú para mí, aprendiz de ahogado? ¿Sabes siquiera si no me dispongo a entregarte para cobrar la prima? ¿Crees que no se nota que te has fugado del campo? ¿De qué brigada eras tú? ¿De la brigada Yagoda o de la brigada de los entusiastas? ¿Socialismo triunfante? A esas me las paso yo ya sabes por dónde, ciudadano. Si no quieres que te eche otra vez al agua, no me vuelvas a llamar camarada. Has de saber que en este país ya no hay nada: ni socialismo ni capitalismo, no hay más que un montón de putas apestadas. Aquí estamos tú y yo, así que si uno de los dos está de más, la cuestión es de fácil arreglo, sin que se tengan que reunir las masas a deliberar...

El hombre, mientras proseguía su monólogo en un tono medio sarcástico medio colérico, se preocupaba de que la carne estuviera bien asada. Rodión, reconfortado por aquella voz de bajo, movió sus miembros: funcionaban, casi dolorosos. Una brusca confianza en el universo le volvió cordial.

—Bueno, perdona. Gracias de todas formas. Huele bien.

—Huele a lobezno asado —explicó el otro—. Lo maté esta mañana en su madriguera. Me ha mordido el pulgar este condenado animal. No le creía tan listo. Por aquí hay muchos. Yo soy un lobo para los lobos: los huelo, los acecho, me sé todos sus trucos y ellos todavía no conocen los míos. Así que ya ves, en esta lucha de clases el más listo soy yo... De modo que soy yo el que se los come (sus ojos reían). Localizo la madriguera. Cuando la loba se va a cazar, me presento yo muy despacito. Hay que hacerlo deprisa. Silbo un poco, imito los gruñidos de la loba, así, ¿ves?... les inquieta o les gusta, no lo sé muy bien. Aparece el lobezno; me enseña la punta toda rosa y gris de su hocico y luego un ojo de perrillo desconfiado. Silbo un poco más para que tomen confianza. Le dejo ver mi mano izquierda y eso le intriga, nunca ha visto una mano de hombre, no puede darse cuenta de que está hecha para matar de mil maneras diferentes, un lobezno es algo inocente, idiota, y mi mano parece un animal inofensivo, es rosada, entonces él se relame y salta sobre ella para jugar, creo

yo, porque todavía no tiene fuerza suficiente para ser malo, pero yo tengo la otra mano lista y le parto la crisma al lobezno con esto...

Esto era un trozo de pedernal semejante de todo punto a las armas de la edad de las cavernas.

—Y este es mi régimen de producción. Yo no necesito cooperativas.

El hombre tomó entre sus dedos una pizca de sal gorda que extrajo de una bolsita de tela y la echó sobre un trozo de carne asada que casi arrojó a la cara de Rodión. «Toma, come». Rodión estaba tan desfallecido que atacó con sus dientes aquella carne manchada de arena, en la propia arena, sin intentar siquiera cogerla con las manos, moviéndose lo menos posible... Pasó un tiempo, largo tal vez. La carne del lobezno tenía un delicioso gusto de sangre, gusto de sol, gusto de vida.

—¿Cómo me has sacado del agua? —preguntó Rodión.

Sentado sobre sus piernas dobladas, al estilo de los samoyedos, el hombre seguía devorando la carne asada que sujetaba con sus dos manos. Crujían los huesos bajo sus dientes. El pelo le caía sobre la frente y los ojos. Sus ojos brillaban de buen humor, si bien lo hacían menos que sus dientes. Dejó pasar un largo momento antes de contestar, después de haber escupido sobre la arena tendones masticados y pequeños huesos triturados para absorber el tuétano.

—Mejor harías en preguntarme el porqué —dijo, alegremente—. Tal vez me interesase más tu hatillo que tu jeta. Si hubieses llevado buenas botas, no sé yo si no te habría echado al fondo. ¿Para qué va a servir tu vida? Yo no la quiero para nada, y te aseguro que a la tierra entera le importa un bledo, como a mí. En realidad no sé por qué no te he dejado bajar despacito hacia el mar Blanco, entre dos aguas. Tal vez hubiese sido mejor para ti. Un ahogado más o menos a nadie le importa. Y no vendrá nadie a pedirle el pasaporte. A lo mejor es que me han entrado ganas de alternar contigo, gilipollas. Pero no por mucho tiempo.

Rodión escuchaba como en sueños. Por encima de la línea verde de los matorrales había tal transparencia... Preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El otro se encogió de hombros. «Iván». «¿Iván Sin Recuerdos?». «Exactamente». Iván se puso en pie, ahíto, con una divertida sonrisa de bienestar. Paseó durante un momento entre la arena y el cielo. Su figura

llenaba por entero el anchuroso paisaje: su frente baja, sus hombros redondeados, su mandíbula espesa, sus ojillos vigilantes, su alegría azul matizada de astucia. Rechoncho, bajo y pesado, y que parecía, cuando estaba de pie, dotado de una fuerza enorme, vestido más o menos como un cazador de la taiga, volvió hacia Rodión, que yacía desnudo, con los miembros extendidos, tembloroso. Desde su altura miró a Rodión y, de pronto, se puso a declamar con un gracioso tonillo de colegial:

*¡Diadia! ¡Diadia! Nuestras redes
han traído el cuerpo de un ahogado...*

—Eso es de Pushkin —dijo Rodión, al borde de la inconsciencia.

—¿Y Shakespeare —dijo Iván con una sorna imperceptible—, te suena ese nombre?

—No... no he leído más que a Hegel, a Hegel...

—Es posible... Pero, oye, ahogado, tienes fiebre.

¡Qué cordiales se habían vuelto sus entonaciones!... Rodión, desfallecido, cerró los ojos. El hombre se puso de hinojos a su lado y con ambas manos empezó a cubrir con arena el cuerpo desnudo del muchacho. Rodión sintió sobre toda su carne aquella tibieza material. Sus rasgos se relajaron. Su cara de niño era lo único que emergía de la arena. La luz, al atravesar sus párpados y su sueño, apagó en él todo pensamiento. Volvía a la vida.

... Pasó varios días con aquel hombre, Iván, que decía no saber cuál era el nombre de aquel río ni el del otro cuya confluencia tenía que buscar, a dos o tres jornadas de marcha río arriba: por allí descendían continuamente grandes balsas cargadas de madera; navegando tres días a bordo de una de ellas se llegaba a una ciudad, una ciudad que tampoco tenía nombre ni recuerdos, porque aquel hombre desconfiaba de los demás hombres, del lenguaje, de los nombres, de las cifras y, sobre todo, de los recuerdos. «En la naturaleza, los ríos no tienen nombre —solía decir maliciosamente—. Los ahogados en el fondo del agua no tienen nombre, hermano, pero sí tienen todos la misma cara azul... Los lobos no saben que son lobos... Así es... así». Llevó a Rodión a su

guarida, una amplia y confortable madriguera, bien seca, excavada en la propia tierra de la estepa, bien expuesta al sol, bien escondida en la maleza. Rodión pensó que en su construcción debían de haber participado varios hombres, a la vista de la calidad del acondicionamiento. Dos capotes de caballería y unos abrigos de invierno formaban un lecho confortable. Rodión, al dormir allí por primera vez, sintió un temor. ¿Por qué no habría de romperme la cabeza Iván esa misma noche, por qué? Inmediatamente se contestó a sí mismo: fusilado frustrado y ahogado frustrado, ambos estamos abocados a dormir bajo tierra. ¿De qué podría servirle a él mi muerte? ¿Qué necesidad tengo yo de mi vida? Nada tiene importancia. No más problemas. La sencillez de las cosas le daba una ligera sensación de vértigo. La tierra era ancha, ancha... Se despidieron sin darse la mano, sin palabras inútiles, taciturnos ambos, probablemente porque aquel día el cielo estaba lechoso y pesado. Nada tenían que decirse en el límite de la playa, allí donde se iniciaba un páramo ensombrecido. Rodión se fue en dirección a la línea negra de las montañas en la lejanía. Iván agitaba una carabina, serrada por el cañón y por la culata, que llevaba en la mano. Cuando Rodión se hubo alejado un centenar de metros, Iván alzó aquella arma mutilada para agitarla largamente por encima de su cabeza. Pareció hacer señas incomprensibles. Rodión, que caminaba a buen paso, se volvió varias veces para responderle agitando su gorra...

* * *

... EL OTRO RÍO sin nombre era más ancho. Entre unos escarpados riscos violáceos, arrastraba una asombrosa anchura de azul celeste. En su superficie flotaban troncos de árbol. Por encima de un bosque ascendía en espiral una columna de humo. Rodión se tensó por completo en la espera, en el acecho. Escondido en la ribera, bordeada de altas hierbas, afiladas como espadas, asistió al paso majestuoso de una gran balsa bien ensamblada que transportaba toda una construcción hecha de troncos, y unos hombres iban hablando en tono muy alto en una lengua que no consiguió entender, finés o samoyedo o sizrano o mari; eran hombres rubios, bastante bien vestidos con jerséis y viejos cueros rojizos, probablemente comunistas. La siguiente almadía no apareció hasta varias horas más tarde, un poco antes de la puesta de sol, entre una nube de mosquitos. Era esta más ligera e iba menos cargada que la otra, la tripulaban dos chicos jóvenes que iban de pie, con dos largas pértigas. Rodión les llamó y ellos se acercaron a la orilla con una especie de indiferencia,

le acogieron sin pronunciar una palabra y le pusieron una pértiga en las manos. Todo se hacía por sí solo. Una vez que se hubo puesto el sol, las peñas tomaron un color de sangre seca, el río se tornó hostil, y dolorosas las picaduras de los mosquitos. Entonces los dos muchachos entonaron una antigua canción de forzados que decía «vamos agitando nuestras cadenas, / por el camino de la desgracia, / vamos llevando nuestros corazones, / por un destino amargo, / una noche nos escaparemos, / linda niña nos amarás, / y luego nos pescarán de nuevo, / linda niña, y entonces nos llorarás...». Aquella estrofa, que era, al parecer, la única que se sabían, la repitieron hasta la saciedad, hasta no poder más de cansancio, de sorda tristeza. Rodión cantó con ellos mientras accionaba la pértiga ya que era preciso tener mucho cuidado para evitar que la corriente les arrojase contra las rocas. En los momentos críticos, los tres muchachos, inclinados sobre el agua tenebrosa, aguantaban como podían los embates, encajando el golpe con sus pechos en un grito ronco al que seguía un juramento proferido por alguno de ellos. Cuando salió la luna, volvieron al canto de las cadenas y la desgracia, y del amor y el desgarró, hasta el momento en que atracaron, extenuados, en una especie de caleta, para dormir. Al alba, Rodión dijo a los dos muchachos que llevaba dinero y ellos le vendieron por tres rublos un pedazo de pan negro. La prudencia le aconsejó dejarles unas horas antes de llegar a la ciudad. Saltó ágilmente a la orilla. Los dos muchachos, que se habían vuelto de espaldas, no le vieron más. La superficie del agua brillaba en una calma total y las malezas inmóviles se reflejaban en ella con un terso verde esmeralda. «Un evadido — dijo uno de ellos—, que Dios le acompañe». Y el otro, como un eco, dijo: «Un evadido... Que se lo lleve el diablo».

La ciudad empezaba con unas pobres casas de troncos diseminadas detrás de unos corrales pequeños y descuidados. De uno de ellos salió una niñita corriendo, descalza y con los pies completamente negros. Rodión se detuvo maravillado. Miró con una alegría ingenua, mezclada con otro sentimiento completamente diferente, áspero y casi terrible, aquellas casas familiares, siempre las mismas, cubiertas de paja o de tablas, tan gastadas por la intemperie que casi podría distinguirse el cielo a su través. ¿Qué ciudad era aquella? No se atrevió a preguntarlo. Se mezcló con la gente, buscando un letrero o un cartel del soviét local. Pero aquella era una ciudad sin letreros, sin carteles, sin nombre tal vez, una ciudad pequeña y banal, perfectamente anónima, con ruinas de iglesias, cooperativas tan vacías como en cualquier otra parte, una cola delante de la tienda cerrada del *Tabak-Trust*, un mercado mísero donde las afiladas cabezas de las caballerías, los rostros de las gentes,

los vestidos y los escasos sacos de grano, todo aquello tenía un color de barro seco... Sobre la gran pancarta roja que presidía la calle mayor Rodión vio, sin querer leerlas, unas palabras desteñidas por la lluvia: *entusiasmo, industrialización...* Su caminar errante de hambriento le condujo a un amplio solar erizado de andamiajes y de altas estructuras de viviendas de ladrillo rojo. Algunos camiones daban tumbos como borrachos entre los charcos de barro, sin asustar por ello a los caballejos resignados enganchados a los vetustos carretones. Unos toneles de cemento apilados habían terminado por romper una valla y algunos hombres se agitaban entre los camiones, las caballerías, las carretas, el cemento y los andamios. Rodión leyó sobre una puerta: *Contratamos peones, albañiles, carpinteros, estuquistas y demás, rancho y barracón.* Empujó la puerta. Olía a tabaco fuerte, a cal fresca, a boñigas, a bencina; se oían voces roncadas que discutían una historia de carro perdido, de chófer borracho, de veintisiete rublos, de comisión de control. Rodión se ofreció como aprendiz de albañil. Bueno, si sabes lo que hay que hacer te meteremos a prueba en la segunda brigada, la «Emulación socialista», y te aviso que tiene un rendimiento diario superior en un 19 por 100 a la media del plan. Tres rublos sesenta y cinco diarios y el rancho de los técnicos, has tenido potra. Lo que te advierto es que aquí hay que trabajar, hermano, cumplimos el plan, no queremos holgazanes. Si la cosa no marcha contigo, mañana mismo te paso a la cuarta, la brigada de los zánganos: encerrado todos los días, dos rublos cuarenta y cinco y sopa de coles agrias, marca El Cólico.

—Haré el trabajo —dijo Rodión, con una imperceptible nota de burla dirigida a él mismo—. Yo soy consciente, ciudadano. ¿Qué es lo que se está construyendo aquí?

—La sede de la Seguridad para todo el Radio, camarada proletario. Así que, como comprenderás, necesitamos trabajo hecho como es debido. Hay emulación con las brigadas penitenciarias.

En el equipo al que pertenecía Rodión trabajaba una mujer que le enseñó a acarrear, apoyándola sobre la espalda, los riñones y la nuca, la carga máxima de ladrillos, sólidamente apilados, a llevarla hasta la cima del andamiaje con rapidez suficiente para que los albañiles de la 5.^a penitenciaria no detuviesen ni un momento el ritmo regular de su trabajo. No había tiempo ni de recuperar el aliento ni de intercambiar algunas palabras, ni para echarse un cigarro; además estaba prohibido fumar y además perdía uno el gusto por todo. Para darse ánimos mascaban tabaco malo, del de sesenta y cinco kopeks los veinte pitillos. La mujer podía tener unos treinta años. Se escondía para

beber. Cuando vio que a Rodión se le ponía una cara crispada de moribundo, chorreando sudor, se fue a su encuentro en una pasarela bamboleante, sobre un ameno paisaje de techumbres humildes y de prados de un verde suave que casi llegaban a confundirse con el horizonte. La mujer tendió a Rodión su botella de aguardiente. «¡Bebe deprisa! Si nos sorprende el capataz, seguro que nos cae una multa». Rodión, deshecho de cansancio, tragó con avidez aquel fuego líquido. Le temblaban continuamente las piernas, pero se sentía salvajemente fuerte y lúcido; veía la realidad con una intensidad de sueño. La mujer tenía el pecho plano, un rostro marcado por el desgaste y la resistencia, unos rasgos cincelados con dureza. Los ojos se sumían en unas ojeras oscuras. Llevaba yeso en los labios, bonitos dientes si no fuera por uno roto en la parte delantera. Le preguntó: «¿Qué, estás mejor?». La brisa agitaba los picos de su pañuelo gris anudado debajo del mentón. Destacaba, con toda su alta estatura, por encima de los andamios y, detrás de ella, no quedaban ya más que espacios aéreos, llanuras, la tierra rusa, la tierra atormentada de la revolución, sus aguas negras, sus aguas tornasoladas, sus aguas transparentes, sus aguas heladas, sus aguas mortales, sus aguas vivificantes, sus bosques encantados, sus cienos, sus villorrios indigentes, sus cautivos inenarrables en la vida, sus fusilados inenarrables en las fosas, sus obras, sus masas, sus soledades y todas las simientes que germinan en sus entrañas. Rodión vio todo aquello indeciblemente, todo, incluso las simientes germinando, puesto que en verdad existen. Y vio también que la mujer que, en aquel instante, bebía aguardiente de la botella era verdadera y totalmente un ser humano. Ver tan bien esto último le hizo sentirse iluminado. «Escucha —dijo con suavidad—. ¿Sabes lo que somos? ¿Has pensado alguna vez en ello?». Ella le miró entonces con estupor. Tenía una mirada azul de hierro, muy recta, teñida de angustia.

1936-1938



Acerca del autor

VICTOR SERGE, seudónimo de Victor Lvovich Kibalchich, hijo de exiliados rusos, nació en Bruselas en 1890. De formación autodidacta, cultivó la narrativa, la poesía, la traducción y el periodismo. Desde muy joven se implicó en las luchas sociales en su Bélgica natal, llevando a otros países su activismo revolucionario. Fue detenido en Francia y expulsado del país, vino a España durante la huelga general de 1917 y publicó artículos en *Tierra y Libertad*, se fue a Rusia donde se unió a los bolcheviques. Ocupó distintos cargos relevantes en la Rusia revolucionaria y en la Internacional comunista, pero su independencia intelectual y sus denuncias de la represión y los crímenes del régimen terminaron valiéndole la censura, la difamación, la persecución, la cárcel y la deportación al Gulag. En 1936, tras dejar el presidio y lograr salir de la Unión Soviética, se instaló en Francia desde donde se dedicó a narrar sus vivencias y decepciones con el comunismo real, ya fuera en sus memorias o en obras como *Medianoche en el siglo*. En 1941 tiene que huir de la Francia ocupada por los nazis y se traslada a México donde murió en 1947.

Notas

[1] Paul François Jean Nicolas Barras (1755-1829) y Jean-Lambert Tallien (1767-1820) fueron revolucionarios franceses recordados principalmente por su papel en el derrocamiento de Robespierre y la instauración de la reacción termidoriana. *(N. del T.)*. [<<](#)

[2] Albert Treint (1889-1971), dirigente del primer Partido Comunista francés que posteriormente se adhirió a las posiciones de los trotskistas y de la izquierda comunista. (N. del T.). [≤≤](#)

[3] Iván Nikitich Smirnov (1881-1936). Miembro de la oposición y aliado de Trotski desde 1923, signatario de la Declaración de los 46 y de la Declaración de los 83. Expulsado del Partido en 1927. En 1929 reniega de sus posiciones antiestalinistas. En 1933 es detenido de nuevo y expulsado del Partido. Condenado a la deportación en 1933. Condenado a muerte y fusilado tras el primer proceso de Moscú (1936). (*N. del T.*) [≤](#)

[4] *Enragés*: Durante la Revolución francesa, grupo político encabezado por Varlet y Roux que provocó la caída de los girondinos y cuyo programa durante el período de Robespierre (el Terror) constituía la extrema izquierda proComuna. Sus representantes más notorios fueron primero Marat y luego Hebert.

Los *iguales* eran los seguidores de Babeuf que promovieron una conspiración contra el Directorio por la que fueron condenados y ejecutados.

Los *proscritos de Pradial* fueron los promotores de una insurrección popular contra la reacción termidoriana en mayo de 1795. (*N. del T.*) [<<](#)

[5] El autor se refiere a la capitulación de Karl Radek (1885-1945?), miembro de la Oposición de los 46, expulsado del C. C. Capitula en 1929. Consejero de Stalin en materia de política alemana. Detenido y juzgado en el segundo proceso de Moscú, en el que fue condenado a diez años. Murió a manos de un agente de la NKVD en el campo de concentración de Yakutsk. (*N. del T.*). [<<](#)

[6] León Trotski acerca de la revolución alemana. (*N. del T.*). [≤](#)

[7] Tras un destierro en Kazajistán, Trotski fue deportado de la Unión Soviética en febrero de 1929 y residió en Prinkipo hasta 1933. Se trata de una isla en el mar de Mármara, frente a Estambul, cuyo nombre turco es Büyükadi. (N. del T.). <<

^[8] Alexei Ivánovich Rykov (1881-1938), tras haber asumido las más altas responsabilidades, fue encausado en el primer proceso de Moscú (1935) y absuelto. Es detenido de nuevo en 1937, tras el segundo proceso de Moscú. Juzgado, condenado y ejecutado, junto con Bujarin, en el tercer proceso de Moscú (1938). *(N. del T.)*. [≤](#)

[9] Mijail Ivánovich Kalinin (1875-1946) fue presidente del Presidium del Soviet Supremo de la Unión Soviética, cargo equivalente a la Jefatura del Estado, durante la mayor parte de su carrera, sin ejercer ningún poder real. (*N. del T.*). [<<](#)

^[10] *Alianza Obrera*: En castellano en el original. (N. del T.). <<

[11] Kliment Efrémovich Voroshilov (1881-1970). Comisario del Pueblo de Defensa de la Unión Soviética (de 1934 a 1940). Presidente del Presidium del Soviet Supremo (1953-1960). Amigo íntimo y colaborador de Stalin. *(N. del T.)*.

[<<](#)

[12] El autor alude a Heinrich Grigoriévich Yagoda (1891-1938). Comisario del Pueblo para Asuntos Interiores y, como tal, responsable de la policía secreta (NKVD) entre 1934 y 1936. Luego fue víctima de las purgas estalinistas y figuraba entre los acusados del último proceso de Moscú (1938), en el que fue condenado al fusilamiento. *(N. del T.)*. [≤](#)

[13] El autor alude a Viacheslav Skryabin, alias Mólotov (1890-1986).
Presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo desde 1930 hasta 1941.
(*N. del T.*). [↪](#)

[14] El texto alude a Maxim Máximovich Litvinov (1876-1951), comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores de 1930 a 1939. (*N. del T.*) [≤≤](#)

[15] *Koba*: Nombre de guerra de Stalin en la clandestinidad. (N. del T.). <<

[16] Yevno Azev fue un agente provocador de la Ojrana, la policía secreta zarista, que se infiltró en la dirección de la rama terrorista del Partido Socialista Revolucionario hasta que fue desenmascarado en 1908. La comparación de Stalin con Azev fue efectivamente enunciada por Martemyan Riutín en su Plataforma (1932), que fue el último intento abierto de la oposición para desplazar a Stalin.

Riutín, tras haber sido detenido y expulsado del Partido, fue ejecutado en 1937 junto con gran parte de la vieja guardia bolchevique. (*N. del T.*). <<

[17] *Alianza Obrera*: En castellano en el original. (N. del T.). <<